



CENTRO UNIVERSITARIO
INDOAMERICANO

Conocer para Trascender

CENTRO UNIVERSITARIO INDOAMERICANO

INCORPORADA A LA UNAM, CLAVE 8909-25

**“UNA LECTURA PSICOANALÍTICA ACERCA DEL
SOMETIMIENTO DE LAS MUJERES ANTE LAS DEMANDAS
DEL OTRO Y SU RELACIÓN CON LA HISTERIA”**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

ARLENE QUEVEDO RUIZ

ASESOR: MTRA. MARÍA DEL CARMEN FRANCO CHÁVEZ

TLALNEPANTLA, EDO. DE MÉX.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Mamita preciosa, estoy segura que la vida no me alcanzará para decirte cuanto te amo, lo importante que ha sido tu presencia para mí, lo mucho que te respeto y te admiro, por tu valentía y coraje que me han fortalecido. Mi agradecimiento es eterno y profundo, ya que siempre has confiado y creído tenazmente en mí, no recuerdo una sola vez en que hayas dudado o cuestionado mis acciones o decisiones, me has dado elementos suficientes para construir mis opiniones, me hiciste saber de mil maneras que podía alcanzar todo lo que me propusiera. Gracias por tu apoyo constante en mi vida y durante mi carrera, por tus noches de desvelo, por tus preocupaciones, por tu interés, por compartir mis ilusiones, por los momentos en que me vencía encontrando soporte en tus brazos, por todas las sonrisas compartidas que han iluminado mi vida, por todas las lágrimas que encontraron albergue en tus hombros y por todos estos años en que tu presencia ha engrandecido mi vida colmándola de amor, gracias por imaginar y realizar este hermoso sueño conmigo, porque sin ti no lo hubiera logrado. Te amo.

Papito, padre adorado, lo único que lamento en esta vida es que no estés a mi lado en estos momentos, que no estés físicamente conmigo, porque definitivamente estás en mi mente y corazón, cada día que pasa te extraño más y me acostumbro menos a tu ausencia, fuiste el mejor padre que cualquier persona podía anhelar, me diste tanto amor, encarnado en todas las formas posibles, en tiempo, en abrazos, en detalles, en regalos, jamás ni una sola vez puedo decir que no haya contado contigo, siempre me acogiste con tu ternura, con tus besos, tus cariños, siempre confiando en mí y convirtiéndome en la princesa del cuento, en tu princesa, gracias por estar en todos mis recuerdos, por haber jugado conmigo cuando era pequeña, por haber secado mis lagrimas, por desvelarte cuando no llegaba, por alegrarte con mis éxitos haciéndolos tuyos, por haber estado en mi pasado, en mi presente y en mi futuro, los cuales continúan construyéndose gracias a ti, a la formación y cariño que me diste, por tu presencia en mi vida soy una mejor persona. Te amo.

Mami, abuelita adorada, los más bellos recuerdos que poseo de mi niñez son los que compartí contigo, los juegos más divertidos y los momentos más deliciosos están a tu lado, interminables horas de diversión, de risas, de cuidados, de atenciones, de compañía, de seguridad y de cariño. En ti encontré siempre inmensas cantidades de amor, de besos, de abrazos, de consuelo cuando lo necesité, de apoyo incondicional. Te agradezco con todo mi amor el que me hayas acogido como a una hija, porque eso he sido, una hija más para ti y tú otra madre que Dios me obsequió en esta vida, gracias por creer y confiar en mí, Te amo.

Joe, hermanito, no tienes idea la felicidad que me provoca cada ocasión en que te escucho decir “mi hermana la psicóloga” con el mayor orgullo del mundo, como sí se tratara de algo muy importante para ti, lo cual me habla de lo mucho que me amas, gracias por creer en mí, en mi capacidad, por animarme, por compartir mis logros, por todos los momentos que hemos recuperado y construido ahora como adultos mientras aprendemos a re-conocernos, por tus acciones y palabras que me han convertido en una persona más fuerte, por tu interés y tu ternura, Te amo.

Lucina, en esta ocasión no encuentro la manera de expresarte mi sentir, rebasa el lenguaje, ninguna palabra me satisface para decirte lo maravilloso que ha sido tenerte a mi lado, desde que soy una niña he contado con tu invaluable presencia, convirtiéndome en la persona más feliz, el saberte cerca siempre me ha proporcionado seguridad, confianza, tus opiniones y consejos son trocitos de sabiduría que guardo profundamente en mi ser, que me acompañan ante las decisiones de mi vida. Agradezco inmensamente tu compañía, tu apoyo incondicional, tu interés, el haberme incluido en tu vida, en tu familia, por abrirme las puertas de tu corazón, por los regaños que tantas veces cambiaron mi rumbo, por los hermosos momentos compartidos, por creer en mí, por enseñarme tanto, por haberme dado dirección, estructura, sentido y porque sencillamente has dado un bello toque a mi existencia.

*Car, sé que no todo puede ser dicho, aunque en este instante me gustaría, y así poder expresarte mi enorme agradecimiento por haber contado con tu apoyo infinito, por resolver todas mis dudas, por la extraordinaria manera en que nos transmitías tus conocimientos durante las excepcionales clases que nos impartiste, los que estarán siempre presentes en mi desempeño profesional, por creer en mí, en mi capacidad, por tu confianza, por tu guía, por tu tiempo, por tus palabras siempre tan acertadas y llenas de sabiduría, por compartir conmigo tu amor por la profesión y por la teoría psicoanalítica. Te agradezco inmensamente el haber alentado mi ansia por saber, por conocer, y acompañarme mientras crecía mi pasión por el psicoanálisis, siempre enseñándome a cuestionar, a investigar, a ir más allá y especialmente a escuchar. Es por ello que con todo mi cariño, respeto y profunda admiración, a ti, **mi gran maestra**, te digo gracias, por ayudarme a sostener y a cumplir mi deseo.*

***Estelita**, definitivamente una de mis grandes fortunas es tu presencia en mi vida, a lo largo de mi maravillosa carrera tuve la suerte de contar con tu apoyo, con tus palabras siempre llenas de ternura, con tus enseñanzas tanto a nivel profesional como personal, guiando mis pasos, siempre con una sonrisa respondiendo a todas mis preguntas e inquietudes. Con el corazón en la mano te digo Gracias por haberme acompañado estos años, siempre creyendo en mí de manera incondicional, has dejado una profunda huella en mí, y sólo me queda decirte que me siento feliz de que hayas sido mi maestra y más aún de contar ahora con tu amistad, ambas de gran valor.*

*Un agradecimiento muy especial a la **Lic. María Eugenia Nicolín Vera** por sus enseñanzas y dirección, siempre demandando excelencia académica, dedicación y el mayor esfuerzo con la finalidad de formar grandes profesionistas, capaces de enfrentar toda clase de retos en el mundo laboral gracias a los conocimientos adquiridos bajo su orientación.*

Mayté, hay personas que desde el momento en que uno las conoce sabe que llegan para quedarse, eso me sucedió contigo, de una y mil maneras siempre he sabido que cuento con tu apoyo, que te encuentras cerca, lo que me provoca una enorme felicidad y orgullo. Te agradezco inmensamente todas tus enseñanzas académicas y personales, tus palabras siempre tan sinceras, tus consejos colmados de ternura, la confianza que me has concedido innumerables ocasiones, por creer en mí de modo incondicional, por ayudarme a sostener mis sueños, por las sonrisas compartidas, por lo que considero tu presencia mi gran tesoro.

Pau, mi amiga, la más entrañable, mi hermana, un obsequio que ha iluminado mi corazón innumerables ocasiones, una bella personita que me ha alentado con sus palabras, con sus consejos, que irradia el lugar que toca con su honestidad y lealtad. Sólo puedo decirte que te agradezco inmensamente el haber tenido la fortuna de crecer juntas, por haber visto nuestras debilidades y fortalezas a través de los ojos de la otra y los propios. Gracias por haber creído en mí, por tu confianza, por tu apoyo, por nuestras risas, por los momentos difíciles, este logro también lo comparto contigo, ya que me acompañaste en este camino que hoy llega a su fin, a diferencia de nuestra amistad que continúa creciendo.

Andrea, tu presencia no sólo me trajo una hermosa amistad, también venía incluido un hermoso angelito que ha traído enorme felicidad a mi vida, tuve una fortuna doble, una gran amiga con quien he compartido lindos momentos, quien me ha dado grandes pruebas de lo que significa la amistad y como un plus esa preciosa niña que cuando me llama tía con esa encantadora sonrisa ilumina mi mundo. Gracias por compartir conmigo ese tesoro, por haberme hecho participe de la vida de ambas, por todas las experiencias magnificas que hemos vivido juntas, de corazón agradezco tu presencia que me ha hecho crecer.

Erika, literalmente enfrentamos el mundo de la mano, tengo en la memoria de la manera más vívida el recuerdo de dos pequeñas tomadas de la mano, que se convirtieron en adultos, que crecieron juntas, que han enfrentado toda clase de retos, tristezas y sonrisas, que cuando miran atrás, pueden ver de frente el hermoso recuerdo de esa amistad que se ha convertido en una de las cosas más valiosas, más verdaderas que alguien puede tener en la vida. Gracias por todos los momentos, por tus palabras, por tu apoyo, confianza y tu cariño.

Jazz, más de veinte años juntas nos llenan de lindas experiencias, instantes contruidos en todas las etapas de nuestra vida, incluso en la lejanía estamos más cerca. Gracias por tu apoyo, por las horas infinitas de conversaciones, por el ánimo, por la manera en que me enseñaste que sin importar la gravedad de las cosas la sonrisa es algo que no se debe perder, porque tu nunca la perdiste, nunca te diste por vencida, siempre dando un paso más, esa fue una gran lección de vida, es por ello que te agradezco tu compañía por esta travesía.

Fabiola, definitivamente ha sido un largo recorrido, con tramos rectos, curvos y algunos baches, es por ello que me alegra haber contado con tu presencia y compañía durante este trayecto, esta maravillosa aventura que recorrimos juntas, incalculables horas de trabajo, de esfuerzo, de estrés, acompañadas por excepcionales conversaciones, sonrisas y lágrimas que fueron testigos de innumerables momentos compartidos, los cuales valoro inmensamente, gracias por la confianza que ha sellado nuestra amistad y cariño.

Mariel, gracias por nuestra hermosa amistad, y por todos los exquisitos momentos compartidos, por la sinceridad y confianza que han sido testigos de nuestro cariño.

Laura, de corazón agradezco toda la confianza, sinceridad, lealtad, y el apoyo que me has brindado, me considero afortunada de contar con tu amistad y cariño.

Ale, gracias por haber ideado este maravilloso sueño conmigo, por tu cariño y bella amistad.

Lucy, existe gente maravillosa que alegra el corazón, una de ellas eres tú, es una delicia contar con la presencia de una persona como tú en mi vida, alguien que me hizo crecer, enfrentarme a retos que no creía capaz de vencer. Gracias por haber contribuido de manera significativa en mi formación académica y personal, por la confianza, por las sonrisas, por esa bella amistad que ahora conservo celosamente en mi ser, porque definitivamente me siento orgullosa de contar contigo.

Lilia, me alegra haber tenido la oportunidad de contar con tu presencia, con tus enseñanzas en mi formación académica las que considero una gran fortuna que me acompañarán a lo largo de mi desempeño profesional, de igual manera agradezco tu apoyo incondicional, tus palabras, tus consejos, tu interés y lo más importante tu amistad.

- **Mamá, ¿por qué soy niña?**
- **Ay, Alicia, qué pregunta. Porque no eres niño.**
- **No, yo no te pregunte lo que no soy. Te pregunto lo que soy.**
- **Pues ya lo sabes, eres niña.**
- **Sí, pero ¿por qué?**
- **Ay, no me vengas ahora con esas cosas. No sé. Será porque así lo quiso Dios. A algunos los hace niños y a otros los hace niñas.**
- **Y a Dios ¿para qué le sirve eso?**
- **Para que haya hombres y mujeres. Después se pueden casar y tener hijos.**
- **Y yo que no me casé ni tengo hijos ¿qué soy?**
- **Pero, Alicita, tú no te casaste ni tienes hijos porque todavía no eres una mujer.**
- **¿Yo no soy una mujer, mamá?**
- **No, querida, para ser mujer hay que crecer.**
- **¿Crecer para casarse y tener hijos?**
- **Sí.**
- **Y entonces, la tía Amalia que se quedó sin novio ¿no va a ser mujer?**
- **Ay, Alicia, no sé. Eso es distinto. La tía Amalia tendrá sus problemas.**
- **Y qué, y qué con eso, mamá. Tú también tienes los tuyos, siempre andas diciendo que no te fastidie que tú tienes tus problemas. Que yo no entiendo porque soy chica. La que no entiende eres tú, no entiendes nada, no entiendes nada. Lo único que sabes es criticar. Ay tú, que te crees la muy muy. Yo te pregunto y sólo sabes decir tonterías. En la escuela debes haber sido malísima alumna.**
- **Esas cosas no se aprenden en la escuela. No llores. Alicia.**
- **Es que tú nunca me quieres contestar. Tú nada más tus cosas. Tus vestidos nuevos, tu poesía del Darío ese y a los demás que nos parta un rayo ¿no? Tú no eres mi mamá. ¿Me oyes? Eso es lo que pasa, tú no eres mi mamá. Porque las mamás quieren a sus hijas y les contestan. Yo por eso no quiero ser mamá, ni mujer, ni nada. ¿Me oyes? Porque son bien tontas.**
- **Entonces ¿quieres ser hombre?**
- **No, no, bueno no sé...**
- **No llores, Alicia ¿Qué quieres?**
- **Quisiera ser una huerfanita, para que tú me vieras y pensaras ¡pobre niña! Y entonces me adoptarás**
- **Ay, Alicia. Si tu abuela estuviera aquí...**
- **¿Para qué?**
- **No sé, no sé. Me la he imaginado diciéndome. "Ya vas a ver, ya vas a ver cuando tengas hijos" o tal vez diría: " Que Dios me ampare"**
- **¿Por qué que la ampare Dios? No llores mamá, no llores.**

De la Aldea y Rahman, (1991)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
RESUMEN	13
CAPÍTULO I. EL DEVENIR HISTÓRICO-SOCIAL DEL PAPEL DE LAS MUJERES	14
CAPÍTULO II. LA HISTERIA.....	43
<i>A. Antecedentes y diferentes concepciones</i>	<i>43</i>
<i>B. Aproximaciones teóricas</i>	<i>82</i>
1. La “Histeria” en el DSM-IV-TR.....	83
2. La “Histeria” dentro de la psiquiatría-psicodinámica	92
CAPÍTULO III. EL CONTINENTE NEGRO - LA MUJER	96
<i>A. Constitución de la psique femenina y masculina</i>	<i>96</i>
<i>B. El discurso de la histérica.....</i>	<i>120</i>
<i>C. Imposibilidad de la totalidad en “La mujer”</i>	<i>138</i>
CAPÍTULO IV. SOMETIMIENTO - CEDER EL DESEO	146
A. Goce femenino y sacrificial.....	146
B. Ceder el deseo	166
C. Sometimiento.....	176
CAPÍTULO V. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	187
GLOSARIO PSICOANALÍTICO.....	198
BIBLIOGRAFÍA	208

INTRODUCCIÓN

En la actualidad los temas referentes a las mujeres son innumerables, el proceder femenino ha tomado un auge impresionante particularmente en las últimas décadas, desde los movimientos feministas que marcaron diferencias significativas hasta los hoy conocidos como estudios de género, que se han dedicado a la igualdad de oportunidades y derechos para las mujeres, numerosos discursos se han desplegado en pro de las mujeres dando apertura a cambios significativos en el mundo tanto laboral, como social, económico, político, familiar, el papel de las mujeres ha mutado significativamente a través de los años y cada época ha mostrado rostros distintos del “ser mujer”, no obstante, sin importar el momento histórico una pregunta ha permanecido y ocupado un lugar, ¿qué es una mujer?, el enigma femenino ha mantenido su sitio, hombres y mujeres se cuestionan al respecto, su búsqueda ha originado la toma de rutas insospechadas, así como diversas lecturas, desde la sociología, la antropología, el feminismo y por supuesto la perspectiva de género entre otros.

El psicoanálisis fue uno de los interesados en el misterio femenino, mientras se insertaba en el estudio de la histeria, misma que dio comienzo a la teoría psicoanalítica, una creó a la otra, ambas nacieron de la mano y juntas circularon por veredas desconocidas e inhóspitas, desde la teoría del trauma, la teoría de la seducción, hasta la sexualidad infantil y los fantasmas, histeria-mujeres y psicoanálisis han mantenido una estrecha relación en donde no dejó de aparecer el enigma femenino cuando Freud dijo que las mujeres eran un “continente negro” seguido de la pregunta, ¿qué es una mujer? de manera que las histéricas de finales del siglo XIX no fueron excepción a dicho cuestionamiento carente de respuestas concretas, el cual ha acompañado a las mujeres, se ha tratado de describir a “La mujer”, muchas ideas y concepciones han sido asociadas a ellas

desde histéricas, brujas, vírgenes, mártires, víctimas, sometidas, manipuladoras etc., lo que denota la imposibilidad de dar una definición acerca de las mujeres, ¿histéricas, sometidas o ambas?

Precisamente una cara que ha sido otorgada a lo femenino es el sometimiento como una particularidad que las mujeres han vivido generalmente perpetrado por otro u otros más fuertes, con autoridad y poder, situándolas en una posición de víctimas, que han recibido toda clase de abusos desde que nacen y son llamadas mujeres, dicha concepción se ha conservado a través de los siglos, formando parte de la esencia femenina, de manera que un recorrido histórico permitió conocer los diversos momentos y lugares que las mujeres han ocupado, mostrando numerosas facetas, desde agricultoras, amas de casa, empleadas de fábrica, enfermas mentales hasta revolucionarias, haciéndose acreedoras de múltiples adjetivos que aparentemente definieran el “ser mujer”.

Como parte contraria al sometimiento y victimización de las mujeres se encuentra la histérica “trastornada”, lo que se muestra incongruente ya que parecen rasgos opuestos, sin embargo ambos extremos están íntimamente vinculados con lo femenino, no obstante el psicoanálisis interesado en las mujeres y sus incógnitas a través de la histeria ha logrado abordar el tema de la feminidad, dicha estructura ha mutado con el pasar de los años, actualmente la histeria no consiste únicamente en anestias y convulsiones, se ha modificado, revelándose multifacética, toma formas y características distintas, las cuales continúan ocupando un lugar de interés para el psicoanálisis, de modo que surge la pregunta ¿Cuáles son esos rostros?, ¿podría el sometimiento verse como una cara de la histeria?, ¿tendrá algo que ver la constitución psíquica de cada mujer en lo que respecta al sometimiento o será responsabilidad de la cultura-sociedad?

Entonces, ¿sometidas-víctimas o “trastornadas”-manipuladoras?, exactamente la histeria ha sido asociada con la simulación y enfermedad de las mujeres, por lo que aparece la pregunta: ¿Cómo se relaciona histeria, sometimiento y mujer?,

permitiendo la apertura de otros cuestionamientos como: ¿El sometimiento será un rasgo femenino?, ¿el sometimiento ha acompañado a las mujeres desde que éstas existen?, ¿el sometimiento será una característica inherente a las mujeres históricas o será una elección?, ¿las mujeres históricas se colocan en una posición de sometimiento ante las demandas del Otro?, ¿las mujeres sometidas serán víctimas de Otro?, ¿sometimiento significará ceder el deseo al Otro?, ¿estarán ajenas a la situación o tendrán alguna responsabilidad?, de modo que el sometimiento es un tema complejo que puede ser visto desde múltiples ángulos, uno de ellos el psicoanálisis, que busca responder de forma profunda, interesado en algo más que la descripción de los síntomas.

Por lo tanto con esta investigación se pretende hacer **una** lectura desde una perspectiva psicoanalítica lacaniana acerca del sometimiento de las mujeres ante las demandas de Otro y cómo esta situación encuentra su relación con la estructura histórica, con la finalidad de esclarecer si las mujeres históricas se someten a las demandas del Otro debido a que no quieren perder su lugar en el deseo del Otro, analizar si el sometimiento se presenta en toda estructura histórica por ser inherente a ésta o es una elección que hace cada mujer y dilucidar si el sometimiento significa ceder el deseo en las mujeres históricas.

De manera que para poder transitar por el camino del sometimiento de las mujeres y su relación con la histeria, fue necesario realizar un análisis conceptual de algunos de los postulados principales de la teoría lacaniana, sin embargo para llegar hasta ahí fue imprescindible realizar un recorrido teórico comenzando con un esbozo del devenir histórico-social del papel de las mujeres en diferentes épocas representativas desde el periodo primitivo hasta la modernidad, con el propósito de evidenciar los principales roles en cada momento, conocer el lugar asignado y asumido, así como el sitio que ha ocupado el sometimiento en cada etapa, lo que permitió cuestionar si las mujeres estaban conformes con ciertas condiciones o eran capaces de intervenir y debatir cuestiones que estaban relacionadas directamente con ellas, lo que conformó el Capítulo 1.

Dentro del Capítulo II se abordó la aparición, evolución, antecedentes e ideas predominantes respecto de la condición histérica en el sexo femenino, desde la antigüedad hasta el siglo XXI, de modo que permitiera una exploración profunda de la estructura histérica, iniciando con los postulados freudianos ya que éstos constituyen la base para poder acceder a los planteamientos lacanianos, los que resultan fundamentales para el análisis del sometimiento y su relación con la histeria. Por otra parte el psicoanálisis no ha sido el único en abordar la histeria por lo que se pretendió exponer otras formas de entender la histeria desde distintas concepciones teóricas, como la propuesta por el DSM-IV-TR, y la psiquiatría-psicodinámica incluyendo su tratamiento y visión desde dicha disciplina, ambas muestran formas muy diferentes de comprender la histeria, lo que resulta interesante ya que ésta continúa apareciendo hasta el siglo XXI.

Dando paso al Capítulo III donde se aborda principalmente bajo un enfoque psicoanalítico laciano la constitución de la psique masculina y femenina, explicando el Complejo de Castración y el Complejo de Edipo como base para la constitución psíquica de todo sujeto, conceptos fundamentales en la teoría psicoanalítica, que abren el camino a la estructura histérica como posicionamiento ante la falta, permitiendo que se exponga el discurso histérico, y el porque de la imposibilidad de totalizar a “La mujer” en este esfuerzo que hace el psicoanálisis de abrir posibilidades y evitar generalidades, mientras propone abordar a las mujeres una por una.

En el Capítulo IV se trata el goce femenino y sacrificial, así como un análisis acerca del deseo, qué sucede cuando se cede el deseo asociado con la estructura histérica, a la vez que se relaciona con el sometimiento. Finalmente el Capítulo V se dedicó como espacio de discusión resultante del recorrido y análisis teórico realizado a lo largo de la presente investigación lo que permitió elaborar las conclusiones acerca del sometimiento de las mujeres ante las demandas del Otro y su relación con la histeria.

RESUMEN

La histeria es una estructura clínica que nace con el psicoanálisis, a partir de entonces ha tomado diversos semblantes, es por ello que el propósito de la presente investigación consiste en analizar el sometimiento de las mujeres ante las demandas del Otro y su relación con la histeria, sobre la base de la perspectiva psicoanalítica lacaniana. A través de un recorrido del devenir histórico-social del papel de las mujeres, así como de la histeria desde su aparición en los casos clínicos freudianos arribando a la actualidad, centrándose en el análisis conceptual de diversos postulados dentro de la teoría lacaniana como los complejos de Castración y Edipo, la constitución psíquica femenina mediante el diagrama de la diferencia sexual, el discurso de la histérica, la imposibilidad de “La mujer” como universal, el goce femenino y sacrificial, ceder el deseo, sometimiento, con la finalidad de esclarecer que las mujeres histéricas se someten a las demandas del Otro debido a que no quieren perder su lugar en el deseo del Otro, de modo que el sometimiento es inherente a toda estructura histérica, sin embargo es una elección mantenerse en esa posición, y finalmente entender el sometimiento desde una perspectiva psicoanalítica como encontrarse bajo el deseo del Otro, una vez que el deseo propio se ha cedido al deseo del Otro la histérica se encuentra so-metida.

Palabras clave: Psicoanálisis; Mujeres; Sometimiento; Histeria; Ceder el deseo.

CAPÍTULO I.

EL DEVENIR HISTÓRICO-SOCIAL DEL PAPEL DE LAS MUJERES

Las mujeres han ocupado un papel central en la humanidad desde que ésta existe, siendo motivo de numerosas interrogantes probablemente a partir de que el ser humano se comunica entre sí, han intentado ser respondidas a través de diversos enfoques como la psicología, etnología, sociología, filosofía, actualmente la perspectiva de género, el psicoanálisis y por supuesto mujeres pertenecientes a distintos ámbitos, sociales, profesionales y económicos que cuestionan día a día su papel y función, es por ello que existen más espacios dedicados a ellas, foros, congresos, libros, programas, leyes o acciones afirmativas que afiancen sus derechos. Esto abre a su vez la discusión de lo que significa “ser mujer” en el siglo XXI, de las nuevas condiciones que enfrenta, gracias a los cambios por los que ha transitado durante tantos años, por lo que un recorrido histórico hará posible una mejor comprensión del presente.

Cotidianamente se hace referencia a “la mujer” dando por hecho que es un término de comprensión común poseedor de un significado universal, con una definición única y aplicable para todas, como si al decir “la mujer” quedaran englobadas las características que la identifican, parecería una alternativa viable el dejar de generalizar y referirse a las mujeres en plural, con todas sus particularidades y diferencias, en distintos espacios y tiempos, pero siempre teniendo en cuenta la gran diversidad de características, dejando de lado un concepto que cierra posibilidades, encasillándolas en una definición concreta, lo que parece prácticamente imposible.

Durante este recorrido histórico se atraviesan épocas, culturas, formas de pensamiento distintas, que dan lugar a imágenes, ideas y estereotipos acerca de cómo deben de ser o son las mujeres, los que marcan rutas que recorrer o modelos por representar, que se manifiestan como absolutos y fortalecidos por el grupo social. Por lo tanto, “la condición de la mujer ha estado estrechamente ligada a la sociedad dada, presentando una estabilidad que la hace prácticamente inmutable...” (Niesvizky, 2001). Lo que continúa sosteniendo un retrato y descripción que pretende ser único, soportando y sustentando el proceder femenino, que aparenta carecer de alternativas, lo cual se irá disgregando y cuestionando, mediante la distinción de los periodos más representativos.

Es necesario remitirse a los tiempos más antiguos de los que se tenga registro, existen diversas teorías acerca de la situación de las mujeres en el periodo primitivo, por ejemplo, Brownmiller (1975), argumenta que desde la “época primitiva había diferencias debido a la constitución biológica de los géneros, es decir, que los hombres eran más fuertes físicamente en relación con las mujeres, por lo que se dieron cuenta que podían acceder sexualmente a ellas sin su consentimiento”, la autora afirma que esas distinciones biológicas dieron origen a que los hombres utilizaran el miedo para dominarlas¹, lo cual no era del todo falso sin embargo dichas condiciones fueron variando.

No siempre fue así o por lo menos no en todas las tribus, durante el comunismo primitivo no existía diferencia entre la situación de los hombres y de las mujeres, las tareas eran las mismas para ambos, Kollontai (1979), señala que “en el comienzo de la humanidad, es decir, en la fase de caza y recolección, las diferencias anatómicas entre las cualidades corporales no eran significativas, poseían una fuerza y agilidad más o menos equivalentes...”, lo que permitía realizar actividades similares; por otra parte el nacimiento de los hijos no ocasionaba interrupción alguna en las labores, se tenía al niño, y continuaban

¹ Cabe señalar que Susan Brownmiller feminista destacada, se interesa principalmente en la violación es por ello que se enfoca más en lo corporal y en la fuerza que ejercía el hombre sobre la mujer en la época primitiva.

inmediatamente con las actividades normales, durante este periodo la procreación no era particularmente valorada, se consideraba una labor más, fue tiempo después que los partos adquirieron una gran influencia de manera social, ya que según Reed (1980), “los instintos de las hembras les permitió llevar la delantera en la modificación de los impulsos animales y reemplazarlos gradualmente con comportamientos socializados”, esto sugiere que es posible atribuir a las mujeres una conducta más organizada, capaces de convivir con otras tribus, así que encontraban maneras que les permitieran cohabitar con otros al tener que detenerse por el parto y coexistir con otras personas.

Es necesario aclarar ambas posturas, ¿mujeres dominadas en la época primitiva o no?, la distinción radica en que al mismo tiempo se desarrollaron dos formas de organización diferentes, por agruparlas de alguna manera, que fueron la agricultura y la crianza de animales, quienes practicaban agricultura gozaban de un estado más valorado debido a sus conocimientos avanzados en el tema, algunas tribus incluso poseían un sistema matriarcal, mientras que en los pueblos criadores de animales predominaba el patriarcado.²

Las mujeres de la tribu agricultora conocían de hierbas y sus propiedades, fueron los primeros médicos, las primeras en acceder a la agricultura, las cuidadoras del fuego, en aquel entonces, de acuerdo con Kollontai, (1979):

El saber era un atributo de la mujer, a la que el hombre temía y respetaba [...] por lo que no estaba solamente en igualdad con el hombre sino que a causa de una serie de hallazgos y descubrimientos útiles al género humano y que contribuyeron a su evolución económica y social, llegó incluso hasta sobrepasarlo.

Se destacaban numerosas cualidades apreciadas en dicha tribu otorgándoles un lugar privilegiado. Mientras que en la tribu de criadores, era más difícil la

² Matriarcado es una palabra griega que designa el predominio de la mujer, (es la madre quien perpetua a la tribu) y el Patriarcado consiste en el predominio de los derechos del padre, (la posición predominante del más viejo de la tribu).

participación de las mujeres ya que el trabajo con los animales requería mayor fuerza y esfuerzo físico, más complicado aún cuando estaban embarazadas, lo que provocaba que se quedaran atrás cuidando a los hijos y a los animales, de esta manera los hombres eran considerados como los productores principales, ocupando las mujeres un lugar secundario.

Artous (1978), señala que dadas las diversas actividades que desempeñaban, “en las sociedades primitivas se trató del control colectivo de los hombres sobre las mujeres, por el que la comunidad dirigía su funcionamiento y las circunstancias generales de su reproducción”, lo que indica que a medida que las tareas se fueron dividiendo³, es como se fue diferenciando lo que correspondía a cada sexo, “estas diferencias en el tipo de trabajo, hicieron que cambiara la valoración de la vida social que se daba a la actividad de cada género” (Valladares, 1993). Lo anterior demuestra que durante el comunismo primitivo existió gran diversidad en cuanto a quién era la figura dominada y respetada, debido a que dependiendo de las condiciones varón o mujer tomaban el control.

Reed (1980), señala que “era una falacia total de los primeros relatos de las condiciones sociales primitivas que toda vez que se veía a las mujeres trabajar arduamente, se juzgara su estatus como esclavismo y opresión, ningún malentendido podría ser más profundo, el significado de tal evidencia es exactamente el opuesto”. Engels (1884) también confirma que una de las ideas más absurdas fue decir que “en el origen de la sociedad la mujer fue esclava del hombre”. Justamente todo el trabajo que hacían simbolizaba su sabiduría, demostraba su capacidad para realizar una serie de actividades y descubrimientos, que más tarde serían atribuidos a los varones, por lo tanto en aquella época el trabajo de las mujeres no era sinónimo de sumisión u opresión, sino de admiración y respeto, ante opiniones tan diversas es difícil establecer una postura definitiva acerca de su posición ocupada durante la época primitiva.

³ La primera división del trabajo es la que se hizo entre el hombre y la mujer, para la procreación de hijos [...] La división del trabajo entre los sexos nada tiene que ver con la posición de la mujer en la sociedad. (Engels, 1884)

Las mujeres fueron respetadas y estimadas durante miles de años debido a su importante función dentro de las tribus agricultoras, destacando el matriarcado⁴, el cual reinó largos periodos, trayendo consigo historias del aprecio del que gozaban, incluyendo a las legendarias amazonas⁵ procedentes de países como Grecia, países bálticos y África, “un relato habla de 20,000 amazonas, otro alude un ejército de amazonas que constituyó una amenaza permanente para el poderoso imperio egipcio [...] las mujeres de una tribu germánica de campesinos guerreros participaron activamente en los combates durante un ataque romano y dispersaron al enemigo [...] la mujer podía ser no solamente productor, sino soldado” (Kollontai, op. cit.). A través de dichas narraciones se muestra la lucha en algunos periodos disputándose el poder entre matriarcado y patriarcado lo que de acuerdo con la historia ha sido constante, respetado o criticado según la época, pasaron muchos siglos antes de que el gobierno de las féminas fuera olvidado y considerado únicamente como parte de la historia.

El siguiente periodo representativo fue la Antigüedad precristiana, con pueblos más desarrollados y avanzados como Grecia y Roma, donde la posición y derechos de las mujeres eran nulos, esto no fue siempre así, cuando vivían en pequeños grupos la situación era diferente, “las mujeres participaban activamente junto a los hombres en la producción, no eran totalmente iguales en derechos, pero eran relativamente libres” (Kollontai, op. cit.), aunque no se podría establecer con seguridad la presencia de matriarcado en Grecia, sí se puede resaltar que las figuras femeninas eran altamente valoradas, por ejemplo las diosas: Atenea, que personificaba la sabiduría femenina y Temis, quien simbolizaba la justicia, eran la representación de conceptos sumamente importantes, lo que muestra lugares importantes que ocupaban, eran amadas y veneradas.

⁴ Reed (1980), “numerosos antropólogos descubrieron que la forma maternal de la organización social había precedido a la sociedad patriarcal civilizada”

⁵ Las Amazonas fueron el primer y más persistente mito de mujeres en libertad viviendo en comunidades. Poderosas, porque manejaban armas, factor de superioridad para los hombres que se cruzaban con ellas. Las Amazonas se establecieron en la isla de Lesbos, patria de Safo (la mayor poetisa de la Grecia clásica), en Lemnos y en la Samotracia. Según la mitología griega, las Amazonas eran hijas del dios Ares (dios de la guerra, hijo de Zeus) y de la ninfa Harmonía (ligada al culto de los dioses de Samotracia). La mitología de estas mujeres diferentes viene de la protohistoria de Grecia.

A medida que se desarrollaba la cultura griega, erigían grandes templos, esculturas, se convertían en metrópolis del comercio internacional, abrían escuelas filosóficas, se transformaban en la cuna de la ciencia moderna, “la mujer tuvo que renunciar a la totalidad de sus antiguos derechos y privilegios y se convirtió en esclava doméstica de su señor y amo, en resumen, de su marido” (Kollontai, op. cit.), por lo tanto las mujeres terminaron sin derechos, tal esclavos.

De manera contraria existían otras mujeres en Grecia, autónomas e independientes, las *hetairas*⁶, amantes de hombres importantes, cultas, interesadas en la ciencia y filosofía, políticamente activas, “ciudadanas libres que transgredían valientemente las leyes morales del matrimonio [...] la existencia de las *hetairas* es la prueba de que entonces la mujer buscaba liberarse de la sofocante prisión que se le había fijado y que significaba su dependencia” (Kollontai, op. cit.). En efecto la presencia de dicho grupo de mujeres demuestra que no todas estaban conformes con el lugar supuestamente asignado y correcto, algunas estaban dispuestas a modificar aquello que se esperaba de ellas⁷, lamentablemente eran raras excepciones que no tenían un poder real sobre el ambiente de la época.

A diferencia de Grecia, en Roma existían vestigios del matriarcado ya que fue una ciudad fundada por tribus de agricultores, estaba anclado a su pasado, fue hasta el final de la monarquía romana por el año 509 a.c. e imperio romano en el año 30 a.c., cuando según Ferreira, (1992):

Se constituyó la familia alrededor de la autoridad absoluta del varón, consagrando su derecho patriarcal y su dominio. El hombre era el jefe de familia, en el aspecto jurídico, político y religioso, con derecho de vida y muerte sobre su esposa, hijos [...] La mujer estaba sometida primero al poder de su padre, que luego era traspasado al marido.

⁶ Básicamente el hetairismo significaba el trato carnal de hombres con mujeres no casadas.

⁷ Lo que corrobora la visión psicoanalítica acerca de que una mujer no puede entrar a una relación erótica como madre o prostituta.

Sin embargo, es necesario destacar que este tipo de familia no se constituyó fácilmente, fue parte de una evolución, uno de los primeros tipos de familia que se identifican en la historia fue la familia consanguínea, en ésta, “los grupos conyugales se separaban según las generaciones, todos los abuelos y abuelas, son maridos y mujeres entre sí, lo mismo sucede con sus hijos, es decir, los padres y madres, los hijos de éstos forman a su vez un tercer círculo de cónyuges comunes” (Engels, 1884), hermanos y hermanas, primos y primas podían ser pareja entre sí, únicamente estaban excluidos padres de hijos, dicho tipo de familias ya no se encuentran actualmente ni en las comunidades más primitivas.

El segundo tipo de familia fue el punalúa, donde se eliminó el comercio sexual entre hermanos y hermanas, que prohibía el matrimonio entre hermanos colaterales (lo que comúnmente se conoce como primos), “cierto número de hermanas carnales o más lejanas eran mujeres comunes de sus maridos comunes, de los cuales quedaban excluidos sus hermanos, esos hombres tampoco eran hermanos entre sí, sino punalúa, es decir compañero íntimo” (Engels, 1884), por lo tanto en estas familias por grupos no podía saberse con certeza quién era el padre pero sí se conocía a la madre, lo que significaba que la descendencia sólo podía demostrarse por la línea materna, sólo se reconocía la filiación femenina; la familia punalúa constituía el punto de partida de la *gens* matriarcal.

El tercer tipo de familia fue la sindiásmica, en la cual un hombre vivía con una mujer, pero la poligamia y la infidelidad ocasional se mantuvo como derecho para el hombre, exigiendo fidelidad de su pareja, y si se disolvía el vínculo conyugal, la madre conservaba a los hijos, y éstos dependían completamente de ella, nada se sabía del padre, lo que sería considerado en la actualidad como parte del matriarcado que antiguamente era la generalidad. A medida que las fortunas aumentaban en la familia los hombres tomaban mayor importancia que las

mujeres⁸, valiéndose de ello para derribar el orden de sucesión, “la abolición del derecho materno fue la gran derrota del sexo femenino. El hombre llevó el timón de la casa; la mujer fue envilecida, domeñada, trocóse en esclava de su placer y simple instrumento de reproducción” (Engels, op. cit.). Con el hecho de que hubiera una sola mujer para cada hombre y no como antes donde había un grupo de mujeres para el grupo de hombres proveía “un sistema de reciprocidad simple [...] donde resultaría una red de obligaciones recíprocas establecida al nivel de las relaciones individuales de parentesco” (Levi-Strauss, 1969), lo cual parecía la fórmula perfecta, sin embargo, el privilegio polígamo del hombre trastornaba dicha condición.

Por último, se encuentra la familia monogámica, la cual se fundó en el poder del hombre, procreando hijos de una cierta paternidad, en calidad de herederos directos, siendo el hombre el único capaz de disolver el vínculo matrimonial y repudiar a la mujer, dando origen a “la monogamia entrando como forma de esclavizamiento de un sexo por el otro” (Engels, op. cit.); fue así como la familia pasó por distintas mutaciones. Por supuesto dichas familias estaban formadas de matrimonios exogámicos donde “identificaban a las mujeres capturadas con una especie de propiedad individual de su vencedor, dando así nacimiento al matrimonio individual moderno” (Levi-Strauss, 1969), antes eran consideradas como propiedad comunal, con la exogamia se tornó individual, proporcionaba otro tipo de derechos y obligaciones. Justamente Levi-Strauss estudia en *Las estructuras elementales del parentesco*, “una organización que es elemental, no por ser más simple sino porque articula los elementos que hacen a las leyes del parentesco, es decir, a la familia, en los diferentes grupos sociales” (Saal, 1998).

Por lo tanto es posible pensar que el dominio del matriarcado o patriarcado no se debe a cambios instantáneos sino una serie de eventos que se inclinan a uno o al otro, así que más adelante el derecho romano otorga cierta independencia con

⁸ Parece que en ese momento surgió la familia patriarcal, con ello el jefe tenía el poder sobre mujer e hijos, con la patria potestad romana y derecho de vida y muerte sobre ellos.

respecto del marido, no obstante, el Estado restringió sus acciones públicas negando la igualdad, postulando la inferioridad del sexo femenino como razón. Por lo que se puede concluir que en las repúblicas de Grecia y Roma tan orgullosas de sus culturas y riquezas, ciudades destacadas en diversas áreas, consideraban a las mujeres dependientes y desprovistas de derechos, bajo la tutela de los maridos, esa era la situación de las dos ciudades más importantes antes de Cristo.

Los primeros siglos después de Cristo no se destacan particularmente en cuanto a las condiciones femeninas, es más adelante cuando toman mayor auge. Para el siglo I, las mujeres eran valoradas ya que proporcionaban una red de lazos de parentesco en tanto esposas y madres, cuidaban a los hombres en el campo de batalla, aunque la principal tarea era el cultivo, el trabajo del hogar y la crianza de los hijos; se les exigía castidad y de no cumplirlo eran severamente castigadas. La decadencia del Imperio Romano era evidente, aproximadamente durante el siglo II, momento en que comenzaban a ceder las instituciones sociales y económicas, ya para el siglo III los problemas internos y los ataques externos aceleraron el descenso, hasta la división del Imperio. En el "siglo IV, Constantino adoptó el cristianismo como religión oficial del Imperio, derogó las leyes matrimoniales y permitió una ilimitada libertad a las mujeres solteras de veinticinco años o más para controlar su persona y su propiedad" (Duby y Perrot, 1993).

Durante el siglo VI es posible observar un cambio notable a lo que se conocía hasta el momento, durante esta etapa el cristianismo ganaba más adeptos, las mujeres comenzaron a dedicar gran parte de su tiempo a la religión y a convertir a los maridos e hijos, para entonces "los padres tendían a pensar en las mujeres como en criaturas de extremos: la hija de Eva o la virgen que imitaba a María" (Duby y Perrot, op. cit.), lo anterior las situaba en difíciles posiciones, modelos extremadamente difíciles de cumplir, uno era símbolo de lo incorrecto, de la tentación y la otra de amor, protección, comprensión, madre dedicada, en una palabra, perfección, lo cual ha tenido un impacto no sólo en aquellos días sino que se ha extendido hasta el presente siglo XXI.

Esto provocó un intento por mantener a las mujeres restringidas en los claustros, para el siglo X se puede ver que a pesar de ello las abadesas asumían posiciones de liderazgo, con el ejercicio de poder político, económico y religioso, desde los siglos V, VI y VII se veía que su papel era diverso, se ubicaban en distintas actividades, algunas en la religión, otras en sus hogares, en teoría tenían la capacidad de elegir entre el matrimonio o el claustro, sin embargo muchas ya estaban comprometidas desde que eran pequeñas, lo que tampoco era del todo desdeñable debido a que estar casada otorgaba muchos derechos como poseer propiedades y títulos de mando, ambas opciones tenían sus beneficios y pérdidas.

No existe un evento concreto que determine con certeza el fin de la Antigüedad y el inicio de la Edad Media, así que entre los años 900 y 1300 se puede señalar como el periodo en el cual la Edad Media estaba en su apogeo, durante ésta la situación de las mujeres dependía de la clase a la que pertenecían, la economía se basaba en el señor feudal y su castillo, los siervos pagaban con materiales y productos, el dueño generalmente andaba en combates o saqueos en otros sitios, por lo que era necesario que una persona competente se hiciera cargo de la administración, siendo la más indicada para dicha labor, la esposa, quien recogía los cánones, supervisaba a los costureros, herreros, artesanos, era responsable de las provisiones, de las bodegas de vino, es así como las mujeres de la clase dominante encargadas de la organización, eran respetadas, y tenían el derecho a heredar títulos y propiedades de su marido, “la tierra era la única fuente de poder y las mujeres podían heredarla de sus maridos o ejercer el poder cuando ellos no estaban” (Duby y Perrot, op. cit.).

En ausencia del cónyuge, la esposa tenía todo el poder sobre los siervos y todos aquellos que dependían directamente de su marido, “las mujeres eran veneradas por los caballeros, el mayor deber del caballero era defender a la mujer” (Kollontai, 1979), cabe señalar que tales homenajes sólo eran dirigidos a las mujeres de la nobleza, no se tenía el mismo respeto hacia las pertenecientes a otras clases. A pesar de que en la clase dominante eran respetadas por su papel de

administradoras del castillo, concediéndoles cierto estatuto, simultáneamente eran pisoteados sus derechos como individuo y ser humano, es decir, que dicha admiración no era extendida en el hogar, ya que el marido podía dañarla, humillarla y despreciarla si no concedía sus demandas.

El señor feudal dominaba a los siervos y todo lo que circunscribía su territorio, la esposa estaba incluida, podía “maltratarla, ridiculizarla, echarla o legarla a algún amigo [...] si le era infiel tenía derecho a matarla [...] la mujer tenía derecho en calidad de esposa a títulos y propiedades, pero en relación al jefe de familia no poseían ni los derechos más elementales” (Kollontai, op. cit.). Cuando pertenecían a las clases altas también les correspondía recibir una instrucción adecuada a la época, coser, hilar, leer, escribir, cantar. Fue para los siglos XI y XII que se abrían conventos con gran auge para la enseñanza de los jóvenes, en aquel entonces se convertían en los primeros centros de estudios filosóficos y científicos, muchos hombres y mujeres se unían a los conventos, aunque fueran religiosas destacaban en ciencia y literatura, pertenecer a los claustros era la única opción válida para recibir una educación alejada a los deberes del hogar.

Sin embargo, la situación no fue siempre la misma, durante la época feudal particularmente entre los siglos X al XIII, en algunos sectores las mujeres también tenían una vida activa, Ferreira (1992) destaca que:

Votaban en las asambleas y comunas desde los 14 años, ejercían oficios y profesiones [...] participaban en las expediciones y cruzadas, [...] no necesitaban el permiso de los padres para casarse, eran instruidas en escuelas y abadías. Muchas llegaron a tener gran autoridad y poder, manejaban feudos y distribuían bienes. Las abadesas gobernaban vastos territorios y propiciaban gran actividad intelectual y artística.

Dichas acciones marcaban los extremos en los que se situaban sus condiciones durante el periodo feudal. Esta cierta libertad e igualdad no duró mucho tiempo, ya que para el siglo XIV el derecho romano restringió una vez más la capacidad de

acción de las mujeres, impidiendo entre otras cosas la sucesión al trono, prohibiendo la instrucción a las niñas así como la ocupación de cargos públicos.

Para abundar en los hechos, sin contar que al mismo tiempo, desde el siglo XIV se venía presentando el fenómeno de las “brujas”, lo cual marcó el periodo como pocos en la historia, en realidad se trataba de curanderas que velaban por los hombres, al principio temidas y respetadas, quienes únicamente eran señoras que poseían conocimientos de herbolaria⁹ para atender diversos problemas de salud. Aunque pronto ese saber se convirtió en maldición, con el pasar de los años, la medicina como profesión ganaba más prestigio, claro que ejercida por los varones, “el discurso médico había sido un discurso masculino desde que el cuidado de los enfermos se arrebató a las mujeres” (Niesvizky, 2001), hombres unidos a Dios y al saber, mientras que ellas fueron colocadas junto al diablo y el mal, para entonces la concepción del patriarca con poder absoluto fue retomado con todo el vigor posible, es decir, todo el poder lo tenía el hombre-varón, estando al frente de la Iglesia.

Al ser catalogadas como “brujas”, seres demoniacos, se justificaba toda crueldad que pudiera ejercerse sobre ellas, aplicando medidas drásticas, desde torturas hasta la hoguera, las mujeres eran entregadas a los sacerdotes quienes regularmente decidían el destino de las mismas, su cuerpo era la representación y contención de las fuerzas malignas y malévolas que las habitaban, de manera que esos cuerpos eran la perdición de los hombres, encarnaban la tentación más pura para los caballeros castos, ya que en esa época la castidad era valorada principalmente en los varones.

Así se difundió la creencia acerca de que las mujeres eran instrumentos del diablo, Kollontai, (1979) dice que:

⁹ “Los médicos originales en la historia fueron realmente las mujeres, la conexión de las mujeres con el cultivo del suelo y la búsqueda de verduras y de raíces las hace especialistas en conocimientos botánicos, se transforman en conocedoras de las propiedades de las hierbas y por consiguiente las primeras doctoras”. (Reed, 1980)

El cristianismo propagó la mortificación de la carne, introdujo la oración, ayuno y abstinencia [...] era una religión muy cómoda para los poderosos, puesto que confirmaba las clases dominantes y dominadas, en particular a las mujeres les reprochaba el incitar al hombre al amor carnal [...] y para un pueblo simple e inculto, que no había aprendido a pensar, creía las enseñanzas de la iglesia.

En esta época la Iglesia dominaba todo, cualquier circunstancia que provocara que la gente se preguntara o cuestionara automáticamente lo hacía acreedor al título de hereje, las personas de ciencia eran acusadas de charlatanería, los discapacitados y hombres enfermos eran considerados como seres poseídos, y las mujeres más cultas e inteligentes corrían mayor riesgo de ser calificadas como brujas, lo que duró varios siglos, mientras eran perseguidas y asesinadas, entre los siglos XV y XVII miles de “brujas” fueron quemadas.

En Europa durante los siglos XIV y XV la situación no cambiaba radicalmente, las féminas eran poco consideradas, el ambiente se agravó durante el Renacimiento, en dicha época “las mujeres de la clase dominante se convirtieron en criaturas sin alma, hipócritas, orgullosas e inútiles, cuya única función consistía en distraer a los hombres, preocupadas por la moda y diversiones” (Kollontai, op. cit), de manera que durante este periodo hubo mínimo interés en la cultura, es decir, menos auge aunque varias tuvieron contacto con filósofos y poetas de su tiempo, compartiendo espacios con personas de ideas progresistas, participando en las guerras civiles y de religión.

Desde los siglos XVI y XVII se libraban batallas entre los que agredían a las mujeres y los que defendían sus derechos a favor de la educación. Para el siglo XVIII durante la Revolución Francesa se recuperaban los movimientos femeninos que “luchaban por la equiparación de sus derechos, contando con el apoyo de políticos y pensadores. Se habían formado clubes de mujeres republicanas que exigían el lema *Libertad, igualdad y fraternidad*”, (Ferreira, 1992). Aunque las luchas por los derechos femeninos continuaban, aún enfrentaban numerosos

obstáculos como el Código Napoleónico inspirador de la mayoría de las leyes occidentales que se hacía presente imponiendo ideas en torno al regreso del patriarcado controlando física, emocional y económicamente a la esposa.

Entre el Renacimiento y la Ilustración, las prácticas educativas se inclinaban de acuerdo a la diferencia sexual y a la clase social, la educación comenzaba a figurar de manera significativa, así como los primeros pasos a las instituciones escolares, las mujeres comenzaban a ser parte del mundo de la educación, “los progresos de la alfabetización femenina en los siglos XVII y XVIII dan fe de la puesta en marcha de un proceso irreversible” (Duby y Perrot, 1993). Ya desde comienzos de siglo XVII personalidades femeninas adineradas se ocupaban de fundar y propagar congregaciones dedicadas a la instrucción de las niñas, lo que por supuesto y como en cada periodo donde los cambios se hacen evidentes trajo consigo diversas polémicas y discusiones acerca del saber de las mujeres, sin embargo, esta postura abrió una nueva interrogante, se trataba de la posibilidad de pensar en que tal vez las faltas de las que eran culpadas resultaban de la carencia de instrucción o cultura.

Otro tema de gran discusión relacionado a la educación de las mujeres fue decidir ¿Qué era lo más indicado para ellas?, ¿qué debían aprender?, ¿qué temas eran adecuados?, parecía que la lectura, escritura y algo de cálculo no afectarían sus funciones domésticas y familiares. A pesar de los cambios que se suscitaban en el siglo XVIII, identificado como *la Ilustración* o el *Siglo de las Luces*, se puede señalar que “el discurso fue también un discurso del hombre, apuntaba a la narrativa sobre la mujer como: frágil, emotiva, dependiente, sexualmente pasiva y predestinada a la maternidad...” (Niesvizky, 2001), para los filósofos de la época la razón de la mujer era inferior a la del varón.

Aunque algunos sectores se oponían a la educación femenina una vez que ésta comenzó, vino con ella un nuevo debate de la comunidad de la Ilustración, el cual se centró en los lugares donde ésta debía llevarse a cabo y quiénes iban a ser los maestros, ¿cuál podría ser el mejor lugar, un convento, un internado o una

escuela?, evidentemente de puras mujeres ya que no debían mezclarse los sexos, ni las enseñanzas para cada uno, los conventos, escuelas e internados comienzan a propagarse, claro estaba que con mayor acceso a quienes podían pagarlos hasta que se convirtió en una tradición que las jóvenes de buena posición asistieran a cualquiera de los lugares apropiados para ellas hasta que la familia decidiera lo contrario. Según Duby y Perrot (1993), “sea cual fuere la escuela a la que la niña asista, no corre el riesgo de salir sabia. El convento, al igual que la escuela, sólo ofrece una experiencia limitada del saber...”, por supuesto entre este saber predominaba el precepto religioso, “amar, conocer y servir a Dios”.

Durante este periodo se presentan numerosos cambios, por ejemplo, “el movimiento de las mujeres burguesas fundado en América por Abigail Smith Adams y Mercy Warren, en Francia por Olympe de Gouges y en Inglaterra por Mary Wollstonecraft, repetían que era gracias a unos cuantos filósofos ilustrados del siglo XVIII y la acción valerosa de algunas mujeres que se daba lugar a la discusión sobre la igualdad de derechos” (Kollontai, 1979). El final del siglo XVIII está marcado por numerosas revoluciones donde se reconoce la participación de las mujeres aunque de distintas maneras; particularmente en Europa había quienes incitaban a los hombres a las revueltas, por supuesto no es posible generalizar la intervención femenina, ya que varía según el país y las condiciones de los levantamientos, por ejemplo muchas comienzan a expresarse acerca de la revolución, mediante manuscritos o discursos orales, hacían escuchar sus opiniones y muchas veces hablaban en nombre del sexo femenino. De manera que este periodo puso en marcha la parte intelectual en las mujeres, como proceso irreversible, no obstante aún se cuestionaban las facultades femeninas, todavía estaba de frente un gran camino para que las mujeres fueran escuchadas.

Entre los siglos XVI y XVIII comienza a hacerse notoria la participación de las mujeres en otro ámbito además del educativo, el laboral, aunque tomó mayor auge durante el capitalismo, por supuesto el trabajo femenino no fue comprendido y aceptado inmediatamente, los hombres tardaron en percatarse de que ellas

representaban una fuerza productiva importante y que comenzaban a abandonar los hornos y el hogar. Durante los siglos XVIII y XIX, periodo en el que florece el capitalismo, trae consigo cambios significativos en la sociedad como había sido conocida hasta entonces, por supuesto aquí sólo será analizada la situación femenina de aquella época. Con fines aclaratorios, es importante señalar las diferencias entre las sociedades precapitalistas y las capitalistas: “las mujeres en las sociedades precapitalistas eran más bien mercancías intercambiadas por las familias que individuos, su estatuto estaba en función de su dependencia casi total y de su especialización en las tareas de reproducción de la especie y de las tareas domésticas” (Artous, 1978), de manera concreta quedó dicha la condición anterior al capitalismo, ahora habrá que ver cuál fue el cambio que atrajo esta nueva forma en que comenzó a desarrollarse la sociedad capitalista.

La industria como producto del capitalismo, trae consigo una ruptura con el patriarcado, dando apertura a nuevos caminos para las mujeres dentro de la producción social, “la proletarización masiva de la mujer por el capital sentaría las bases materiales para una igualdad entre hombres-mujeres...” (Artous, op. cit.), esto no parece del todo cierto ya que hay diversos aspectos alrededor de la supuesta igualdad, aún en el trabajo son tratadas de manera distinta, con salarios menores, bajo las órdenes de hombres, y eran colocadas en puestos considerados femeninos, por lo que el destino siempre señalado para las mujeres hacía su magistral aparición también dentro del ámbito laboral.

Ante la oportunidad de insertarse en la industria, ahora se presentaba una nueva disyuntiva, las mujeres tenían deberes dentro del hogar, con la familia, por lo que si decidía quedarse dentro de la casa quedaba fuera de la producción social, por otra parte si deseaba trabajar y ganar su propio dinero era prácticamente imposible cumplir con las obligaciones de la casa, por lo que había que elegir entre una familia o participar en la industria y para quien tenía ambos se tornaba una situación criticada y complicada, el que trabajara no le daba los mismos privilegios que a los hombres, “la trabajadora era a la vez proletaria y mujer, es

decir no sólo trabajaba en la fábrica y en el hogar, sino que la forma en que participaba en la producción se veía predeterminada por su estatuto de mujer” (Artous, op. cit.).

Parecía que una sola persona era dividida al menos en dos y comenzaba a darse una situación bastante oscurecida e incómoda, ya que de un instante a otro las mujeres pasaron de ser las honorables esposas de comerciantes y artesanos a obreras de manufactura, particularmente despreciadas, consideradas como unas vulgares “chicas de fábrica que no merecían respeto alguno”, como si por el hecho de estar trabajando en la industria dejaran de ser las esposas o madres de otros, eran comparadas con desechos de la sociedad y prostitutas, convirtiendo las palabras “vergüenza” y “deshonra” en sinónimos de las chicas que trabajaban en una fábrica. (Kollontai, 1979)

El capitalismo enfrenta así a las mujeres a una situación contradictoria, ya que de alguna manera las ubicaba dentro del trabajo doméstico excesivo, valorando ampliamente dicho sector y por otra parte abría la posibilidad para que pudieran escapar de esa imagen que había predominado por tanto tiempo, teniendo un sitio sólo en función del lugar ocupado en las relaciones de parentesco. En aquel momento cuando el capitalismo le permitió su participación en la producción social, “sienta las bases para que la emancipación de la mujer se convierta en una posibilidad histórica concreta” (Artous, op. cit.). El movimiento de las mujeres y su lucha por los derechos humanos, en este caso era a causa del desarrollo general de la producción, de la economía y del papel que ocupaban cada día más en el interior de la producción, por lo que al tener que enfrentarse a tantas situaciones y obligaciones nuevas traía como consecuencia la necesidad de adquirir derechos y trato justo, ya que pertenecían al trabajo industrial tanto como los hombres.

A principios del siglo XIX las mujeres que trabajaban en la industria vivían una situación catastrófica a nivel personal por las condiciones de la época, para entonces casi un 50% de la población femenina estaba empleada en fábricas, la

mayoría de estas mujeres eran casadas; por lo que de esta nueva situación deriva otro aspecto, dadas las condiciones de vida, “el salario del marido ya no bastaba para satisfacer las necesidades de la casa. Se había terminado lo de matrimonio-seguridad-sustento para la mujer. Para poder alimentar a su familia, el hombre y la mujer debían ponerse a trabajar. El hombre ya no era el único sostén [...] ya no era raro ver a la mujer irse a trabajar y al hombre permanecer en casa” (Kollontai, 1979). Conforme el capitalismo avanzaba las mujeres dejaban de ser un complemento del esposo, ya no se ocupaban más del trabajo casero, comenzaban a situarse en una posición similar a ellos.

Con tantas mujeres trabajando en la industria durante los primeros años del siglo XIX, “una tercera parte del valor que circulaba en el mercado mundial era producido por ellas. Desde entonces, su participación en la producción internacional de mercancías ha seguido naturalmente aumentando. El trabajo de la mujer se ha convertido en un factor de estabilidad económica. A pesar de eso la <<cuestión de las mujeres>> sigue sin resolverse” (Kollontai, op. cit.). Pero ¿A qué se referirá la autora con esa expresión?, podría suponerse que se trata de esa desigualdad, y condiciones de trabajo inferiores que no lograban resolverse pese a su ocupación cada vez mayor en la industria.

Por lo tanto el movimiento se amplió y corrió rápidamente, “a finales del siglo XIX, en la totalidad de los estados occidentales y orientales se formó una sólida red de organizaciones femeninas” (Kollontai, op. cit.). Dicho movimiento pretendía no ser clasista sino neutro y afirmaba representar las demandas y acciones de todas las mujeres, sin embargo tales afirmaciones eran sumamente aventuradas ya que no todas querían lo mismo, finalmente las feministas burguesas únicamente representaban sus propios intereses a pesar de que participaran personas de otras clases sociales. Esta nueva ideología trajo consigo un nuevo conflicto, las feministas comenzaron a imitar a los hombres, ya no sólo deseaban tener los mismos derechos, sino que cada vez más tomaban actitudes y conductas vistas únicamente en varones.

Esta tendencia también tuvo su talón de Aquiles, no tomaron en cuenta la doble tarea, ignoraron que los derechos que exigían sólo aseguraban un trabajo, pero no tomaban en consideración la función de madres, la que no dejaron de desempeñar, eran empleadas en las fábricas, madres, esposas, pero estaban tan concentradas en obtener la supuesta igualdad con los hombres que se olvidaron de ello, dejaron de lado su protección en calidad de madres, enfocándose únicamente en obtener las mismas condiciones que los hombres, quienes no se enfrentaban a un embarazo, las mujeres olvidaron ese aspecto, empleaban toda su energía en probar que no eran inferiores a los hombres, descuidando su especificidad, borraron algunos aspectos que fueron tomados en cuenta años más tarde.

Lamentablemente esos signos precursores de prácticas feministas del siglo XIX no fueron del todo definitivos, no obstante provocaron incesantes rectificaciones, adaptaciones, jurisprudencias, y conquistas feministas, es cierto que al comienzo del siglo de acuerdo con Duby y Perrot, (1993):

Se pensaba que todas las mujeres debían tener idéntica finalidad, una misión de esposas y madres, en cambio el final del siglo, consciente de las transgresiones femeninas, propone una norma más fina, que convierte cada historia femenina en un destino controlado. Se podría entender que se devuelve la libertad al individuo femenino, a quien se reconoce la elección de un itinerario personal.

Fue durante el siglo XIX que las mujeres trabajadoras alcanzaron preeminencia, ya que para entonces gran cantidad se encontraba en las fábricas, por supuesto que éstas han trabajado desde el comunismo primitivo, en el campo, en el hogar, con los animales, únicamente que no en el sentido que se dio al trabajo con el capitalismo y la producción dentro de las fábricas, donde el producto era lo que realmente importaba, con dicho cambio y la mujer insertada en el mundo laboral, se abrían interrogantes, que eran motivo de numerosas discusiones: ¿Debe una mujer trabajar por una remuneración?, ¿cómo influía el trabajo asalariado en el

cuerpo de la mujer y en la capacidad de ésta para cumplir funciones maternas y familiares?, ¿qué clase de trabajo era idóneo para la mujer?, alrededor de los debates acerca de las mujeres trabajando, aún en la actualidad es posible notar generalmente la oposición entre hogar-trabajo, maternidad-trabajo asalariado y feminidad-productividad.

Pronto los trabajos y lugares considerados como adecuados para las mujeres dejaron de ser los campos y las fábricas, para ocupar espacios en oficinas gubernamentales, empresas y compañías que contrataban secretarías, archiveras, “las oficinas de correos, de teléfonos, almacenes, hospitales y escuelas prefirieron mujeres”. Pronto todos los lugares mencionados estaban poblados con chicas de cierta edad y características estipuladas para ser contratadas, “hacia 1920 cerca del 40% de las trabajadoras estaban en empleos de oficina” (Duby y Perrot, 1993).

A pesar del aumento de mujeres trabajando aún se enfrentaban con la disyuntiva oficio-familia, por ejemplo en estos nuevos empleos de recepcionistas, archiveras, etc., uno de los requisitos era ser soltera porque la posibilidad de un embarazo ponía en riesgo el rendimiento de la persona, así como diversas consideraciones, por lo que no era difícil o raro encontrarse con maestras o enfermeras solteras, era el precio a pagar por estar en una situación social distinta, trabajo digno a cambio del matrimonio y el hogar, lo cual comienza a declinar a finales del siglo XIX.

A principios del siglo XX era común ver mujeres solteras o viudas con una remuneración más alta, por lo tanto se hacía evidente que el acceso a la cultura alejaba del matrimonio a muchas que poseían capacidades intelectuales que eran puestas en duda, ya que solía decirse que “cerebro y útero” no podían desarrollarse conjuntamente, no obstante todo eso traía consigo gran revuelo, “desde el momento en que se perfila un retrato de mujer sola, no hay prácticamente registro que no aluda a una desviación respecto del ideal femenino, ideal definido por un estatus jurídico, una concepción del amor, un determinismo biológico y un código de belleza femenina” (Duby y Perrot, op. cit.).

Los movimientos y organizaciones femeninas continuaban, marcando su presencia tiempo atrás, probablemente no con la intensidad que tomaron desde finales del siglo XIX cobrando fuerzas cada vez mayores y estructuras más sólidas, múltiples han sido los rostros del “feminismo”¹⁰, por lo que resultaría complicado poder establecer el momento en que se funda como tal, en el que se construye bajo un nombre propio y características específicas, ya que tuvo y ha tenido que pasar por un proceso para poder constituirse, pero sobretodo para poder ser reconocido y aceptado socialmente, durante el siglo XIX grupos minoritarios de mujeres creaban una identidad pública a través del “feminismo” por medio de la escritura y de su organización.

Por supuesto toda la lucha por el acceso al mundo profesional es también parte de la conquista por una autonomía económica, las mujeres comenzaban a romper el silencio que rodeaba a la sexualidad, los movimientos eran continuos, por lo que “la repetida irrupción de los feminismos, de la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial, su prensa y sus asociaciones, sus tácticas y sus alianzas, sus reivindicaciones y las hostilidades que provocan en Europa y Estados Unidos son testimonio de que en el siglo XIX la cuestión de las mujeres se convierte en objeto de amplísimas discusiones públicas, sociales y políticas” (Duby y Perrot, op. cit.). Es factible señalar que la Ilustración aportó numerosas armas intelectuales a la causa, ideas de razón, progreso, derechos, educación y libertad por destacar algunas.

Ante los primeros intentos franceses de mujeres, el imperio de Napoleón inmovilizó todo esfuerzo de liberación femenina, influyendo en la condición legal particularmente dando apertura a la idea de que las mujeres eran propiedad del hombre, su tarea principal era la reproducción y cuidado de los hijos. Pronto el movimiento femenino básicamente intelectual mostraba interés por participar como

¹⁰ “Se entiende al feminismo como movimiento organizado en una multiplicidad de formas, con un merito indudable acerca del discurso de los derechos de las mujeres como una especie de capacitación emocional, política e intelectual que permite que las mujeres dejen de ser víctimas”. (Lamas, 2006)

seres independientes fusionándose con el movimiento de socialistas utópicos, quienes atacaban particularmente al matrimonio y las condiciones bajo las que se veían las mujeres.

Con el siglo XX llegan otros conceptos, se acepta con más facilidad que las mujeres sean solteras y orgullosas de sí mismas, diversos autores celebraban que ya no fuera sacrificada su vida al amor y a la pasión, también continúa el cambio de actitud hacia la sexualidad femenina, apoyando esta ideología surgía la nueva generación de mujeres médicas, reconquistando algo que había sido suyo hace mucho tiempo, sugiriendo que era necesario liberarse del miedo y la ignorancia al propio cuerpo, no obstante, éste aún se encontraba en un terreno frágil, con largos y arduos caminos por recorrer, que van tomando distintos matices según el lugar.

La guerra constituyó una experiencia de libertad y responsabilidad para las mujeres, ya que se valora el trabajo femenino a la patria y se da apertura a nuevas oportunidades profesionales, aunque fuera por necesidad de cierta manera se ven eliminadas las barreras entre trabajos masculinos y femeninos, “para 1914 se contaban con cientos de médicas y abogadas, las niñas penetraban a la alta educación [...] las trabajadoras tomaban conciencia de sus capacidades y estimaban su nueva independencia económica” (Duby y Perrot, op. cit.).

Los movimientos femeninos se hacían presentes de todas las maneras posibles, y en todas partes del mundo, una prioridad era conseguir el derecho a votar. Las gestiones para obtener el voto se escuchaban cada vez más, en México según el INMUJERES, (2002):

Para 1929 surgen nuevas asociaciones de mujeres, cuyo principal objetivo era obtener los derechos políticos plenos: el partido Feminista Revolucionario y el Bloque Nacional de Mujeres Revolucionarias [...] para 1953, se publicó en el Diario Oficial el nuevo texto del Artículo 34 Constitucional: “Son ciudadanos de la República los varones y las mujeres que, teniendo la calidad de mexicanos, reúnan, además, los

siguientes requisitos: haber cumplido 18 años, siendo casados, o 21 si no lo son, y tener un modo honesto de vivir [...] para 1955 en las elecciones del 3 de julio las mujeres acuden a emitir su voto a las urnas, para elegir Diputados Federales XLIII Legislatura.

Debido al aumento intenso de mujeres trabajando y consiguiendo diversos puestos, abrieron las puertas a una cierta independencia, la imagen de la mujer tradicional poco a poco iba desvaneciéndose, para 1970 prácticamente la década de las feministas, era posible celebrar grandes triunfos sociales, sin embargo se presentaban nuevos problemas como Badinter (2003) señala:

Un cambio psicológico que se fusionara con una nueva sensibilidad social [...] nada había cambiado verdaderamente: las mujeres siguen asumiendo las tres cuartas partes de las tareas familiares y del hogar [...] el desencanto se tornó resentimiento contra las feministas que después de reclamar objetivos irrealizables, se refugiaron en el silencio...

A pesar de que las mujeres rompían con la imagen que exigía protección y cuidados, hubo quienes prefirieron ignorarlo conservando el tema de la eterna opresión masculina, tomando una posición *victimista*¹¹ la cual “no carece de ventajas, no sólo porque la víctima siempre tiene la razón sino porque también provoca conmiseración simétrica al odio sin piedad que una dispensa a su verdugo. La victimización del género femenino permite unificar la condición de las mujeres con el discurso feminista bajo una bandera común” (Badinter, 2003).

Autoras como Susan Brownmiller, Catherine MacKinnon y Andrea Dworkin, adquirieron gran importancia ya que estaban de acuerdo con que las mujeres eran una clase oprimida al igual que su sexualidad, esta nueva filosofía *victimista* crecía comparándolas con sobrevivientes de campos de concentración, seres indefensos ¿No habría sido mejor incitar a las mujeres para que se defendieran por sí solas

¹¹ Neologismo utilizado por Badinter, (2003) que designa la actitud que consiste en definirse prioritariamente como víctima.

antes de considerarlas seres indefensos?, se les estaba encasillando en personas incapaces, lo que podía leerse como una contradicción, por un lado estaban peleando por la igualdad, derechos, planteando que poseían las mismas capacidades e inteligencia, y por otra parte estaban situándose como víctimas, siempre oprimidas, controladas, sometidas, a merced de los hombres, sin poder defenderse, lo cual enviaba un doble mensaje.

Ante estas nuevas posturas comienzan a sobresalir casos de violencia intrafamiliar, cada vez más documentados y traídos a la luz, justamente para confirmar lo que sucedía a las mujeres dentro de su propio hogar, generalmente ejecutado por un miembro de su familia, lo que no puede ser negado, claro que ocurría y ocurre, desde los tiempos más antiguos hasta los actuales, por otra parte es necesario señalar que aunque en menor número también “las mujeres pueden matar, humillar, torturar, no siempre lo hacen por amor despechado o por defenderse de un marido violento, también lo hacen por interés o sadismo” (Badinter, op. cit.), esta visión que las mantiene alejadas de la postura de víctimas débiles es necesaria debido a que tampoco puede dejárseles de un sólo lado (víctimas) y a los hombres de otro (victimarios) como si no hubiera ninguna otra posibilidad, el que la mujer pueda ser victimaria abre nuevas rutas.

La década de 1970 entre muchas otras cosas manifiesta los esfuerzos por separar la sexualidad de la moral, el sexo era uno de los temas tratados principalmente por las feministas de la época, por supuesto contribuyeron notablemente en la liberación, el tener los hijos cuando se deseara, disfrutando sin impedimentos, esto se convertía en un aspecto maravilloso para las mujeres que podían gozar tanto del sexo con libertad, como de sus actividades laborales o sociales ya que no tenían que abandonarlas o posponerlas a causa de un embarazo no planeado o esperado, aunque por otro lado esto alentó la liberación extrema de la sexualidad, “creyendo quebrar el yugo masculino, las feministas libertarias por el contrario lo habían reforzado. Más que nunca las mujeres funcionaban como objetos descartables” (Badinter, op. cit.).

Ahora bien, después de un largo recorrido el feminismo se hace destacar en México particularmente a partir de 1970, donde tuvo dos momentos: “El primero caracterizado por la idealización de la condición femenina, [...] desarrollando una política arraigada en la identidad y el segundo la institucionalización gradual de formas organizativas en la esfera pública” (Lamas, 2006). La ola feminista que arranca en los setenta estaba integrada por mujeres de clase media, con educación universitaria, con tres demandas principales: la maternidad voluntaria (lo cual incluía educación sexual, uso de anticonceptivos y acceso al aborto), no a la violencia sexual y derecho a la libre opción sexual, no obstante peticiones como el aborto y el lesbianismo atentaban contra prejuicios religiosos arraigados en la sociedad que dificultaba la aceptación de la nueva liberación femenina.

Por otra parte la postura *victimista* no permitía tomar una posición política, pública, con posibilidad de diálogo, ya que víctimas sensibles y honestas no conseguían establecer relaciones políticas ni entre ellas ni con otros, ser víctimas y heroínas al mismo tiempo dificultaba mantener una figura sólida, el sufrimiento no podía convertirse en el contenido de una propuesta, por lo que esta nueva identidad, “incorpora de un lado un sentimiento de daño y victimización y de otro un sentimiento de identidad que deriva en *empowerment*¹² y crecimiento personal” (Lamas, 2006), todo esto hablaba de generalidades y en términos de identidad, pero hablar de todas las mujeres era peligroso, dado que dicha identidad estaba cruzada por diversos aspectos, historias y personas.

Así que los discursos feministas tan escuchados, populares para muchos y la pesadilla de otros, fueron tomando un giro distinto convirtiéndose en *perspectiva de género*, “los noventa se convierten en un tiempo en el que protagoniza el género, el cual constituye una forma de comprender el origen sociocultural de la subordinación de las mujeres y la carga de poder que impregna las relaciones entre los sexos” (Lamas, op. cit.). Con esta nueva postura parecía haber una

¹² La palabra Empowerment puede tener varias traducciones, entre ellas potenciación, apoderamiento y empoderamiento, la última es la más usada particularmente entre las mujeres desde la “perspectiva de género”, para destacar el poder y capacidad de decisión femenina.

nueva toma de conciencia para dejar de ser víctimas y asumir el control incluyendo el cuerpo, el movimiento organizado preocupado por tener una especie de capacitación emocional, política e intelectual, en donde se promueve que las mujeres dejen de ser víctimas, convirtiendo el *empoderamiento* en un discurso popular, escuchado en diversos ámbitos, conferencias, programas tanto de televisión como radio, las mujeres se apropiaron el empoderamiento.

Con esta nueva *perspectiva de género*, muchas comenzaron a alejarse del feminismo, el cual se encontraba cubierto de mala fama, se tenía la idea que únicamente las mujeres que apoyaban el aborto o lesbianas eran parte de él, ambas condiciones consideradas como “anormales” y poco naturales, cada vez más alejadas de lo que se entendía como “una mujer”, por otro lado continuaban atentando contra los dogmas religiosos enraizados en la sociedad, aspecto sumamente importante y terreno difícil de pisar, debido a que los argumentos feministas no tenían como objetivo cuestionar a la religión lo que de alguna manera estaba sucediendo, dada su influencia en la formación de las mujeres.

La razón principal del feminismo sin importar la época, el lugar, o corriente era ante todo alcanzar “la igualdad” entre los sexos, no mejorar las relaciones entre hombres y mujeres, según la postura feminista la convivencia con los hombres podía ser esencial, accesible o imposible. En un inicio esta supuesta igualdad trajo consigo una competencia entre sexos, quién tenía más derechos, mejores puestos, más dinero, más libertad, mayor poder, y no simplemente que todos tuvieran acceso a las mismas cosas sin devaluar a nadie, sin que hubiera un ganador y un perdedor, únicamente sujetos con diferentes opciones y logros. No se consideraron diferencias que se fueron evidenciando con el pasar de los años, y no se puede decir con precisión que las mujeres en general sean víctimas de los hombres ya que los argumentos son más complejos y en distintos momentos cada uno de los sexos podría considerarse víctima del otro. “La diferencia de los sexos es un hecho pero no predestina a roles y funciones [...] Una vez adquirido el

sentimiento de su identidad, cada adulto hace con ella lo que quiere o lo que puede” (Badinter, op. cit.).

La afirmación anterior sugiere una idea sumamente interesante que de una o varias maneras ha sido abordada, por ejemplo la “perspectiva de género” considera que una persona puede ser de sexo masculino, pero de género femenino debido a una serie de cualidades que lo atribuyen, en lo cual no se profundizará en el presente trabajo, únicamente se menciona para puntualizar la idea acerca de que el sexo no determina el proceder de una persona.

Bajo otro marco teórico, el psicoanálisis aborda lo anterior aunque de distinta manera, Freud afronta el tema en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, recorriendo momentos en el desarrollo del niño y de la niña, pasando por el Complejo de Edipo, pieza clave dentro de la corriente psicoanalítica. “Freud señalaba que el reconocimiento de la diferencia entre los géneros precedía al de la diferencia de los sexos, y que si bien la primera promueve las diferenciaciones imaginarias no devela el misterio del sexo”, (Saal, 1998)¹³, si bien, no se trata de la anatomía a secas, sino de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos, situándonos de frente ante una serie de argumentos que hacen de la “igualdad” motivo de discusión.

Es posible decir que con el significado de la “igualdad” vinieron cuestionamientos, discusiones y confusiones, para unos se convirtió en un concepto que ponía a hombres y mujeres hombro con hombro, y para otros se trataba de una igualdad como ciudadanos, como equivalentes, pero no como seres idénticos, ya que dicha concepción es inimaginable, si dos personas del mismo sexo o de la misma familia no son iguales, sería aún más complejo pensar que hombres y mujeres fueran iguales, alrededor de esa idea giraron los pensamientos que acompañaron a las mujeres que quisieron “ser hombres”, que vestían, hablaban, caminaban como

¹³ “La gran tarea freudiana fue justamente la de sustraer la sexualidad humana del campo de lo biológico, historizarla y ubicarla como un efecto que deriva de la relación del sujeto con el Otro”. (Saal, 1998)

ellos, querían ocupar los mismos puestos o de ser posible unos mejores, como si ser diferente a ellos fuera algo fatal y malo, simplemente olvidaron las diferencias, en vez de aceptarlas sin que por eso se volvieran desigualdad.

Marta Lamas (2006), dice al respecto que “si una mujer opta por la igualdad, ya no podrá hacer valer las reivindicaciones que se desprenden de su diferencia; pero si opta sólo por la diferencia, está admitiendo que la igualdad es inalcanzable. Las mujeres no pueden renunciar a la diferencia ni renunciar a la igualdad”, para buscar la verdadera equidad, hay que reconocer la diferencia. Bajo una opinión similar, Posadas y Courgeon (2004), señalan que “las diferencias de género no son pues el resultado de una construcción histórica, como afirmaron las primeras feministas, sino una realidad que debemos aceptar y valorar. La diferencia es complementariedad y riqueza y no tendría por qué implicar nociones de inferioridad o superioridad”.

Es cierto que la cultura establece un conjunto de prácticas, ideas, discursos que atribuyen ciertas características para hombres y mujeres¹⁴, de lo que es propio de cada sexo¹⁵, existen una serie de estereotipos y valoraciones a ciertas actividades dependiendo si se es hombre o mujer. En México aún prevalece la idea de que existen trabajos exclusivamente femeninos o masculinos y la diferencia radicaría en la respuesta de cada persona ante aquello que lo incomode, suele culparse a la sociedad, la cultura, ante las discriminaciones, maltratos, sometimientos o diferencias, pero acaso: ¿No son ellas parte de dicha sociedad?, se habla de ello como si fueran ajenas a algo que de inicio ya las incluye, si esto es así, ¿sería posible decir que las mujeres también sostienen y perpetúan en algún grado esas diferencias o discriminaciones?, ¿no tendrían que cuestionarse si hay una parte que les corresponda asumir ante esas circunstancias que las agobian?

¹⁴ Justamente de eso se trata el “género” se refiere al “conjunto de cualidades económicas, sociales, psicológicas, políticas y culturales atribuidas a los sexos, las cuales mediante procesos sociales y culturales constituyen a los particulares y a los grupos sociales”. (Lagarde, 1990)

¹⁵ Sexo: es el conjunto de características físicas, fenotípicas y genotípicas diferenciales, definidas básicamente por sus funciones corporales en la reproducción biológica. (Lagarde, 1990)

Para finalizar la revisión histórica, es posible resumir que para el término de los años cincuenta el concepto de *género* aparecía principalmente en el ámbito médico, para los setenta con el feminismo cobró relevancia, durante los ochenta se consolida académicamente en las ciencias sociales, para los noventa adquiere gran protagonismo, dando apertura a las explicaciones de la desigualdad entre los sexos. *Género* fue tomado prácticamente como sinónimo de mujeres, esta palabra permitía mantenerse en un punto neutral y objetivo, ya que no denota desigualdad o poder, sin embargo “género como sustitución de mujeres se emplea también para sugerir que la información sobre las mujeres es necesariamente información sobre los hombres” (Lamas, 2003). Probablemente la imparcialidad que ofrece el vocablo es lo que impactó fuertemente a la sociedad, concediendo terreno seguro para todos, permitiendo hablar del tema sin que pareciera que se toma partido por alguno en particular.

A partir de la descripción y conocimiento de las diversas épocas por las que ha pasado la humanidad, resultó viable ubicar los momentos en que fueron situadas las mujeres, ¿ellas fueron colocadas o se han colocado?, sin importar el tiempo, periodo primitivo, la antigüedad, la edad media, el renacimiento o la época moderna, parece evidenciarse que las posturas han variado significativamente, del matriarcado al patriarcado, del encierro a las calles, del hogar a las fábricas, de la cocina a las escuelas, la historia parece repetirse bajo distintos nombres, avanza y retrocede, en algunos tiempos se obtenían ganancias y en otras había grandes pérdidas, no obstante cualquiera que fuese el periodo parece imposible sostener una imagen única, sólida y sin variantes de los hombres y de las mujeres, lo que confirma que no existe una definición universal de “hombre” y “mujer”, con características únicas determinadas e imposibles de modificar, totalmente delineadas, la historia muestra que las mujeres no siempre han sido víctimas, que en ciertas ocasiones no aceptaron las condiciones que otros imponían, que sometimiento no es sinónimo de mujer, entonces ¿qué es?, de manera que se manifiestan diversas caras intentando explicar a las mujeres y sus características, una de ellas será la histeria.

CAPÍTULO II. LA HISTERIA

“Aquellos que [los histéricos] anhelan más ardientemente en sus ensueños, lo rehúyen no bien la realidad se los ofrece y más gustosos se entregan a sus fantasmas cuando ya no es de temer ninguna realización”.

Freud

A. Antecedentes y diferentes concepciones

Las mujeres han significado un enigma lo que invita a que la feminidad sea abordada desde múltiples campos, en distintas partes del mundo, bajo distintos nombres y rostros, en algunos casos *mujeres* como sinónimo de enfermedades o padecimientos llamativos, como ejemplo de ello cabe mencionar a la “histeria”, término que abre las puertas al psicoanálisis.

A partir de lo anterior y de acuerdo a los fines de la presente investigación parece oportuno comenzar explicando ¿Qué es la histeria?, ¿desde cuándo se conoce y se asocia con las mujeres? El término se escucha hace más de dos mil años con Hipócrates y varios siglos antes en manuscritos egipcios. Al pasar de los años ha variado en cuanto a su concepción, desde una dolencia originada por el desplazamiento del útero, la propensión a mentir y a manipular a las personas, estados de éxtasis, posesión demoníaca o lesiones del sistema nervioso. También se volvió parte de la cotidianeidad y de manera cada vez más general se ha usado para determinar una enfermedad o un tipo de inadaptación social. Sin embargo, lo que sí es un aspecto notorio es que sin importar la época la histeria ha sido asociada con lo femenino y lo sexual.

Dentro de los primeros indicios del interés humano por la histeria se debe resaltar a la cultura egipcia, en donde la creencia se fincaba en que una mala posición de la matriz causaba diversas enfermedades en el cuerpo, lo anterior estaba escrito en los papiros de “Kahun y Ebers” uno de los documentos más antiguos de los que se tiene registro; ante tal explicación se consideraba que la migración del

útero provocaba variados malestares. “Para los egipcios la histeria era una enfermedad femenina, a partir de este argumento las mujeres quedaban presas de sus caprichos”. (Niesvizky, 2001). Muchas de estas ideas eran comunes en diferentes culturas, y la palabra con que se le denomina al padecimiento tiene su origen en uno de los pueblos que más contribuyó con su estudio, es decir, los griegos, su nombre tiene origen en el término *hystére* que significa *matriz/útero*; desde entonces se pretendía dar una explicación válida.

Uno de los hombres más ilustres asociados con el estudio y tratamiento de la histeria es Hipócrates, destacado por su labor en la medicina y los tratados que explicaban el origen, transcurso y remedio para las principales enfermedades de la época. Al igual que en la cultura egipcia la histeria ya era considerada un padecimiento importante; Hipócrates estableció que la salud dependía del equilibrio de los cuatro humores: sangre, bilis, agua y flema; por tal razón en los tratados ginecológicos da gran importancia al útero, la menstruación y al acto sexual. Ya se dejaba entrever además la relación considerada entre el padecimiento y el remedio que se utilizó en esa época y en otras, el cual se refería particularmente a tener relaciones sexuales: “el acto sexual que tanto recomienda nuestra terapéutica tiene muchas y muy variadas denominaciones [...] la causa por la que la matriz se cierra es que la mujer no tenga relaciones sexuales...” (Hipócrates, traducido en 1988)

Debido a estos problemas femeninos, las mujeres sufrían sofocos, fiebre, temblores, dolores en la región lumbar, en la espina dorsal, su lengua se trababa imposibilitándolas para hablar, afonía, vómitos, respiración entrecortada, ansiedad, agitación, espasmos en las articulaciones del cuerpo, etc., por lo que si todos estos padecimientos no se controlaban podían provocar la muerte. A esto se le aunaba la creencia de que el permanecer vírgenes y el no haber dado a luz traía como consecuencia la interrupción del flujo menstrual, por lo que éste al no poder encontrar un camino para salir, provocaba enfermedades como las ya mencionadas.

Algunas de las recomendaciones consistían en tener relaciones sexuales, realizar fumigaciones o lavados vaginales, toma de emulsiones procedentes de plantas, etc., todos remedios caseros que buscaban mitigar los malestares. Hipócrates era una figura ampliamente representativa en lo relacionado con las enfermedades femeninas es él quien inicia con un estudio formal, basando su interés en el padecimiento debido a lo llamativo de las crisis y lo fantástico de la enfermedad.

Por otra parte, se destaca el pasaje en el “Timeo” de Platón donde se evidencian planteamientos similares: “El útero es un ser animal que ansía tener hijos. Si sigue infecundo mucho tiempo después de la pubertad, lo invade la congoja y se perturba enormemente; comienza a deambular por el cuerpo cortando el paso del aliento, impide así la respiración y provoca en quien lo padece una angustia extrema y todo tipo de enfermedades” (citado en Sauri, 1984).

Continuando con las posturas griegas respecto a la histeria, también se encuentra Aristóteles, “retomó los planteamientos de Platón, reafirmando que el útero es el órgano esencial femenino, reafirma la noción de la mujer como un hombre fallado e incompleto, refutando junto con Platón las teorías de Hipócrates con respecto a la concepción y afirmó que en este proceso, la mujer era sólo un recipiente de semen masculino”. (Citado en Niesvizky, 2001). Tanto Aristóteles como Platón mediante sus opiniones dejan ver que para ambos las mujeres eran consideradas únicamente por su capacidad reproductora.

Galeno, entendía la histeria como una cierta obstrucción de trompas, término conocido en la actualidad, parte del conocimiento que se tenía para dar remedio a las crisis de las mujeres histéricas que sufrían algún ataque histérico, menciona así que “las mujeres que en la antigüedad se ocupaban del tratamiento de las enfermedades de las personas de su mismo sexo conocían desde largo tiempo atrás esta enfermedad, a estas comadronas se les debía la práctica empleada para detener los ataques histéricos, la cual consistía en el desarrollo de lo que su nombre conlleva *fricción de la vulva*”. (Citado en Sauri, 1984).

Por otro lado Pitágoras consideraba al útero al igual que otros tantos ilustres hombres en Grecia como Empédocles maestro de Hipócrates, como un ser aparte, dotado de las facultades que caracterizan al animal, es decir, que poseía sensibilidad y movimientos espontáneos, era pues un ser alojado dentro de otro ser. A partir de lo anterior es posible señalar que los postulados griegos al respecto de la histeria, estaban completamente relacionados con el útero y/o matriz, considerados como animales y de ahí surgían los problemas femeninos causando numerosas consecuencias.

Después de las concepciones griegas otro periodo que es posible destacar con respecto a la histeria, es la Edad Media aunada con el cristianismo, donde los sacerdotes y hombres de la iglesia dominaban el pensamiento de la sociedad surgiendo de esta manera las ideas de pecado y culpa en unión con las mujeres. Se puede ver por ejemplo que la doctrina de aquel tiempo desempeñaba un papel decisivo para la concepción de la histeria, “Las enseñanzas de San Agustín fueron decisivas al introducir en la comprensión de la enfermedad en general el concepto del castigo divino por cuanto se entendía que el enfermo sufría las consecuencias del pecado original.” (Borossa, 2001). Por lo que la explicación más común era que quienes tenían un padecimiento estaban poseídas por demonios y por lo tanto sinónimo de brujas, lo cual iba a ser pagado a costos muy altos incluyendo a veces la pérdida de su libertad y hasta la vida.

Las mujeres eran consideradas demoniacas, como resultado de su debilidad constitutiva. “La mujer fue considerada demoniaca por su debilidad y fragilidad y tuvo que ser dominada por el hombre que se veía íntegro, racional y temeroso de Dios, él controlaba sus deseos salvo que fuera la mujer maligna la que lo alejara del camino del bien” (Niesvizky, op. cit.). Durante esta época se le tenía miedo a la mujer justamente por no conocer el origen de sus padecimientos y ser ligados inmediatamente a los demonios, cometiendo faltas contra Dios. Con este tipo de explicaciones se empiezan a develar algunas de las justificaciones respecto a la

dominación masculina, lo cual iba marcando la pauta de que lo más prudente para estar cerca de Dios era tener un hombre que guiara la vida de la mujer.

Durante la Edad Media se continuó con una visión donde la fisonomía femenina se predisponía para el padecimiento de la histeria, “el cuerpo de la mujer en esta época representaba el contenedor de todas las fuerzas de la naturaleza, en sus cuerpos habitaban los demonios” (Niesvizky, op. cit.). Es evidente la influencia que existía de las ideas griegas en este discurso, en donde los espíritus habitaban dentro de las mujeres, “la mujer está habitada por el demonio; su cuerpo es la perdición de los hombres; animales furiosos habitan en su matriz y su deseo es insaciable...” (Fernández, 1993), con base en estas ideas se continuaba sustentando como causa de la histeria el que espíritus habitaran dentro de ellas, los cuales podían ser demoníacos, dando como resultado una justificación para llevar a la hoguera a cientos de mujeres acusadas de hechiceras a causa de los síntomas histéricos. Las ideas del cuerpo malo de la mujer, así como los peligros que lo acompañaban perduraron a épocas posteriores como el Renacimiento, a pesar de las múltiples especulaciones que rodeaban a la histeria aún la matriz y su asociación con la histeria era un terreno desconocido, se abordaba el tema como si estuvieran sometidas a los caprichos y demandas de su cuerpo.

Sin embargo, las ideas tan arraigadas tardaron más de dos siglos en tomar un nuevo rumbo, una visión poco diferente, ya que para el siglo XVII se gestaba un cambio fundamental en la manera en que se percibía a la enfermedad histérica, con el paso de una denominación a otra se generaba a la par un nuevo mito respecto de la concepción de las mujeres y la histeria. “En el siglo XVII, el discurso médico cambió el término “bruja” por el de “enferma mental” diciéndose que las brujas padecían de histeria, paranoia, demencia senil, epilepsia o melancolía” (Niesvizky, op. cit.). Hay que considerar que este paso importante sitúa ya a la histeria más allá de una posesión demoníaca o más allá de un padecimiento causado por espíritus que habitan dentro de la mujer, se pasa a una posición en la

que ya es una afección mental, concepción que encuentra cierta coincidencia con lo que actualmente se considera desde algunas perspectivas.

A partir del siglo XVII la histeria retornó al interés y estudio médico tomando distintas vías, así como explicaciones dentro del mismo ámbito las cuales abrieron camino tanto a diferentes concepciones como a diversos remedios que buscaban poner fin al padecimiento. Es interesante hacer una revisión de la manera en que se buscaba dar un diagnóstico acertado y los métodos empleados para tal fin. Así es posible señalar la manera en la que los médicos e investigadores iban tomando un lugar, haciendo referencia específicamente al paso fundamental que se da a la mirada, es decir de la observación¹ de la paciente y más tarde a la escucha de la misma para el tratamiento de la histeria.

Existían pues diferentes concepciones en las que se podía catalogar a un sujeto histérico o histérica, en su investigación al respecto Sauri (1984), menciona que había histerias condicionadas por las diversas situaciones de la vida social, a las cuales se denominó “histerias de renta” entendiendo ésta como “aquellos trastornos capaces de obtener una retribución por la invalidez que provocaban”, en estos casos particularmente se hacía referencia a ser causados por accidentes o guerras, es decir situaciones específicas que traían como consecuencia la *histeria*. Si bien esto es cierto, es decir, que en algunos casos se recurre a este tipo de afecciones por las retribuciones secundarias que se obtienen, también había que ser cauto en la manera en que se catalogaba a un sujeto histérico o no, ya que se conjugaban en los padecimientos diferentes elementos, como lo eran las etapas de la vida en las que se presentaban estas crisis histéricas; había que considerar el funcionamiento biológico que podía predisponer al comportamiento catalogado como tal.

Se iban constituyendo diferentes aproximaciones acerca de la histeria, entre ellas se hablaba también de la “histeria propiamente dicha” la cual se hacía presente en

¹ Ya Hipócrates aplicaba la observación, despreciando a todos los demás sistemas (Foucault, 1966).

mujeres y adolescentes que reaccionaban con crisis ante ciertas situaciones eróticas y familiares que les resultaban incómodas, lo anterior buscaba dejar claro que todo el proceso que desembocaba en una crisis histérica tenía una causa interna, de modo que los factores externos sólo eran una justificación absurda, explicación que se alejaba entonces de la “histeria de renta”. Sauri (1984), planteaba que los casos de histerias propiamente dichas se veían de la siguiente manera:

Los estímulos exteriores psicógenos son meros pretextos ocasionales y cambiantes para el desencadenamiento de las manifestaciones histéricas. Podemos decir que muchas de estas histerias presentan los siguientes signos constitucionales: Una importante estigmatización del sistema vegetativo y reiteradas perturbaciones en la constitución sexual, en especial infantilismo sexual y global.

Existían variadas causas para la histeria entre ellas las físicas, sin embargo, con relación a lo psíquico se estipulaba que había cierto infantilismo, debilidad en el instinto sexual y un rechazo o una marcada ambivalencia hacia el sexo masculino, lo que venía desde tiempo atrás, a la par que la dependencia hacia alguno de los padres era extrema. Esta nueva visión abre la posibilidad de ubicar a la histeria como un padecimiento que podía presentarse asociado con cuestiones internas, tampoco era ya exclusividad de las mujeres en edad reproductiva sino que podían ser menores e incluso mayores. Al incluirse que gran parte del conflicto de la histeria “era un problema de maduración; y que gran porcentaje de reacciones histéricas pueden ser concebidas como crisis instintivas de defensa en constituciones inmaduras...” (Sauri, op. cit).

Las diferentes concepciones que se fueron generando con respecto a la histeria dieron pie a variadas teorías, como la del carácter histérico, la cual cuestionaba al respecto de si ciertos caracteres predisponen con mayor frecuencia las reacciones histéricas, partiendo del infantilismo sexual, así como cierta disposición endógena, y pudiendo unificar algunos criterios se estableciera un “carácter histérico”, aunque existían determinadas generalidades comunes no fue posible constituirlo como tal.

Un paso decisivo en la historia de ésta, es cómo va evolucionando su estudio, concentrándose en lo observacional, en lo que podía ser visto y con base a ello poder abordar de manera tangible su tratamiento. En un principio la mayoría de los estudios con relación a la salud se encontraban inmersos en la corriente naturalista, cuya base residía en la observación de los fenómenos, por lo que la nosología de los padecimientos se conocían justo de esta manera, a la luz de la observación por medio de los caracteres visibles, mirar era sinónimo de conocer.

Es por esta razón que la histeria era cuestión de gran interés en el siglo XVII y esto no significaba que no lo hubiera sido antes o que no gozara de relevancia, sino que conforme se desarrollaba su estudio, fue tomando matices diferentes, en ese momento de la historia lo observacional era fundamental en el progreso del conocimiento científico “con la histeria afección que para los médicos del naturalismo, surge, aparece, hace crisis y llama la atención, en una palabra, **se muestra** y caracteriza por su ostensiva versatilidad” (Sauri, 1984). El resultado de esta mirada, de esta observación, fue la descripción de los síntomas histéricos. La experiencia y la mirada parecían identificarse, “el ojo se convierte en el depositario y en la fuente de claridad; tiene el poder de traer a la luz una verdad que no recibe sino en la medida en que él le ha dado la luz, al abrirse, abre lo verdadero...” (Foucault, 1966), así que el síntoma es la forma en la que se presenta la enfermedad, siendo un paso importante para acercarse al origen de diversos padecimientos.

A principios del siglo XVII la mirada era una herramienta fundamental para poder tratar a una enferma de histeria, ésta era motivo de preocupación clínica, abriendo la oportunidad tanto para la descripción de los síntomas, como para la documentación de los casos, predominando por la tanto la observación; y siendo resultado sin duda de un buen recurso con el que se contaba en aquellas épocas para poder diagnosticar histeria, por ejemplo se recurría a la observación directa de la orina, bajo la idea de que ésta era una manera de obtener información del interior del cuerpo, por lo que al ser clara daba indicios de dicha enfermedad.

Al estar en boga este nuevo método como lo era la observación de los pacientes que presentaban histeria, uno de los personajes que destacaba en esta visión es Thomas Sydenham para quien utilizar datos empíricamente observados era la mejor opción para poder conocer mejor el padecimiento.² Entonces, la histeria es clasificada como enfermedad crónica, con síntomas claros y constantes, sin embargo, la mirada de Sydenham “centrada en su *cursus morbi*, descubre en el tiempo cronológico un carácter de asociación capaz de encadenar entre sí los datos observados...” (Sauri, op. cit.), por lo tanto al tener algunas hipótesis se presentaban razones por las que se encadenaban los síntomas observados, preguntando si el mal aparecía cuando su espíritu estaba turbado, lo que él llegó a tener en cuenta y aunque este médico inglés dio cierta importancia a lo psíquico no dejó de considerar a la histeria como un padecimiento orgánico con distintos matices que se trataban mediante la fortificación de la sangre.

Con el paso de los años, para finales del siglo XVII y principios del XVIII aparecen numerosos médicos y neurólogos interesados en la histeria, en un primer momento se encuentra el médico francés Philippe Pinel, el cual consideraba que la histeria era una “neurosis genital de la mujer”; Greissenger postulaba que el origen de la histeria estaba en las enfermedades de los órganos genitales y así se llega a una diferencia que es el caso de Paul Briquet, quien a partir de un estudio que realizó a 430 pacientes, “concluye que la histeria es una neurosis del encéfalo, cuyas manifestaciones se relacionan con la expresión de las emociones y las pasiones” (citado en Sauri, 1984), aunque Briquet destacaba que los síntomas de dicho padecimiento estaban directamente influenciados por las cuestiones morales, los síntomas que señalaba con mayor frecuencia eran hiperestesias, dolores en región epigástrica, anestésias en piel, músculos y órganos de los sentidos, espasmos, sofocación y convulsiones. Dichas aportaciones van firmando su importancia en el papel que se daba al aspecto sexual, marcando también un rechazo a las teorías anteriores, como la de Pinel, puramente sexuales dándole cabida a nuevas explicaciones.

² De acuerdo con Foucault, (1966) “de ninguna manera se descubrirá con la mirada; duplicará solamente el arte de demostrar mostrando”

Por estas mismas épocas había otra innovadora forma de tratar a las pacientes con histeria y era el magnetismo animal, llevado a cabo principalmente por F. Mesmer, “dicho tratamiento consistía en detenerse de una baranda metálica con botellas magnetizadas o hilos que colgaban de los árboles, lo que provocaba convulsiones y espasmos que curaban los males” (Roudinesco, 2000). Poco tiempo después éste es reemplazado por el estado sonambúlico, aunque en aquellos tiempos no se daba mucha credibilidad a dicho estado y más bien se hablaba de actuación y simulación, esto da los primeros indicios de cómo se une la sugestión, la hipnosis y la histeria, que serán conceptos eje durante muchas décadas.

Con los estudios que realiza Charcot se comienza a elaborar de manera más formal un cuadro nosológico que incluye principalmente la descripción de las crisis epileptoides. Durante esta época y para el fin de las investigaciones se recurría en gran medida a la demostración de los ataques mediante la presión de las placas epileptoides, denominación que adquirirían las zonas que al ser presionadas, producían alguna reacción histérica de espasmos, convulsiones o parálisis. Sin embargo, se comenzó a realizar la extracción de dichas placas en el continente americano, bajo la suposición de que tras la operación cesarían los ataques, por supuesto que no existía una relación entre esa práctica y la mejora de la paciente, por lo que fue abiertamente rechazada por Charcot, quien se deslindó de cualquier responsabilidad respecto de haber fomentado esto, “a nadie se le ocurriría extirpar un sector histérogénico para curar a una histero-epiléptica. Jamás afirmé pues lo que se me hace decir. No tengo nada que ver con las prácticas norteamericanas y me lavo las manos” (Citado en Sauri, 1984).

Antes de los trabajos de Charcot era muy arraigada la idea de la falsedad en la enfermedad de las mujeres histéricas, lo cual tenía parte de su fundamento en un sentimiento de desconfianza, ya que no se había dejado claro cuál era la verdadera causa de las crisis, a la par que no existía una causa orgánica evidente que pudiera generarla, se tendía a pensar que era la mujer quien inventaba todo

esto, era parte de su carácter histriónico, por lo que se convertían en mentiras deliberadas. Esta creencia poco a poco fue desmentida por las demostraciones que realizaba Charcot con sus pacientes, lo cual devolvió parte de la credibilidad a este padecimiento, menciona Borossa (2001) que:

En uno de los ejemplos utilizados se emplea una máquina que mide el esfuerzo realizado por una muchacha para respirar mientras mantiene un peso de un kilo colgado de uno de sus brazos, el cual se halla extendido y rígido como consecuencia de un ataque de histeria, a la par un asistente consciente realiza una contracción similar del brazo. Al poco tiempo el asistente comienza a lanzar bufidos y resoplidos por el cansancio, en tanto que la respiración de la muchacha conserva su regularidad. El veredicto es: Ella no puede estar simulando.

A pesar de estos esfuerzos no cambió por completo la desconfianza a las mujeres histéricas, aún no tenían credibilidad en lo que decían, por lo que no se les escuchaba, únicamente podían ser observadas.

Para Charcot, como para muchos neurólogos de su época, “la histeria era una enfermedad producida por la acción incisiva de una idea o de una representación psíquica fuertemente cargada de afecto” (Nasio, 1991). Entonces si la representación era muy intensa podría manifestarse en el cuerpo, es decir en síntomas somáticos. Entre las figuras representativas relacionadas con la histeria ya mencionadas está Briquet y Charcot, los cuales concordaban en que “el sufrimiento corporal histérico resulta de la encarnación plástica de una idea o más exactamente, de la traducción a la lengua del cuerpo de una frase gramatical afirmativa o negativa” (Nasio, op. cit.).

Babinsky por su parte, se encontraba interesado en descubrir la supuesta simulación de la que tanto se hablaba. Planteaba que la clave estaba en la “relación entre sugestión y persuasión. La histeria surge como resultado de la primera [...] La persuasión es susceptible de hacer desaparecer los fenómenos de

raigambre psíquica [...] la histeria es un estado psíquico que torna capaz de autosugestionarse al sujeto que se encuentra en él". (Sauri, 1984). Con estas ideas es que comienza a abordarse la histeria desde otro campo, el terapéutico, así como la aceptación de cierto origen psíquico.

Se da un paso decisivo con el trabajo de Pierre Janet, quien centra la atención en el discurso del paciente, en lo que se dice y aunque no indaga más respecto de lo que hay que develar detrás de lo dicho, admite la importancia del decir y cimienta su obra en la realidad de la enferma, además de que combinaba el recuerdo del trauma por parte del paciente y el uso de la sugestión por parte del especialista ya que tenía un especial interés en definir lo que sentían sus pacientes por él, es decir las *passions magnétiques*. Janet, discípulo de Charcot asienta su teoría basándose en que la histeria era una enfermedad por representación, enunciando la hipótesis de que "la causa de la enfermedad reside en la debilidad psicológica del yo de los histéricos en cuanto a efectuar una síntesis mental. El histérico está enfermo porque su yo es incapaz de sintetizar la sensación con el pensamiento que la aprehende, lo sentido con las palabras que lo expresan." (Nasio, op. cit.)

A la par y al parecer con cierta oposición a las ideas promovidas en la Salpêtrière se fueron desarrollando otras teorías por parte de grupos considerados importantes, tal es el caso de la escuela de Nancy formada por Jules Liégeois, Etienne Beaunis, Ambroise Liebeault, Hyppolite Bernheim. Se enfocaban en la influencia que se generaba en la relación entre hipnotizador e hipnotizado, estaban seguros que la cura radicaba en la influencia que se tenía sobre la histérica y se oponían rotundamente a las ideas que sustentaban Charcot y sus colegas, no reconocían la existencia de un vínculo entre la enferma y su médico, ni los efectos del mismo sobre la cura, lo cual comienza a llamar la atención de otros médicos interesados en el estudio de la histeria.

Aunque existían ciertas semejanzas, también había discordancias entre los médicos de la Salpêtrière y los de la escuela de Nancy, "ambas escuelas

coincidían en su desinterés por lo que la histérica realmente decía” (Borossa, 2001), de alguna manera continuaba presente la idea de la simulación tan identificada con las mujeres histéricas, lo que no permitía un margen creíble de los discursos de las pacientes, no podía ser totalmente confiable lo que decían. El interés por la histeria había residido durante ya un largo tiempo en la observación de los síntomas y su vinculación con la matriz y el útero, aunque existieron algunos destellos de dirigir el interés hacia otro lado aún no era nada definitivo.

Es a partir de que Bernheim, integrante de la escuela de Nancy, usaba el hipnotismo, que comienza a darle importancia a la narración hecha por el sujeto durante la hipnosis, poniendo en primer plano lo que el paciente decía, pudiendo así acceder a la subjetividad mediante lo escuchado. Con esto se hace presente un cambio radical en la forma de abordar la histeria “pues supone nada menos que retirarle la primacía a lo visual y el tránsito del planteo epistemológico del campo de la Mirada al de la Escucha” (Sauri, 1984).

De manera que la palabra comienza a jugar un papel fundamental en el estudio de la histeria, y los interesados en el tema abren una nueva ruta de investigación, donde no es posible dejar de señalar una publicación de suma importancia a lo largo de la historia, “Estudios sobre la histeria”, donde el médico Sigmund Freud y su colega, Josef Breuer amplían el campo de estudio de la histeria, en donde se habla de tres argumentos fundamentales, según Borossa (2001):

Primero, que los síntomas de los histéricos tenían sentido, en la medida en que eran la expresión lógica de un trauma psíquico (no físico); segundo, que este trauma se relacionaba con impulsos libidinales coartados; y tercero, que la cura, de índole catártica, dependía de que el paciente recordara y expresara dicho trauma en la forma de una narración, dentro del marco de una relación terapéutica. Había nacido la cura por la palabra.

Así que “la relación de lo visible con lo invisible, ha cambiado la estructura y hace aparecer bajo la mirada y en el lenguaje lo que estaba más acá y más allá de su dominio” (Foucault, 1966), dicha relación se convierte en algo fundamental, al mismo tiempo que se miraba se vinculaba a mantener cierto silencio que a su vez permitía escuchar, por lo que dicho autor destaca que “la mirada clínica tiene esa paradójica propiedad de entender un lenguaje en el momento en que percibe un espectáculo, en la clínica lo que se manifiesta es originariamente lo que habla”; es decir que se desplaza de alguna manera la primacía de la mirada como herramienta única, sin dejar de reconocer su utilidad, sin embargo, también se consideraba el lenguaje como otra parte de gran importancia para tratar con mayor éxito a los pacientes.

Muchos casos de histeria ya se hacían presentes, manifestados en diversas formas y síntomas algunas veces coincidían, pero también podían variar severamente por lo que provocaba una incertidumbre mayor no conocerla de manera más profunda, donde el principal interés estaba en la génesis del padecimiento. Dentro de los métodos más utilizados en la época ya se mencionaba la hipnosis, utilizada por las escuelas de Nancy y la Salpêtrière, ambas conocidas por Freud, con cierta influencia, no obstante sus investigaciones acerca de la histeria tuvieron un carácter independiente y basado en sus pacientes en Viena, pero de una u otra manera todos estaban interesados en encontrar el punto de partida de la enfermedad histérica.

Los casos y estudios freudianos son determinantes en la historia de la histeria, así como para el psicoanálisis, gracias al cual, “la histeria cobró distancia del naturalismo [...] y del útero se desplazó a las reminiscencias, al fantasma, al Edipo, pilares del gran descubrimiento que la histeria inauguraba, el inconsciente” (Bleichmar, 1985), es por ello que el psicoanálisis ha resultado fundamental para la comprensión de la histeria y viceversa, es a partir de aquí que se intentará dar un recorrido acerca de las principales ideas y postulados predominantes de la época.

Inicialmente Breuer y Freud centraban su atención en la primera vez que había sucedido el síntoma en cuestión, para lo cual era necesario remontarse al pasado con mayor profundidad, partiendo de lo anterior es que se hace referencia a distintas histerias, entre ellas se encontraba la traumática, en donde el detonador era un accidente que generaba síntomas, ya antes se mencionaba algo similar únicamente con distinto nombre “histerias de renta”, después llamada traumática. Comentaban que sus experiencias habían mostrado “que los síntomas más diferentes, tenidos por operaciones espontáneas, por así decir ideopáticas, de la histeria mantiene con el trauma ocasionador un nexo tan estricto como aquellos otros fenómenos más transparentes en este sentido”. (Freud, 1893/1955).

Estos traumas generalmente se asociaban con neuralgias, anestias, contracturas, parálisis, convulsiones epileptoides, tics, vómitos, anorexia, alucinaciones y perturbaciones visuales recurrentes, entre otras. Se hacía evidente la conexión entre el acontecimiento que detonaba el padecimiento y los síntomas que se generaban, ya que habitualmente las manifestaciones físicas posteriores eran idénticas a las presentadas durante la situación traumática, es decir, el mismo evento desencadenaba el síntoma. Para explicar más claramente lo anterior se nos presenta el siguiente caso: “Una muchacha que en martirizadora angustia vela ante el lecho de un enfermo, cae en un estado crepuscular y tiene una alucinación horrorosa en el momento en que se adormece el brazo derecho, pendiente del respaldo de la silla: desde ahí se le desarrolla una paresia de ese brazo con contractura y anestesia” (Freud, 1893/1955).

Al avanzar en la investigación acerca de la histeria se encontraron con la sorpresa de que cuando el recuerdo era ya muy claro e iba cargado de afecto los síntomas desaparecían inmediatamente. Se comenzaba a resaltar la importancia del papel del afecto en el transcurso de la histeria, por lo que cada vez que este recuerdo se activaba de manera encubierta en la vigilia ocasionaba dichas secuelas. Por lo que se hacía evidente que se accedía a ese recuerdo bajo efectos de la hipnosis, porque en el estado consciente este recuerdo se encontraba eliminado, para el

mejor entendimiento de lo anterior es oportuno recurrir a los ejemplos más representativos relacionados con las posturas propuestas.

El primer caso registrado y tomado en cuenta como uno de los más importantes en el estudio de la histeria fue el de la señorita Anna O., de 21 años, parecía tener un moderado lastre neuropático, era inteligente, sobresalían sus dotes poéticas y fantasías, controladas por un entendimiento tajante y crítico, lo cual la volvía insugestionable; las afirmaciones no influían en ella sólo los argumentos. Se mostraba exagerada en sus talentos de alegría y de duelo. Para el asombro el elemento sexual no estaba desarrollado en la enferma; no había conocido el amor, y en las masivas alucinaciones de su enfermedad no afloró nunca ese elemento de la vida anímica. Llevaba una vida monótona, constantemente soñaba durante el día al que llamaba su «teatro privado». Cuando todos la creían presente revivía en su espíritu unos cuentos, aunque siempre estaba alerta.

Anna O. pasó de la entonación a la enfermedad, la cual se descompone en varias fases bien separadas; ellas son: “Incubación latente, contracción manifiesta de la enfermedad; una psicosis peculiar, parafasia, *strabismus convergens*, perturbaciones graves de la visión, etc.” (Freud, 1893/1955). Presentándose posteriormente una leve mejoría, interrumpida por un grave trauma psíquico (muerte del padre), a lo cual siguió un periodo de sonambulismo persistente, que alternaba con estados más normales. El padre, a quien ella amaba con pasión, contrajo un absceso deperipleuritis que no sanó y a consecuencia del cual murió. Anna se dedicó al cuidado del enfermo, poco a poco empeoró su estado de debilidad, anemia, asco ante los alimentos, que para su máximo dolor la alejaron del cuidado del enfermo. Esto la llevó a padecer una tos intensísima, era una típica *tussis nervosa* y una serie de graves perturbaciones, en apariencia totalmente nuevas.

Había grandes sentimientos de angustia, al examinar a la enferma se pudo ver que se trataba de una grave alteración psíquica. “Existían dos estados de

conciencia enteramente separados; alternaban entre sí [...] En uno de ellos conocía a su entorno, estaba triste y angustiada pero relativamente normal; en el otro alucinaba, se portaba mal, vale decir insultaba, arrojaba las almohadas a la gente...” (Freud, 1893/1955). Si durante esa fase se alteraba algo dentro de la habitación, entraba o salía alguien, ella se quejaba después de que le faltaba tiempo e indicaba las lagunas en el decurso de sus representaciones conscientes. “En momentos de claridad total, se quejaba de las profundas tinieblas que invadían su cabeza, de que no podía pensar, se volvía ciega y sorda, tenía dos yoés, el suyo real y uno malo que la constreñía a un comportamiento díscolo, etc.” (Freud, op. cit.)

También presentaba somnolencia, así como una profunda desorganización del lenguaje, un par de semanas cayó en total mutismo, y en sus tensos ensayos de hablar no profería sonido alguno, poco después sólo hablaba en inglés. Aquí por vez primera se volvió claro el mecanismo psíquico de la perturbación. Parecía que algo la había afrentado mucho, pero ella se había decidido a no decir nada. “Cuando lo hube colegido y la compelé a hablar acerca de ello, desapareció la inhibición que hasta entonces la imposibilitaba”. (Freud, op. cit.)

Lo anterior ocasionó que se alojara en el campo, Breuer la visitaba al anochecer, cuando la sabía dentro de su hipnosis, y le quitaba todo el acopio de fantasmas que había acumulado, por lo que quedaba completamente tranquila, y al día siguiente, estaba amable, dócil, laboriosa, hasta alegre; pero el día siguiente, estaba cada vez más caprichosa, terca y desagradable. Entonces existían momentos intercalados. “Los dos estados de conciencia se sucedían alternados, y siempre así: desde la mañana, y a medida que avanzaba el día, las ausencias (es decir, el afloramiento de la «*condition seconde*») se volvían cada vez más frecuentes, para subsistir ellas solas hacia el atardecer”; (Freud, op. cit.) olvidaba y recordaba ciertas temporadas, sólo la conciencia de que el padre había muerto parecía quedarle. Entonces al ser reproducido el suceso causante del síntoma mediante la hipnosis éstos se iban desvaneciendo, cada síntoma fue tratado por sí

mismo. “Así se removieron por vía del relato las parestias por contractura y anestias, las diversas perturbaciones de la visión, neuralgias, tos, temblores etc.” (Freud, op. cit.).

A partir de un recorrido y laborioso análisis de los síntomas que presentaba la paciente se pudo obtener una perspectiva completa del desarrollo y patogénesis de esta histeria tan particular. Por ejemplo cuando Anna cuidaba a su padre enfermo con el brazo derecho sobre el respaldo de su silla, cayó como dormida cuando de repente vio una serpiente negra que quería morder al enfermo, como lo tenía dormido no pudo ahuyentar al animal, le quedó la anestesia y parálisis con la asociación de la serpiente. También quiso rezar, cuando no pudo hacerlo en ningún idioma hasta que por fin recordó un verso de cuando era pequeña. Otro síntoma muy claro fue el *strabismus convergens* el cual se asocia de nuevo con el cuidado de su padre, cuando éste le preguntó la hora y ella miró el reloj con dificultad. La tos le vino cuando escuchó música, sintiendo deseos de estar en esa reunión en lugar de estar cuidando a su padre, lo que le provocó culpa.

Con mayor frecuencia, cualquier afecto penoso y repentino le producía los mismos efectos que una ausencia (si es que no producía siempre una ausencia momentánea); coincidencias casuales formaban asociaciones patológicas, perturbaciones sensoriales o motrices, que desde entonces reaparecían simultáneamente con el afecto, pero todavía de manera momentánea y pasajera. Cuando la enferma cayó en cama y su conciencia iba del estado normal al «estado segundo», y el ejército de síntomas histéricos generados separadamente y latentes hasta entonces se manifestó como un conjunto de síntomas permanentes. Durante la manifestación de la enfermedad subsistieron los dos estados de conciencia: el primario, en el cual la paciente era por entero normal psíquicamente, y el estado segundo, que bien se puede comparar con el sueño por su riqueza en fantasmas y alucinaciones, por las grandes lagunas que presentaba su recuerdo, y por el hecho de que sus ocurrencias carecían de

inhibición y de control. Por lo que finalmente por medio de la hipnosis todo lo que sucedía en el estado segundo fue disminuyendo.

Otro caso interesante era el de una mujer de cuarenta años la Señora Emmy von, quien presentaba tics y un chasquido muy peculiar con la boca. Su discurso era coherente y parecía en extremo inteligente, durante las sesiones cada determinado tiempo mientras la mujer hablaba, extendía de pronto la mano con los dedos abiertos y crispados, mientras que decía con gran angustia dirigiéndose a Freud: ¡Quédese quieto! ¡No hable! ¡No me toque! Tras indagar el significado de esto, encontró que ¡No hable! se presentaba cada vez que tenía pensamientos angustiantes y temía ser interrumpida en el hilo de sus ideas porque entonces todo se le confundía. El ¡Quédese quieto! se refería a que las figuras de animales que le aparecían en sus malos estados, se ponían en movimiento y se lanzaban sobre ella cuando alguien hacía algún movimiento delante suyo; por último, la advertencia, ¡No me toque!, provenía de vivencias anteriores en las que otras personas solían agarrarla de forma repentina.

Cuando tenía veintitrés años contrajo matrimonio con un gran industrial el cuál murió repentinamente de apoplejía 14 años atrás. Ella indicaba como causa de su enfermedad ese suceso. Tenían dos hijas ambas muy enfermizas con padecimientos nerviosos. A partir del deceso de su marido, ella siempre estuvo enferma con variable intensidad, tenía graves padecimientos, intranquilidad e insomnio, además de dolores.

La hipnosis se enfocaba en desaparecer las alucinaciones que presentaba la paciente y le pedía hablar, lo cual hace en un tono bajo y gesto reflexivo. Hay recuerdos de su niñez que la atemorizan, por ejemplo: a los cinco años sus hermanos le arrojaban animales muertos, tras lo que ocurrió el primer desmayo con convulsiones; cesaron tras la desaprobación de una de sus tías al respecto. A los siete años vio a su hermana en el sarcófago; luego a los ocho su hermano la asustó envuelto en una sábana como un fantasma; y también a los nueve años,

cuando vio a su tía en el sarcófago. Tras cada uno de esos relatos presentaba crispaciones generales y su gesto mostraba espanto y terror.

La terapia que se buscaba con ella consistía en borrarle esas imágenes, por lo que en la hipnosis las preguntas indagaban el porqué le aterrorizaban tanto. Las respuestas que daba la mujer se enfocaban en acontecimientos de muerte, menciona que el tartamudeo es manifestación de la enfermedad y que el tic tuvo su origen una vez que estaba sentada junto a su hija menor, la cual se encontraba enferma y quería mantener total silencio, ante lo que hizo sin querer este chasquido y después siempre que estaba angustiada o aterrada aparecía.

Era muy severa consigo misma y acostumbraba hacerse graves reproches por pequeños detalles. Tras sesiones de análisis “sale a la luz su personalidad hipersensible en lo ético, aquejada de la inclinación a empequeñecerse a sí misma; tanto en la vigilia como en la hipnosis, yo le imparto una enseñanza que es paráfrasis del antiguo apotegma *De minimis non curat praetor*, o sea, que entre lo bueno y lo malo existe un grupo muy vasto de cosas indiferentes, pequeñas, por las que nadie debe hacerse reproches”. (Freud 1895/1955). El diagnóstico que ofrece Freud es que en ella se presenta un espejismo del recuerdo (paramnesia) dictado por la angustia. Así transcurrió el tratamiento de la mujer, teniendo mejorías como la desaparición de algunas de las somatizaciones que había venido presentando; sin embargo se mudó y fue imposible continuar con las sesiones de hipnosis y el análisis.

Otro caso de suma importancia para ejemplificar la histeria de la época es el de Miss Lucy R., era una joven inglesa quien fue derivada con Freud inicialmente por una rinitis infecciosa de recurrencia crónica; al poco tiempo presentaba síntomas que no se podían atribuir a tal afección, había perdido la percepción olfativa y algunas sensaciones olfatorias particulares la perseguían, además estaba fatigada, tenía falta de apetito, disminución del rendimiento, así como analgesia. Sin embargo el “empeño de entender el caso clínico no se podía menos que

sujetar las sensaciones olfatorias subjetivas como alucinaciones recurrentes, a la interpretación de que eran unos síntomas histéricos permanentes. La desazón era acaso el afecto correspondiente al trauma [...] esa vivencia tenía que ser el trauma y las sensaciones olfatorias se repetirían como un símbolo de él en el recuerdo” (Freud, 1893/1955)

La joven reportaba que el aroma que la perseguía continuamente era como de pastelillos quemados, por lo que esto se tomó como punto de partida, aunque Freud reportaba que “Miss Lucy R. no cayó sonámbula cuando intenté hipnotizarla. Renuncié entonces al sonambulismo e hice todo el análisis con ella en un estado que se distinguiría apenas del normal” (Freud, op. cit.). Lo anterior es un punto ampliamente sobresaliente ya que con estas líneas se puede ver que Freud comienza a dejar a un lado la hipnosis para abordar los síntomas que aquejaban a la paciente, solicitando únicamente concentración.

Es a partir de una experiencia del Dr. Bernheim donde ponía la mano sobre la frente de sus pacientes para que recordaran lo sucedido en el estado sonámbulo, por lo que Freud pensó que los pacientes debían saber todo aquello que fuera significativo, solamente había que conducirlos a que lo dijeran, preguntando acerca del síntoma, cuando los pacientes respondían no saber nada, él ponía la mano en la frente y le decía que bajo la presión de su mano algo se le ocurriría, dicha técnica comenzó a funcionar, aún cuando decían no saber lo que Freud preguntaba, él respondía que seguramente lo sabían sólo que no creían que fuera eso, no habían querido decirlo, esperaban que no fuera eso o le habían dado poca importancia, sin embargo, generalmente lo reportado era correcto. Freud (1893/1955), decía “puedo aseverar que ese olvido es a menudo deliberado, deseado. Y siempre, sólo en apariencia es logrado”. Por lo que concluye que esas vivencias son conservadas escrupulosamente en la memoria aunque parezcan olvidadas, únicamente falta capacidad para recordar.

Después de algunos señalamientos importantes de la manera en que Freud abordaba a sus pacientes histéricos, puntualmente en el caso de Miss Lucy R. acerca del síntoma que le recordaba el aroma de los pastelillos quemados, ella comentaba acordarse que jugaba a cocinar con las niñas que cuidaba cuando llegó una carta de la madre de Miss Lucy, las pequeñas intentaron quitársela, y fue así que mientras jugaban con la carta, olvidaron los pasteles que estaban en el horno de manera que se quemaron. Freud preguntaba acerca de la asociación de las niñas con carta de la madre, ella contestó que iba a viajar a ver a la madre, (por eso la llegada de la carta), ya que no estaba a gusto en la casa por causa de las otras mujeres que trabajaban ahí y no había sido apoyada por el padre y abuelo de las niñas ante su queja, sin embargo le dolía dejar a las niñas y había prometido a la madre de ellas que las cuidaría al morir ésta, por lo tanto se encontraba en una disyuntiva al tener que abandonar la casa, con tanta gente amada. Es decir, asociaba el dolor de abandonar a las niñas, con su madre a la que visitaría, y el aroma de los pastelillos, todo fundido al ser una experiencia dolorosa.

A pesar de este esclarecimiento aún no estaba claro por qué un aroma era el símbolo de aquella escena y no otra cosa. Por lo que había algo más guardado en la profundidad, que ella quería dejar ahí. Partiendo de este supuesto Freud hacía una interpretación la cual decide comunicar a la paciente diciéndole que él cree que ella está enamorada de su patrón, ella contesta que creía que sí, pero que no lo había reconocido porque no lo sabía o no quería saberlo, ya que era una chica pobre y él no.

Al poco tiempo el aroma había disminuido pero no desaparecido, por lo que se continuó indagando hasta que el aroma fue sustituido por otro, ahora por el de humo de cigarro, sólo se había desplazado de un síntoma a otro. Freud utilizó su técnica de la mano sobre la frente y la paciente de nuevo recordó una escena donde cenando en familia un amigo de edad mayor de la familia se quiso despedir de las niñas dándoles un beso, cuestión por la que el padre se sobresaltó,

portándose poco amable con el señor, estaban fumando cuando ocurrió dicho suceso, lo que se asocia con el nuevo aroma a cigarro. Algo similar sucedió con una dama también amiga de la familia en otra ocasión, donde Miss Lucy R. también resultó regañada, por lo que pensaba que si se había desatado tal furia siendo ella inocente es que seguramente el patrón nunca había sentido nada por ella. Poco después el síntoma desapareció y ella parecía retomar su vida como siempre.

Continuando las elucidaciones sobre el origen la histeria a partir del caso antes referido; Freud (1893/1955) mencionaba que:

Parecía ser condición indispensable para adquirir la histeria que entre el yo y una representación que se le introduce se genere la relación de inconciliabilidad. [...] diferentes perturbaciones neuróticas provienen de los diversos procedimientos que emprende el yo para librarse de aquella inconciliabilidad. Y la modalidad histérica de la defensa consiste en la conversión de la excitación en una innervación corporal, la ganancia de esto es la que la representación inconciliable queda esforzada afuera de la conciencia yoica. La conciencia yoica conserva la reminiscencia corporal generada por conversión y padece bajo el afecto que se ajusta a esas reminiscencias [...] el mecanismo por el cual se produce la histeria corresponde por una parte, a un acto de pusilanimidad moral y por otra como un dispositivo protector de que el yo dispone.

Por lo tanto parece que la escisión de los casos de histeria adquirida es intencional o por lo menos en varios casos es una cuestión voluntaria, el sujeto pretende eliminar una representación, sin embargo, no lo consigue y únicamente logra aislarlo.

Al continuar este recorrido a través de la histeria nos encontramos con otro de los casos más sobresalientes de Freud, el de Katharina, una joven de dieciocho años, quien lo siguió mientras tomaba unas vacaciones, lo alcanzó mientras subía una

montaña para decirle que estaba enferma de los nervios, que le faltaba el aire como si fuera a ahogarse, sentía opresión en los ojos, cabeza pesada, mareos y opresión en el pecho. Parecía un ataque de angustia, “era un ataque histérico que tenía por contenido la angustia” (Freud, op. cit.). También reportó que veía una cara horripilante que la miraba y a la que tenía miedo, Freud le preguntó si había visto o escuchado algo que hubiera sido mejor no haber visto y ella contestó que sí, que había visto a su tío con su prima Franziska. Un día que los buscaban Katharina fue a la habitación, se asomó por la ventana, estaba oscuro pero vio al tío encima de la prima. Al alejarse de la ventana le vino la falta de aire y aunque en ese momento no comprendió lo sucedido, le aterró la escena, estuvo muy mal días después, tuvo vómitos y asco.

Tiempo después por fin comunicó a la tía lo sucedido, lo que provocó una serie de discusiones entre los tíos, abandonando finalmente al tío, Katharina comenzó a narrar otras historias, donde decía que el mismo tío la asediaba sexualmente, ante lo que sentía opresión en los ojos y el pecho. Con la revelación de aquellas vivencias la joven parecía más animada y aliviada, las cosas parecían esclarecerse, Katharina tenía el recuerdo de los acercamientos del tío, pero no entendía claramente las intenciones, al verlo con Franziska se estableció la conexión entre todos los sucesos, empezó a comprender y “se instalaron los síntomas de conversión, el vómito como sustituto del asco moral y psíquico” (Freud, 1893/1955) y la chica pensó, que el tío hacía con la prima lo que quería hacer con ella antes y el rostro que veía era el de su tío que la acusaba de haber sido la causante de la separación y se le abalanzaba con furia para intentar golpearla.

En este caso a diferencia del anterior el yo no sabe qué hacer con las experiencias sexuales. Este caso es típico “en el análisis de cualquier histeria que tenga por fundamento traumas sexuales, uno halla impresiones de la época presexual que no habiendo producido efectos sobre la niña, más tarde cobran, como recuerdos, una violencia traumática al abrirse para la joven virgen...” por otra parte también a

través de dicho caso se muestra que, “la producción de fenómenos histéricos, no se cumple enseguida después del trauma, sino luego de un intervalo de incubación” (Freud, 1893/1955).

Finalmente se ha llegado al último caso referido en “Estudios sobre la histeria” que es el de la señorita Elisabeth von R., una joven de veinticuatro años que padecía dolores en las piernas, caminaba mal y había sufrido la pérdida de su padre, madre y hermana a quienes había cuidado durante sus respectivos padecimientos, sin embargo parecía alegre, “lo sobrellevaba con la *belle indifférence* de los histéricos” (Freud, op. cit.). Caminaba con la parte superior del cuerpo inclinada, tenía la piel y musculatura muy sensible a la presión, pero todos los síntomas parecían imprecisos y algo que llamaba la atención era la expresión de su rostro, la cual mostraba más placer que dolor. A la par del tratamiento físico comenzó el catártico, en un principio Freud se preguntaba si la señorita Elisabeth sabía las razones de su padecimiento y sólo las mantenía en secreto, por lo que iniciaba contando lo que recordaba y cuando parecía faltar una parte de la historia se indagaba en ese punto.

Elisabeth era una chica muy apegada a su padre, era una mujer con deseos de estudiar con grandes planes a quien no le gustaba la idea del matrimonio. El padre enfermó debido a una afección cardíaca, ella lo cuidó en todo momento hasta su muerte, la que dejó un profundo dolor en la familia de puras mujeres. La hermana mayor se casó, pero la familia no mantuvo buena relación con el nuevo esposo; por otra parte el marido de la segunda fue diferente, con él y con el hijo de la nueva pareja mantuvieron una relación más estrecha. Debido a una operación de la hermana pasaron una temporada de vacaciones donde los dolores en las piernas atacaron a Elisabeth, tiempo después debido a un segundo embarazo la hermana agravó y murió, alejando al cuñado junto con el primer hijo de la familia. A pesar de todo lo referido no existía aparentemente algo en particular que hubiera desatado los síntomas histéricos, ni había cambio alguno al relatar los sucesos que cambiara el estado de la paciente.

Freud trató de ponerla bajo hipnosis lo cual no resultó por lo que recurrió a su técnica de la mano en la frente, pidiéndole que le dijera todo cuanto emergiera ante su visión o recordara, ante lo que recordó haber conocido a un chico, hijo de una familia amiga de la suya, con quien tenía cierta esperanza de contraer matrimonio, una tarde estuvo en una reunión donde se encontraría con él, y por pasar más tiempo ahí se retrasó para llegar con su padre quien había empeorado para el momento en que regresó, lo que le trajo profundos remordimientos. Por lo tanto “la representación erótica fue reprimida de la asociación y el afecto a ella adherido fue aplicado para elevar o reanimar un dolor corporal presente de manera simultánea. Era pues, el mecanismo de una conversión con el fin de la defensa...” (Freud, 1893/1955).³

Con el avance del tratamiento por fin un día declaró haber descubierto por qué le dolía determinado lugar del muslo derecho, se trataba del lugar donde ponía la pierna de su padre mientras cambiaba las vendas, por otra parte durante las sesiones no reportaba dolor hasta que llegaba a algún punto importante y desaparecía de nuevo, lo anterior llevó a la mejoría cada vez mayor de Elisabeth. Por otro lado Freud descubre el panorama de una histeria monosintomática, los síntomas de la enferma dependían de recuerdos asociados con el padre, la hermana o algún otro asunto en general familiar. Cada una de las escenas impresionantes, habían dejado una huella. “En la señorita Elisabeth von R. el mecanismo psíquico de la simbolización no se situaba en primera línea, él no había creado la abasia, pero todo indicaba que la abasia preexistente había experimentado un refuerzo sustancial por este camino” (Freud, op. cit.)

Los dolores parecían haber disminuido, aunque se hace notar que los padecimientos se relacionaban con su cuñado y la asociación de ella al desear a un hombre con quien compartir su vida, a la muerte de la hermana tuvo la idea de que el cuñado estaba libre y ella podría convertirse en su esposa. Entonces “la

³ Lo cual ya ha sido señalado en los casos relatados anteriormente.

idea de la defensa frente a una representación inconciliable, de la génesis de síntomas histéricos por conversión de una excitación psíquica a lo corporal, de la formación de un grupo psíquico separado por el acto de voluntad que lleva a la defensa...”, todo parecía claro ahora, amaba al marido de su hermana por lo que a cambio se creó dolores corporales, a la paciente no le fue fácil aceptar dicha interpretación acerca del amor proferido a su cuñado, sin embargo, los síntomas fueron disminuyendo. “Ella reprimió {desalojó} la representación erótica de su conciencia y trasmudó su magnitud de afecto a una sensación de dolor somático” (Freud, op. cit.).

Los casos mencionados son de gran importancia para la mejor comprensión de la concepción histérica de los tiempos freudianos, ya que presentan de forma clara tanto los síntomas como la manera en que eran abordados por los médicos, particularmente Freud y algunos de sus colegas, mediante la exposición de ejemplos ampliamente representativos permiten entender los conceptos que surgen de los mismos, así como las manifestaciones sintomáticas de la época, las cuales se diferencian notoriamente de las actuales.

Es a partir de la experiencia con los pacientes que se suscita la discusión acerca de si los fenómenos histéricos eran de naturaleza ideógena, esto significa que son condicionados por representaciones o no. Por otra parte estaba el argumento de Moebius⁴ “quien en un trabajo de 1898 consideraba histéricos a todos los fenómenos patológicos causados por representaciones, Breuer y Freud postulan que no todos los síntomas histéricos se produzcan de la manera por ellos expuesta ni que todos sean ideógenos, es decir que no en todos los casos estarían condicionados por representaciones”. (Palau, s.f.), al parecer podían existir variados fenómenos histéricos que no eran causados únicamente por representaciones.

⁴ Con fines aclaratorios; para Moebius “histéricos son todos aquellos fenómenos patológicos causados por representaciones” y para Breuer y Freud “son ideógenos muchos de los fenómenos histéricos”, (Freud, 1893/1955), pero NO TODOS.

Entonces era posible que hubiera una serie de representaciones y recuerdos de poca intensidad sin aparente registro en la memoria por lo que hacía difícil poder decir cómo se habían hecho ciertas asociaciones, lo cual sucedía generalmente, las pacientes no tenían claro el origen del síntoma que las aquejaba, sin embargo “si aflora una representación que originariamente se conectaba con un afecto intenso, también se renueva con mayor o menor intensidad. La representación así teñida de afecto se presenta lúcida y vivaz en la conciencia” (Freud, 1893/1955), entonces, si surge una representación que estaba en origen ligada a un afecto intenso, este puede cobrar distintos matices.

La intensidad de un afecto que puede ser desencadenada por un recuerdo es muy distinta y si se da el caso en donde el recuerdo no pierde intensidad y por el contrario se convierte en un “reflejo anormal”⁵, “la excitación que parte de la representación afectiva es convertida en un fenómeno corporal” (Freud, 1893/1955); es así como tras una repetición constante, este reflejo anormal se convierte en una conversión histérica, bastando para tal efecto una intensidad mínima.

El planteamiento se trataba que entre el afecto y el reflejo se generan representaciones, a las que se denominaban determinismo por simbolismo; retomando lo anterior: “cada percepción sensorial revoca en la conciencia a otra que originariamente se presentó al mismo tiempo que ella”. Esto significa que las representaciones sucedidas a la par que el fenómeno eran capaces de desarrollar posteriormente el síntoma, ya que estaban relacionadas en gran medida con el fenómeno original. Por otra parte existían representaciones que resultaban incompatibles entre sí, por ejemplo algún pensamiento nuevo y un anterior, por lo “que semejante conflicto entre representación inconciliable produzca efectos patógenos es cosa de experiencia cotidiana” (Freud, op. cit.), generalmente éstas, relacionadas con cuestiones sexuales que a menudo propiciaban un estado de gran excitación.

⁵ Es preciso señalar que un reflejo anormal se está entendiendo aquí como un fenómeno histérico.

También parece necesario destacar el hecho de que para la formación de un síntoma histérico cooperaban varios factores sobre la persona y que de acuerdo con Freud dicho síntoma era siempre sobredeterminado, ese mismo afecto se había repetido en varias ocasiones y sólo era referido el último evento, como si hubiera sido lo único que desencadenara el síntoma, aunque generalmente se trataba de algo más profundo de lo cual no se tenía registro consciente.

A partir de los diversos casos cada vez más comunes de histeria, parecía claro que los síntomas histéricos desaparecían cuando se conseguía despertar el recuerdo ocasionador con pleno detalle, accediendo al afecto, el cual constantemente tenía efectos muchos años después de ocurrido es por ello que “el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias” (Freud, op. cit.), por supuesto la persona no tiene los recuerdos claros por lo que se hablaba de representaciones inconscientes, que son las que se conservan a largo plazo sin que sean recordadas aparentemente, éstas “poseen la intensidad suficiente no sólo para causar potentes fenómenos corporales, sino también para provocar el afecto correspondiente, para influir sobre la asociación, no obstante lo cual ellas mismas permanecen fuera de la conciencia” (Freud, op. cit).

Es evidente que éstas últimas cobran mayor importancia dentro de los fenómenos somáticos de los pacientes, ya que además de ser imperceptibles a la conciencia son generadoras de procesos patológicos. Por lo tanto tenemos a las representaciones conscientes y a las inconscientes, esto evidencia una escisión de la psique. Adquiere gran importancia en estos estudios el notar que no toda histeria presenta esta escisión de la psique, pero sí existe la “double conscience” en toda gran histeria, como algo característico de ésta. Es como si una parte de la actividad psíquica estuviera alejada y escindida de la psique. Esta fracción dividida es aquella a la que en épocas antiguas se le atribuían las posesiones demoníacas, se consideraba una parte ajena, esa que no era recordada y a la cual se le atribuían una serie de acciones y comportamientos nada propios de la persona y que no realizaría comúnmente.

Con el transcurso de las investigaciones que realizó Freud se fue planteando como factor importante lo sexual, principalmente la insatisfacción sexual, sin embargo, también se pudo ver que “los afectos no sexuales, el terror, angustia, cólera, también llevan a la génesis de fenómenos histéricos” (Freud, 1893/1955). Aunque igual podía ser considerado aún el factor sexual como el más importante, tanto el más capaz de ocasionar mayores daños en las mujeres que padecían trastornos de tipo sexual, por lo que se encontraban en constante defensa frente a la sexualidad.

En este punto de investigación de la histeria ya comenzaban los cambios en cuanto al modo de tratamiento, por ejemplo la escucha y el decir de los pacientes ya era tomado en cuenta teniendo algunos efectos “se cancela la acción eficiente de la representación originariamente no abreaccionada, porque permite a su afecto estrangulado el discurso a través del decir y la lleva hasta su rectificación asociativa al introducirla en la conciencia normal...” (Freud, op. cit.). Por otra parte la técnica se topó con variadas dificultades, entre ellas estaba la poca predisposición de los pacientes en algunos casos para acceder al estado hipnótico, además de que Freud debía de tener claro lo que caracterizaba a la histeria. Fue así como el tratamiento dio un gran avance, comenzó a emplear el método catártico con los pacientes que no eran susceptibles de ser hipnotizados.

Freud estaba seguro de que aquello olvidado, sólo se encontraba alejado de lo consciente y era factible de ser recuperado mediante la verbalización del mismo, durante el análisis y aunque generalmente no se obtenía un recuerdo puro podían haber asociaciones que iban encadenándose para llegar a la representación patógena. En la medida en que se hacían conscientes las perturbaciones podían evidenciar que cesaban algunas de las somatizaciones, en este proceso estaba presente la resistencia de los pacientes, la cual impedía recordar las representaciones, esta fuerza inconsciente era la que facilitaba la creación del síntoma histérico. Estas representaciones no eran tan susceptibles de ser recordadas debido al contenido emotivo, ya que en su mayoría eran penosas o

dolorosas, por lo que esta resistencia era utilizada como defensa, por lo tanto ese “no saber de los histéricos era en verdad un... no querer saber, más o menos consciente y la tarea del terapeuta consistía en superar esa resistencia de asociación mediante un trabajo psíquico.” (Freud op. cit.)

Y aunque existía la consigna en el análisis de decir todo lo que se quisiera, los pacientes no lo hacían de este modo, por el contrario dentro del discurso existían frases de gran importancia que Freud se encargaba de entrelazar para ir hilando un significado de los procesos psíquicos encubiertos de cada paciente, así fue posible ir adentrándose en lo que después se conocería como asociación libre, la que tomó gran importancia para las palabras aisladas sin aparente relación, dando esto lugar a que Freud solicitase que el paciente continuara hablando, con lo que comenzaba a evidenciar la génesis del síntoma histérico. Entonces puesto que “el enfermo sólo se libera del síntoma histérico reproduciendo las impresiones patológicas causadoras y declarándolas bajo una exteriorización de afecto, la tarea terapéutica consiste sólo en moverlo a ello y una vez solucionada esa tarea no le resta al médico nada más...” (Freud op. cit.)

Aunque no era posible decir que con el uso de la presión sobre la frente ya no hubiera obstáculo alguno, por el contrario la prueba estaba en que en algunas ocasiones sólo resultaban palabras aparentemente aisladas, entonces había cierta resistencia por parte del paciente. Se ha visto con el estudio de la histeria y los casos ya descritos que la “histeria se genera por la represión” (Freud op. cit.), que hay una representación que ha permanecido reprimida, convirtiéndose en la causa del síntoma, la cual es designada histeria de defensa aunque Breuer y Freud también hablaron de histeria hipnoide e histeria de retención, aunque es difícil encontrar alguna de las últimas mencionadas, también se hacía mención de la histeria traumática monosintomática, la experiencia parecía indicar que generalmente no había un síntoma único en la histeria, sino una serie de ellos, en parte aislados y en parte entrelazados.

Por lo que se pensaba que una serie de recuerdos patógenos iban dando origen a los síntomas, pero a su vez existía un núcleo, un origen, a partir del cual se iban uniendo los demás recuerdos, por ello es que se van dando numerosas vueltas con el discurso del paciente, siguiendo los hilos conductores del material reportado. Pero en realidad “una serie ininterrumpida lleva desde los restos mnémicos de vivencias y actos de pensamiento henchidos de afecto hasta los síntomas histéricos, sus símbolos mnémicos” (Freud op. cit.). Sin embargo son las representaciones más profundas las que constituyen el núcleo, siendo las que el paciente menos reconoce y las que causan más dificultad.

Sugiriendo que la génesis de los síntomas histéricos deben ser buscados en lo psíquico, era necesario cumplir ciertas características, tal es el caso del trauma que debe representar una amenaza mortal para la existencia, que tenga una relación particular con la psique y de igual modo se entrelace con alguna parte del cuerpo, puede suceder que dicho trauma no sólo represente de alguna manera la amenaza vital con que se relaciona, sino que puede tomar el matiz de algún otro miedo o fantasma, “se repite la escena del accidente tal vez adornada con diversos fantasmas” (Freud, 1893/1962).

Se plantea la interrogante de por qué el síntoma no desaparece después de determinado tiempo como parecería lo normal, lo cual se debe a que éste no se va disipando por desgaste, no se olvida. Si el trauma no es vivido como tal, es decir, fue interrumpido, se conserva su afecto originario y si el sujeto no puede liberarse de esto mediante una catarsis puede darse la creación de un trauma psíquico, ante esto un mecanismo psíquico sano cuenta con diferentes alternativas para ir resolviendo dicho trauma, aún cuando no se emplee alguna reacción motriz o se hable, siempre estará “el procesamiento asociativo, la tramitación por medio de representaciones contrastantes” tenemos entonces que el “histérico padece de unos traumas psíquicos incompletamente abreaccionados” (Freud, op. cit.).

Continuando con esta línea se puede pensar que un recuerdo pueda convertirse en patógeno, por un lado siendo un trauma en extremo tormentoso que no se pudo elaborar y por otro que el paciente no quiera enfrentarlo o reaccionar ante el trauma. También podrían caer dentro de dicha categoría cuando el fenómeno ocurre en un momento de vital importancia en la vida del sujeto. De acuerdo a lo anterior, parecía que en aquellos momentos la investigación histórica se centraba en el descubrimiento de sucesos traumáticos experimentados en algún momento crucial de la vida, por lo que en este periodo, “la cura por la palabra era en esencia una cura por catarsis” (Borossa, 2001)

Hasta este punto del recorrido a través del complejo estudio de la histeria es posible dar cuenta de que la parte sexual se hizo presente en diversas formas desde los tiempos más antiguos acompañando a la histeria cada vez que alguien hacía referencia a ésta, siendo parte esencial para su mejor comprensión. Y no podía menos que hacer su triunfal aparición en este momento del estudio freudiano, aunque ya había sido considerada antes, no obstante, es hasta después que toma mayor fuerza en la teoría propuesta por Freud. Con el paso del tiempo y revisión de diversos casos donde era posible profundizar hasta la niñez se buscaba la reproducción de experiencias particulares que a su vez tuvieran conexión con síntomas presentados posteriormente, así resultaba que las vivencias eran de índole sexual, es decir, experiencias sexuales en el propio cuerpo. Por lo que Freud formula la siguiente tesis: “En la base de todo caso de histeria se encuentran una o varias vivencias de experiencia sexual prematura y pertenecientes a la tempranísima niñez” (Freud, 1896/1962)

Por supuesto dichas experiencias permanecían inconscientes y únicamente en la medida que eran inconscientes podían producir y mantener los síntomas histéricos, “los síntomas histéricos son retoños de unos recuerdos de eficiencia inconciente”. (Freud, op. cit.). Era así como al no ser recordados en un principio se sostenía la idea de ser inconscientes, hasta que con el avance del tratamiento surgían los primeros recuerdos de tipo sexual ligados a los síntomas que

presentaba cada paciente, las vivencias sexuales infantiles parecían predisponer a la histeria.

Por aquella época las experiencias sexuales jugaban una parte sumamente significativa en el estudio de la histeria, sin embargo, algunos años más tarde las hipótesis sostenidas al respecto hasta ese momento tuvieron que ser replanteadas, tomando un giro interesante, así como determinante dentro de la teoría psicoanalítica. A pesar de que lo sexual estaba presente en muchos casos, también había ejemplos donde no aparecía, aunque sí es necesario señalar que la frecuencia era mayor que la ausencia, lo que permitía sostener la importancia de las vivencias sexuales en la etiología, por otra parte, justamente dicha frecuencia abría la posibilidad de dudar al respecto resultaba difícil tener la certeza de que fuera verdad en todos los casos la presencia de algún tipo de abuso por parte de un familiar o conocido. Freud (1905/1953) dijo al respecto:

Sobrestimé la frecuencia de estos sucesos, tanto más cuanto que a la sazón yo no sabía distinguir con certeza entre los espejismos y huellas de los hechos reales, desde entonces he aprendido a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil).⁶

Por lo tanto se dejó de atribuir la causa del trauma a un factor externo para ser asignada a uno interno: “La propia vida de fantasía de la histérica, sus deseos, contendrían la solución fundamental del enigma de las reminiscencias” (Borossa, 2001). La presencia de la fantasía cambia las hipótesis acerca de la etiología de la histeria de manera radical, haciendo así la entrada triunfal del concepto de fantasía en el estudio psicoanalítico. “Sólo al introducirse el elemento de las fantasías histéricas se hicieron transparentes la ensambladura de la neurosis y su vínculo con la vida de los enfermos...” (Freud, 1905/1953). Por lo tanto ya no eran

⁶ Este momento crucial en el desarrollo del pensamiento freudiano (a menudo denominado de modo simplista “abandono de la teoría de la seducción”) parece implicar que el fantasma se opone a la realidad, que impide percibirla de modo correcto, que es producto puramente ilusorio de la imaginación. (Evans, 1996)

tan importantes las vivencias sexuales como tales, sino la reacción de cada persona frente a esas experiencias, así como el actuar de la represión ante ello.

El planteamiento de distintas hipótesis acerca de la causa u origen de la histeria ha sufrido distintos cambios, tanto a lo largo de la historia como dentro de las mismas posturas que la estudiaban, como ha sido el caso del psicoanálisis, Freud pasó por diversas explicaciones. Entre los elementos de tipo sexual hasta llegar a la fantasía, se hace necesario mencionar un historial clínico ampliamente conocido como “Dora”, este caso en principio tenía la finalidad de corroborar que la “causación de las enfermedades histéricas se encuentran en las intimidades de la vida psicosexual de los enfermos y que los síntomas histéricos son la expresión de sus más secretos deseos reprimidos...” (Freud, 1905/1953). Sin embargo, este caso se diferencia de los otros antes expuestos ya que en ellos se partía del síntoma específicamente buscando resolverlos uno a uno y durante éste se permitió a la paciente determinar el tema a seguir, hubo más libertad en cuanto a la dirección del tratamiento.

Dora presentaba un caso de *petite hystérie*, con disnea, *tussis nervosa*, afonía, migrañas y *taedium vitae*. La chica llegó con Freud tras una amenaza de suicidio, y acusando al padre de mantener una relación amorosa con la señora K, quien era parte de un matrimonio amigo de la familia desde hacía varios años, culpando así mismo al marido, el señor K, de hacerle insinuaciones de tipo erótico en distintas ocasiones, Dora mantenía una estrecha relación con el matrimonio K y solía pasar temporadas con ellos, la señora K era su amiga y confidente, logrando una relación que nunca tuvo con la propia madre. Al principio del análisis aún se hacía referencia a los traumas, pero a medida que avanzaba es que surge la fantasía, y que las escenas que Dora relataba con el señor K eran producto de su fantasía, “...un síntoma significa la figuración – realización – de una fantasía de contenido sexual, de una situación sexual [...] por lo menos uno de los significados de un síntoma corresponde a la figuración de una fantasía sexual...” (Freud, 1905/1953).

En este caso también surge la masturbación infantil, ya que Dora llevaba consigo una carterita, “que no es otra cosa que una figuración de los genitales y su acción de jugar con ella abriéndola y metiendo un dedo dentro, una comunicación pantomímica, pero inconfundible, de lo que querría hacer: la masturbación” (Freud, op. cit.). Así que en este historial se puede distinguir la presencia de la fantasía y de la masturbación que no mucho tiempo después fueron el sostén de Freud como ideas centrales en la histeria, dejando de lado al trauma como tal que en un inicio fungió como eje central. De manera que “los síntomas histéricos de Dora ya no eran considerados el resultado de un trauma psíquico, sino concretamente en términos de los conflictos de Dora en torno del reconocimiento y la elaboración de lo que ella misma quería” (Borossa, 2001). El que las vivencias traumáticas hubieran sido fantaseadas era el hecho nuevo, siguiendo pronto que “la intelección de esas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de infancia” (Freud, 1914/1957)

Por lo tanto las fantasías fueron de suma importancia en las primeras décadas del siglo XX, ya que por supuesto las había tanto conscientes como inconscientes, estas últimas pudiendo convertirse en patógenas, es decir, en síntomas, también pudieron haber sido conscientes y olvidadas cayendo en lo inconsciente, siendo reprimidas. Por otra parte, “la fantasía inconsciente mantiene un vínculo muy importante con la vida sexual de la persona, es idéntica a la fantasía que le sirvió para su satisfacción sexual durante un periodo de masturbación”. En definitiva “los síntomas histéricos no son otra cosa que las fantasías inconscientes figuradas mediante conversión [...] estando la realización de la fantasía al servicio del cumplimiento del deseo.” (Freud, 1908/1959).

Como se pudo ver la histeria cobró una importancia sobresaliente para el psicoanálisis, y su estudio fue tomando diversos giros que pudieran aportar una mayor comprensión, sin embargo, “su frecuencia fue reduciendo considerablemente desde 1894 a 1926” (Sauri, 1984). Es decir las pacientes con

síntomas como los de Anna O. entre otras, ya no se presentaban tan a menudo con cuadros clínicos tan llamativos como anteriormente.

Hasta ese momento Freud había sellado “la histeria una vez más en la historia del conocimiento al destino supuestamente fijado por la naturaleza a la mujer”, más tarde surge el escándalo “entre las mujeres analistas especialmente de niños, [...] las que se encuentran en franca contradicción con lo que la teoría sostiene...” (Bleichmar, 1985). Es así como empiezan a darse distintas líneas de investigación una vez más en torno a la histeria, a sus síntomas, a su origen y al cómo abordarla, tanto psicoanalistas con diferentes concepciones, médicos, más tarde psiquiatras, llegando hasta sociólogos y antropólogos, se interesaron en las mujeres haciendo su aparición de una u otra manera siempre la histeria asociada a lo femenino.

Llegando así a la década de los 70 donde por ejemplo el caso de Dora parecía en ese entonces un “poderoso factor convocatorio de las críticas feministas que le objetaban a Freud y la teoría psicoanalítica, opera de acuerdo con las premisas patriarcales, ya que silenciaban a las mujeres” (Borossa, 2001). La relación de histeria con insatisfacción sexual se versaba claramente entre finales del siglo XIX y principios del XX. Entonces en esa época, por un lado era defendida la postura sostenida por los psicoanalistas, mientras dejaban ver aportes distintos y por otra las feministas atacaban lo sostenido por tanto tiempo.

Por lo tanto la visión de mujeres e histeria tomaba un giro interesante teniendo una doble lectura, “o se veía a la histérica como alguien que se amoldaba demasiado bien a los modelos femeninos tradicionales o por el contrario, como alguien que los rechazaba”. Las feministas del siglo XX retomaron esta cuestión preguntando ¿Es la histeria una reacción positiva o negativa frente a una realidad social opresiva y frustrante?, o sea, ¿es la histérica una víctima o una rebelde? Así comenzó a correr la afirmación de que los síntomas histéricos únicamente eran la manifestación de las quejas e incomodidad de las mujeres a quienes se negaba a

escuchar esa sociedad patriarcal. Aunque por otro lado “su rol de enferma, implicaba una resistencia pasiva [...] otorgando una nueva gravitación en el hogar.” (Borossa, op. cit.).

Ya era posible encontrar esta otra visión de la histeria en algunos textos tales como en el de Smith-Rosenberg (1985), éste explicaba que:

La histérica ya no se ponía al servicio de los demás, como esposa, hija o madre sacrificada, a través de su histeria, podía obligar a los demás a asumir tales funciones y de hecho así sucedía [...] Gracias a su enfermedad que la mantenía confinada en la cama, la mujer llegaba a dominar a su familia en un grado tal que su conducta habría sido considerada impropia de una mujer sana.

Entonces predominan dos posturas, la manipuladora, situándose como víctima para controlar las situaciones y la que se quejaba a la opresión mediante la enfermedad siendo una buena forma de mostrar inconformidad ante su situación. En otras palabras, “la histeria se manifestaba como una consecuencia patológica del patriarcado y a la vez como su subversión”. (Borossa, 2001), lo cual también es confirmado por Bleichmar (1985), “la histeria no es más que una salida aberrante, un grito desesperado de la mujer acorralado en tanto género femenino”.⁷

Una vez más se hacen presentes una serie de explicaciones y posturas acerca de la histeria, parece ser que desde los tiempos antiguos hasta los modernos ha habido variantes interesantes y distintas, Lasègue decía que “la definición de la histeria nunca se ha dado, ni se dará jamás” (citado en Sauri, 1984), habrá quienes estén de acuerdo y quienes no, ya que finalmente sí se ha definido a la histeria, únicamente bajo aproximaciones diferentes.

⁷ Ante las afirmaciones anteriores es importante cuestionar si al determinarse como algo patológico se podría hablar de salud-enfermedad, normalidad-anormalidad, poniendo a la histeria de un lado o del otro, lo que parece algo drástico.

Llegando hasta este momento después de haber realizado un amplio recorrido desde los griegos, pasando por diversos momentos históricos, así como una revisión del psicoanálisis el cual da una importancia particular a la estructura histórica, alrededor de la que se hacen diversas construcciones como parte central de la teoría, que más tarde fueron retomadas por diversas figuras como Melanie Klein y Jaques Lacan sólo por resaltar algunos nombres, es importante destacar que dentro del psicoanálisis, cualquiera que sea el autor que la aborde, así como diversas posturas, la histeria siempre ha tenido un lugar significativo.

Es así como “la histeria se nos revela multifacética, plástica, voluble en su apariencia y también en los intentos de comprensión que ha suscitado en el curso de la historia. De las explicaciones mágicas, religiosas y médicas hemos arribado en el último siglo a las de carácter psicológico” (Bleichmar, 1985). Efectivamente es verdad que ha ido tomando variados matices, sin embargo, generalmente ha sido asociada con lo femenino, aunque en otras aproximaciones psicoanalíticas será posible relacionarla también con lo masculino. Presentándose a sí misma rodeada de enigmas, la histeria aún hoy en el siglo XXI es un tema de debate e interés en distintos ámbitos, sostenidos tanto por mujeres como por hombres, ligada a diversos estudios, dentro del ámbito de la psicología, del psicoanálisis, de la antropología, en la perspectiva de género, causando aún revuelo y profundos cuestionamientos.

De manera que el psicoanálisis ha sido uno de los principales interesados en el tema, éste ha mostrado su afición por la histeria desde finales del siglo XIX, sus causas, sus síntomas, su tratamiento, evolución, por mucho tiempo las histéricas fueron el centro total de atención de los estudios psicoanalíticos, mismos que dieron inicio precisamente de la mano de la histérica, sin embargo no es el único que la ha tratado o considerado por lo que parece importante abordar otras aproximaciones utilizadas actualmente mostrando que la histeria no está olvidada.

B. Aproximaciones teóricas

La histeria aún a principios del siglo XXI continúa siendo un tema de gran polémica, a pesar del intenso recorrido desde su aparición hasta el presente, goza de numerosas explicaciones y tratamientos, pasando una y otra vez tanto por lo ya conocido como por lo novedoso. De manera que se llega a ciertas construcciones específicas de la histeria las cuales serán abordadas tal y como se conocen en la actualidad.

La histeria de finales de siglo XIX y principios del XX, traducía una contestación al orden burgués que pasaba por el cuerpo de las mujeres, llena de contenidos sexuales, señalado puntualmente por el psicoanálisis, enfrentándose a una serie de cuestionamientos en su entorno, es así como distintas aproximaciones tomaron mayor fuerza, como la psiquiatría gracias a los avances en los fármacos. A pesar de los progresos, parecía posible que el psicoanálisis y la psiquiatría convivieran hasta que “a partir de los años ochenta, todos los tratamientos psíquicos racionales, inspirados en el psicoanálisis, fueron violentamente atacados en nombre de la progresión espectacular de la psicofarmacología” (Roudinesco, 2000).

En 1952 surge la primera versión del DSM elaborado por la American Psychiatric Association, en aquella época, “el manual tenía en cuenta las experiencias del psicoanálisis y de la psiquiatría dinámica. Defendía la idea de que los trastornos psíquicos y mentales dependían, de la historia inconsciente del sujeto...” (Roudinesco, op. cit.). Más tarde la propuesta freudiana fue juzgada como ineficaz por su duración larga y costosa, siendo prácticamente imposible poder medir sus resultados, no había pruebas tangentes que pudieran confirmar la “cura” del paciente que había sido analizado, lo que propició el abandono del enfoque dinámico, eliminando la subjetividad, cosa no menor.

1. La “Histeria” en el DSM-IV-TR

A partir de la fuerte presencia de la psiquiatría, también comenzaron los cambios hasta en la forma de nombrar los conceptos por lo que de ser llamadas neurosis y psicosis se convierten en trastornos de..., con sus diferentes variantes por ejemplo, “la histeria fue reducida a un trastorno disociativo o “convertido”, susceptible de ser tratado como un trastorno depresivo y la esquizofrenia asimilada a una perturbación del pensamiento”. (Roudinesco, 2000)

Dentro del DSM en la categoría de los **trastornos somatomorfos** se encuentra la histeria bajo el nombre de: a) *trastorno de somatización*, sin embargo existen diversos trastornos asociados con éste mismo, únicamente bajo distintos nombres, como: b) *trastorno somatomorfo indiferenciado*, c) *trastorno de conversión*, d) *trastorno por dolor*, e) *trastorno dismórfico corporal*, f) *trastorno somatomorfo no especificado*, también están los **trastornos sexuales**, como el g) *trastorno de deseo sexual hipoactivo*, h) *trastorno por aversión al sexo*, i) *trastorno de la excitación sexual en la mujer*, j) *trastorno orgásmico femenino*, k) *dispareunia*, l) *vaginismo (no debido a una enfermedad médica)*, asimismo se encuentran los **trastornos de la conducta alimentaria**, como m) *anorexia nerviosa* n) *bulimia nerviosa*, además de **los trastornos de personalidad** como ñ) *trastorno límite de la personalidad*, o) *trastorno histriónico de la personalidad* y por último hay otros dos, p) *trastorno facticio* y q) *la simulación*. En todos los trastornos mencionados se encuentran de una u otra manera todos los síntomas que han encarnado la histeria a lo largo de los años desde que ésta ha sido objeto de estudio, cada uno aunque con nombres diferentes contienen elementos propios de lo que se ha identificado como histeria.

De acuerdo con el DSM-IV-TR (2000) “la característica común de los trastornos somatomorfos es la presencia de síntomas físicos que sugieren una enfermedad médica y que no pueden explicarse completamente por la presencia de una enfermedad, por los efectos directos de una sustancia o por otro trastorno mental”,

es decir, que según lo mencionado no hay una explicación aparente que pueda sustentar los síntomas físicos que presenta el paciente, no son resultado de una enfermedad particular o al consumo de drogas que provocaran malestares fisiológicos como consecuencia de algo capaz de alterar el buen funcionamiento del cuerpo validando las molestias.

Trastornos somatomorfos

El rasgo común en los trastornos somatomorfos es la presencia de síntomas físicos que indican una enfermedad médica que no pueden ser explicados por una enfermedad, efecto de una sustancia u otro trastorno mental.

a) Trastorno de somatización

Dentro del DSM-IV-TR (2000) “el trastorno de somatización (anteriormente histeria o síndrome de Briquet) es un trastorno polisintomático que se inicia antes de los 30 años, persiste varios años y se caracteriza por una combinación de síntomas gastrointestinales, sexuales, pseudoneurológicos y dolor”. Por lo tanto, según el DSM-IV-TR la histeria se convirtió en el trastorno de somatización, dejando de ser conocida como lo había sido hasta ese momento, aunque pareciera que únicamente cambió de nombre, ya que la gama de síntomas identificados comúnmente también se reconocen en dicho trastorno, la característica principal es un patrón de síntomas somáticos, recurrentes y significativos.

Los síntomas que deben ser considerados para el diagnóstico de dicho trastorno se encuentran agrupados y dentro de ellos se encuentran: síntomas dolorosos, relacionando el dolor con áreas como abdomen, cabeza, tórax, o durante el acto sexual o la micción, también están los síntomas gastrointestinales como náuseas, vómitos, diarrea. Por otra parte se encuentran los síntomas sexuales por ejemplo, indiferencia sexual, disfunción eréctil, problemas menstruales, finalizando con síntomas pseudoneurológicos tales como: alteración en la coordinación psicomotora, parálisis, debilidad muscular, dificultad para deglutir, sensación de nudo en la garganta, afonía, alucinaciones, pérdida de sensibilidad táctil y

dolorosa, diplopía, ceguera, sordera, convulsiones, amnesia, pérdida de conciencia distinta al desmayo.

De igual manera resaltan la presencia de síntomas de conversión y disociación, ahora especificando que los síntomas deben iniciar antes de los 30 años, manteniendo su presencia varios años, deteriorando la vida social y laboral del sujeto para poder ser considerados dentro del diagnóstico del trastorno de somatización. Generalmente las personas que padecen este trastorno describen de manera espectacular sus síntomas, careciendo de información objetiva y concreta.

La descripción proporcionada por el DSM-IV-TR (2000), no parece muy distante de la descripción del cuadro histérico de finales del siglo XIX descrito por Freud y otros médicos de la época, la imagen y sintomatología especificada en dicho manual es similar a la que presentaban las llamadas “brujas”, “poseídas”, “simuladoras”, entre otras muchas caras bajo las que ha sido disfrazada la histeria. La diferencia principal radica en que el DSM-IV-TR agrupó, separó y organizó de otras maneras a los síntomas, como ya se dijo, el trastorno de somatización es el principal dentro del grupo y el que está asociado directamente con la histeria.

b) Trastorno somatomorfo indiferenciado

El trastorno somatomorfo indiferenciado se distingue del trastorno de somatización debido a que los síntomas deben durar seis meses o más. Los síntomas más comunes son el cansancio crónico, pérdida de apetito, molestias gastrointestinales o genitourinarias, los cuales tampoco pueden explicarse completamente por presencia de alguna enfermedad médica o sustancias. Básicamente se diferencia del trastorno de somatización debido a que éste presenta varios síntomas, y el somatomorfo indiferenciado sólo puede tener uno o más síntomas, al menos 6 meses.

c) *Trastorno de conversión*

También se encuentra el trastorno de conversión, el cual presenta “síntomas que afectan las funciones motoras voluntarias o sensoriales, que sugieren un trastorno neurológico, se considera que los factores psicológicos están asociados al síntoma” DSM-TR-IV (2000), los síntomas no son simulados, sino que están relacionados con la actividad motora voluntaria, son pseudoneurológicos, provocando déficit en la coordinación y equilibrio, parálisis, debilidad muscular, afonía, dificultad para deglutir, retención urinaria, pérdida de sensibilidad, diplopía, ceguera, sordera, alucinaciones, se pueden manifestar crisis o convulsiones. Se puede diagnosticar dicho trastorno tras haber realizado un examen neurológico que descarte un origen neurológico, los síntomas de conversión suelen ser inconsistentes. Según el DSM-TR-IV, (2000):

Tradicionalmente el término de conversión deriva de la hipótesis de que el síntoma somático representa la resolución simbólica de un conflicto psicológico inconsciente que disminuye la ansiedad y sirve para mantener el conflicto fuera de la conciencia, asimismo la persona puede obtener del síntoma una ganancia secundaria [...] Los individuos con síntomas de conversión pueden manifestar la *belle indifference* o presentar actitudes de tipo dramático o histriónico.

d) *Trastorno por dolor*

Por otra parte se encuentra el “trastorno por dolor”, como el nombre lo sugiere, el dolor en cualquier parte del cuerpo es el principal síntoma provocando deterioro en la vida del sujeto, sin que éste sea inventado, la persona realmente siente dolor, manifestando tal gravedad que merezca atención médica. El dolor puede deteriorar el desempeño laboral, social, del individuo, los factores psicológicos son importantes en el inicio particularmente al asociarse con la gravedad y persistencia del dolor. Su puede dividir en trastorno de dolor asociado a factores psicológicos y a enfermedad médica y puede ser agudo con duración menor a 6 meses y crónico, con duración igual o mayor a 6 meses.

e) Trastorno dismórfico corporal

Este trastorno trata de la preocupación por algún defecto imaginario o exagerado en el aspecto físico, si el defecto existe, la preocupación suele ser excesiva, causando deterioro social, laboral entre otras. Los síntomas más comunes son defectos imaginarios de cara o cabeza, delgadez del cabello, acné, arrugas, cicatrices, manchas, palidez, forma o tamaño de nariz, ojos, cejas, orejas, boca, dientes, mandíbula. Aunque puede haber preocupación por otras partes como genitales, abdomen, brazos, piernas, caderas, tamaño general del cuerpo, constitución y musculatura. Los sujetos que padecen dicho trastorno padecen un malestar intenso en relación con el supuesto defecto, es difícil controlar o dominar sus preocupaciones, hasta el punto de que esos pensamientos dominen la vida de la persona.

f) Trastorno somatomorfo no especificado

El trastorno somatomorfo no especificado incluye criterios como pseudociesis: creencia errónea de estar embarazada, con signos objetivos de embarazo, amenorrea, sensación subjetiva de movimientos fetales, náuseas, secreciones, congestión mamaria y dolores apropiados para el día del parto, así como cambios de tipo endocrino que no son explicados por la presencia de una enfermedad médica.

Trastornos sexuales

Se caracterizan por alteración en los procesos propios de la respuesta sexual o la presencia de dolor durante el acto sexual.

g) Trastorno del deseo sexual hipoactivo

Se caracteriza por la ausencia o insuficiencia de fantasías y deseos sexuales, causando problemas interpersonales, no provocados por enfermedad o consumo de sustancias. No hay motivación, no manifiestan iniciativa, sólo llevan a cabo la relación sexual si la pareja así lo desea.

h) Trastorno por aversión al sexo

Como el nombre lo señala, este trastorno trata de la aversión y habitación activa del contacto sexual genital con la pareja, trayendo consigo problemas interpersonales. El sujeto siente ansiedad, miedo al intentar tener relaciones sexuales, es posible que muestre repulsión con otro tipo de contacto como besos o caricias, la intensidad del repudio al sexo puede variar.

i) Trastorno de la excitación sexual en la mujer

Se determina esencialmente por una incapacidad persistente para tener la lubricación propia de la fase de excitación hasta el fin del acto sexual, donde la causa no sea de tipo fisiológico ni por la toma de fármacos.

j) Trastorno orgásmico femenino

Según lo explica el DSM-IV-TR (2000) el trastorno orgásmico femenino consiste en la ausencia o retraso recurrente del orgasmo en la mujer después de la fase de excitación sexual normal, lo que provoca dificultades en las relaciones interpersonales, la capacidad orgásmica puede variar con la edad, cuando se sabe conseguir un orgasmo es difícil no sentirlo a menos que se presenten problemas con la pareja, algún evento traumático o problemas del estado de ánimo.

k) Dispareunia

El rasgo principal en este trastorno es el dolor genital durante el coito, aunque sea algo que aparece comúnmente puede sentirse antes o después del acto sexual, puede ir de malestar leve a dolor agudo, puede ser durante la penetración u otros movimientos coitales, no se debe a vaginismo o falta de lubricación, ni a efectos por consumo de sustancias o enfermedad médica.

l) Vaginismo

Se trata de la contracción involuntaria, recurrente de los músculos perineales del tercio extremo de la vagina ante la introducción del pene, dedos, tampones o espéculos.

Trastornos de la conducta alimentaria

Caracterizados por alteraciones graves de la conducta alimentaria.

m) Anorexia nerviosa

Consiste en el rechazo a mantener un peso mínimo corporal, miedo intenso a subir de peso y una alteración importante de la percepción de la forma y tamaño del cuerpo, quienes lo padecen presentan un peso menor al debido de acuerdo a su edad y estatura, si se trata de una adolescente puede que en lugar de pérdida no haya aumento adecuado al desarrollo normal. Hay una disminución de la ingesta, comienzan eliminando algunos alimentos hasta llegar a una dieta muy restringida, se utilizan purgas o ejercicio excesivo. El miedo a ganar peso no se va aunque la persona baje de peso, para controlar su peso, pueden pesarse repetidamente, medir algunas zonas del cuerpo o mirarse constantemente en el espejo, pueden estar conscientes de su delgadez pero niegan que sea un problema, lo refutan. Existen dos tipos: el restrictivo donde se hace dieta, ayuno o ejercicio en extremo y el compulsivo/purgativo habiendo atracones, purgas o ambos. Suele ser más común en mujeres en edad adolescente.

n) Bulimia nerviosa

Este trastorno consiste en atracones (consumo a lo largo de un periodo corto de tiempo de una cantidad de comida muy superior a la que la mayoría de los individuos comerían), o métodos extremos para evitar subir de peso, los atracones o conductas inapropiadas deben suceder un par de veces por semana durante al menos tres meses. El tipo de comida puede variar sin embargo pueden ser dulces, pasteles, etc. Las personas que lo padecen suelen sentir mucha vergüenza e intentan ocultarlo. Los estados de ánimo disfóricos, situaciones interpersonales estresantes, el hambre intensa secundaria a una dieta o sentimientos relacionados con el peso y la silueta pueden desencadenar la conducta, hay sensación de falta de control, usan variadas técnicas para provocar el vómito. Hay dos tipos: purgativo en el cual se provoca el vómito y el mal uso de laxantes o diuréticos y el no purgativo donde predomina el ayuno o ejercicio.

Trastornos de personalidad

De acuerdo con el DSM-IV-TR (2000) un trastorno de personalidad “es un patrón permanente e inflexible de experiencia interna y de comportamiento que se aparta acusadamente de las expectativas de la cultura del sujeto”.

ñ) Trastorno límite de la personalidad

Es un patrón de inestabilidad en las relaciones interpersonales, autoimagen y afectividad y notable impulsividad, quienes lo padecen se esfuerzan para evitar el abandono real o imaginario, tienen la percepción de una separación, rechazo o pérdida de la estructura externa afectando la autoimagen, cognición y comportamiento, tienen relaciones intensas e inestables, idealizan a las personas que están cerca y pueden ir de la idealización a la devaluación, se presentan cambios bruscos de carácter, pueden manifestar intentos suicidas o de automutilación, en sí, acciones autodestructivas, otros síntomas son la irritabilidad, angustia, ira, ideas paranoides, suelen ser pasajeros y duran de minutos a horas.

h) Trastorno histriónico de la personalidad

El trastorno histriónico de la personalidad, se caracteriza por emotividad generalizada y exagerada, buscando atraer la atención, estas personas son dramáticas y seductoras, no se sienten cómodos cuando no son el centro de atención, son abiertos y seductores, desean impresionar, son altamente sugestionables e influenciables, tienen una expresión emocional superficial y cambiante, muestran teatralidad, autodramatización y consideran sus relaciones más íntimas de lo que son en realidad, mostrando de manera exagerada sus emociones con personas que apenas conoce.

o) Trastorno facticio

El trastorno facticio de acuerdo con el DSM-IV-TR (2000) “es la producción intencionada de signos y síntomas físicos o psicológicos” pueden ser inventados, exagerados, en una palabra falsos, el sujeto busca hacerse el enfermo, obteniendo algún tipo de ganancia o recompensa. La sintomatología es inventada,

falsificada, autoinflingida. Para que se produzca ese trastorno, el paciente debe asumir completamente el papel de enfermo, y no haber nada externo que justifique los síntomas, el paciente suele ser dramático, presenta gran tendencia a mentir, suelen conocer los procedimientos médicos y hospitalarios. Puede haber algunos subtipos como trastornos facticios, con signos y síntomas psicológicos, con signos y síntomas físicos y la combinación de ambos.

i) Simulación

Este trastorno consiste en provocar intencionadamente síntomas físicos o psicológicos, motivados por cuestiones externas y con intenciones de obtener algo dada su condición. La simulación se diferencia del trastorno facticio en que aquí existe un incentivo externo, lo que no pasa en el facticio.

Todos los trastornos explicados tienen grandes similitudes con los síntomas identificados en la histeria y después que han sido expuestos varios de ellos llevan el nombre o concuerdan con la descripción de **uno** de los síntomas registrados dentro del cuadro histérico, por lo tanto, ¿en qué consistió el separar y cambiar los nombres si parece ser que se trata de lo mismo?, ¿por qué pensar que la histeria murió junto con Freud?, tal vez lo que dejó de ser pronunciado es el nombre ya que los cuadros histéricos aún están presentes en libros como el DSM-IV-TR, por lo que no se trata de una estructura antigua y obsoleta como a veces ha sido juzgada, que sólo existía siglos atrás, sino que aún se encuentra vigente bajo distintos criterios y clasificaciones como ha sido demostrado.

2. La “Histeria” dentro de la psiquiatría-psicodinámica

La confusión y desacuerdos para definir la histeria aún subsisten, pasando por una serie de transformaciones y críticas. Dentro de la aproximación de la psiquiatría-psicodinámica, la histeria es conocida como psicosis histérica, también es utilizado el término “*carácter histérico*, para describir aquellas personas que ostentan mecanismos predominantemente histéricos y no tienen tendencias esquizoides” (Mackinnon y Michels, 1983)

Esta perspectiva también resalta el hecho siempre señalado acerca de que las mujeres son las que exhiben con mayor frecuencia mecanismos histéricos, ya que ellas exageran los rasgos que de por sí ya poseen, que comúnmente caracterizan la feminidad, excluyendo a los hombres que suelen padecer en el mayor de los casos de obsesión y no de histeria. De igual manera el DSM-IV-TR (2000), menciona que hay mayor prevalencia en mujeres que en hombres, siendo del 2% y del .2% respectivamente y al mirar en retrospectiva como ya se ha visto desde tiempos antiguos la histeria generalmente ha estado asociada con lo femenino como si fuera exclusivo, actualmente se sabe que es no es del todo cierto sin embargo no se abundará en dicha cuestión.

Según Mackinnon y Michels (1983), “el lenguaje, aspecto físico y manera general del paciente histérico son un poco dramáticos y exhibicionistas”, lo anterior coincide con otros enfoques ya revisados, en casi todas partes se dice que la demostración de algunas emociones es señalado como exagerado dentro de la histeria, también se menciona que hay “cordialidad aparente, aunque sus reacciones emocionales sean, lábiles, variables y en ocasiones excesivas, el histérico anda buscando constantemente la relación personal [...] cuando no percibe contacto emocional en una relación, experimenta sentimientos de fracaso, criticando al otro, reacciona fuertemente a la desilusión, mostrando poca tolerancia a la frustración”

Otra característica siempre relacionada a la histeria es lo que atañe al cuerpo de acuerdo con Mackinnon y Michels, (1983):

La paciente histérica da la impresión de servirse de su cuerpo como instrumento para la expresión de cariño y ternura, pero la motivación proviene de un deseo de obtener aprobación, admiración y protección [...] la conducta atractiva y seductora sirve para obtener la simpatía o aprobación de los demás, presentan una conducta histriónica, seductora, emocional, el histérico niega toda responsabilidad por la situación en la que se encuentra [...] función sexual trastornada, frigidez parcial.

La mujer histérica se presenta como si fuera un ser desamparado y dependiente, actuando de manera absorbente en sus relaciones. Suele decirse que la persona histérica es narcisista, manifestando preocupación extrema por su aspecto externo y la atención que recibe de los demás, “buscando en su pareja lo que les hace falta a ellos [...] El hombre a quien la mujer histérica quiere es adornado con los rasgos de un padre ideal y omnipotente, que no tendrá para con ella exigencia alguna. Sin embargo, teme siempre perderlo” (Mackinnon y Michels, 1983). Presentan síntomas físicos como dolores de cabeza, de espalda, el dolor implica el pedir ayuda o atención, aquí se percibe como un integrante más de la histeria, por ejemplo el DSM-IV-TR lo clasifica como un trastorno aparte, lo que parece complicado ya que en los cuadros histéricos que se han descrito generalmente el dolor es parte fundamental.

La obtención de ganancias secundarias es algo que parece coincidir con las teorías que se han ocupado de la histeria, afirmando que los síntomas desarrollados son los que proporcionan mayores ventajas para adquirir lo deseado, debido a su insatisfacción continua, soledad, cambios radicales de estado de ánimo, soñar despierto y tener fantasías es parte de la vida emocional del histérico. “Los pacientes histéricos expresan impulsos y afectos reprimidos a través de síntomas somáticos. La conversión no es sencillamente una expresión somática de afecto, sino una representación específica de fantasías que pueden

volver a traducirse de su lenguaje somático a su lenguaje original” (Mackinnon y Michels, 1983).

Las histéricas niegan tener conciencia del significado tanto de su propia conducta como de la conducta de los demás, es como una ausencia de conciencia que es mayor en algunas áreas, lo cual es señalado desde las pacientes atendidas por Freud que presentaban una “double conscience” según lo reportado, como si algo ajeno a ellas actuara en su lugar.

De acuerdo al enfoque psicodinámico dentro de los patrones de desarrollo de los pacientes histéricos un rasgo común es el de haber ocupado una posición especial en la familia, la futura histérica femenina entra en lucha con sus padres y descubre que el llanto y escenas dramáticas la llevan a obtener lo que quiere. Según Mackinnon y Michels, (1983) “la madre típica de la histérica femenina es competitiva, fría y resentida, se muestra más afectuosa cuando la hija está enferma, deprimida o disgustada ya que así la necesita [...] la relación entre madre e hija durante la adolescencia se caracteriza por la pugna abierta”, por otra parte el padre suele ser sensible, simpático, seductor y dominador.

Dentro de la psiquiatría se conoce el síndrome de Münchausen, el cual suele ser raro o poco común, dicho síndrome “se relaciona con la histeria y con la simulación [...] son personas que presentan sus síntomas en forma dramática, buscan la atención de otros” (Kolb, 1977). La descripción de dicho síndrome aunque con otro nombre, una vez más coincide con los rasgos con los que se ha identificado a la histeria, el síndrome de Münchausen es considerado como parte de las neurosis histéricas, resultando unas reacciones disociativas, las cuales son clasificadas como un tipo de histeria de conversión, “en una reacción de conversión, la angustia, en lugar de experimentarse conciente, se convierte en síntomas funcionales que afectan órganos o partes del cuerpo. Los síntomas de conversión sirven para prevenir o disminuir cualquier angustia palpable y suelen simbolizar el conflicto mental primario” (Kolb, 1977). El mismo enfoque señala que

los síntomas del sujeto le dan cierto grado de solución a sus problemas proporcionándole alivio ante la situación angustiante por la que está pasando.

La causa sostenida como principal para que se produzca una reacción de conversión es la vivencia de una situación angustiante, también es considerado desde el punto de vista psiquiátrico que dicho trastorno empieza frecuentemente en la relación materna filial, “en contraste con el antiguo concepto de que el trastorno es la consecuencia de alteraciones en el periodo edípico” (Kolb, op. cit.). A pesar de diversas explicaciones y posibles causas, en general hay una conclusión común y es que los síntomas sirven para algún propósito personal, poseen valor por sí mismos, proporcionando protección, escape o ventajas, hoy en día “todos aceptan que se trata de una técnica de adaptación psicológica a la cual puede recurrir la personalidad”. (Kolb, op. cit.). Según lo postulado la reacción histérica permite tanto una defensa contra la angustia si ésta es la causa principal de la reacción o para cumplir con alguna cuestión en particular, como lograr algo que se deseaba y se puede alcanzar mediante el padecimiento de ciertos síntomas, sin referirse únicamente a ventajas materiales ya que también pueden ser emocionales o sociales.

Ambas concepciones demuestran que la histeria es un tema actual, ya sea considerada como trastorno o estructura psíquica, las histéricas aún ocupan un lugar, las explicaciones anteriores son ampliamente descriptivas en cuanto a los síntomas en todas sus variedades, los agrupa de acuerdo a ciertas características, lo que es importante resaltar para evidenciar la diferencia con el psicoanálisis, el cual no se satisface únicamente con describir el cuadro clínico sino que éste pretende ir al ¿Por qué?, dirigirse al origen, a la causa, lo que ha sido motivo de su intensa investigación desde los tiempos freudianos. De manera que la teoría psicoanalítica ofrece la posibilidad de cuestionar, explicar, contestar y volver a preguntar, no se conforma con la especificación de la histeria, sino que brinda un panorama más amplio y profundo del tema.

CAPÍTULO III. EL CONTINENTE NEGRO – ~~LA~~ MUJER

[...] el deseo de la histérica [...] es sostener
el deseo del padre...

J. Lacan

A. Constitución de la psique femenina y masculina

El recorrido tanto del papel histórico-social de las mujeres, como de la histeria y su relación con las mismas, ha sido necesario para comprender aquellas facetas por las que han transitado, pasando de lo subjetivo a lo objetivo y viceversa. Un tema sencillo para unos y lleno de enigmas para otros, así se llega a la mirada y concepción de las mujeres desde la postura psicoanalítica, ya que es con ellas que Freud inicia sus estudios sobre la histeria, a pesar de que haya tenido sus variantes y no sea posible concebirla de la misma forma que en tiempos freudianos la histeria continua presente, justamente la revisión histórica a través de lo largo del trabajo permite conocer los diversos semblantes.

Es conveniente abordar al psicoanálisis desde sus orígenes, de acuerdo con Roudinesco, (2000):

La palabra *psicoanálisis* hizo su aparición en 1896 en un texto de Sigmund Freud redactado en francés. Un año antes, con su amigo Breuer, habían publicado sus famosos *Estudios sobre la histeria*, trabajo en el que se relataba el caso de una joven [...] que sufría de un mal extraño de origen psíquico, [...] conocida bajo el nombre de Anna O., la historia de esta paciente llegará a ser legendaria, [...] una cura fundada en la palabra, una cura en la cual el hecho de verbalizar el sufrimiento, de encontrar las palabras para expresarlo, permite si no curarlo, al menos tomar conciencia de su origen y por tanto asumirlo.

Así que psicoanálisis e histeria están íntimamente ligados, desde hace largo tiempo, uno refiere al otro, en un principio y durante largos periodos Freud estuvo

centrado en la descripción y etiología de la histeria mediante el trabajo clínico, a partir de ahí se fueron dando distintas pautas a la evolución de la histeria y de la neurosis convirtiéndose en conceptos esenciales de la teoría psicoanalítica.

Freud ofreció al sujeto una aproximación diferente a las otras concepciones de la psicología, contribuyendo con una teoría del inconsciente, su principal aportación y otra de la sexualidad, muy diferente a todas las que habían sido postuladas, él da un giro definitivo en cuanto al tema sexual en la infancia. Pasando por diversas ideas acerca de la histeria, proponía y más tarde se corregía a sí mismo, desarrollaba una hipótesis tras otra de la manera en que funcionaba el psiquismo, “pudo pasar de las técnicas placebas, a las catárticas, al empleo de magnetos, baños y electricidad, de allí a las de sugestión hipnótica, [...] Construyó propuestas que van desde la teoría del trauma, pasando por la de la seducción, hasta arribar a la de la sexualidad infantil”. (Tappan, 2004)

Parece entonces oportuno indagar de manera más profunda ¿Cómo es que se relaciona dentro de la teoría psicoanalítica histeria-mujeres?, ¿cuál era la concepción Freudiana acerca de las mujeres?, ¿de qué manera se ve involucrada la sexualidad infantil?, y ¿de qué forma impactará en la constitución psíquica del sujeto, en este caso particularmente en las mujeres?, etc., todos cuestionamientos importantes que a su vez irán dando apertura a nuevas interrogantes.

Para 1895 Freud en sus primeros trabajos decía que las histerias respondían a una compulsión debido a representaciones hiperintensas, en la conciencia podía haber representaciones¹ que aparentemente carecen de importancia trayendo consigo consecuencias psíquicas incomprensibles, mediante la aparición de representaciones hiperintensas era posible conectar las consecuencias, tales representaciones solían ser el resultado de circunstancias válidas, sin embargo en la compulsión histérica no parecían tener mucho sentido, por el contrario era

¹ Término utilizado para designar lo que uno se representa, lo que forma el contenido concreto de un acto de pensamiento y especialmente la reproducción de una percepción anterior. (Laplanche y Pontalis, 1967)

incongruente y contraria a una neurosis simple, donde por ejemplo, si una persona tuviera un accidente automovilístico tendría miedo a viajar en auto, hay una asociación clara entre ambas cosas, auto igual a miedo, lo cual no sucedía en la compulsión histérica donde no había una explicación ante la representación, se consideraba hasta absurdo, con el avance del análisis se descubría otra representación que justificaba las acciones del sujeto, fue así que adquirían sentido y comprensión, por lo tanto, ambas representaciones guardaban una conexión, parecía que la representación carente de sentido hubiera suplantado a la original, la que se encontraba reprimida de la conciencia, las que se relacionaban con situaciones desagradables que provenían de la vida sexual.

La representación que estaba reprimida no era difícil de traer a la conciencia, lo que parece sorprendente, ya que parecía olvidada y sin haber dejado huellas, idea incorrecta, ésta no se había extinguido por completo, se convirtió en resistencia difícil de vencer y aunque se hiciera en parte consciente quedaba de algún modo excluida del pensamiento, por lo tanto, “es un proceso defensivo que parte del yo investido que tiene por consecuencia la represión histérica y con ella la compulsión histérica” (Freud, 1895/1966). Es lógico evitar pensar en cosas que causen displacer, por lo que se logra mantenerlas alejadas de la conciencia, pero se conservan, se logra recordarlas ante el surgimiento de alguna situación nueva que pueda relacionarse con la anterior. Por consiguiente, “se descubre que es reprimido un recuerdo que sólo con efecto retardado ha devenido trauma” (Freud, 1895/1966). Se refería particularmente a un trauma sexual turbulento, el que provocaba la manifestación de cierto afecto, que es considerado mayor en las histéricas quienes parecían ser excitables sexualmente de manera prematura.

Éstas eran las primeras ideas que Freud postulaba acerca de la histeria, pasando del trauma a la seducción, hasta la fantasía. Ya para 1897 en una famosa carta a Fliess, Freud declara: “Ya no creo más en mi neurótica”², era difícil de creer que en todos los casos el padre fuera culpable de algún acto perverso, además de que

² Carta 69 (1897), en Fragmentos de la correspondencia con Fliess, Tomo I. Obras completas.

el inconsciente carece del signo de realidad, por lo tanto, la idea de que se tratara de una fantasía de la joven, era la respuesta que denotaba mayor sentido, todas esas premisas iban abriendo las puertas a nuevos postulados y conceptos, construyendo y formando parte de lo que años más tarde se identificaría bajo el nombre de psicoanálisis, ya que las mujeres formaban parte importante del mismo y con ellas inicia sus estudios, por lo que es necesario abordarlas a partir de la sexualidad infantil partiendo de ahí hacia la comprensión de la sexualidad femenina y su constitución psíquica, convirtiéndose en una parte totalmente cuestionable dentro del psicoanálisis, que ha sido retomada desde que Freud habló de las mujeres identificándolas como histéricas, asociadas a la pregunta: ¿Qué quiere una mujer? o con la famosa frase: "la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un continente negro" (Freud 1926/1959), esta última frase, motivo de grandes debates y críticas en diversos ámbitos, que han cuestionado a Freud acerca del poco conocimiento que tuvo en lo referente a las mujeres.

Por lo tanto, parece inevitable partir de las propias construcciones psicoanalíticas freudianas, como son la sexualidad infantil, el Complejo de Edipo y el Complejo de Castración, como parte vital de la constitución psíquica del sujeto, permitiendo a su vez un análisis acerca del devenir femenino. *Tres ensayos de teoría sexual*, particularmente *La sexualidad infantil*, es el documento que abre paso a la presencia de la vida sexual en los niños, acompañada de una pulsión de investigar, por ejemplo los niños comienzan a preguntar acerca del nacimiento de los bebés, cuando ven a la madre embarazada, ante la presencia de un hermanito generalmente identificado como un ente molesto, en ocasiones los padres suelen tener explicaciones absurdas o poco creíbles que no dejan convencido al niño, con respuestas como: los bebés son traídos por la cigüeña, son producto de una abeja y una flor, nacen de una semilla entre muchas otras. Es cierto que en la actualidad dichas respuestas son menos utilizadas, ya que se habla con mayor claridad y realidad a los niños, se llama a las cosas por su nombre. No obstante, y a pesar de que las contestaciones son más claras, esto no impide que los niños fantaseen y hagan sus teorías al respecto. Así que los pequeños también comienzan a

interesarse por la diferencia anatómica, debido al encuentro visual de unos genitales distintos a los suyos, cuestión en la que se ahondará debido a las implicaciones que lo acompañan, tanto en hombres como en mujeres, aunque éstas sean motivo de la investigación es necesario referirse a ambos.

En los niños surge una teoría esencial que se relaciona con la diferencia entre los sexos, pene en el varón y clítoris en la niña. El varón suele “atribuir a todos los seres humanos, aún a las mujeres un pene” (Freud, 1908/1959), para Freud el pene desde la infancia es la zona erógena de mayor importancia, el principal objeto sexual autoerótico, ante eso parece lógico pensar que éste sea altamente valorado; en dado caso que el niño vea los genitales de una niña, todavía piensa que ella lo tiene pequeño y ya le crecerá. Durante este periodo el niño suele proporcionarse placer estimulando su pene, cuando esto sucede y un adulto lo descubre obtiene una llamada de atención, todavía en este nuevo siglo se utiliza la amenaza de cortar el pene, lo que más tarde puede confirmar dicha acción cuando se miran los genitales de la mujer como la representación más real de la mutilación, es decir, que en efecto existiría la posibilidad de perderlo, ya que ella no lo tiene. Por su parte la niña, quien también descubre los genitales del niño, sintiéndose castrada, piensa que lo tuvo y lo perdió, por lo que desarrolla “un gran interés por esa parte del cuerpo en el varón, interés que pronto pasa a estar comandado por la envidia” (Freud, 1908/1959).

La niña sabe que no lo tiene, pero quiere tenerlo, trayendo consigo algunas consecuencias, debido a “la admisión de su herida narcisista, se establece en la mujer un sentimiento de inferioridad. Superado el primer intento de explicar su falta de pene como castigo personal...” (Freud, 1925/1961). Por otra parte la envidia del pene, aligera los vínculos amorosos con el objeto madre, sugiriendo el alejamiento de las mujeres de la masturbación, como si no valiera la pena la competencia en ese sentido con el varón, así “que el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino y a encaminarse por nuevas vías que

llevan al despliegue de la feminidad” (Freud, op. cit.). La niña reemplaza el deseo de pene por el deseo de un hijo, “con este propósito toma al padre como objeto de amor, la madre pasa a ser objeto de los celos y la niña deviene una pequeña mujer” (Freud, op. cit). Se sabe que en un principio la madre es el objeto de amor tanto de niños como de las niñas, en el caso de los varones conservan el mismo objeto, sin embargo ellas deben resignarlo por el padre, hacen un doble recorrido.

Dado lo anterior el complejo de Edipo en la mujer es una formación posterior, ya que el complejo de castración lo antecede, de manera que existe una diferencia primordial entre ambos sexos: “mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último” (Freud, 1925/1961). Por lo tanto la distinción entre varón o mujer es el resultado de la anatomía y situación psíquica, que correspondería a la castración efectuada o a la amenaza, a partir de esto es posible determinar que el complejo de Edipo siempre trae consecuencias sin importar cómo se entre o salga de él.

Ante tal afirmación es necesario explicar qué se entiende por complejo de Edipo, cuando el complejo de Edipo es “normal” el niño(a) suele estar enamorado del padre del sexo contrario, en tanto que su relación con el progenitor del mismo sexo está llena de hostilidad y rivalidad, por ejemplo, el niño ama a la madre y siente competencia con el padre. En el caso del niño, la madre fue y continúa siendo el primer objeto de amor, es cuando el chico percibe el vínculo entre los progenitores que el padre se convierte en un rival que lo despoja de la atención y del amor de su madre, ya que ella pone sus ojos en otro que no es él.

En la niña el camino por el complejo de Edipo es más complicado, esto se debe a que también para ella la madre es el primer objeto de amor, sin embargo más adelante toma al padre como objeto, dicho cambio puede tener diversas explicaciones, en el caso de las niñas se debe señalar que pasan primero por un

Edipo de forma negativa³, siendo el padre un rival molesto, una vez superado pasa al positivo⁴, a partir de ello parece posible deducir que “la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre” (Freud, 1931/1961).

La ligazón-madre se considera como una fase preedípica, ya que fue la primera, sustituyéndose por la ligazón-padre a partir de la que se constituye “el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad”, aunque en lugar de que ello ocurriera, podría provocar inhibición sexual, complejo de masculinidad, o bien, los trazos de la feminidad definitiva, lo que sucede “tomando al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo” (Freud, 1931/1961). Esta primera ligazón con la madre es tierna y se toma como un modelo a seguir, es común observar a niñas pequeñas poniéndose el maquillaje de su mamá, llevar una bolsa, ponerse collares o cualquier acción que la asemeje con el proceder de la madre, una vez concluida dicha fase con el cambio de objeto se quiere eliminar a la madre, ya no es más el objeto amoroso, “ésta se identificará con la madre para ganarse el amor del padre, pero también por las huellas de la relación preedípica, la niña conservará una actitud ambivalente hacia la madre a la cual también ama” (García, 2004), teniendo esa ligazón un papel en el futuro de la pequeña, es decir, preparándola para la adquisición de cualidades con las que cumplirá su función sexual y social. Entonces dependiendo de cómo se entre a la situación edípica será el resultado de la forma en que la niña tome su feminidad.

Otras razones válidas en cuanto al cambio de objeto son que la niña sienta molestia hacia la madre debido a que no le dio el genital correcto, es decir un pene, la chica la hace responsable por su falta y no lo perdona, otro motivo es el destete, o tal vez tuvo que compartir su amor con otro hijo u otra actividad, lo que provoca finalmente una actitud discrepante hacia la madre, dirigiendo la atención hacia el padre. “El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda,

³ El Edipo en su forma negativa significa que hay amor hacia el progenitor del mismo sexo y odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto. (Laplanche y Pontalis, 1967)

⁴ El Edipo positivo es cuando hay amor hacia el progenitor del sexo contrario y rivalidad con el progenitor del mismo sexo, es decir el complejo de Edipo que se explicó como “normal”.

originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre [...] la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo". (Freud, 1932/1964), en este caso un hijo del padre, si más adelante se tiene un hijo especialmente varón, quien posee el pene anhelado se traduce como la realización de dicho deseo, lo que más tarde Lacan llamará Falo.

El complejo de Edipo es un fenómeno esencial dentro de la sexualidad infantil, el cual llega a su fin cayendo a la represión. En lo que respecta a la niña, quien desea ser la favorita del padre, tendrá que experimentar un regaño o algo desagradable de su parte, lo que evidenciaría que la niña no es el centro de la vida de él. Al varón podría sucederle lo mismo que a ella, o por la presencia de otro niño a quien la madre dirigiera su amor terminaría decepcionado, declinando toda esperanza y así, "el complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna" (Freud, 1924/1961).

Para ambos (niño y niña) se trata de la pérdida de su objeto de amor, ya que ninguno puede acceder a él, "a partir de la percepción de la diferencia sexual anatómica, para la niña la diferencia constituye un punto medular en su constitución psíquica, el niño parte de ella para darse cuenta que ni la igualdad con el objeto de deseo de la madre lo hace acceder a ese primer objeto de amor, ambos quedan castrados de ese primer amor [...] sentirán que las características del cuerpo son causantes de esa pérdida. Sin embargo son al mismo tiempo la posibilidad de ser sujetos deseantes" (García, 2004). Tuvieron que enfrentar ese amor irrealizable, el varón renuncia a la madre, la niña tiene que resignar primero a la madre y después al padre, identificándose con el progenitor del mismo sexo, la pequeña puede tomar rasgos femeninos como su madre, pero continuará amando al padre con quien también se identifica, proceso acompañado de amor dándose permiso para acceder al deseo, "la niña podrá ver qué es lo que anhela para su vida a través de lo que haya anhelado al padre para ella". (García, op. cit.), lo que permite destacar que el Edipo en las mujeres es más complejo debido a su largo recorrido hasta llegar a su declinación.

Lacan, el Edipo y la diferencia sexual...

Dentro del mundo psicoanalítico figuran distintas personalidades que gozan de renombre y prestigio debido a sus ideas y aportaciones, entre ellos se encuentran Melanie Klein, Anna Freud, Donald Winnicott, Alfred Adler, Karen Horney, Otto Rank, Carl Jung, Helene Deutsch, Erich Fromm y Jaques Lacan por mencionar algunos nombres. Todos ellos han dado inicio a sus teorías a partir de leer y releer a Freud, cuestionando, debatiendo, confirmando o contradiciendo sus postulados, dando como resultado una conclusión indiscutible, sin importar que postura se tome, todos tienen un origen común que no puede dejar de ser considerado: la teoría freudiana; es por ello que para abordar las premisas del psicoanalista J. Lacan, las cuales servirán de base para la presente investigación fue necesario transitar *por el camino de Freud*.⁵

Lacan al igual que Freud considera al complejo de castración como eje central alrededor del cual gira el complejo de Edipo, sin embargo, Lacan difiere en cuanto a los momentos de la castración, ya que para él dicho complejo indica el momento final del Edipo en ambos sexos. Divide al Edipo en tres tiempos: Durante el primero, el niño se percata de que la madre desea algo más que al pequeño mismo, alguna otra cosa que no es él, ya no se trata de esa madre omnipotente está marcada por la falta, no tiene el falo, así que él trata de convertirse en el falo para ella, no obstante, él también está marcado por la falta, ya que no satisface el deseo de la madre, en ambos casos falta el falo imaginario. Al percibir que la madre no es autosuficiente, se convierte en la primera percepción que tiene el sujeto de que el Otro no es completo, siempre tiene una falta, convirtiéndose la madre en la primera persona que ocupa el lugar del Otro⁶.

En el segundo tiempo interviene el padre imaginario, imponiendo la ley negándole a la madre el objeto fálico y prohibiendo al sujeto acceder a ella, Lacan señala que no se trata de castración sino de privación, dicha operación se da a través del

⁵ Lo que remite a un libro de Néstor Braunstein que se titula *Por el camino de Freud*.

⁶ El Otro es un lugar, el lugar en donde está constituida la palabra, el Otro como otro sujeto es un sentido secundario, un sujeto puede ocupar ese lugar convirtiéndose en el Otro para otro \$.

discurso de la madre, es decir, no se trata de la intervención del padre real como la figura humana imponiendo la ley sino que esa ley sea respetada y acatada por la madre mediante sus palabras y modo de actuar atribuyéndola al padre por más que éste no fuera real, ella ha introducido el Nombre del Padre, el poder se traslada del padre a la madre. “El padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia del lugar de la cadena signifiante como ley. El padre está en una posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley”. (Lacan, 1958/1998). Por lo tanto hay una función de corte, de separación, de imposición de la ley, prohibición del incesto con la madre.

El tercer tiempo se caracteriza por la intervención del padre real, el cual demuestra que él tiene el falo sin intención de cederlo, el niño ha sido castrado haciéndole saber que no podrá ser el falo para la madre, librándolo de ser el falo, ya que el padre lo tiene, dando paso a que el niño se identifique con él; es a partir de esa identificación que el superyó se forma. No obstante es necesario dejar claro que el padre tampoco tiene el falo, hace la función de la ley, pero no es el falo, “así, la metáfora paterna ha sido instalada, el deseo de la madre ha sido sustituido por el deseo del padre, el sujeto que era un *infans*, pasa a ser un sujeto de deseo y en el mejor de los casos un sujeto deseante” (García, 2004), por lo tanto se ha instaurado la castración simbólica, dando origen a la falta en el sujeto, niños y niñas se encuentran en dicha situación, es decir, en falta del falo, ninguno es ni tiene el falo, aunque ambos tratarán de tenerlo, cada uno manifestará y buscará la manera de tapar la falta, siendo ésta el motor del deseo, aquello que provoca que el sujeto se mueva, la falta es la falta de *ser*, no se trata de una cosa en particular que no se tiene sino la falta de *ser*, lo que permite que el *ser* exista, “la búsqueda incesante del deseo pasará a configurar el fantasma que siempre será diferente y subjetivo para cada sujeto” (García, op. cit.), esto significa que dependiendo del deseo cada uno seguirá un camino distinto que irá conformando su existencia⁷.

⁷ El falo permite la instalación del sujeto en una determinada posición como sujeto del inconsciente, o sea, como $\$$ que posibilita su identificación, a partir de dicha posición subjetiva, con “el tipo ideal de su sexo” (Rabinovich, 1995)

El deseo juega entonces un papel decisivo en el sujeto, por lo que es necesario esclarecer que éste no aparece de manera natural como si se tratara de una función inherente que aflora espontáneamente, sino que se relaciona con el deseo del Otro, lo que resulta esencial para que el niño viva y sea posible su existencia, es forzoso un “corte que permite por una parte unificar lo fragmentado, lo segmentado, a la vez que separa” (Saal, 1998), dicho corte es el primero, así como imperioso para la construcción de la subjetividad, imprescindible para la constitución del sujeto deseante, debido a que el deseo del Otro es como un requisito para la estructuración. Una fórmula propuesta por Lacan de suma importancia es el “deseo del deseo del Otro, lo que significa deseo de ser objeto del deseo del otro” (Evans, 1998), lo anterior queda perfectamente claro en el primer tiempo del complejo de Edipo, cuando el sujeto desea ser el falo para la madre, él desea ser aquello que hace falta a la madre, o sea que el sujeto desea desde la perspectiva del Otro, determina su propio deseo con relación al deseo del Otro, el cual sostiene en actividad el deseo del sujeto, ante lo que el fantasma hace su aparición para dar respuesta al sujeto acerca de su deseo, sin embargo dicho fantasma⁸ es propio del sujeto no del Otro el cual no existe.⁹

La ley edípica marcará la prohibición del incesto y la promesa de tener acceso a otras mujeres, pero y a ellas, ¿qué se les ofrece?, será acaso un hijo a cambio de renunciar a su objeto de amor, así que la castración dejará una huella en hombres y mujeres, ya que no podrá ser alcanzada la promesa hecha a ellos, ambos sexos querrán el reconocimiento del Otro, la inaccesible completud, espera del Otro lo que no tiene ni puede dar, desplazando en el sujeto el deseo, de esa manera la castración dará acceso a la sexualidad. Debido a la asunción de la castración es que se crea la falta y por lo tanto el deseo; ambos, niño y niña, han sido castrados simbólicamente, no en el cuerpo real, es a partir de dicha castración que los niños tienen una herida narcisista, uno y otro estarán marcados por la falta y en la

⁸ Aquí el fantasma podría entenderse como modo de defensa de la castración, de la falta en el Otro (más adelante se retomará el concepto de fantasma).

⁹ Esto se refiere a que el Otro completo no existe, el Otro no es completo, tiene una falta, no significa que no exista la persona como tal, sino a que no existe como ser íntegro.

medida en que el padre intervenga y la castración suceda cada cual asumirá su feminidad o masculinidad. Únicamente a través de que se asuma la castración el sujeto puede adoptar una posición sexual, ya sea de hombre o mujer, lo cual abre distintas posibilidades. Freud partió básicamente de las diferencias anatómicas, es a partir de ahí que todo comienza, esto evidencia que también existen diferencias psíquicas, ciertas características psíquicas que pueden ser llamadas *masculinas* y *femeninas*, las cuales no aparecen de forma natural sino que son el producto de un proceso donde dichas diferencias físicas interactúan con factores sociales y psíquicos.

¿De qué se tratará la adjudicación de una postura femenina o masculina?, ¿no se suponía que desde pequeños eso era dado automáticamente, por añadidura?, usualmente se tenía la idea de que “una mujer debía ser femenina, delicada, insegura, sensible, frágil y un varón masculino, dominante, insensible, decidido, fuerte” (González, 1994), como si el nacer con un clítoris y vagina fuera sinónimo de ciertas características y tener un pene de otras, justamente eso ha motivado grandes cuestionamientos ya que resulta ampliamente aventurado afirmar que una mujer únicamente se comporte de una manera o que simplemente por el hecho de poseer cierta anatomía se haga acreedora de algunos calificativos que la etiquetan y marcan, sería hacer de la anatomía el destino. La experiencia y la actualidad prueban que hombres y mujeres muestran una serie de actitudes y acciones que señalan la diversidad que cada uno presenta exhibiendo la inconsistencia de tal enunciación.

Entonces ¿A qué se deberá el que un sujeto tome un lugar femenino o masculino?, desde el punto de vista psicoanalítico es algo que se encuentra íntimamente ligado a la castración, hay una falta, la cual será motivo de la búsqueda de diversas cosas que la llenen, dando vida a representaciones fantasmáticas que forjarán la diferencia posibilitando el juego de la sexualidad humana, “la diferencia es un trazo simbólico que la palabra esculpe sobre el cuerpo. La diferencia anatómica, en su pura materialidad, es una arquitectura

muda carente de significación” (De la Aldea y Rahman, 1991), es decir, que el cuerpo por sí solo carecería de significado si no es por la intervención de la palabra del Otro, de ese que le da un sentido, de ese que declara la diferencia.

El niño desde pequeño, prácticamente recién nacido es expuesto a una serie de estímulos, y por supuesto, lo que socialmente se podría considerar como masculino-femenino no será la excepción, inmediatamente le es mostrada una gran variedad de actividades, hábitos, apariencia física, modo de vestir y un lenguaje que muestra la oposición, habrá maneras para referirse a lo femenino y a lo masculino, que comienza en la distinción entre “mamá” y “papá”. Masculino y femenino no significan nada por sí mismos, únicamente significan algo con relación a que se les atribuyan ciertos contenidos, la diferencia está siempre en el orden del significante, en el simbólico a través del que se dan ciertos distintivos y propiedades, las cuales darán un significado a la diferencia sexual llevando al sujeto a ser hombre, mujer o una combinación, con diversas modalidades que se relacionarán directamente con una historia, un espacio y un tiempo, la diferencia de los sexos es un efecto del significante, “de allí la promoción del significante Fallo, que es el significante de la diferencia. Lugar de la represión originaria, tachadura que funda al sujeto separándolo, cortándolo, diferenciándolo del Otro, promovido a objeto de deseo ya y desde siempre perdido” (Saal, 1998), ya que la pérdida o ausencia del objeto es necesaria, esencial para que el sujeto advenga y el deseo haga su aparición.

Por lo tanto las diferencias anatómicas sólo significarán algo, o tendrán consecuencias psíquicas cuando se pase de las representaciones imaginarias del cuerpo sexuado y se enuncien en lo simbólico, es decir a través del lenguaje, del cruce por la palabra, por eso se hace referencia a ello como un efecto del significante, como lo señala Braunstein (1991), “un efecto con secuencias”, debido a que hay una cierta continuidad, la diferencia se convierte en el resultado del significante, establecida por la palabra donde se quedó fijada en lo imaginario definiendo las posiciones de hombres y mujeres ante la castración.

La concepción psicoanalítica con respecto a la masculinidad y a la feminidad amplía horizontes y da cierta luz, ya que muestra al sujeto sin importar el sexo biológico, los trata como sujetos en falta, sin minimizar a nadie, ni despreciar, simplemente son seres diferentes, se trata de cómo se coloque cada sujeto, conformando su propia subjetividad. Esta postura de la diferencia sexual posibilita el cuestionamiento de las ideas tradicionales del significado de ser hombre o mujer, ya que no reduce, ni restringe, ni etiqueta el lugar de nadie, por el contrario se encuentra abierto a toda eventualidad, lo que proporciona una explicación acerca de la conformación del sujeto sexuado en la sociedad, “de la construcción de la diferencia sexual que ha de inscribirse en la cultura para llegar a ser algo más que una mera diferencia anatómica que como tal, no significa nada” (Braunstein, 1991).

Comúnmente suele pensarse que el psicoanálisis no considera la cultura, a la sociedad, es cierto que no está del lado de la generalidad, sin embargo nadie niega que sería imposible la existencia de un sujeto dentro de una estructura social sin el Otro, desde luego sería un idealismo tratar de eliminar la parte social, esto se reconoce, no obstante, “los caminos particulares por los que cada uno asume su lugar deseante en ese mundo de objetos que son lo otros no han sido hasta ahora, explicitadas, más que por el psicoanálisis” (Saal, 1991), el sujeto no se constituye por sí mismo, existe una parte individual donde el sujeto se sitúa frente los demás y a la par hay otros que influyen en él, por lo tanto los significantes masculino y femenino no significan nada por sí solos, entonces “sólo significan en relación a una cultura que les atribuye ciertos contenidos conceptuales. Significante y significado enlazan sus cuerpos en una coreografía diseñada por el inconsciente, por la lengua y por la relaciones sociales de los hombres” (De la Aldea y Rahman, op. cit.). Pudiendo destacar cierta “simetría” y no sólo inferioridad, como es acentuado usualmente, en lo que respecta a la castración con la que tanto varón como niña se colocan en la subjetividad, pero al mismo tiempo la diferencia está marcada desde el inicio en el lenguaje y la prohibición del incesto que han constituido también al padre y a la madre.

Es cierto que en torno a estas dos palabras feminidad-masculinidad giran muchas ideas, ya que encierran gran cantidad de características, Freud (1932/1964) mencionaba que “el enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos”, entonces ¿Cuál es el misterio que rodea a las mujeres? porque hay muchas, millones, y todas infinitamente diferentes, quién sabe si fuera posible decir que tienen algo en común más allá del título de mujeres, porque si de la subjetividad se trata cada una la construyó desde lugares distintos, por lo tanto, es imposible generalizar dando explicaciones acabadas o definitivas, el psicoanálisis las aborda desde la relación del sujeto con la castración.

De manera que se hace manifiesta una posibilidad en donde: “El falo y la castración ya no se plantean como obstáculos para la feminidad, sino por el contrario como las condiciones de toda feminidad posible [...] La feminidad no puede concebirse como un *ser* que estaría dado desde el inicio, sino como un *devenir*”. (André, 2002), desde 1932 Freud señalaba que el psicoanálisis no pretendía describir qué era una mujer, sino indagar su devenir, cómo es que se desarrolla, otras teorías se han burlado, lo han juzgado, reprobado, aquí se puede hacer referencia a la respuesta de Coon, (1998) al respecto de la pregunta ¿Qué quiere una mujer? “parecería que muchas mujeres desean ser compañeras activas en las relaciones sexuales y desean que se reconozcan sus necesidades y preferencias. No hay misterio en esto, doctor Freud”, muchos criticaron su pobreza en cuanto a las mujeres al denominarlas como el “dark continent”¹⁰, sin reconocer que a diferencia de muchos, el psicoanálisis no se limitó a etiquetar, describir, agrupar como lo han hecho otros, sino que abrió puertas y ventanas, que permiten extender el cuestionamiento.

Por su parte Lacan, al continuar los pasos de Freud también se encuentra de frente con la duda de cómo un sujeto se convierte en sexuado, para él masculino y femenino son posiciones simbólicas a partir de las que se da la construcción de la

¹⁰ Por ejemplo Olivier (1980), argumenta que el continente es solo NEGRO para Freud porque a él le daba miedo, no porque fuera un gran misterio.

subjetividad, en un principio al desconocer el niño la diferencia sexual lógicamente le impide tomar un lugar, es a partir de la castración que se adjudica uno. Para Lacan en contraste con Freud, la posición sexual no se toma debido a la identificación sino a la relación del sujeto con el falo, la identidad sexual hombre o mujer siempre será cuestionada ya que no hay significante que permita definir absolutamente las funciones de cada uno, se preguntarán si son hombres o mujeres, lo cual se relaciona enteramente con la histórica que despliega la pregunta ¿Qué es una mujer?, lo que aplica tanto en varones como en mujeres, confirmando que la fisiología no tiene que ver con el posicionamiento sexual.

Lacan aborda de manera compleja e interesante la diferencia sexual mediante la propuesta de una teoría que se despliega a partir de fórmulas provenientes de la lógica simbólica, las que representan las posibles interpretaciones de la función fálica, son cuatro fórmulas agrupadas de dos en dos, un grupo representa al sujeto en identidad de hombre y el otro la identidad de mujer, siendo así, “todo sujeto hablante tiene, pues, la posibilidad de colocarse a uno u otro lado constituyendo argumento de las casuísticas respectivas que prescribe la función fálica” (Dor, 1985), sin importar el sexo biológico, el sujeto puede colocarse de un lado o del otro, las fórmulas se presentarán y explicarán a continuación.

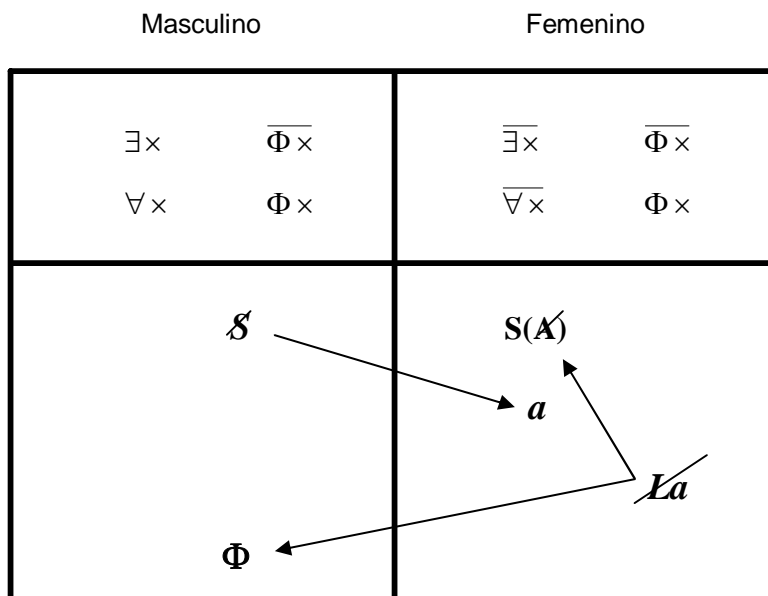


Diagrama de la diferencia sexual

- $\exists x \quad \overline{\Phi x}$ = hay por lo menos una x que no está sometida a la función fálica.
 $\forall x \quad \Phi x$ = para toda x la función fálica es válida.
 $\overline{\exists x} \quad \overline{\Phi x}$ = no hay ninguna x que no esté sometida a la función fálica.
 $\overline{\forall x} \quad \Phi x$ = para no toda x la función fálica es válida.
 x = designa al sujeto en cada una de las fórmulas.
 \mathcal{S} = sujeto barrado.
 Φ = falo simbólico.
 $S(\mathcal{A})$ = significante de la falta en el Otro.
 a = objeto a .
 $\mathcal{L}a$ = indica $\langle \mathcal{L}a \text{ mujer} \rangle$ que no cae dentro de un conjunto.

Se trata de fórmulas lógicas, las cuatro de arriba son proposiciones universales y particulares, afirmativas y negativas. De entrada las fórmulas se encuentran separadas, el cuadro superior izquierdo es el de la posición denominada masculina cuyo significante primordial es el Uno y el lado superior derecho es el de la denominada femenina donde el significante predominante será el Otro, sin olvidar que dicha división **no es acorde a la diferencia anatómica**, sólo apunta a que hay dos posibilidades, la posición que se tome puede incluso estar en contra de la anatomía del sujeto; Lacan, (1972/1975) expresaba que “todo ser que habla se inscribe en un lado o en otro”.

En la parte superior del diagrama cada una de las cuatro fórmulas se refieren a la función del falo (Φ) sin importar el lado del que se esté, muestran cómo ambos, hombre y mujer se relacionan con el falo, es decir, que la diferencia de posición sexual es una consecuencia de la forma en que el sujeto se involucre en esa función, es decir que la posición ya sea masculina o femenina del sujeto resultará según se coloque ante la función fálica, no se trata de que automáticamente por estar de un lado u otro se determine el lugar del sujeto, sino que dicha posición masculina o femenina dependerá de la sujeción con respecto al falo, no del sexo biológico.

El lado masculino está constituido en el piso superior por dos fórmulas:

La primera $\exists x \overline{\Phi x}$: dice que existe al menos un sujeto que no se subordina a la función fálica, es decir que ese hombre se encuentra excluido de la castración, pero no se trata de cualquier hombre sino del padre de la “horda primitiva”, ese padre mítico del que Freud hacía referencia en *Tótem y Tabú*, éste que poseía a todas las mujeres, el único con acceso a todo el goce posible, razón por la que los hijos se revelaron, lo mataron y devoraron¹¹, sin embargo la culpa y el remordimiento los condujo a “la Ley de la prohibición del incesto, que no sólo confería al tirano el lugar del Padre simbólico (el padre muerto) sino que, al mismo tiempo instituía la filiación de los hijos a un padre. Así al rendir simbólicamente homenaje al padre, hacían de la castración el correlato de la Ley” (Dor, 1985). Por lo tanto esta fórmula es lo que “se llama función del padre” (Lacan, op. cit)

La segunda $\forall x \Phi x$: dice que todos los sujetos están sometidos a la función fálica, es decir, todo sujeto se encuentra sometido a la castración, esta proposición universal afirmativa se erige a partir de la anterior ($\exists x \overline{\Phi x}$), para que todos los hombres estén sometidos a la castración es que hay uno que no lo está, ese “x” que ha aludido la función fálica confronta a los otros a la castración, hay “al menos uno” que escapa a la castración como decía Lacan, siendo ese “x” el que soporta la Ley. Este Uno, el Padre simbólico, representa para los demás un fantasma de un goce absoluto, no sometido a la castración, ordena para los otros un goce inalcanzable y denegado, dando cabida a un goce fálico, limitado por la castración.

Por lo tanto el segmento superior del diagrama en su lado masculino está formado por dos fórmulas, la primera parte de un mito, ($\exists x \overline{\Phi x}$), que como es sabido el psicoanálisis retoma para elaborar ciertas teorías y conceptos, en este caso se trata del “padre de la horda primitiva”, es decir, un hombre que gozaba de todo prohibiéndolo a su vez a los demás, por lo que éstos lo asesinan pensando que será mejor su ausencia, sin embargo, ocurre lo contrario haciendo al padre más

¹¹ En términos lacanianos “el mito significa que integrados en el campo del Otro, desaparecen como sujetos, no pudiendo ya tener acceso al objeto de sus deseos” (Skittecatte, 1995)

presente que ausente, instaurando la ley, prohibiendo el incesto y parricidio. Entonces este Padre absoluto es el único no sometido a la castración, pero es necesario que existiese ese Uno para que hubiera Otro, es decir, que este Padre permite que todos los demás, hombres y mujeres se sujeten a la ley, ese Padre que prohíbe al resto, por lo que la segunda fórmula ($\forall x \Phi x$) afirma que todos están sometidos a la función fálica, tuvo que haber Uno que estableciera la ley en los otros.

Ahora, en el lado de la posición llamada femenina también hay dos fórmulas:

La primera $\exists x \overline{\Phi x}$: Dice que es imposible que haya un sujeto que pueda rehuir a la función fálica, es decir, que no existe mujer que no se encuentre sujeta a la castración, todas están sujetas, no hay sujeto mujer que escape a la castración. André, (2002) dice que “no existe por el lado femenino, figura fundadora de un conjunto de mujeres, al inscribirse en falso contra la castración, ninguna mujer podría ser excepción a la regla”, no hay ninguna mujer que pudiera constituir un sexo no fálico, si se piensa en figuras tradicionales de mujeres en diversas culturas, “todas son figuras fálicas, (es de esta forma, en tanto que metáforas delirantes del falo, como resurgen en las elaboraciones de sujetos psicóticos)” (André, 2002)

La segunda $\overline{\forall x \Phi x}$: Esta expresión dice que para no-todo sujeto la función fálica es válida, la mujer está no-toda subordinada a la castración. Esta formulación puede ser bastante confusa por lo que habrá que ahondar más en ella, ya que el no-toda no significa que no estén sujetas a la función fálica, por el contrario están sujetas, como lo dice la fórmula anterior, a las mujeres no hay quién limite su goce como total y negado, no existe ese Uno, por lo tanto no hay universalidad, este no-toda se relaciona con la imposibilidad de totalizar a la mujer, “la feminidad no se organiza como una función universal como lo hace la masculinidad por ello no-toda la mujer esta sujeta a la función fálica” (Wright, 2000). No se trata de un conjunto definido como en el caso de los hombres, sino un conjunto abierto, es por ello que *La mujer es inadmisibile* y deben ser tomadas en cuenta una por una, por

lo tanto \nexists la mujer no existe, no hay universal, no hay La mujer porque ella es no-toda¹².

Las dos fórmulas del lado superior del diagrama que forman el femenino ($\exists x \overline{\Phi x}$), ($\forall x \Phi x$) también parten de que las mujeres están sometidas a la ley, a la castración, no hay excepción alguna, tal como ya se explicaba en el lado masculino, ambos están sujetos a la función fálica, sin embargo este lado además explica que la mujer está como no-toda sometida a la castración, no toda regida por el falo, no hay un significante universal para la mujer, por ello no existe como totalidad, \nexists la mujer se divide entre el falo (Φ) que está del lado masculino y el significante de la falta en el Otro $\$(A)$, que está en el femenino, las mujeres como no-toda pueden tener un goce Otro¹³, además del fálico, esta escisión justamente constituye la zona inferior del mismo lado derecho.

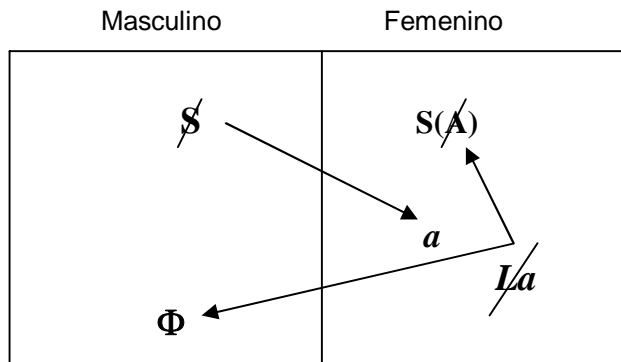
Lacan se ocupó en ahondar en el asunto poniendo bajo escrutinio el artículo La, ya que éste generaliza, no se trata de decir que las mujeres como seres vivientes no existen, cuestión que ha provocado gran revuelo e indignación ¿Cómo se atreve a decir que las mujeres no existen?, entonces, ¿qué somos? se han preguntado muchas mujeres cuando han escuchado o leído tan escandalosa frase, asimismo acompañada de la mujer es no-toda, por ejemplo Olivier (1980), dice que Lacan “estaba poseído por el temor de que ella fuese TODO”¹⁴, sin embargo, parece que la lectura de esa frase no iba en ese sentido, no pretendía devaluar a las mujeres a partir de un miedo personal como lo señala la autora, sino a que cada una se inscribe en la función fálica, no-toda, refiriéndose con la barra del “La” a no establecer un significante de feminidad, como una designación universal, sino que deben ser tomadas una a una, “Ese \nexists no puede decirse, de la mujer nada puede decirse” (Lacan, 1972/1975)

¹² Es necesario señalar que El hombre tampoco existe ya que “también es un sujeto tachado por el significante” (Saal, 1991), es importante aclararlo aunque éste no es objeto de la presente investigación.

¹³ En el capítulo siguiente se explicará con mayor profundidad el goce Otro.

¹⁴ Pero como sería TODO, si justamente lo que el psicoanálisis señala es que hay falta, no todo, la mujer no podría ser toda, lo que aplica en la generalidad no sólo en la mujer.

El diagrama de la diferencia sexual está compuesto de cuatro cuadrantes, ahora es necesario explicar los dos de la parte inferior, que igualmente se refieren a la posición masculina y a la femenina.



Del lado izquierdo se encuentra el \$, el cual simboliza al sujeto tachado, barrado, indica que el sujeto está dividido, escindido, es decir, castrado, sujetado a la ley, es un sujeto hablante, efecto del lenguaje. Del mismo lado también se encuentra, el falo simbólico, la función fálica, la castración, representada por Φ , a la que todos los sujetos están subordinados.

Entonces quien se ubica del lado masculino parece que únicamente puede acceder al sujeto del otro lado al nivel de *objeto a*, objeto causa del deseo en su fantasma, este sujeto sometido a la función fálica sólo puede alcanzar a “la mujer” a través del fantasma $\$ \diamond a$ ¹⁵, “sólo por el intermedio de ser la causa de su deseo le es dado alcanzar a su pareja sexual, que es el Otro. Por esta razón, como lo indica en otra parte la conjunción $\$ \diamond a$ no es más que fantasma, el fantasma en que está cautivo el sujeto” (Lacan, 1972/1975), el fantasma sería aquello que permite al sujeto soportar su deseo. El hombre ve a una mujer como objeto a, objeto parcial respecto al cuerpo del Otro, y aunque haya habido satisfacción tanto en él como en la pareja, “nunca está seguro de haberla poseído, es decir, de haber participado en el goce de ella” (André, 2002), se disfrutará de cuerpos fetichizados sin poder alcanzarlos, persiguiendo fantasmas significados en cuerpos.

¹⁵ El matema del fantasma se lee como el sujeto barrado en relación con el objeto. (Evans, 1996)

Del lado derecho hay tres matemas, por una parte, $\not\backslash a$ mujer está sujeta a la función fálica, a la castración (Φ), por otro lado está el $S(\not\backslash A)$, significante de la falta en el Otro, en el que hay un agujero, un innombrable, ese lugar ausente, que remite evidentemente a la falta, al falo, que puede aparecer precisamente como ese significante de la falta en el Otro, justamente “la mujer” es lo que tiene relación con el Otro, “La mujer tiene relación con el significante de ese Otro, como Otro, éste nunca deja de ser Otro, aquí evocarán mi enunciado no hay Otro del Otro. El Otro ese lugar donde viene a inscribirse todo lo que puede articularse del significante es en su fundamento radicalmente el Otro, por eso con los paréntesis señala al Otro como tachado” (Lacan, 1972/1975), entonces si de la mujer nada puede decirse, la mujer tiene vínculo con el $S(\not\backslash A)$ y ya no-toda es, relacionándose con el falo Φ .

Por lo tanto, el lado femenino se divide en dos respecto a la castración, “la mujer”¹⁶ se relaciona con el significante fálico que puede simbolizar el hombre para ella y por otro lado con el significante del Otro, de ese Otro que no existe en el nivel del goce, dicha división ejerce influencia tanto en la identidad del sujeto como en su goce, entonces el falo tiene la función de escindir la posición femenina, “en esta posición una mujer experimenta que una parte de sí misma está atrapada en el goce fálico, situándose la otra en lo que Lacan llama “goce del Otro” o “goce del cuerpo”. (Saal, 1991), tampoco se trata de hacer del goce del Otro como característico de las mujeres ya que eso significaría reducirlo a un sólo campo, como propio de ellas, ese *goce del Otro* se sitúa más allá del lenguaje, escapa a las palabras, no puede decirse, es imposible a diferencia del goce fálico, el *goce del Otro* aparece como un significante del falo. Se puede decir que la mujer está excluida de las palabras, asimismo tiene un goce suplementario como lo diría Lacan, no complementario sino se caería en el todo. Así que mujeres serán “quienes se relacionan con su pareja en tanto que falo, pero al mismo tiempo si son no-toda es porque ellas pueden tener un goce Otro, diferente suplementario y no están totalmente comprendidas en el goce fálico” (Saal, 1991).

¹⁶ Cada vez que aparezca “la mujer” es bajo la concepción que la mujer no existe, no hay totalidad.

Entonces, una mujer alcanzaría al hombre por la relación que sostiene con el falo (Φ), porque aunque no-toda esté subordinada a la función fálica como ya lo decía la fórmula se debe incluir en el goce fálico, ya que no hay ninguna excepción a la regla, esta separación del goce, en goce fálico y goce del Otro, “sanciona a su vez en la mujer la imposibilidad de entablar una relación sexual con el hombre” (Dor, 1985), que hace referencia a la frase de Lacan “no hay relación sexual”, cuestión necesaria de aclarar, debido a que suele comprenderse como la ausencia de unión genital, es decir, el coito, lo cual sería un error, ya que se refiere a que no existe una relación de complementariedad entre hombres y mujeres.

Efectivamente “no hay relación sexual” entendido como un nexo de complementariedad que vincule hombres y mujeres, sin embargo, no se niega la existencia de encuentros entre ellos, lo que se muestra en el piso inferior del diagrama. Del lado masculino está el sujeto $\$$ que busca al objeto causa de deseo a , es decir se dirige a una mujer, constituyendo el fantasma ($\$ \diamond a$) que será el soporte del deseo a partir de la búsqueda permanente del objeto perdido del sujeto, protegiendo a éste de la angustia, así “el fantasma tiene una función de velo permitiendo cierta ilusión de completud en el Otro”. (Siegel, 2005), es así como el hombre se relaciona con la mujer, él se dirige a ella, la cual simboliza el lugar de objeto a para él, precisamente ella se deja tomar como ese objeto, desde su posición femenina, ella quiere ser ese objeto que pueda completar al Otro.

Desde el lado femenino “ $\backslash a$ ” se parte en dos direcciones, el falo (Φ) que está situado en el lado masculino y hacia $S(A)$, que se encuentra en el femenino, es decir, que la mujer se fracciona en relación con el goce fálico, pero también con un goce más allá del falo, un goce que no entra en el orden simbólico y el cual no posee significante posible de abarcarlo, de manera que coloca a la mujer como no-toda, para sostener la falta, la cual intenta obturar mediante el Otro que le indique quién es ella. Así que el hombre se dirige a ella como objeto a mientras que ella acepta ese sitio. A su vez ella se relaciona con él como no-toda, de manera que se escinde entre el falo y la falta en el Otro.

Es posible concluir que el diagrama de la diferencia sexual se refiere a la posición femenina o masculina a nivel psique, en nada se relaciona con la anatomía, con el sexo biológico, “un hombre biológico puede inscribirse en el campo femenino y una mujer biológica puede inscribirse en el campo masculino. Cada ser hablante puede inscribirse en cualquiera de los dos campos” (Wright, 2000). Lo que significa que cada sujeto se ubicará de un lado u otro a partir de la castración y la manera en la que se situó ante la falta, lo cual puede llevar por diversos caminos como sujetos existen. Todo esto ha sido necesario de abordar ya que permite una comprensión más profunda acerca de “La mujer”, como no-toda, dando preámbulo a la relación de mujer-histeria y sometimiento, conceptos principales de la presente investigación.

B. El discurso de la histérica

El término histeria ha circulado y atravesado el mundo desde hace más de dos mil años hasta la actualidad, no sería posible afirmar que dicho recorrido lo ha hecho bajo la misma faz, que no ha cambiado o mutado desde que fue identificada o denominada como tal, probablemente la histeria de este siglo es más discreta o menos aparatosa que la exhibida por las mujeres de la Salpêtrière, pero ¿A qué se deberá la aparición menos espectacular o llamativa?, a pesar de las diferencias ésta no ha dejado de existir, únicamente que en efecto no posee la misma imagen que a finales de siglo XIX, entonces ¿Si hoy ya no se manifiesta como en los casos clínicos freudianos, entonces cómo es ahora?, ¿cuáles son los síntomas que presenta?, ¿cuáles serían las nuevas expresiones, semblantes, las distintas vestiduras que va tomando la histeria?, ya que como bien lo refiere Nasio (1996), “hay que tener en cuenta que la histeria es una entidad clínica camaleónica, que se adapta con extraordinario mimetismo al discurso, la opinión, los colores, las formas del ambiente...”, es decir que la histeria no ha desaparecido, únicamente ya no se presenta bajo los mismos rostros que antes.

Nadie que se interesa en la teoría psicoanalítica deja de ser introducido por medio de la histeria, ya que es ella testigo del nacimiento del psicoanálisis. Es verdad que éste se encuentra relacionado entrañablemente con ella, nacen de la mano, desde las primeras explicaciones freudianas al respecto como la “enfermedad por representación”, parecía un esclarecimiento viable que la enferma histérica hubiera tenido una experiencia traumática en la niñez, generalmente de tipo sexual, es decir, un trauma que deja una representación intolerable cargada de afecto, más adelante la teoría del trauma claudicó su lugar a la del fantasma, ya que Freud dejó de creer en su “neurótica”, resultaba desconcertante que en todos los casos que trataba el padre fuera responsable de algún acto de tipo sexual, fue así que “Freud sustituye lo real del trauma por el fantasma, es decir, por la verdad de la ficción, verdad del deseo del sujeto” (Millot, 1988). No obstante el padre no dejó de tener un lugar en la teoría psicoanalítica, únicamente tomó uno distinto, éste continuó figurando, resultaba inevitable la presencia del padre, el cual

aparecía y reaparecía, por ejemplo Anna O. y Elisabeth von R. enfermaron después de la muerte del padre amado.

Por lo tanto, desde “Estudios sobre la histeria” hasta Dora, la situación dudosa de la histeria y la función que el padre ejercía en la misma se rectificó particularmente bajo la sombra del Complejo de Edipo a raíz de que fue postulado en la teoría freudiana, de la que forma parte vital, “es el establecimiento de la función del padre en el Edipo lo que permite a Freud abordar en adelante a la histeria como una estructura que organiza la transferencia y no sólo como una serie de síntomas que deberán ser desmontados uno tras otro...” (André, 2002), con esto la concepción acerca de la histeria tuvo un giro radical, ya no se trataba únicamente de un síntoma a causa un trauma que se eliminaba al recordar cierto evento, era algo más complejo.

Ciertamente Lacan retoma a la histeria como una estructura, no como un conjunto de síntomas, sino como una forma de neurosis, para abordarla esencialmente es necesario ubicarse en lo explicado acerca del falo, significante de la falta en el Otro, que introduce al niño a la castración simbólica, que al ser asumida crea la falta a partir de la cual se erige el deseo, así que “la estructura del deseo, como deseo del Otro, aparece en la histeria con más claridad que en cualquier otra estructura clínica: el histérico es precisamente alguien que se apropia del deseo del Otro identificándose con él” (Evans, 1996). Justamente esto resulta fácil de apreciar en una histérica, que hace suyo el deseo del Otro, además de buscar intensamente a ese Otro que estaría a su lado para siempre, aboliendo su falta esencial, sin embargo ese Otro por el que clama efusivamente también está marcado por la falta.

Es entonces a partir de este Otro que es posible situarse, ya que la histeria efectivamente tiene una íntima relación con esa falla en el Otro, lo que resulta evidente en los casos clínicos de Anna O., de Elisabeth von R, de Dora, todas encontraron en su padre esa falla primordial, “el falo que la histérica encontró en

su padre, siempre es insuficiente” (André, 2002), por ejemplo, Elisabeth von R. cuidaba a su padre de manera que contribuía a subsanar al Otro (al padre), a conservarlo en su lugar, para evitar esa falla a toda costa, sostenerlo, al mismo tiempo que se entregaba a su cuidado a la vez que cumplía la demanda de ese Otro, del cual no se tolera una falla, la histérica quiere reparar, mientras se ha dedicado al padre también intenta identificarse con una imagen femenina, ella genera una pregunta acerca de su feminidad, ese padre no ofrece lo requerido para asentar dicha identidad, no hay un significativo femenino, por lo que el padre resulta culpable. Ello remite a la triangulación edípica, cuando el padre no entrega a la niña el falo deseado así como su amor, debido a la prohibición del incesto. No obstante la niña puede acceder a cierta ternura y valoración del padre, de donde parte para demandar el falo, entre tanto busca un saber sobre su identidad femenina, ese falo es deficiente justo porque no es El falo, ese padre tiene fallas por lo que no puede decirle qué es una mujer.

Elisabeth cuidaba al padre, lo sostenía a la vez que buscaba su identidad, al recordar el interés sobre su cuñado y la fascinación por su hermana quien representaba esa identidad femenina, esa que ella buscaba, que anhelaba para sí misma, que le permitía a su hermana ocupar un lugar en el deseo del cuñado, esa pareja evocaba su propia relación con el padre, por lo que Elisabeth no estaba interesada amorosamente en su cuñado como se suponía, más bien ella deseaba haber sido amada de esa manera por su padre, de la misma forma que su cuñado amaba a su hermana, esa relación es la que le sugiere el misterio de la feminidad accionada por el deseo masculino, “la histérica se pone a prueba en los homenajes dirigidos a otra y ofrece la mujer en la que adora su propio misterio al hombre del que toma el papel sin poder gozarlo” (Lacan, 1966), hay una identificación con el deseo del cuñado como anhelo amoroso, precisamente esperaría del padre la respuesta a esa incógnita, esa relación que podría responderle, la cual ve reflejada en la hermana y su marido.

El caso de Dora también permite abordar de manera más clara diversos aspectos de la histeria y la feminidad, retomados más tarde por Lacan, es necesario recordar que Dora y su padre mantenían una relación amistosa y cercana con el matrimonio del Sr. y la Sra. K, a partir de la que se despliega una compleja situación dentro del cuarteto, ya que el padre de Dora mantenía una relación con la Sra. K, mientras el Sr. K. pretendía a Dora, quien a su vez estaba enterada del vínculo entre su padre y la Sra. K., ésta también era una persona admirada, querida y cercana para ella, su confidente. A partir de dicho escenario es importante destacar ciertas cosas, desde que Freud planteó el historial clínico se ha cuestionado el nexo entre Dora y la Sra. K, ante ello Lacan (1966), refirió que “el valor real de objeto que es la Sra. K para Dora. Es decir un misterio, el misterio de su propia femineidad, queremos decir de su femineidad corporal”, Dora deseaba ser amada por su padre de la misma manera en que él amaba a la Sra. K., por lo tanto la Sra. K, aparecía ante Dora como esa figura que el padre amaba más que a ella, lo que significaba ese extra femenino que a ella le faltaba. Por un lado la Sra. K personificaba a la feminidad, ella poseía lo necesario para ser amada por el padre de Dora, ocupaba un lugar en el deseo masculino, así como daba un significado del ser mujer, Dora se interrogaba a través de la Sra. K ¿Qué es una mujer?, “la Sra. K es la pregunta de Dora” (Lacan, 1956/1994), cuestionándose qué era eso que el padre amaba en la Sra. K., aferrándose a ello en la medida en que no sabía de qué se trataba.

La Sra. K era la representación perfecta de la feminidad porque era amada más allá de Dora, “La Sra. K., realiza lo que ella, Dora, no puede ni saber ni conocer de esta situación en la que ella consigue alojarse. Lo que se ama en un ser está más allá de lo que es, está a fin de cuentas, en lo que le falta” (Lacan, 1956/1994). La Sra. K., significaba la feminidad, era su imagen clara, la que conservaba como un secreto íntimo, la feminidad como un misterio, justamente la histeria se relaciona con ese enigma, Lacan, (1955/1981) señalaba que “la histeria es una pregunta centrada en torno a un significante que permanece enigmático en cuanto a su significación”, precisamente tanto para Elisabeth como para Dora hay otras

mujeres que encarnan esa incógnita acerca de la feminidad, es cuando se preguntan sobre el atributo que tiene la Otra mujer, “una histérica puede identificarse con otra mujer si se supone que ésta conoce la respuesta al enigma del deseo” (Dor, 1991).

En un principio se hacía referencia a un cuarteto del cual hasta el momento han figurado principalmente tres personas, La Sra. K., Dora y su padre, lo que abre la siguiente interrogante ¿De qué manera figura el Sr. K?, por un lado se aprecia cierta identificación masculina con él por parte de Dora que participaba de la adoración hacia la Sra. K., tomó como propio el deseo que se distingue en él hacia la Sra. K., por otra parte se sabe que éste pretendía a Dora, sin embargo Dora podía ser amada por él “mas allá de su mujer, pero en la medida en la que su mujer fuera algo para él” (Lacan, 1956/1994), ese algo era esa nada que debería estar más allá, o sea Dora, precisamente aquí está la disyuntiva, el Sr. K., dice a Dora que la Sra. K., no era nada para él que no había nada, por lo que es necesario destacar que el Sr. K. no valía para Dora más que en la medida en que deseaba a la Sra. K., pero al no ser nada para él la situación resulta intolerable para ella, ya que no es posible que estuviera interesado únicamente en ella, eso derrumbaría todo, ¿por qué?, porque si el Sr. K, amaba a Dora por ella, significaba que su padre amaba exclusivamente a la Sra. K., concluyendo en algo inadmisibles para ella, porque entonces ella era el objeto amado por el padre, lo que sitúa a Dora de frente a su herida de privación.

Por lo tanto se destaca un intenso lazo entre el deseo y la histeria, que se manifiesta imprescindible de abordar, partiendo del enunciado postulado por Lacan, el deseo es el deseo del Otro, frase de la que es oportuno comenzar, es decir, que es siempre el deseo del Otro el que sostiene en acción el deseo del sujeto, por una parte el deseo de alguien se origina a partir de lo que desea el Otro, pero también siente intriga acerca del deseo de ese Otro que no sea el sujeto mismo, de lo que sirvió de manera ejemplar el caso de Dora, por lo tanto el deseo del sujeto emana del Otro, no se trata de algo que aparece de forma espontánea sino que se debe al Otro, a la intervención de ese que convierte al

sujeto en deseante, como dice Braunstein (1990) “el sujeto no crece de las macetas, no es un producto natural [...] con la invocación del Otro el significante entra en lo real y produce al sujeto como efecto de significación”, sin embargo ese Otro del cual se parte también está castrado, asimismo está en falta, por lo tanto se trata de otro sujeto deseante y ese deseo resulta un enigma para el que se cuestiona ante el Otro.

Entonces es forzoso destacar al respecto del deseo dos acepciones importantes, por un lado el sujeto quiere ser objeto del deseo del Otro, lo que se observó desde la castración, cuando el pequeño deseaba ser el objeto de amor de la madre y por otro se desea sostener el deseo del Otro sujeto, convirtiéndolo en el propio, lo que de nuevo remite a Dora ante la identificación con el Sr. K., en cuanto a su deseo hacia la Sra. K., “este rasgo universal del deseo es especialmente evidente en la histeria, histérico es alguien que sostiene el deseo de otra persona” (Evans, 1996).

Cuando el sujeto desea ser el objeto amado, surge el cuestionamiento al respecto de ¿Qué soy para el Otro?, dicha pregunta desconcierta a la histérica, su misterio gira alrededor de la clase de objeto que es ella para el Otro, cuestiona el deseo del Otro el cual es un enigma que le produce horror y angustia, ella quiere que el Otro le diga quién es, cuánto vale, intenta incesantemente cubrir esa falta constitutiva, busca de manera constante ese significante que le otorgue completud, que tape esa falta. Inevitablemente cuando la histérica pregunta, ¿qué es para el Otro?, no consigue respuesta alguna, el Otro no contesta, él no puede contestar, no obstante ella busca que el Otro le confiera su identidad, entonces en su búsqueda de ese sin falta¹⁷ la histérica se ofrece para completarlo, para ubicarlo en un lugar sin falla, así “la histérica espera convertirse, con su desesperada insistencia, en el objeto único del deseo del Otro que habría así de confirmarla en su ser” (citado en Salecl, 1998), ella quiere ocupar el lugar del Falo, ella quiere **ser** el Falo, aspira a ser el significante del deseo del Otro, “es por lo que ella no es por lo que ella

¹⁷ Como se remarcaba en los casos freudianos acerca del padre, evitar que el padre fallara, para que pudiera darle el significante del ser mujer.

quiere ser deseada y también amada” (Lacan, 1966), es decir, que quiere ser aquello que falta al Otro¹⁸, por lo que quiere ser amada.

La histérica procederá de todas las formas posibles para sostener la imagen del Otro, entorpecerá a toda costa que se evidencie la falta del Otro, cubriendo ella esa falta, únicamente necesita que el Otro le diga lo que él quiere, lo que falta, para que ella pueda ocupar ese lugar, para establecerse como el deseo del Otro, es como si estuviera atenta, a la expectativa de las demandas o peticiones de aquel para poder efectuarlas o cumplirlas, sin importar el costo, y de ser necesario llegar hasta el sacrificio, se pone a disposición del Otro, ella puede preguntar ¿En qué quieres que me convierta?, se moldea a la medida justa del Otro, se ofrece, sería capaz de toda clase de acciones para cubrir esa carencia en el Otro, “la histérica quiere ser inalcanzable objeto del deseo, se enmascara como mujer fálica con la intención de cubrir la falta en el Otro, de completar al Otro [...] su intento siempre fracasa” (Salecl, 1998).

La histérica quiere hacerse cargo del goce¹⁹, no obstante el goce es algo que se le escabulle, que únicamente podría ser capturado en el Otro²⁰, ése al que sostiene, al que se protege sin importar el precio, la histérica entrará en el juego tratando de sentir lo que el Otro, intenta identificar esa demanda, que ella ha pedido, ha solicitado, que ha tomado como objeto de su deseo, con el deseo del Otro, dedicará su vida al cumplimiento y complacencia de lo que cree es el deseo del Otro, ofreciendo el sacrificio de su propio deseo en beneficio del Otro, uno del que ni ella está segura, el que abandonará fácilmente y con gusto, la abnegación y renuncia se convierten en partes fundamentales de su ser, “gustar y tratar de satisfacer lo que imagina es el placer del Otro, el histérico se embarcará gustoso

¹⁸ Lo que por supuesto no es, ella no es lo que al Otro le falta, aunque ella crea que lo es.

¹⁹ Goce significa sufrimiento, la prohibición del goce es inherente a la estructura simbólica del lenguaje en virtud de la cual el goce está prohibido para aquel que habla como tal. La entrada del sujeto en lo simbólico está condicionada por cierta renuncia al goce en el complejo de castración. (Evans, 1996). (El tema será tratado con mayor profundidad en el capítulo siguiente)

²⁰ Es necesario señalar que ese Otro es el asiento de un goce ilimitado, es el Padre primitivo (Padre Ideal), ese padre muerto, del mito de la horda primitiva que Freud mencionaba, ése al que la histérica se empeña en sostener.

en la cruzada de abnegación sacrificial” (Dor, 1991), el sacrificio y abnegación tomarán sitio como aquello que identifique a la histérica, probablemente éstas serán características que la enorgullezcan, de las que presume y destaque ante otras personas que no las posean, por lo que necesariamente para cumplir con ello, como lo refiere Braunstein (1990), “tendrá que ser un complemento imprescindible, un objeto apendicular del Otro. Y de nada se quejará después más amargamente que de haber sido tratada como objeto”.

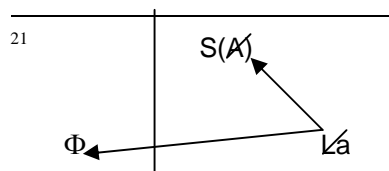
La histérica se ha empeñado en ocupar un lugar único, que parecía imprescindible para ella, pero una vez que ella ha dado tanto forzosamente el Otro debe responder, lamentablemente éste no lo hace, no reconoce, no agradece, no valora lo que ella ha hecho por él, ella dio todo por él, todo fue pensando en él, en su beneficio, hacerlo feliz era el único objetivo y ¿Qué obtuvo ella en respuesta?, generalmente sólo la traición, la ofensa del Otro, ante lo cual ella se llena de reproches, acusaciones y reclamos, concluyendo en la separación de éste y la búsqueda de un nuevo Otro, uno que “parezca exigir el sacrificio pasional para restaurar o alcanzar su completud. A la espera siempre de ese Otro absoluto, definitivo al que ella ofrendaría Todo. Frente esta figura del Padre Ideal todos los demás están en falta son deficitarios” (Braunstein, 1990), no hay ninguno que esté a la altura o como se diría popularmente “que le llegue a los talones”. El padre es imaginado como aquel que sabe, es el mito del hombre que escaparía a la limitación humana, que lo sabría todo.

Es a partir de lo anterior que Braunstein (1990) destaca cuatro bellezas de la histérica. La primera se trata del *alma bella*, quien se presenta como víctima, se queja constantemente, es centro de humillaciones, degradaciones, nadie la comprende ni agradece lo que ella hace, no merece ese trato. Ella se ofrenda para la mirada y escucha del Otro, es un sujeto que encarna el lamento, ya que todo tipo de atrocidades se cometen con su persona, el goce está presente en todo su discurso. La segunda belleza es la *belle indifférence*, es capaz de cruzar a través de cualquier adversidad con su indiferencia. Cuando el Otro actúa en beneficio o

perjuicio de la demanda histórica, ella no responde positivamente por el contrario la contestación se resume en que no era lo que quería, no se encuentra satisfecha, su deseo continúa insatisfecho.

La tercera belleza es la *bella durmiente*, esa que sueña, fantasea con un mundo feliz, en donde todo esté perfecto, espera la llegada del príncipe azul que la despierte, mejor dicho de un deseante que pueda despertarla, ella simboliza la ausencia de deseo, el deseo no existe en ella, no viene de ella ninguno, todo lo que hace cuando no está dormida lo hace semidormida, como sonámbula. La cuarta belleza es su oposición, es decir, la bestia, ésta última se forma por la *bella y la bestia*, en este caso la bestia es un ser castigador, cruel, capaz de ejecutar toda clase de acciones mezquinas sobre la bella, él es agresivo, iracundo, humilla y desprecia, este ser aparece frecuentemente como pareja de las bellezas, es el culpable de las desventuras e infelicidad de ellas.

Estas cuatro bellezas explican de modo impecable el proceder histórico, ejemplifican perfectamente las diversas posturas que asume la histérica, no obstante en cada una de ellas se refleja insatisfacción que defiende un goce máximo, dicho significante del goce es imposible: el falo, esa es la vía ofrecida a todos los sujetos una vez pasada la castración, sin embargo la histérica lo rechaza, el falo tomado como objeto que no es capaz de cumplir sus promesas, la histérica no se satisface con él, lo que se puede ver en el lado femenino de las fórmulas de la diferencia sexual donde “el vector que va desde $L\grave{a}$ mujer (que no existe) hacia el falo, subraya la importancia del otro vector, el que, dentro del campo femenino mismo se dirige al enigma de lo que es y lo que quiere una mujer” (Braunstein, op. cit.).²¹



Aquí es importante recordar el famoso no-toda de Lacan, está no-toda en la significación fálica, ésta se parte entre el hombre y la Otra mujer, es decir, que encausa su pregunta a ambas partes, sin encontrar una que la satisfaga, únicamente encuentra respuestas incompletas sobre ese goce que percibe pero que desconoce, por lo tanto, aquí se puede señalar un aspecto interesante, la histérica alterna entre ese no-toda y un toda-en al dedicarse al Padre, lo que no podría conducir más que a la decepción, “se pasa así del toda-en al no-toda en la relación con el falo” (Braunstein, op. cit.), que la lleva al cuestionamiento en ambos casos en torno al falo, colocada en el toda-en dirige la pregunta a la Otra mujer como Dora hacia la Sra. K. La histérica se presenta como un ser inseguro, no sabe quién es, prueba distintas veredas durante las cuales procura apresar el deseo del Otro, identificándose con dicho objeto. Expone constantemente las preguntas: ¿Qué es ser una mujer, cómo goza ella?, ¿qué le falta?, al preguntarse seriamente el significado del ser una mujer la pone de frente a la falta de significante “el deseo de una mujer siempre permanece como interrogante [...] la falta de respuesta sobre este punto funciona como incita-a-desear” (André, 2002).

Por lo tanto la histérica solicita, pide, cuestiona, clama por un saber, alguien que conteste esas preguntas, sin embargo ningún significante es suficiente, nada la complace, ese saber que busca está más allá, sosteniendo la insatisfacción de su deseo y no se trata de que no tenga deseo sino que se encuentra insatisfecho, ella pide el falo, sabe que no es posible, que tampoco asegurará el goce, pero en su búsqueda para cumplir su deseo, comprueba una y otra vez la castración del Otro, “cualquier intercambio con el Otro conduce inexorablemente a la insatisfacción” (Nasio, 1991).

Ella demanda y el Otro no puede contestar, inevitablemente termina mostrando su falta, él no tiene las respuestas, por lo menos no las que ella busca, la única contestación que se le presenta es la falta en ser del Otro y aunque éste intenta a toda costa responder, nunca es suficiente, siempre falta algo, a pesar de ello la histérica no quiere reconocer la castración ya que supone que ella es lo que el

Otro quiere, a partir de la falta de ese Otro es que ella puede acomodarse para cubrir esa falta, ella se adapta y se moldea para ser justamente eso que le falta al Otro, se da al Otro y queda en espera de lo que él pueda demandarle, confundiendo “la demanda (del Otro) con el deseo (propio). Ser, en el fantasma, objeto del deseo pasará a ocupar el lugar del ser sujeto” (Braunstein, 1990). Una vez que ella ha hecho todo lo que está en su poder para cubrir esa falta, no hay respuesta, no la que ella desea, ya que a quien dirige la demanda no es El Padre, ese padre primitivo que posee el goce, uno que no conoce la castración, a excepción de éste, el resto inevitablemente están castrados, son sujetos marcados por la falta, la cual no podrá ser encubierta por más que la histérica se esfuerce, por más que lo sostenga, que cierre los ojos ante la falta y que se instale para completar al Otro, aunque a pesar de ello “la histérica esta dispuesta a sacrificar a su persona y hasta su vida para que ese ideal torne existencia” (Millot, 1988), los medios para lograrlo no son cuestionados mientras le permita alcanzar su objetivo.

Precisamente eso que le falta al Otro (\bar{A}) es el objeto a , para llegar a la completud, aquí es donde la histérica se ofrece en el lugar de dicho objeto, al tomar ese lugar quiere desmentir la falla en A^{22} , hacer como si no existiese, en sí el deseo de la histérica carece de objeto por ello es esencialmente insatisfecho, ya que su objeto es justamente la falta en el Otro, ella trata de encubrir su castración, ella se somete a los significantes y a la castración de éste. Por ejemplo si se recuerda a Dora, el padre estaba casado con una mujer (la madre de Dora) que parecía no darle lo que necesitaba, por lo que Dora deseaba identificarse con lo que le faltaba al padre, viviendo para dedicarse a la demanda o rechazarla, vacilando entre ambas, así que “la histérica tiene al Padre como objeto de culto” (Braunstein, 1990), la histérica abomina y reprime la castración, no puede aceptarla.

Por lo tanto la histérica fluctúa entre los extremos, del todo a nada y viceversa, en espera que se defina eso que tanto quiere saber, lo que justamente se

²² A es el símbolo algebraico que representa al gran Otro como completo mientras que \bar{A} simboliza es el Otro barrado, que denota que no existe la completud en el Otro.

esquematiza y explica en una fórmula propuesta por Lacan que plantea el discurso de la histérica, el cual incluye la búsqueda de un amo que le conteste a la pregunta por el ser mujer, un amo que brinde el saber. Entonces es necesario destacar la relevancia del saber en la histeria, “el saber se deja ver como un atributo que se gozaría cuando lo poseyese o del que se podría ser despojado [...] que asume toda plasticidad de su paradigma, o si se prefiere su equivalente, el falo. Tenerlo o no tenerlo. ¿A quién pertenece en tanto que objeto, al sujeto o al Otro?” (Braunstein, 2001). Entonces si el goce falta, es decir el sujeto no puede acceder a él, quiere decir que el Otro sabe cómo conseguirlo, administrarlo y hasta negarlo, el saber del Otro es el instrumento privilegiado de su goce, la histérica sufre por el saber que le falta, ¿qué es eso que le falta?, la respuesta es el saber, “el goce que me falta es goce del Otro que sabe sobre mí, me domina por la malhadada conjunción de su saber y mi ignorancia” (Lacan 1966), por lo tanto si ella no lo sabe alguien debe saberlo, ése que lo sabe es el amo.

Para una comprensión más profunda al respecto del discurso de la histérica y el amo es importante adentrarse en los discursos postulados por Lacan, entre los que figura precisamente el discurso del amo, de la universidad, del analista y por supuesto el de la histérica, los cuales son identificados como posibles tipos de lazo social, dichos discursos tienen los mismos elementos únicamente van ocupando distintos lugares girando un cuarto de vuelta.

Cada discurso contiene los siguientes símbolos algebraicos:

S₁ = el significante amo, es lo que representa a un sujeto para todos los otros significantes.

S₂ = el saber en tanto que prendido en una red de significantes

\$ = el sujeto, sujeto tachado, barrado, dividido, castrado.

a = el plus de goce, si se recuerda la plusvalía marxista, se trata de un resto de goce que se manifiesta como plus-de-goce marcando el destino del sujeto por él tachado, o bien como objeto causa de deseo.

Cada discurso está constituido por cuatro lugares, ocupados por dichos símbolos algebraicos únicamente girando un cuarto de vuelta cada uno, en lo que radica la diferencia de cada discurso, los puestos se conservan y los símbolos son los que se mueven, dando forma a cada discurso. Los lugares son los siguientes:

$$\frac{AGENTE}{VERDAD} \longrightarrow \frac{OTRO}{PRODUCCIÓN}$$

- ⇒ El **agente** es el que ocupa el lugar dominante del discurso, donde se produce el discurso.
- ⇒ La **verdad** es el lugar que la hace de soporte.
- ⇒ El **otro** es aquel a quien se dirige el discurso.
- ⇒ La **producción** es el lugar donde se materializa el resultado de la relación de sumisión del esclavo con respecto del amo.

Por lo tanto hay cuatro símbolos, con cuatro lugares, ocupados de diversas maneras de acuerdo a cada discurso, cada uno se trata de un tipo distinto de lazo social, es decir que desde el sitio del agente se dirige el discurso al Otro, de quien es oportuno señalar que no se trata de un sujeto particularmente, sino de un lugar a donde se encauza el discurso, así que puede ser ocupado por cualquier símbolo (S_1 , S_2 , $\$, a$), al igual que el resto de los lugares.

Se inicia con el discurso del amo, a partir del cual se efectúa el cuarto de vuelta, ya que no se asumen las plazas de manera aleatoria, sino en cierto orden como se verá a continuación:

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

Discurso del amo

$$\frac{S_2}{S_1} \longrightarrow \frac{a}{\$}$$

Discurso de la universidad

$$\frac{\$}{a} \longrightarrow \frac{S_1}{S_2}$$

Discurso de la histérica

$$\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$}{S_1}$$

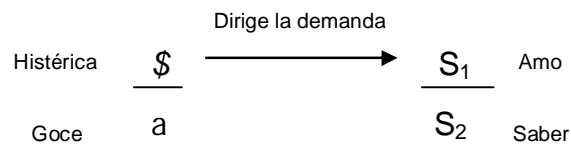
Discurso del analista

El discurso del amo, es el básico del que deriva el resto por lo tanto es necesario comenzar con éste. La posición dominante es ocupada por el amo (S_1), que significa al sujeto para otro significante o todos los significantes (S_2), cualquiera que adviene en la posición del agente asume la función de sujeto para otro significante, ante lo que queda un excedente que es el objeto a , un producto plus-de-goce que el amo disfrutará, el agente que se dirige a otro, lo coloca como esclavo para su goce, “el esclavo también goza: goza en ser gozado por el amo dado que está colocado como objeto para el goce de un sujeto” (Marqués, 2001), finalmente en el lugar de la producción está ese plus-de-goce, como resto, pérdida, de la articulación de la cadena significativa, un plus-de-goce que no alcanza a ser cifrado por el significante, al respecto es importante señalar que el discurso está estructurado como lenguaje, donde el goce queda fuera de la cadena significativa, resulta como lo indecible, no verbalizable para el sujeto.

A partir del discurso del amo se da el primer giro de cuarto de vuelta en sentido de las agujas del reloj, de modo que se obtiene el discurso de la histérica que ocupa el mayor interés en la presente investigación, en este caso el lugar del agente es ocupado por el sujeto escindido ($\$$), el síntoma, encarnación del cuerpo histérico, el síntoma está en relación con su ignorancia, este discurso indica el camino al saber, precisamente esa interrogante por el saber, esa falta de saber es la esencia del discurso de la histérica. En este discurso el lugar de la verdad es ocupado por el plus-de-goce, la verdad de la histérica es el goce, goza de su síntoma sin saberlo, se queja de él y cuestiona el saber denunciando la falta. Es importante esclarecer cómo se entiende el síntoma en este contexto, ya que no necesariamente se trata de un síntoma físico que hace referencia a una enfermedad como podría entenderse dicha palabra, aquí el síntoma histérico trata de establecer un lazo social, pero como forma de establecer vínculos con el otro, ese síntoma es como se relaciona con el Otro, “la histérica busca un hombre que sepa sobre su goce, sobre el de ella. Su imposibilidad de decir el ser, su no saber sobre lo que causa su goce la lleva a la búsqueda de un sujeto que posea un

supuesto saber sobre lo que a ella le sucede. Queda siempre insatisfecha, pero goza de esa insatisfacción” (Marqués, 2001).

Por lo tanto si ella no tiene ese saber, debe haber alguien que sí lo tenga, ése es el amo (S₁), por lo tanto la histérica (\$) dirige su demanda a éste, el cual toma dicha demanda seriamente tratando de complacerla, produce para ella el saber (S₂), un saber como objeto incapaz de tapan la falta, que es la verdad de la histérica, la verdad de la histérica es el goce (a) como perdido. Es así, que este discurso se enfila para recuperar ese goce por medio de la producción, que es el saber, ella plantea su demanda de saber, de la que obtendrá una respuesta que mantendrá a su deseo como un deseo insatisfecho, ya que la respuesta no llena las expectativas, no cubre el vacío, en este discurso “la histérica ofrece su castración, su tachadura hecha síntoma y se dirige a él como no castrado, pero él al interpretar cae bajo el cuchillo simbólico de la castración que lo habita” (Braunstein,1988).



La histérica goza de la insatisfacción, disfruta de su síntoma, de la verdad de su síntoma la causa que la hace gozar, nada quiere saber sobre ese objeto, ese resto de goce, por lo que crea una impotencia entre el saber y el goce, ya que no es posible un encuentro entre el goce de la histérica y el saber, la verdad radica en no querer conocer la verdad del goce en forma de objeto a, ella no admite tomar la posición de dicho objeto en relación con el Otro, porque precisamente a lo que ella aspira es a convertirse en el falo, “la histérica representa el deseo de ser deseada, desea el reconocimiento de su ser de sujeto, pero no soporta ser gozada en tanto que objeto a”. (Marqués, 2001), ya que si es tomada como objeto a, sería ella la caída y lo que le importa es que el hombre sepa qué objeto precioso es ella.

Entonces el Otro es el poseedor del goce, razón por la cual la histérica lo sostiene sin falla, sin embargo, este Otro ha tenido que ser construido para que se le pueda objetar, es necesario que alguien sea el responsable del infortunio de otro sujeto, pero ese al que se culpa es al mismo tiempo honrado e idolatrado, un amo como todopoderoso, pero al fin y al cabo un impostor, ¿por qué?, la respuesta es sencilla porque no es posible que se sostenga, la inminente caída está incluida en su ser, en su falta estructural, “el mundo de la histérica se derrumba cuando el amo abdica su lugar sagrado y se convierte en humano” (Salecl, 1998), muestra que se trata de una persona con defectos y errores, un sujeto en falta.

Ante la falta en el Otro, ante la falta de saber, el sujeto de deseo se divide, es decir la histérica, acepta ambos caminos, “a) niega que la falta exista y se dirige a él como completo, amo, dueño de su deseo y del objeto que falta y b) se ofrece fantasmáticamente como lo que puede colmar esa falta: tócame, hazme la condición de tu goce y así ya nada te faltará” (Braunstein, 2001), estas dos proposiciones en primera instancia parecen contradictorias, por un lado se afirma que el amo es completo, es decir que no tiene falta, se rechaza su existencia y por otro la histérica se ofrece a llenar la falta, ¿si está completo, por qué hay que llenar una falta aparentemente inexistente?, primero porque la falta sí existe, aunque efectivamente ella se dirige al Otro como el Padre primitivo completo, niega esa falta en el resto, que al mismo tiempo se dispone a disimular. Por lo tanto en efecto parece contradictorio, pero justamente a partir de dicha combinación la histérica logra identificarse con la falta del Otro, creyendo saber quién es ella, lo que le falta, encontrado su causa, su lugar, sabe a quién dedicarse, “podré valer a través de él, pero mi entrega aumenta su poder, por yo ignorar, por él saber, quedo a su disposición” (Braunstein, 2001).

No obstante a pesar de que ella implora ese saber, cuando el amo trata de responder, cuando da contestación a la demanda, sólo da migajas insatisfactorias, no es lo que se buscaba, apareciendo irremediamente la falta, la imperfección del Otro, alimenta el síntoma y el goce de la histérica, sufre por no saber, un goce

atrapado en síntomas a través de los que habla y “su saber no sabido es fantasmático por ella en el Otro, el sujeto supuesto saber del que está presta a enamorarse precisamente por eso” (Braunstein, 1990).

Con el simple hecho de que el Otro haya respondido en algún aspecto se convierte en el elegido, por lo tanto a ese Otro le fue pedido que responda, se le demanda, él no puede más que otorgar sobrantes poco convincentes, la histérica se dirige al Otro con su demanda, exigiendo hasta que la falta del Otro se demuestre, para ofrecerse entonces como su complemento, entonces lo provoca, lo desespera, lo acusa, señala constantemente sus defectos, sus inconsistencias, por una parte ella se consagra, se dedica dándole todo su amor, mientras que lo culpa porque no ha sabido retribuir tanta dedicación, puede decirse que la histérica pone al Otro en un pedestal, en el más elevado que puede encontrar, justamente en ese lugar de amo, para después tirarlo, debido a que contesta a la demanda con lo que “nunca es”, lo cual consiste en la mayor queja de la histérica, remarca la necesidad de crearse un deseo insatisfecho. Lacan argumenta que de manera general la histérica sostiene su deseo como insatisfecho, por lo que la demanda queda sentenciada a fracasar, por lo que origina el deseo, “para asegurarse un estado de insatisfacción, el histérico busca en el Otro la potencia que lo somete o la impotencia que lo atrae y lo decepciona” (Nasio, 1991)

Así que “la histérica, enuncia Lacan, busca un amo” (Milot, 1988), ya que no podría mantener su discurso si no encontrara participación de alguien que asuma el lugar, el sitio de Otro completo al que ella se dirige, uno que haga de ella el objeto a de su fantasma, que sea capaz de otorgarle ese sitio de complemento, esencial para ella, ese que demanda, que implora, busca a ese amo que le dé respuesta a su saber, que le conceda un sentido, un significado.

Esta forma de abordar a la histeria a partir del deseo del Otro y el discurso, muestra precisamente una nueva apariencia de la histeria, alejándonos un poco de la histeria llamativa de siglos anteriores. Es cierto que en la histeria encarnan

los síntomas, pero unos nuevos, ya no se trata de parálisis, contorsiones y mutismos, (cierto relacionados con el Padre), sino de síntomas como vínculo con el Otro, ahora esos síntomas se manifiestan de distinta forma, se ofrecen y se viven de otra manera a pesar de que se trate del mismo Otro, hay un sujeto y Otro, ambos de origen tachados, en donde el sujeto es una histérica, una mujer sin ser La mujer, una mujer como no-toda, que justamente se interroga ¿Qué es una mujer?, mientras evidencia que no existe un significante universal totalizador del ser mujer, lo que abre paso al siguiente apartado.

C. Imposibilidad de la totalidad en “La mujer”

Actualmente existen numerosas concepciones acerca de las mujeres, en todos los medios se habla de su igualdad/equidad ante los hombres, de sus derechos con programas en pro de “la mujer”, tanto en el ámbito social, político y económico, así como variadas campañas de mercado que envían mensajes acerca del “ser mujer”, desde la venta de un producto de belleza hasta un automóvil, todos ellos tratan de decirle a las mujeres quiénes son o quiénes serían si lo adquieren, muestran prototipos con los que se puedan identificar, mientras sujetan como un concepto cerrado el significado femenino, con imágenes que muestran el “ser mujer”.

De manera cotidiana se escucha “la mujer” siempre es tan cariñosa, tan tierna, tan femenina, tan entregada a la familia, “la mujer” que ha sufrido un continuo de abusos a través de los años en la historia, la madre, la esposa, la víctima, la seductora, la manipuladora, en esta serie de discursos y adjetivos es necesario destacar la presencia del artículo “la”, el cual delimita el ser mujer, se habla de ellas como seres iguales, como si todas fueran la misma, de modo que al mencionar una característica automáticamente estuviera inmersa en el resto, con el uso de frases como “las mujeres son...”, “todas las mujeres quieren...”, “la mujer...”, “todas son iguales...”, “las mujeres son incomprensibles..., ¿quién las entiende?” Sin embargo, ¿será posible tener una definición exclusiva acerca de “la mujer”? ¿serán todas las mujeres idénticas por el hecho de ser denominadas como mujeres?, parece aventurado dar una respuesta afirmativa a tales interrogantes, ya que los hombres y por supuesto las mujeres se han preguntado a lo largo de la historia ¿Qué es una mujer?, con la finalidad de encontrar una respuesta satisfactoria capaz de cubrir las expectativas desde diversas posturas.

Por ejemplo las feministas se han hecho oír de manera más firme desde hace varias décadas, han realizado una serie de acciones estratégicas en favor de las mujeres por lo que obtuvieron cambios importantes como el derecho al voto, a

mejores empleos, puestos políticos, gran cantidad de ejemplos pueden darse en la actualidad acerca de las diversas actividades realizadas por las mujeres, no obstante, “como consecuencia del deseo de agrupar a las mujeres, las feministas omitieron revisar la concepción de identidad. Se apoyaron en un concepto estático de lo que era una mujer [...] en lugar de someter a la <mujer> a un análisis crítico” (Wright, 2000), en su esfuerzo por conseguir beneficios adoptaron un discurso común que también delimitó el “ser mujer”²³, dejaron de lado las diferencias por las que precisamente luchaban bajo el argumento de igualdad, se expresaron en términos de “nosotras las mujeres”. Y, parece válido reivindicar una identidad, mostrar una cara distinta de la que había dominado, lo que resulta legítimo de acuerdo con Lamas (2006), únicamente que debe ser, “tomando en cuenta la multiplicidad de los discursos, [...] no existen identidades monolíticas sino son múltiples y fracturadas. Las identidades singulares son siempre construcciones míticas”, es decir, que no es posible englobar a “la mujer” bajo un mismo semblante, ni siquiera porque lo hagan ellas.

Por supuesto este discurso que delimita a las mujeres como una sola, como si tuvieran un perfil único ha ido cambiando, precisamente Marta Lamas “quien ha participado desde 1971 en el movimiento feminista, quien pertenece al Programa Universitario de Estudios de Género, y es directora de la revista *Debate feminista*” (Dresser, 2004), es una mujer que se encuentra embebida dentro del movimiento que ha rodeado a las mujeres, es decir, que está inmersa en ese medio, reconoce y señala la diversidad de discursos, de identidades, por lo que comienza a destacarse que mujeres hay muchas, que no se puede hablar por todas o que al referirse a un aspecto corresponda a la generalidad, atribuciones a lo femenino hay muchas y las ha habido en todas las épocas, el número de referentes es inmenso, es por esa razón que cada día se manifiesta de modo más obvio la variedad de significantes y la imposibilidad de definir ¿qué es una mujer? sin importar la perspectiva desde la que se aborde.

²³ Por supuesto se reconocen numerosas ventajas en diversos medios para las mujeres gracias a los movimientos femeninos, lo que no está bajo escrutinio en esta investigación, no obstante aquí interesa la identidad femenina y el ser mujer.

Entonces ¿Qué es una mujer?, ¿qué es ser mujer?, ¿quién puede dar respuesta a ello?, esta pregunta como ya se ha mencionado también surge en el psicoanálisis hace más de un siglo atrás cuando se postra de frente a Freud a través de las histéricas, pero dicho cuestionamiento no fue exclusividad de los siglos XIX y XX, sino que estaba presente desde antes y continúa ocupando un lugar en las mujeres que día a día buscan una respuesta, en el ser madres, en la pareja, como profesionistas o todas juntas, cómo esas actividades darán el significado a través de cuál serán más mujeres o cómo se escucha comúnmente, con cual “se realizarán como mujeres”, pero ¿qué significará realizarse como mujer?, complicada pregunta, pero más aún la contestación, ya que seguramente lo que será para una no lo será para la otra y podría ser respondida de tantos modos como mujeres existan en el mundo, de acuerdo con Wright (2000), “la pregunta sobre qué es una mujer nunca puede tener una respuesta única: la mujer no es una realidad fija, sino que su cuerpo es para ella un lugar abierto a diversas posibilidades, convertirse en mujer no implica una oposición entre sexo y género, es el modo en que una mujer usa su libertad”.

Entonces como acertadamente lo dice Wright no es posible tener una respuesta exclusiva ante el “ser mujer”, y además satisfactoria porque puede haber diversas posibilidades lo que no implica que sean las deseadas, esto se puede ejemplificar excelentemente con el caso de Dora. Ella esperaba que Freud le dijera qué es una mujer, ante lo que él responde que una madre, es por ello que Dora abandona el análisis, “la única respuesta correcta para Dora hubiera sido no la del saber, sino la del no-saber, no una interpretación que le confiriera sentido, sino una invención que transmitiera un sin-sentido” (André, 2002), es decir, que para Dora ser madre no era sinónimo de ser mujer, una cosa no estaba incluida en la otra, precisamente este ejemplo permite de forma extraordinaria observar cómo la histérica (Dora), se cuestiona acerca de la feminidad, en espera que Otro le responda (Freud) alguien que le brinde el saber que tanto desea, pero cuando éste se atreve a responder no cumple con lo esperado, la solución que aporta es incorrecta.

Esto ocurrió en una joven de principios de siglo XIX, sin embargo, en el presente probablemente habrá un sinnúmero de mujeres que concuerdan con Dora acerca del ser madre como respuesta a ser mujer, más que nunca ahora muchas eligen no ser madres, así que las preguntas ¿Qué es y qué quiere una mujer? están tan vigente como siempre. Soler (2006), afirma que “la mujer es una invención de la cultura “hystórica” (histórico-histérica), que cambia de aspecto según las épocas”, lo cual es probable dado que el recorrido histórico permite ubicar distintos momentos vividos lo que únicamente reafirma el imposible de agrupar a las mujeres determinando un significante único de la feminidad, ya que se encuentran diferencias en tiempos, en lugares y de persona a persona, que no pueden dejar de verse, esta falta del significante es precisamente lo que al psicoanálisis interesa, una mujer quiere algo que ocupe el lugar de ese significante que falta.

A propósito de esta imposibilidad de generalizar a “la mujer” y definir ¿Qué es una mujer?, aparece de manera clara la fórmula propuesta por Lacan, “~~La~~ mujer no existe”, la cual ha traído considerables críticas, por lo tanto es importante explicar que con esta frase Lacan no intentó eliminar o degradar a las mujeres simplemente pretendía decir que no hay un significante femenino para <la mujer> y que de ninguna manera se puede dar una noción pluralizada de La mujer, como si al decirlo de esta forma se abarcara a todas las mujeres, por ello no hay la mujer sino las mujeres, La mujer debe estar tachada así como el gran Otro (~~A~~), ya que no existen como completos, La mujer sin barrar es inaccesible, se trataría de una mujer mitificada, de un ser ideal, es así, “que la creencia en La mujer no es otra cosa que el afán de borrar la tachadura que marca a la sujeto y negar así la falta en el Otro” (Salecl, 1998).

Es de gran importancia esclarecer el sentido de la frase acuñada por Lacan, debido a las implicaciones que puede traer consigo el enunciado de “~~La~~ mujer no existe”, ya que ha gozado de diversas interpretaciones erróneas que modifican completamente lo que se pretende dar a entender dentro del contexto psicoanalítico, por el contrario de la idea de suprimir o minimizar a las mujeres,

“Lacan ha pretendido dar una fórmula más económica de lo que se ha dicho de las mujeres [...] entre ellas que se pueda decir todo²⁴ de ellas” (Miller,1993), ciertamente en el lugar de La mujer hay un vacío, una falta, un título bajo el que aparecen máscaras y semblantes que tratan de ocupar el lugar de La mujer sin tachadura, un semblante como un velo que adquiere la función de cubrir y disimular la falta.

En este anhelo de velar la falta, la histérica hace su aparición, es la encarnación más obvia acerca del querer ocultar la falta, la histérica busca aquel significante que le otorgue completud, “mientras tanto, se consagra al culto de La mujer... con la esperanza de que algún día aparecerá este significante” (citado en Salecl, 1998), al querer personificar el fantasma de La mujer inexistente, intenta darlo “todo y ser todo”, ser lo que al Otro le falta. Podría pensarse que al no existir un significante del ser mujer, la feminidad sería como un disfraz que se ajusta de acuerdo a las circunstancias. Miller (1993) dice que a los hombres les ha fascinado el disfraz de las mujeres, es mejor el semblante imaginario que la falta real, “no dudamos en cubrir a las mujeres porque no podemos descubrir a La mujer. Sólo podemos inventarla”, una ficción en la que participan hombres y mujeres, ellas simbolizan a La mujer y ellos creen que lo es.

Por lo tanto sólo puede escribirse La mujer tachando el “La”, porque de otra manera se utilizaría para designar el universal, el cual no es posible determinar, no existe un universal femenino, “No existe La mujer puesto que por esencia ella no toda es [...] lo cual no nos permite hablar de La mujer” (Lacan 1972-73/1975), el no hablar de La mujer alude a no poder referirse a la totalidad, a la universalidad, no se trata de no poder hablar acerca de las mujeres, ya que de ellas mucho puede decirse, sino que apunta a la incapacidad de utilizar el universal. Mujeres hay muchas, nunca todas, sin embargo siempre el falo al que evocan es uno, aquel insustituible. En este aspecto es necesario recordar que cuando se habla de

²⁴ Es preciso destacar que el psicoanálisis afirma que no todo puede decirse, sin embargo el término todo aquí se refiere a la apertura de las posibilidades que habitan en las mujeres y no a la delimitación que hace La mujer.

falo no es el miembro viril, cuestión que se plantea desde los tiempos freudianos, a partir de donde se ha criticado a los psicoanalistas por enunciar que lo que faltaba a la mujer era un pene, cuando se postuló la envidia del pene en el complejo de castración, lo que es cierto, efectivamente no es un pene lo que falta a “la mujer”, sino un significante que le diga ¿Qué es ser mujer?, además de lo que cultural o socialmente se dice o espera de ellas, hacen falta referencias que le respondan esa pregunta y en esta falta está el misterio de “la mujer”, de acuerdo con García (2004), “no alcanza nuestro mundo simbólico para definir qué es una mujer”, es por ello que en las fórmulas de la diferencia sexual del lado femenino se muestra a “la mujer” como no-toda, por lo tanto la feminidad no es capturada en su totalidad, será a partir de la castración que pueda profundizar en ello y pueda posicionarse con respecto a la falta.

Es importante retomar que la histérica demanda el falo del padre, necesita que éste le asigne un saber sobre su identidad femenina, pero el padre tampoco tiene el falo, el padre tarde o temprano evidenciará sus fallas, donde la principal es su incapacidad por contestarle a su hija qué es ser una mujer, no detenta los significantes que puedan responder, es partir de ello que en el diagrama de la diferencia sexual “La” se divide dirigiéndose a otro significante que es $S(\overline{A})$, el significante de la falta en el Otro, “La mujer tiene relación con $S(\overline{A})$ y ya con esto se desdobra, no-toda es, ya que por otra parte, puede tener relación con el Φ ” (Lacan, 1972-73/1975), ella ansía que Otro le dé el significante del cual pueda apropiarse.

Particularmente se alude a la histérica como la que “se consagra a denunciar la falta de una identidad femenina, la ausencia en el Otro de un significante del sexo femenino y la falla que resulta de ello en el nivel de identificación especular y ella designa al responsable de esto: al padre, insuficiente por definición” (André, 2002), esta falta de significante se muestra justamente cuando el sujeto se confronta con la pregunta acerca del significado de “ser una mujer”. Entonces, si cada sujeto se cuestiona, desea saber, busca el significante último del Falo, la feminidad estará

más allá del deseo y con relación a lo que éste pueda alcanzar, por ello se dificulta referirse a la feminidad como si todos entendieran exactamente de lo que se está hablando por llevar ese título, “Riviere afirma que la feminidad es un disfraz que las mujeres utilizan para ajustarse a las construcciones sociales de lo que se entiende por <ser mujer> una mascarada que indica que ~~La~~ mujer no existe como una categoría” (citado en Wright, 2000), aquí se hace referencia al disfraz con la finalidad de destacar que no hay una feminidad absoluta, sino una serie de velos, de representaciones del “ser mujer”, cualquier intento por definir a la mujer en esencia resulta un intento ficticio y únicamente puede conducir a lo que ella es para el Otro, ese objeto a que desea encarnar, aspira a un puesto en el deseo del Otro, que está dispuesta a personificar a cualquier costo, ella está sometida al hecho de estar ubicada como objeto, el \$ que se dirige a ella como objeto a y ella que acepta dicha posición.

Es fundamental la relación conocida desde los tiempos hipocráticos de histeria con feminidad, prácticamente eran usados como sinónimos, a pesar de que ello ha sido desmentido y actualmente se sabe que también hay hombres histéricos, la feminidad ha conservado una estrecha relación con la histeria y no es misterio que el psicoanálisis retoma dicho nexo, debido a que Lacan sostiene “que la histeria no es otra cosa que la feminidad misma y la pregunta puede formularse como ¿Qué es una mujer?” (Evans, 1998), lo que aplica para varones y mujeres, ya que se recordará que “mujer” no necesariamente se utiliza aquí en términos biológicos sino como una posición como ya fue explicado en el diagrama de la diferencia sexual, por lo tanto es difícil simbolizar a una mujer como tal, “puesto que no hay ningún equivalente femenino del símbolo altamente prevalente que constituye el falo” (Evans, op. cit.). Es por ello que Lacan cuestionaba el artículo “la” no el sustantivo mujer, él no puso en duda la existencia de las mujeres, sino el artículo que denota generalidad al referirse a la mujer, también se expresó de ella como no-toda debido a que precisamente implica la imposibilidad de definir un universal, habrá que dirigirse a las mujeres una por una.

Desde que el psicoanálisis aparece en escena la feminidad le ha hecho compañía, desde la época freudiana fue considerada como una región enigmática, inexplorada, un “continente negro”, mucho se ha comentado al respecto con declaraciones como “el continente sólo ha sido negro para Freud [...] revelando aquí su terror original hacia la mujer” (Olivier, 1980), sin embargo aquí tampoco se pretendía disminuir a las mujeres únicamente se planteaba esta falta de referente por supuesto no en dichos términos ya que surgen más adelante con Lacan, no obstante desde Freud se esbozaba el enigma, lo que es posible apreciar cuando Freud (1933/1964) dice, que “el psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer - una tarea de solución casi imposible para él - sino indagar como deviene...”, una labor difícil tanto para el psicoanálisis como para el propio Freud, un cometido irrealizable.

Así que ambos, Freud y Lacan, a su manera, en su momento, en su lenguaje plantearon la dificultad de obtener la respuesta a la interrogante ¿Qué es una mujer?, la imposibilidad de hablar de “La mujer” como totalidad y de poseer un referente que le conceda la feminidad, de esa manera se dirige al Otro y a la Otra mujer. Por lo tanto si no existen referentes simbólicos, al no acceder a un referente que defina qué es ser una mujer, intentará encontrarlos en la cultura, en los otros, en el padre o en lo que pueda responderle quién es.

Finalmente ha sido imprescindible referirse a “La mujer”, para aproximarse a la histórica, quien precisamente se pregunta ¿Qué es una mujer?, permitiendo una comprensión mayor acerca del posicionamiento de la histórica con respecto al falo, mediante la búsqueda de ese referente que le confiera su identidad y su deseo de ocupar un lugar en el deseo del Otro, lo que dará la pauta que guíe el siguiente capítulo entre sometimiento y ceder el deseo.

CAPÍTULO IV. SOMETIMIENTO - CEDER EL DESEO

El goce esta cifrado, es un jeroglífico escrito en nuestra carne por el deseo del Otro, es un texto insensato, ajeno a la significación.

N. Braunstein, 2001

A. Goce femenino y sacrificial

El término “Goce” es un concepto destacado dentro de la teoría psicoanalítica lacaniana, por lo que resulta fundamental esclarecer la acepción que adquiere dentro del psicoanálisis que lo distingue del uso cotidiano. De acuerdo con la Real Academia Española (2001), goce deriva del verbo gozar como la 1ª persona del singular, es la “acción y resultado de gozar o disfrutar, sentimiento de placer”, basado en la definición anterior goce y placer podrían considerarse como sinónimos. Sin embargo Lacan los desarrolla como antagónicos, retoma el principio del placer¹ postulado por Freud, quien sitúa a la pulsión de muerte² *más allá del principio del placer*, es a partir de ello que Lacan sitúa al goce como opuesto al placer, el goce entendido como una cantidad excesiva de excitación que el principio del placer intenta impedir, éste funciona como límite al goce, gozar lo menos posible, de manera que evita ir más allá del principio del placer, ya que hacerlo únicamente acerca a la muerte, transgredirlo no proporcionaría más placer sino displacer convirtiéndose en un placer doloroso, por lo tanto el goce se traduce como dolor, sufrimiento que proviene de la propia satisfacción del sujeto.

Es así como el psicoanálisis opone al goce y al placer, designa al goce como un exceso intolerable de placer, una manifestación del cuerpo cercana a la tensión extrema, al dolor, al sufrimiento, una vez que se prohíbe ir más allá del principio del placer se crea a su vez el deseo de infringirlo, por ello se dice que el goce es transgresor, hay una invitación a cruzar esa línea, por lo tanto cuando

¹ De acuerdo con Freud es uno de los dos principios que rigen el funcionamiento mental, el principio del placer tiene como finalidad evitar el displacer y procurar el placer. El displacer va ligado al aumento de cantidades de excitación y el placer a la disminución.

² En oposición a la pulsión de vida surge la pulsión de muerte que tiende a la reducción completa de las tensiones, devolver al ser vivo al estado inorgánico.

comúnmente suele creerse que más placer únicamente proveerá mayor placer, esto se señala lo contrario, es decir que el exceso de placer únicamente origina dolor.

El goce es acuñado por Lacan, aunque aparece desde Freud, cierto que no bajo ese nombre, pero se puede destacar en casos clínicos freudianos, por ejemplo, “no puede dejar de mencionarse la voluptuosa expresión que él advierte en el hombre las ratas³ en el momento en que recuerda el relato de la tortura, un intenso placer desconocido por el paciente en el momento de alcanzar el colmo del horror evocativo” (Braunstein, 1990), el goce no forma parte de los conceptos freudianos pero dicho ejemplo muestra su presencia en la clínica aunque no textualmente como lo concibe Lacan, es él quien da consistencia al goce.

Por otra parte, también existe la influencia del derecho al tomar la palabra *jouissance*, goce en francés, se trata del usufructo que “quiere decir que se puede gozar de sus medios, pero que no hay que despilfarrarlos. Cuando se tiene el usufructo de una herencia se puede gozar de ella a condición de no usarla demasiado, allí reside la esencia del derecho: repartir, distribuir, lo que toca al goce” (Lacan, 19772-73/1975), también se refiere al disfrute de algo en tanto que es un objeto de apropiación, sólo puede gozarse jurídicamente de lo que se posee y para ello es necesario que el otro desista a su aspiración por ese objeto. Es a partir de esto que se manifiesta como la primera propiedad de todo sujeto su cuerpo, y cómo ese cuerpo se relaciona con otros cuerpos, se trata de la apropiación y expropiación del goce en la relación con el Otro.

El concepto de goce adquiere una enorme trascendencia a partir de su aparición en la clínica psicoanalítica, con la finalidad de abordarlo profundamente es necesario situarse una vez más en el mito freudiano de *Tótem y tabú*, aquel que indica que el padre primitivo era el único que no estaba castrado, él podía gozar

³ El hombre de las ratas es un historial clínico de neurosis obsesiva expuesto por Freud, Vol. X, Obras completas. Amorrortu editores.

de las mujeres, para él no regía la prohibición del incesto, él tenía acceso a toda clase de placer que los hijos tenían prohibido, es por ello que deciden matarlo, de esa manera podían alcanzar los placeres de los que gozaba el padre, una vez cometido el asesinato gozaron menos puesto que la culpa y el horror provocó que se prohibieran a sí mismos con mayor rigor el goce que tanto deseaban, instituyendo la prohibición del incesto y el parricidio. Es por ello que deben ser recordados los complejos de castración y Edipo, donde se prohíbe simbólicamente el goce, con la entrada del sujeto al mundo simbólico se obliga a la renuncia del goce en el complejo de castración, el niño abandona su deseo de convertirse en el falo imaginario de la madre, el niño edípico creía que el goce absoluto existía, no obstante durante la castración el goce debe rechazarse para acceder al deseo, el niño renuncia a ser el objeto de deseo de la madre, abdica a cierto goce, es así como el goce queda vetado y por lo tanto invita a la transgresión, el complejo de castración y de Edipo actúan como una barrera contra el goce, debido a que la castración instaaura la falta en ser, la cual es causa del deseo, la Ley separa del goce de la madre y ordena desear.

Precisamente la Ley que prohíbe el goce es la ley del lenguaje, es el Otro del lenguaje el que abre paso al orden simbólico, el lenguaje se presenta como obstáculo al goce que tampoco existiría sin él, a pesar de la interdicción, “del goce originario no queda sino la nostalgia que lo crea retroactivamente, que lo mitifica, a partir de que se le perdió [...] Pero nadie resigna de buena gana a la renuncia que se le exige, el goce rechazado vuelve, insiste. Es el fundamento a la compulsión a la repetición⁴. Lo perdido no es lo olvidado...” (Braunstein, 1990), es decir que empero a la renuncia, al goce no se le abandona completamente, subsiste un anhelo. Por lo tanto a partir de la instauración de ley y por ende la castración simbólica se instala la separación entre goce y deseo, la castración marca la renuncia al goce, es a partir de ella que todos (el niño, la madre, el padre) saben

⁴ La compulsión a la repetición se trata de un proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente, repitiendo experiencias antiguas, sin recordar el prototipo de ellas, con la impresión de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual. (Laplanche y Pontalis, 1967)

que no son ni poseen el falo, el cual funciona como significante del impedimento absoluto del incesto, que marca la imposibilidad de la Cosa⁵, manteniendo al sujeto alejado de la Cosa, ya que el goce precisamente se encuentra del lado de la Cosa, mientras que el deseo viene del Otro, de la intervención del Otro, que a través de la palabra instauradora de la Ley deniega el goce.

Es a partir del Otro que el sujeto accede a su propia subjetividad, se trata de una intervención contraria al goce, debido a que la palabra es la ley que impide el goce, es por la intrusión del significante que ese cuerpo torna sujeto, por lo tanto existe un estado anterior a esa separación, una condición previa a la palabra, la que se intentará recuperar, recobrar a la Cosa como aquel objeto absoluto del deseo, y a su vez ese goce perdido, un *goce del ser* que permite al sujeto llegar a existir. Es preciso destacar en este momento que Lacan refiere varios goces, por lo que habrá que distinguirlos, dando inicio justamente con el *goce del ser*, el cual es impronunciable, se encuentra fuera de la palabra, del orden simbólico, “el goce del ser no puede decirse, es arrojado a aquello que subsiste entre los dichos a título de indecible, fuera-del-lenguaje” (André, 2002), este *goce del ser* es justamente el que está del lado de la Cosa, se trata de ese goce mítico, previo al corte, es decir anterior a la castración y a la significación fálica, es el más íntimo e inaccesible. Es por la intrusión del Otro y su Ley que exigen la renuncia y cesión del goce, dando como resultado la falta en ser, móvil del deseo, siempre en busca de lo extraviado.

Este *goce del ser* ligado a la Cosa es separado por la castración de otra clase de goce, el cual es denominado como *goce fálico*, el cual a diferencia del anterior está totalmente unido a la palabra, al lenguaje, es efecto de la castración, es un goce lenguajero, presente en todo hablante, se trata del *goce sexual* que está determinado por el lenguaje es consecuencia del significante falo, a este *goce*

⁵ El concepto lacaniano de la Cosa es una *x* inconocible que está más allá de la simbolización, es el objeto perdido que debe volver continuamente a reencontrarse, es el Otro prehistórico, el objeto prohibido del deseo incestuoso. El principio del placer es la ley que mantiene alejado al sujeto a una cierta distancia de la Cosa. (Evans, 1996)

sexual se accede mediante el significante, es importante especificar que este goce no debe ser confundido con el acto sexual, no es lo que ocurre en la cama, “su espacio no es tanto la cama, como lo dicho [...] el goce no conviene a la relación sexual. Porque habla, dicho goce, la relación sexual no es.” (André, 2002), pues el goce que se puede obtener de la relación sexual nunca es el necesario, el *goce fálico* actúa como impedimento por el cual el hombre no goza del cuerpo de la mujer, únicamente goza del goce de órgano, ya que la mujer no-toda es, por lo que el *goce sexual* está sellado por la imposibilidad de constituir al Uno, a la unidad, la complementariedad, resultando la frase: “no hay relación sexual”, no es posible formularla, al ser el *goce sexual*, es fálico por lo que no se relaciona con el Otro como tal.

Por lo tanto una vez instalada la Metáfora Paterna que ubica al sujeto como deseante, ha quedado instaurada la castración, el padre ha establecido la ley, ha instaurado el *goce fálico*, una vez que se accedió a la Metáfora paterna y a su vez a la castración simbólica, donde el niño pasó del falo imaginario al falo simbólico, lo que llevará al sujeto al *goce fálico*, situándolo del lado de la palabra, que alcanza al significante, Lacan señala que dicho goce ve al Otro como lugar de la palabra, “al menos se trata de rodear con la palabra ese significante que falta en el Otro” (García, 2004), se trata de un goce que ocupa el lugar del Otro, es goce de la palabra, del significante fálico, es de él de quien se goza, precisamente por ello está situado fuera del cuerpo, lo que no significa que no se pueda sentir en él sino que no atañe al cuerpo en su conjunto, únicamente está conectado mediante una hebra muy fina que puede simbolizarse a través de síntomas (histeria) o pensamientos.

El sujeto ha quedado dividido, ha quedado separado del goce, se ha creado la falta en *ser*, causa del deseo, la palabra lo separó del *goce del ser*, pero le presenta el *goce fálico*, ése que está fuera del cuerpo, goce que requiere del consentimiento del Otro, de aquel del que nada se quiere saber, por supuesto el sujeto goza hablando pero a la par se defiende del goce, cuando se acepta la ley

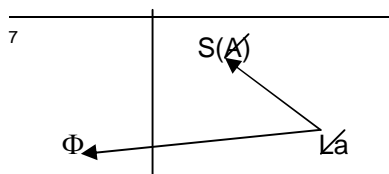
de la cadena significante e intenta traducir al goce en palabras necesariamente se desvirtúa, ya que dicha cadena “no tiene posibilidad de significar al goce al que aspira, el significante es inconmensurable con el goce” (Braunstein, 1990), así que se sabe de un goce anterior del que sólo se conoce posteriormente, del goce nada podría saberse de no ser por la palabra, es ella quien toma al goce y lo saca del cuerpo, para darle forma a través del discurso, pero justamente el goce no posee una traducción exacta, mejor dicho es imposible traducirlo, es por ello que también emerge a través de las formaciones del inconsciente, no obstante la palabra permite su paso, al mismo tiempo que lo regula y controla. Entonces, el lenguaje, la palabra, separa a la Cosa del objeto a (como objeto causa de deseo), es decir que corta entre el *gocce del ser* (que está del lado de la Cosa) y el *gocce fálico* (resultado de la castración), exactamente el Nombre-del-Padre limita el goce desmedido.

Dada la importancia del significante falo durante la constitución del sujeto, resulta preciso destacar el doble papel que realiza con respecto al goce, por un lado actúa poniéndole final al *gocce del ser* y por el otro origina al *gocce fálico* o *gocce sexual*, ante este último goce surge como opuesto un goce más, denominado *gocce del Otro*, también conocido como *gocce femenino*, éste se encuentra fuera del lenguaje, no se tiene idea de él debido a que escapa al dominio del significante, únicamente se puede suponer su existencia, se sitúa en un más allá de la función fálica, excede a la significación, se trata de un goce corporal, que no se perdió por la castración, sino que emerge más allá, es a partir de ella que surge como efecto del pasaje por el lenguaje pero fuera de él, impronunciable e indescifrable, el goce del Otro se encuentra en el cruce entre lo imaginario y lo real⁶, sin intervención simbólica, es un *gocce femenino* que experimentan las mujeres pero del que nada quieren saber, se trata de un *gocce del Otro*, del Otro sexo, que es Otro con respecto al falo, es decir el femenino.

⁶ Esto se refiere a un esquema lacaniano llamado nudo borromeo, el cual consiste en tres anillos eslabonados, cada uno representa los órdenes imaginario, simbólico y real, mostrando la interdependencia entre ellos. En el nudo se muestra el *gocce del Otro* entre los anillos imaginario y real.

Entonces, si la castración provoca la pérdida del goce, el cual continúa siendo buscado, rodeado, filtrado, evocado, dando origen a una serie de cuestionamientos sobre ese goce que falta, busca obtener la oportunidad de compensar eso que se perdió, por el *goce del Otro*, este deseo de saber está conectado con el fantasma que permitiría ese goce negado, exactamente este saber se relaciona directamente con las mujeres y su enigma, con esa dificultad de decir qué es una mujer, es por ello que se destaca un goce femenino que está más allá del falo, un goce extra, que no complementa al masculino, sino que se trata de algo más, un goce suplementario que imposibilita su localización.

La búsqueda constante del enigma femenino ha incitado a diversas respuestas y una de ellas es la propuesta por Lacan: “La mujer no existe”, a partir de la cual se explica que no se puede generalizar, las mujeres son un conjunto abierto por lo que deben ser tomadas en cuenta una por una, ellas no forman el Uno, es decir, que cada una debe encontrar su propia respuesta al “ser mujer”, que no es complementaria del hombre sino suplementaria por ello es que las mujeres están no-todas en el *goce fálico*, no-toda inscrita en la función fálica, así que “la mujer” tiene relación en su sexualidad tanto con el significante fálico que un hombre puede encarnar para ella, como con el significante del Otro, del Otro que no existe en el nivel del goce” (André 2002), lo cual se puede apreciar perfectamente en la parte inferior del diagrama de la diferencia sexual⁷, la que muestra una división en la posición femenina, así como en su goce, experimentando por una parte *goce fálico* y por otra un *goce del Otro*, el cual es indescifrable, inefable y escrito con el matema $S(\bar{A})$ éste representa el vacío, la falta, significante del agujero en el Otro, es importante destacar que al estar alejado del lenguaje únicamente se puede suponer su existencia, esta suposición aparece como efecto del significante falo es por ello que se encuentra en relación con el *goce fálico* no de manera complementaria sino suplementaria.



Por lo tanto en el lado femenino se sitúa un más allá de la función fálica, con un goce diferente al sexual, como un *gocce del Otro*, pero no se puede mencionar un *gocce del Otro* sino a partir del sexual, ni a su vez un *gocce fálico* sin la función fálica, no obstante cuando se dice que la mujer está no-toda en la función fálica, no quiere decir que no esté sujeta a ella, al contrario está completamente ahí y justamente hay algo más. Es preciso señalar que a partir de la mujer el goce se escinde entre el falo (Φ) y el significante de la falta en el Otro $S(\mathcal{A})$, es decir, el mismo sexo femenino, ya que se encuentra del mismo lado en las fórmulas, este goce que no viene del hombre sino que es propiamente femenino aunque intriga también al varón, él no puede aproximarse a esa hiancia en donde una mujer ocupa el lugar del Otro que falta, por lo que el hombre nunca está seguro de haberla poseído, de haber sido participe en el goce de ella, tanto él como ella quedan insatisfechos ante la inexistencia de la relación sexual.

Cuando la castración prohíbe el goce a hombres y mujeres, manifiesta la imposibilidad de completarse, de hacer un sólo cuerpo, no obstante las aspiraciones al goce pasan por el cuerpo del Otro, ante lo que resulta oportuno aclarar ¿De qué Otro se trata cuando se habla del *gocce del Otro*?, ya que no se refiere al Otro de la palabra (lo que sería el *gocce fálico*) sino del Otro real más allá del lenguaje, “el goce femenino se vincula de esta forma con otra cara del Otro, aquella en donde es inexistente en el plano significante, aquella del Otro sexuado” (André, 2002), de manera que está el Otro como lugar de la palabra y el Otro como el Otro sexo (el femenino), así que el falo termina por ser buscado en el Otro, lo que concluye en un desencuentro, que origina el deseo que es el deseo del Otro, se hace referencia al *gocce del Otro* como del Otro sexo, en cuanto a “la mujer” se encuentra la posibilidad “de que el goce que falta al Falo sea el goce de ella como Otro del Uno⁸, como Otro de ese significante fálico que unifica al sujeto y que lo representa ante el conjunto de significantes” (Braunstein, 1990), de esta manera es que el *gocce del Otro* se entiende como del Otro sexo, por esa relación

⁸ El Otro del sexo es el femenino, puesto que el Uno es el que está íntimamente regulado por el significante y por la Ley del falo.

con el Falo donde lo reconoce pero no se queda en el universo de significantes que establece, es imposible gozar del Otro como objeto del goce del Uno.

El *goce femenino* está más allá del falo y de la detumescencia del órgano, es un goce que no complementa al masculino, el psicoanálisis sabe que el Otro no existe, es decir, el Otro completo y que la relación es irrealizable, ya que el sujeto y el Otro no logran la completud, de acuerdo con Nasio (1992), “el goce del Otro [...] es el goce que el sujeto supone al Otro, siendo también el Otro un ser supuesto. Este estado ideal, este punto en el horizonte de una felicidad absoluta e imposible...”, es imposible representar este goce debido a que sufre una pérdida al no encarnar al Otro que goza, no se sabe como goza el Otro, a pesar de la unión de cuerpos, de la cercanía, del contacto, el sujeto no puede apropiarse del *goce del Otro*, no consigue sentir lo que el Otro experimenta, cada uno goza parcialmente ya que es goce de órgano.

Así que el goce de cada sujeto escapa al Otro, ya que ambos son sujetos barrados, por lo que el *goce del Otro* corresponde al registro del fantasma, aunque también tiene efectos en la subjetividad, mediante síntomas que hablan del saber inconsciente, que tropiezan con el impedimento de la apropiación del goce ajeno. Hombres y mujeres quieren unirse al Otro, ellos saben que no es posible, que éste se encuentra fuera de su alcance, aunque existe el deseo de gozar del cuerpo del Otro, la castración, la función fálica es la que se interpone entre el sujeto y el cuerpo del Otro, por ello se considera al acto sexual un acto fallido, no es posible la fusión entre un sujeto y Otro como Uno, como un cuerpo único, es el lenguaje el que promete al mismo tiempo que limita, así que “el goce del cuerpo del Otro permanece pues más allá de los límites del acto sexual. De ese goce, no gozamos sino “mentalmente” dice Lacan” (citado en André, 2002). Así que *el goce del Otro* es exterior excede a la significación fálica, que hace a la mujer no-toda, yendo más allá del órgano, el hombre no goza de la mujer ya que no puede tomarla toda, sino parte por parte.

En resumen, el Nombre-del-Padre induce la palabra y el orden fálico, los cuales vienen a poner límite al *goce del ser*, lo alejan de la Cosa, instaura el *goce fálico*, éste que está en el lenguaje, al que se accede por medio del significante, se topa de frente con un margen propio, aquello que es inarticulable, que se sitúa más allá de él, el *goce del Otro*, el *goce femenino*. El Nombre-del-Padre como representante del falo, abre una grieta de imposibilidad en lo que respecta al discurso y esa fisura es el significante de La mujer que falta en el Otro y que está más allá del Falo.

La formulación de “La mujer no existe” precisamente muestra la imposibilidad de tomar a la mujer como universal, como totalidad, por supuesto está relacionada con el falo, pero no-toda, ya que pretende encontrar un significante femenino imposible de pronunciar porque está más allá de la palabra, es inaccesible al lenguaje, no se puede especificar en que consiste, por consiguiente “el goce del Otro [...] es también el lugar del saber imposible” (Nasio, 1992), no existe significante que lo pueda abarcar, aunque ella desee que Otro le haga saber quien es ella.

Justamente esta relación con el saber se asocia definitivamente con la histérica, ella se cuestiona acerca de la feminidad, por este significante que le falta, siempre a la expectativa de la manifestación del deseo del Otro y lista para ofrecerse, para ocupar el lugar del deseo del Otro, también preguntará a la Otra mujer por el atributo femenino, el *goce femenino* aparece como *goce del Otro* relacionándose con el saber, el goce juega aquí el papel de aquello que se le escabulle al saber, por lo que únicamente podría apresararlo en el Otro, ese a quien intenta sostener, el Otro poseedor del goce ilimitado que es el Padre primitivo del mito freudiano, ese que la histérica insiste en mantener y el que por supuesto no es, nunca es, así como tampoco ella será lo que al Otro falta.

Entonces la histérica, como sujeto insatisfecho, pide un goce máximo, al pasar por la castración aparece el significante falo, el cual es tomado por ella como un objeto

que no tiene la capacidad de cumplir sus promesas, es por ello que la histérica va al extremo en su posición femenina al no encontrarse satisfecha, no encuentra ese goce que pide, dividiéndose entre el falo y la Otra mujer, por ello es no-toda en la significación fálica, cuestiona el goce que siente pero del que nada sabe, cabe señalar que el no-toda se convierte en toda-en respecto al Padre Ideal, con su dedicación a él, también en esta toda-en se dirige la pregunta a la Otra mujer sobre el *goce femenino*, la pregunta histérica es inherente al cuestionamiento femenino, ¿qué es una mujer?, lo que se relaciona directamente con el discurso de la histérica donde pide que el amo responda concretamente por el “ser mujer”.

Sin embargo, ella sabe que el falo que pide no es, tiene el conocimiento de que el pene es un simulacro, incapaz de asegurar el goce que solicita permaneciendo insatisfecha, su deseo continúa insatisfecho ya que comprueba numerosas veces la castración del Otro, quiere un saber, no obstante sostiene la insatisfacción de su deseo debido a que ningún significante la complace, por más diversas respuestas que obtiene a su pregunta no existe la que termine por saciar su deseo, es por ello que Lacan responde que no puede hallarse significante de La mujer, cuando ella hace la pregunta al Otro éste termina mostrando su falla, esa es la respuesta que recibe, la falta en *ser* del Otro, aunque éste lo desee no puede contestar y es ahí donde queda el goce, ninguna palabra podría ser dicha acerca del *ser* de ella. Al saber que el Otro tiene una falta, la cual es necesaria crear, ya que a partir de ella se puede tomar el lugar de aquello que falta, se ofrece como objeto a, para completar al Otro pensado en la posibilidad de que la castración de ambos sea superada, se ofrenda como el goce que falta al Otro y causa del deseo de éste, al mismo tiempo que dicho objeto es inalcanzable precisamente para ser deseado, por lo tanto se niega irradiando insatisfacción.

La histérica se dirige al Padre Ideal poseedor del goce, él sabe del goce (sabe que el Otro no es) en el transcurso se halla de frente con el hecho de que tampoco es ella quien lo completa, reniega de su falta a la par que se identifica con ella, así que “el deseo de la histérica es un deseo sin objeto y esencialmente insatisfecho:

su objeto es la falta en el Otro y esto es lo que insaciablemente pide, consume y consume” (Braunstein, 1990), quiere cubrir su castración para cubrir el deseo del Otro que ella misma provoca. Por consiguiente la histérica se relaciona íntimamente con el saber, sufre por no saber, por represiones, por la representación del goce en síntomas, de acuerdo con Glasman “la histérica grita en la verdad de sus síntomas”, ella quiere saber, sin embargo “goza de un deseo insatisfecho porque el deseo es coalescente con la idea de su insatisfacción [...] Entre lo buscado y lo hallado habrá siempre una diferencia que es la que posibilita el relanzar el deseo” (citado en Israel, 1979).

Para ejemplificar esto Israel (1979), expone un caso acerca de una paciente histérica, se trataba de una mujer con problemas de frigidez y conflictos con su marido, en una ocasión éste le dio una bofetada, él trabajaba con el padre de ella, quien consideraba que su padre le pagaba poco a su marido, por lo que ella lo incita a presentar unas facturas falsas con la finalidad de obtener mayor ganancia, una vez realizada la acción, ella misma lo comunicó al padre, por lo que el marido la abofeteó, el marido fue con el analista lloraba y sentía culpa por haber lastimado a su esposa, a partir de lo que mejoró la situación matrimonial, un día la mujer llegó al consultorio y le dijo al analista “ya sucedió doctor: he gozado con mi marido”, lo que pareció satisfactorio para el curso del análisis, sin embargo al final de la sesión, la paciente le dijo: “A propósito doctor, había olvidado decirle que ahora puedo gozar con mi marido, pero a partir de ahora no volveré a acostarme con él”.

Este caso muestra de alguna manera como la histérica goza de no gozar, es decir de permanecer insatisfecha, goza con la idea de la insatisfacción, lo que por supuesto no se refiere únicamente al placer o displacer durante el acto sexual, sino a mantener el deseo insatisfecho, éste que carece de objeto, el deseo de permanecer insatisfecha es lo que exhiben las últimas palabras de la paciente, “la histérica sostiene su deseo como insatisfecho, es insatisfactorio todo objeto del deseo, [...] eludiendo constantemente al Otro, escurriéndose como objeto,

alimenta la falta en el Otro. Ella quiere ser el objeto definitivo y final del deseo del Otro y a la vez impide que esto suceda; al hacerlo mantiene insatisfecho a su deseo” (Salecl, 1998), justamente ahí esta la desventura de la histérica, a pesar de su deseo por ser el objeto único para el Otro, entorpece que suceda, ella sabe de la falla en el Otro, provoca que se haga evidente para luego ofrecerse a sí misma para cubrir la falta, busca diversos modos para suplir la falta inherente del Otro, ésta es la respuesta que quiere, sostiene la insatisfacción ocasionada por el falo, reiterándose como no-toda con respecto al falo, la mujer posee distintas maneras de abordar al falo, una es la canalización de la interrogante a la Otra mujer aquella que retiene en sí el significado de lo que es y quiere una mujer.

Como la histérica desea ser el objeto único para el Otro, no concibe la posibilidad de que él desvíe sus ojos a otra parte, llámese familia, amigos, trabajo, actividades que no comparta con ella, ambiciona ser el centro de la vida del Otro, necesita evidencias que se lo confirmen, ella quiere ser el objeto de *goce del Otro*, sólo debe gozar con ella, “es prisionera del goce del Otro que pretende saturar y encapsular a la vez que juega siempre a sustraerse a ese goce ajeno para confirmar su valor” (Braunstein, 1990), es por la falta en él que ella consigue valor, el vínculo con el *goce del Otro* la sitúa de manera que pueda satisfacer al Otro a la vez que la sustrae sosteniendo el deseo insatisfecho.

Por lo tanto la insatisfacción es el fin garantizado al deseo, crea un espacio entre el deseo y el goce, el cual es llenado por el síntoma, al cual se apega, de modo que avala el fracaso de la relación de completud, el Otro está castrado y ella no puede asegurar el lugar que ocupa para el Otro, por lo que ella se acerca y se aleja, de acuerdo con Braunstein, (1990), ella goza con el rechazo e indiferencia ante:

Los goces terrenales en nombre de un goce absoluto y por lo tanto imposible, más allá y en contra del goce fálico, de manera que aporta al deseo la insatisfacción. El síntoma y el asco, el dolor y pudor colonizan para ella las comarcas del goce perdido. Creyendo decir no al goce del

Otro lo sostiene precisamente como goce apartándolo de las vías facilitadoras del principio del placer.

Así que la histérica repudia el *gocce del Otro*, el cual ella produce por medio de su insatisfacción que sustenta al deseo, su goce reside en un goce que está más allá, guarda el misterio de lo que es inaccesible por el *gocce fálico*.

Ha quedado establecido que la histérica quiere ser el objeto de deseo del Otro, pero no un objeto parcial del que se disfruta, sino el objeto inalcanzable, aquel que pueda cubrir la falta capaz de completar al Otro, lo que inevitablemente termina por fracasar, ella utiliza métodos seductores que despierten el deseo del Otro por ella ante lo que no encontrará satisfacción, ella goza del juego, ella quiere ser el objeto de deseo pero no soporta ser tomada como objeto de goce, por un lado se siente atraída por el deseo del Otro pero repele su goce. Así, que el *gocce del Otro*, está más allá de los límites del falo, no es posible especificar en que consiste, es un aditamento al *gocce fálico*, es un goce que no esperan tener, que no saben de él, del que no se habla precisamente porque es intransitable por el lenguaje.

Marta Gerez (2003) ilustra de manera ejemplar la histeria y su goce mediante la exposición de un caso clínico que permite una comprensión más clara, se trata de una mujer de 30 años, Ely llega al análisis con dificultades para concentrarse, dispersión y enunciando la expresión “soy sapo de otro pozo”, durante el análisis aparece un síntoma, un ligero vértigo, angustia a caer⁹, a partir del cual relata una fobia de su niñez a los sapos y sapitos que se encuentran en todos lados, también en los pozos. El historial es dividido en tres momentos, en el primero se aborda la identificación con el padre. Ely es la mayor de tres hermanos, comparte su profesión con uno de ellos y con el padre, al que ama y considera el “eje de su vida”, el lema en su profesión es “levántate y lúcete”, palabras con las que su padre la animaba, el éxito de su carrera se basa en el manejo de una herramienta.

⁹ Señalando que “el ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el otro pero la más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable, a quien ninguno posterior iguala ya” (Freud, 1986)

Su madre, una mujer malhumorada, que le resultaba insoportable, Ely le puso como apodo la *esfinge*, era una ama de casa tradicional, apática, reservada, lúgubre, sin vida social, ni intelectual, con varios intentos de suicidio en su haber, la madre solía tomar a Ely como su confidente narrándole el asco y rechazo que sentía sexualmente ante su padre, así como los deseos de abortar impedidos por el marido. La vida profesional de Ely era exitosa, sin embargo, la amorosa era todo lo contrario; se involucraba sexualmente con hombres que no le interesaban y con los que sólo la pasaba bien, se enamoró de un hombre del que únicamente obtuvo desdicha, descontento, decepción y cierto asco perturbador.

Gerez (2003), señala que de acuerdo con Lacan “el asco se vincula tanto a la atracción que convoca el goce del Otro como a su repulsión. Doble movimiento hacia la Cosa y rechazo por la Cosa. El vértigo está relacionado con la atracción que produce el goce del Otro; el pudor y el asco con su rechazo. El asco revela lo que atrae hacia el encuentro traumático con la Cosa y la repulsión por esta atracción”, mediante este ejemplo se muestra esa cercanía y repudio por el *goce del Otro*. Por otra parte, es necesario señalar que su amor e identificación con el padre son el fundamento de su relación con el mundo, lo que tiene un impacto en su vida amorosa, y profesional en el uso de la herramienta, por medio de la cual logra apresar, aprehender en el imaginario lo que no puede simbolizar, es decir, el enigma femenino, la respuesta a la afamada pregunta ¿Qué es una mujer? y ¿Cómo aceptarse como objeto de deseo de un hombre?, dicho misterio la lleva a relacionarse con hombres casados con mujeres a las que conocía y con quienes compartía al hombre, convirtiéndose en un” sapo de otro pozo”.

En un segundo momento, comienzan algunos problemas en su trabajo, ya que no cumple con los clientes formalmente, ni utiliza su herramienta de trabajo igual que siempre, manifiesta cansancio, enfermedades menores que la postran en la cama, lo que evidencia que no puede seguir sosteniendo el falo, lo que se muestra a través de los síntomas, en sueños, pero sucede algo más, la hermana, rival potencial tiene un hijo, Ely tiene un sueño donde descuartiza al bebé, relata haber

despertado con angustia y odio hacia su madre a la que odiaba cuando niña al menos una vez por semana, esa madre *esfinge* como la llamaba, devoradora, que deseaba abortar, aquella madre como Otro primordial que había pensado en su propia muerte. El sueño abre dos caminos, uno de la hermana rival que plantea el enigma por la Otra mujer y el otro la madre con la cuestión del Otro prehistórico a través del goce. Al respecto Lacan decía que el deseo viene del Otro, mientras que el goce está del lado de la Cosa.

Así que Ely atravesaba entre el deseo y el goce, ella adopta a la Otra mujer como referente simbólico, principalmente presentó dificultades en un romance con un colega casado con una mujer que ella conocía, por primera vez ella se niega a acostarse con él debido a la presencia de la esposa, de la que ella hablaba con admiración y competitividad. Después relata un sueño en una cama donde estaban Ely y sus papás, en el que la madre se enojaba porque el padre le decía a Ely algo que sólo ella podía comprender: la sirvo a ella aunque te prefiera a vos. Este sueño representa su estrategia con el hombre casado, ya que si ella es la preferida no importa lo que pase entre las parejas ella las sostiene, que se sirvan, mientras el padre le dirige su deseo. En un juego de significantes surge un sobrenombre que la designa como la que sirve el néctar a los dioses, sirve el néctar a su Padre, ubica al padre como ideal a costa de la castración de la cual también ella se hace causa.

El sueño en la cama redonda muestra que al sentarse cerca del padre, se coloca en la vida cerca del padre y los hombres, la que revela su posición de objeto de deseo del Otro, sirviendo ese néctar que incita el deseo de su padre y de los otros, al soportar el deseo de los hombres como objeto, posibilita el *goce fálico* para que las parejas se sirvan y funcionen, “posición prestigiosa porque es una posición que causa, pero también es desecho; debe excluirse para causarla. Es la que sirve el néctar pero es también la sierva excluida que se ofrece al goce del Otro”. (Gerez, 2003). Ely es causa de las uniones pero queda eliminada, sola. El sueño reveló su estrategia con el hombre casado por lo que cambió su posición con el padre y el

amigo, percatándose que era una ayudante de segunda categoría por lo que no valía la pena ser la “preferida” del padre. Termina alejándose del amigo, y por fin abandona el lugar que hacía lucir a la otra.

En el tercer momento, se abre un concurso en el uso de su herramienta, su amigo el de la relación amorosa es juez, a quien Ely escucha decir antes de la competencia que la otra será mejor que ella, por lo que hace una mala participación y gana su rival, de modo que afirma el falo del lado del hombre que prefiere a la otra, traicionada por el Otro que desea sin ella, lo que escuchó es la realización del fantasma. Esta derrota la altera, ella solicita una sesión en donde aparece un recuerdo en donde el padre discutía con la madre, el resultado no era favorable para el padre, ante lo que ella preguntó por qué la aguantaba, él responde: “porque la quiero, ¿qué sería yo sin ella?, se trata de un hombre que ama a su mujer, es un hombre casado con su síntoma, ¿qué hace al síntoma de un hombre sino una mujer?” (Gerez, 2003), lo que inscribe a la hija en la neurosis, ya que hubo una ruptura e instauración de la ley. Dicha respuesta del padre exhibe su castración, y revela el lugar de Ely en la dialéctica del deseo.

Ahora, si el padre no podía dominar a la madre y que su ley limitara a la Cosa, entonces Ely se consagraba a la tarea de sostener el deseo y *goce del Otro*, relacionándose con hombres casados con mujeres que ella conocía, ellas le servían de guía para la elección de ellos, obteniendo de ellos lo mismo que recibió del padre (es decir nada). Estos hombres terminaban abandonándola para estar con sus mujeres, lo que era repetitivo (compulsión a la repetición), hombres casados con su síntoma, del cual ella estaba excluida, justamente como la situación con sus padres, de donde ella quedaba eliminada.

Su insistencia por sostener su deseo insatisfecho la llevó más allá del principio del placer convirtiéndose en el “sapo de otro pozo”, de otro y otro..., lo que muestra su nostalgia por el objeto perdido, por ese Otro absoluto, inolvidable. Así que el vértigo se trataba de su tentación por arrojarse del pozo, Lacan (1959-60) refiere

que “la histérica tiene como objeto recrear un estado centrado en el objeto en tanto es soporte de una aversión, el objeto primero es objeto de insatisfacción”. Por lo tanto, ella deseaba restaurar al padre ideal como una trampa que ambicionaba llenar el precipicio de la castración materna. Finalmente Ely insistía en completar al Otro para no perder el objeto aunque eso le costara el poder amar. Hay un giro desde la Otra mujer al Otro gozador, lo que proporciona una dirección a la cura “la necesidad de trabajar sobre este goce para que aparezca el Otro descompletado. Es menester descompletar a ese Otro, ese Otro gozador que el neurótico precisa para escapar a la castración en esa idea que el Otro goza de ella” (Gerez, 2003).

De esta manera la histérica dirige su discurso a ese Otro sin falla que pueda asumir el lugar, que se coloque de manera que ella ocupe el lugar de objeto a de su fantasma y que esté dispuesto a brindarle el lugar complementario que desea, no obstante para ser complemento es necesario que exista la falta, aquella que la histérica hace aparecer, por ello busca descompletar a ese Otro, por lo que termina siempre descontenta. Como se vio en el caso de Ely la histérica se ve atraída hacia la insatisfacción, se empecina en ello, “tanto se empeña que hace de ella su deseo: deseo de insatisfacción; deseo con el cual Lacan marcó para siempre lo propio de la histeria. Cuanto más insatisfecho está, mejor protegido queda contra la amenaza de un goce que él percibe como riesgo de desintegración y locura”. (Nasio, 1991).

Cuando la histérica se dirige al Otro lo hace hasta que su falta se muestra, ofreciéndose para cubrirla, en el camino ella busca la manera de que se manifiesten sus deficiencias, de culparlo, mantiene la relación siempre al borde de la ruptura, debido a las fallas e ingratitud del Otro, que no ha sabido corresponder a la entrega de la histérica, ella que por medio del sacrificio como representante de su amor ha dado tanto, mucho más de lo que se le ha pedido, da más, da todo, ella tan dedicada, mientras el Otro no sabe retribuirle su abnegación por lo que es acusado por esa falta de reciprocidad, de reconocimiento.

Es oportuno abundar en el aspecto sacrificial que caracteriza a la histérica, en el sacrificio el sujeto se ofrece apasionadamente, se da al Otro, se sacrifica, ¿pero de dónde viene este sacrificio?, la instauración de la ley separa al hijo de la madre y de su goce, es decir, que la Metáfora Paterna prohíbe el goce, produce la castración y la falta del Otro, el falo es el significante de la castración, por lo tanto el goce absoluto es imposible, el niño no es el objeto capaz de completar a la madre, él también está en falta, “sólo el sacrificio total de sí puede, desde ese momento, liberar al niño del imperativo de su hiancia. El goce del sacrificio pasa a ser entonces la única metáfora del goce abismal del Otro” (Milot, 1988). De esta manera la función paterna hace un doble papel, el de interdictor y el de seductor, a la vez que limita, invita, causa el deseo, el cual no mitiga, no existe ninguna promesa de satisfacción, el deseo no podría ser prometido a la satisfacción, no hay garantía para el goce. Únicamente el padre simbólico del Edipo avala la figura impotente para llevar a cabo las promesas del deseo para asegurar el goce y proteger de él, otorga límites a lo simbólico y permite la posibilidad de un Padre Ideal.

De esta manera se da lugar a un Padre Ideal, ése que se convertiría en el amo del deseo, de aquí, “la sumisión de la histérica a la voluntad del Otro [...] respondería a la exigencia irrealizable de restaurar una figura de la omnipotencia paterna que, al implicar el dominio del deseo, aportaría contra el goce la garantía que falta” (Milot, 1988). Así que la histérica está dispuesta a sacrificar su persona y hasta su vida, creyendo que de esa forma el ideal exista, decía Lacan, la histérica “hace al hombre”, se empeña en producir al menos uno que sea considerado como acreedor de ese ideal, sin embargo, su fracaso en la construcción de ese prototipo puede conducirla al sufrimiento, sólo tiene como alternativa final su sacrificio, entrega su cuerpo sacrificado para proporcionar la solidez y consistencia que el Otro no posee. Por lo que el goce sacrificial puede ser considerado como purificador con respecto a una pérdida de goce originario, tiene un propósito restaurador.

Entonces, el Padre falla y es posible tapar esa falta por el camino del sacrificio, se relaciona el sacrificio con el deseo del Otro y con la falta de éste, se convierte al sacrificio en una ofrenda para el deseo del Otro, así como un modo de alimentar su goce, pretendiendo que el sacrificio funcione de dos formas, capturar la falta del Otro mientras que obstruye dicha falta, transforma en certeza la existencia del Otro y que el sujeto no le es innecesario, es decir, “hay Otro, el sujeto tiene un lugar posible en el deseo del Otro y a su vez, ese Otro, puede ser apaciguado o, mejor dicho, colmado vía el sacrificio” (Gerez, 2003). El acto sacrificial otorga consistencia al Otro, le brinda la posibilidad de existir, ya que el sacrificio permite aquietar al Otro, confirma su presencia y no sólo eso, sino que éste solicita algo del sujeto. Con la finalidad de confirmar dicha presencia se ofrenda un objeto sacrificial, la vida misma si así es requerido, algo que se ve obligado a perder para que pueda ser cedido al Otro, que lo hará acreedor a una deuda, dado que a costa de su deseo se consagra a satisfacer lo que cree es el deseo del Otro, de lo que más tarde se lamentará, ya que ese no merecía dichos sacrificios¹⁰.

Por consiguiente el sacrificio está vinculado con la falta, a la castración, hay un acercamiento entre la falta del sujeto y la falta del Otro, a partir del cual de acuerdo con Gerez, (2003) hay una intersección de las dos faltas en la que se sitúa el objeto a¹¹ y “el sacrificio es un intento de dar cuenta de esa intersección que deja al sujeto en el desfiladero posible de un viraje hacia el deseo o el goce del Otro”, al tratar de cubrir ambas faltas queda el objeto a, el sacrificio obra sobre ese valor de goce. Así que el acto sacrificial intenta encubrir la castración del Otro, procura restituir al Otro. El sacrificio implica entregarse, abandonarse, conceder algo al Otro para poder cubrir la falta, ceder el deseo al Otro.

¹⁰ Ese sujeto también está marcado por la falta, la cual terminará evidenciando.

¹¹ ~~A~~ a \$, es decir que entre la falta del Otro y la falta del sujeto se encuentra el objeto a

B. Ceder el deseo

El deseo es un concepto central dentro de la teoría psicoanalítica, es preciso señalar que no se trata de un deseo cualquiera, de querer algún objeto o situación particular, sino del deseo inconsciente, su importancia no está únicamente del lado teórico sino en la práctica, debido a que una parte esencial dentro de la cura psicoanalítica se relaciona con que el analizante reconozca la verdad sobre su deseo, el cual no aparece de manera espontánea, sino que mantiene una íntima relación con la intervención del Otro, lo que remite a una parte más antigua de la que es primordial comenzar.

Para una comprensión mayor acerca del deseo y con la finalidad de evitar confusiones, es necesario iniciar distinguiendo entre deseo y necesidad, ya que podrían ser tomados como sinónimos, y a su vez esclarecer el estrecho vínculo con la demanda. La necesidad es biológica, ésta puede ser satisfecha aunque sea de manera temporal, una vez cubierta puede surgir otra o posteriormente la misma. En principio es Otro quien ayuda al niño y de quien se necesita para cubrir esas necesidades, el niño se encuentra completamente dependiente de la palabra del Otro, que transforma y modifica la naturaleza del deseo del sujeto, el pequeño grita, llora hasta obtener la atención del Otro que podrá satisfacerlo, pronto esta demanda simboliza más que la pura satisfacción, significa el amor del Otro, por lo que dicha demanda tiene doble cometido, cubrir la necesidad y la demanda de amor, la cual no es satisfecha. Así que persiste un resto que es el deseo, de modo que el deseo se aleja de la necesidad que puede ser satisfecha mientras que el deseo no puede ser satisfecho, de manera que termina separado de la biología.

El deseo encuentra su origen con los complejos de castración y Edipo, el niño y la madre están marcados por la falta, ella desea, y él no es capaz de satisfacer el deseo de la madre, él no es el falo, aunque desea serlo, hasta que ocurre la intervención del padre que impone la ley prohibiendo el acceso a la madre, de esa manera imposibilita que el niño insista en ser el falo de la madre, ya asumida la

castración, se crea la falta a partir de la cual se instituye el deseo. Una vez instalada la Metáfora Paterna, es decir, que el Deseo de la Madre haya sido sustituido por el Nombre-del-Padre, el niño pasa a ser un sujeto deseante, un sujeto en falta (falta de *ser*), en falta del falo, la función del falo es la del significante que signa lo que el Otro desea, es en la proporción en que el Otro está marcado por dicho significante que el sujeto puede admitir su propia marca, a pesar de ello el sujeto tratará de tener el falo, buscará la manera de tapar dicha falta, lo que origina el deseo, esto hará que el sujeto se mantenga en movimiento, ya que el deseo se encuentra del lado de la vida, en oposición con el goce, el deseo es aquel que mantendrá al sujeto en una exploración constante, creativa y distinta, que lo llevará por caminos diversos en su existir. Es el deseo quien mantiene al goce a distancia, postrado en la imposibilidad, este deseo que se ha desplegado gracias a la función paterna.

Cuando el sujeto ha sido cruzado por el lenguaje, el incesto ha quedado prohibido por medio de la ley del lenguaje que introduce la falta en *ser*, el deseo se encuentra mediado por la palabra, ésta determina al sujeto lanzándolo por los senderos del deseo. El objeto de deseo puede representarse por diversos objetos parciales, sin embargo, sólo hay un objeto que el sujeto intentará poseer para cubrir eso que le falta, ese objeto que Lacan denominó objeto *a*, objeto causa de deseo, el cual nunca puede ser alcanzado, el objeto *a* es el que pone en movimiento al deseo, “hay un solo objeto de deseo, el objeto *a*, que no es el objeto hacia el que tiende el deseo, sino la causa del deseo. El deseo no es una relación con un objeto sino la relación con una falta”. (Evans, 1996). El objeto de deseo es el objeto de deseo del Otro y el deseo es siempre deseo de algo más, lo que al sujeto le falta es ese objeto perdido primordialmente.

De manera que la Ley ordena desear, sin embargo, se vive como un quebrantamiento, experimentando culpa por la trasgresión, debido a que la Ley manda desear a la par que hace inalcanzable el objeto absoluto de deseo, dando

como resultado el circundar al objeto a como causa de deseo, únicamente lo puede ir rodeando, mantiene una relación con él por medio de las fachadas de un goce imposible, por lo que la Ley que impuso la castración impone la dificultad para nombrar el objeto de deseo, de manera que el desear se convierte en delito que conlleva a la culpa, transforma la existencia del sujeto en transgresora. El Edipo deja la secuela de la culpabilidad en agradecimiento por la expulsión del *goce del ser*, sin embargo a pesar de dicha situación el sujeto debe enfrentar la culpa consustancial al deseo, que lo guía por diversos caminos.

Por lo tanto, desde temprana edad el sujeto demanda, el Otro demanda al sujeto y más allá de dicha demanda está la presencia de lo que el Otro desea, de esta manera es “que el deseo del sujeto se localiza y se encuentra primero en la existencia del deseo del Otro”. (Lacan 1957-58/1998), que el deseo sea el deseo del Otro significa que la Ley ha sido aceptada. Precisamente una de las fórmulas más ratificadas por Lacan con respecto al deseo es “el deseo es el deseo del Otro”, es decir, que el deseo del sujeto viene en función de lo que el Otro desea, surge a partir del Otro, éste mantiene en actividad al deseo del sujeto, a la vez que el sujeto desea ser el objeto de deseo del Otro, lo que se muestra claramente en el primer tiempo del Edipo, cuando el niño desea ser el objeto que falta a la madre, el sujeto busca ser el que ocupe el sitio del deseo, sostiene el deseo del Otro como propio, lo mantiene al mismo tiempo que desea colmarlo, ser él ese objeto amado y deseado por el Otro, aquello que le falta, que el sujeto mismo puede encarnar.

Exactamente sostener el deseo del Otro remite irremediablemente a la histeria, ya que se ha visto que la histérica encuentra su sostén, su lugar, en el deseo del Otro, “la histérica vive enteramente en el nivel del Otro. El énfasis, en su caso es estar en el plano del Otro y por eso necesita un deseo del Otro [...] El centro de gravedad del movimiento constitutivo de la histérica está en primer lugar en el Otro” (Lacan 1957-58/1998). La histérica basa su deseo en el deseo del Otro, su propósito es buscar ese deseo y atribuirlo como propio del Otro, lo da por hecho,

además de querer ocupar un lugar privilegiado en dicho deseo, al mismo tiempo que se rehúsa. La histeria se destaca por “la dialéctica del deseo, es decir, la circulación de ese deseo, propalado por el significante, entre el sujeto y el Otro” (Silvestre, 1984).

La histérica está a la expectativa de cualquier muestra o manifestación del deseo del Otro, las cuales podrían actuar en representación de la demanda, ante la que ella estaría lista para responder, de ser necesario puede recurrir hasta el sacrificio para cumplir tales demandas. La histérica se declara a disposición del Otro, lo único que el Otro debe hacer es pedir, decir que le falta para que ella se ofrezca, para ponerse en el lugar de la falta del Otro, una vez identificada con dicha falta podrá convertirse en el deseo del Otro. Braunstein (1990) dice:

Ella se equivoca al identificar la demanda del Otro, *una demanda que ella ha pedido y ha tomado* como objeto de su deseo, con el deseo del Otro. Habrá de vivir para colmar el deseo del Otro, consagrada a satisfacer lo que supone es el deseo del Otro a costa del sacrificio de su deseo, el propio, un deseo dudoso que deja de buena gana y con alivio.

La histérica se decide por un camino de abnegación, abdicación y sacrificio, toma el lugar del complemento perfecto, hecho a la medida del Otro, como si se tratara de un objeto adjunto al Otro, lo que será motivo de lamentos y protestas, ella se quejará por haber sido utilizada como objeto, se preguntará qué tanto ha valorado el Otro su sacrificio y entrega, ella quiere demostraciones, saber qué está dispuesto a hacer él para corresponder a tanta devoción, no obstante, y de manera irremediable el Otro no es capaz de asegurar su gratitud, por lo que ella se reclama, repite una y otra vez, “hice todo por él”, “le di todo”, cuestionándose qué más hubiera podido hacer, qué otra cosa habría podido ofrendar, reprendiéndose por ello.

La posición femenina en la histérica es llevada al límite, ya que no encuentra satisfacción última, busca respuestas no sólo en el falo, en el hombre, sino en la

Otra mujer, por lo tanto la histérica deambula por la vida como un sujeto inseguro, carente de identidad, a la caza del deseo del Otro, intenta identificarse con ese objeto de deseo, que pueda brindarle una identidad aunque sea fantasmática. Y no se trata de que no exista deseo en la histérica, lo que sucede es que se encuentra insatisfecho, ella sabe que el Padre mítico, el único completo, no castrado, no es el Otro con quien ella está, por el contrario comprueba su castración varias ocasiones por lo que su deseo permanece insatisfecho, a pesar de su deseo por saber, sostiene la insatisfacción de su deseo, ya que no son suficientes los significantes que entrega el Otro, el amo, si se recuerda el discurso de la histérica, es al amo a quien solicita el saber, que no es capaz de saciar, por más que ella demande incansablemente al Otro, éste termina mostrando su falta, de manera que ella termina por obtener como respuesta a la demanda la falta en *ser* del Otro.

Una vez que la falta del Otro hizo su aparición tampoco es una fatalidad ya que esto permite a la histérica la construcción de un deseo ficticio, una simulación de deseo, esa falta del Otro le da la oportunidad de ocupar su sitio, convirtiéndose en eso que falta, adopta una identidad a partir del Otro, creyéndose indispensable para él, siempre lista y dispuesta para conceder lo que él pueda demandar, ella se ha convencido a sí misma a confundir la demanda del Otro con su propio deseo, en su fantasma aparece como si ambos deseos fueran cubiertos, el de ella y el del Otro. El objeto a es lo que falta al Otro y ella ofrece ocupar el lugar de ese objeto, sin embargo, a la par que se da al Otro se aparta, lo que es necesario para que el deseo se mantenga.

Por lo tanto el deseo de la histérica es un deseo insatisfecho, ya que “si necesita crearse un deseo insatisfecho, es que ésta es la condición para que se constituya para ella Otro real” (Lacan, 1957-58/1998), puesto que su objeto es la falta en el Otro, es lo que ella misma solicita, aunque se sabe que ésta es inherente al sujeto, pero en el caso de la histérica es notable que busque la aparición de la falta. De tal manera que “si la insatisfacción es fundamentalmente del deseo, ya que es

necesaria para que éste se mantenga, la histérica hace de esa insatisfacción una condición absoluta [...] La histérica se esfuerza por imponer al Otro desear siempre más [...] La histérica promueve su división de ser sufriente, ofreciendo al Otro los significantes que determinan su deseo” (Silvestre, 1984), así que debido a ese sacrificio al que ella misma se sometió y a partir de lo cual se considera a salvo de la castración es que ella insta un lazo social, una relación con el Otro, colocándolo en un puesto privilegiado.

Entonces, la histérica se ofrece como objeto apto para complacer las demandas del Otro, suponiendo que de ese modo ella podrá acceder a él, ¿quién podría resistir dicha oferta?, ¿cómo rechazar a alguien capaz de inundar de atenciones y complacencias al Otro?, todo lo que pudiera desear es posible encontrarlo en ella. De esta forma es como se presenta la histérica ante el Otro, en vez de revelarse como sujeto deseante, se muestra como objeto, ofrendándose al Otro para que éste sea feliz, para que corresponda al amor que ella le brinda, lo que daría como resultado un lugar estable con el Otro, a cambio de ello, “cede su deseo, se protege de él como si fuese un peligro, se especializa en asegurar su yoicidad, su encubrimiento de la falta que lo habita...” (Braunstein, 1990).

Parece que el sujeto se defiende ante el deseo, que aparece como amenaza para él y para su relación con el Otro, de manera que se siente culpable, y se justifica, renuncia a hacer valer su deseo, el propio, que se ha confundido con la demanda del Otro, “se somete o se insubordina pero siempre en dependencia de esa demanda, retrocede ante la posibilidad de inscribir su nombre propio” (Braunstein, 1990), aquello particular del sujeto que tiene la apariencia de estorbo y que es reemplazado por una demanda destinada al Otro quien será el que posea el poder para nombrar al sujeto, el Otro es acreedor del mando y autoridad, mientras que la histérica se posiciona en esa demanda que ella misma dirigió al Otro: “Como tú quieras; eso y así seré”, y no sólo lo dice sino que lo lleva a cabo, en verdad encarna aquello que el Otro demanda.

Es así, que la histérica se protege contra su deseo, el de ella, de modo que termina cediendo su deseo al Otro, pero ¿Qué sucede una vez que el deseo ha sido cedido?, Lacan propuso al respecto que “de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo” (Lacan, 1959-60/1973), precisamente más allá de toda teoría, éste es considerado un dato que puede ser observado en la clínica, en los pacientes que visitan a diario los consultorios psicoanalíticos, el sujeto reporta sentimiento de culpa, el cual tiene su origen en haber cedido su deseo. Generalmente esto tiene una explicación aparentemente lógica, el sujeto cede su deseo bajo la justificación de tener un buen motivo para ello, la mejor razón, lo hizo con buena intención, el sujeto tiene un argumento válido, él cede su deseo por el “bien”¹² del Otro, por la conveniencia del Otro, y ¿Por qué no, del sujeto mismo?, también puede ser beneficioso para él en tanto su lugar le es asignado en el Otro y por el Otro.

Hacer las cosas por el bien del Otro es una prueba loable, sería difícil cuestionar o criticar a un sujeto que realiza una acción a favor de Otro, sin embargo, cabe la interrogante ¿Por el bien de quién, según quién?, ¿cómo decir cuál es el bien de otro sujeto?, parece un asunto bastante subjetivo que dependerá de cada persona y situación, a pesar de ello afirmar que se procede de alguna manera en provecho del Otro actúa como una protección para el sujeto ¿Por qué habría de sentir culpa alguien que obra en beneficio de otro?, esto libera al sujeto de la culpa, “hacer las cosas en nombre del bien y más aún, en nombre del bien del otro, esto es lo que está más lejos de ponernos al abrigo, no sólo de la culpa, sino de toda serie de catástrofes interiores” (Lacan, 1959-60/1973), bajo la justificación del “bien” que se ha hecho a otro resultaría contradictorio sentir culpa, ya que comúnmente ésta debería hacerse presente cuando el sujeto a obrado maliciosamente o con la finalidad de provocarle algún daño a otra persona, ante lo que el sujeto merecería experimentar culpa, sin embargo, cuando se actúo para favorecer a otro la acción ha sido respaldada.

¹² La palabra “bien” es entendida como algo favorable o conveniente para el sujeto, no obstante es difícil definir qué es bien para unos o para otros, ya que lo que puede ser bien para algunos no será para otros.

El haber cedido el deseo aunque haya sido a favor del Otro tiene una arista distinta, se trata de la traición, el ceder el deseo está acompañado de perjurio, “una traición y un engaño, los que el sujeto realiza sobre sí mismo o aquellos a los que se presta pensando que hay reciprocidad, que el Otro a su vez haría una renuncia de su propio deseo equivalente a la que ha recibido del sujeto” (Braunstein, op. cit.), es decir que hay traición tanto del sujeto a sí mismo, como del Otro que no ha sabido corresponderle, no importa cual haya sido el acuerdo del sujeto con el Otro, la cuestión es que existía y cuando el Otro no respondió el sujeto lo vive como una traición, a su vez que se reprocha él mismo por haber abandonado su deseo por algo que al final no valió el esfuerzo, el sacrificio, por lo que alberga una inmensa culpa y resentimiento hacia el Otro. Es verdad que aún existe el argumento de haber actuado por el bien del Otro pero hay un límite al que llega el sujeto en donde ya no parece tan buena explicación, el sujeto lo lamenta.

Por lo general la histérica, utiliza el argumento de haber hecho todo por el bien del Otro, para hacerlo feliz, creyendo que al convertirse en lo que al Otro le falta, a pesar de su propio sacrificio vale la pena, existe una excusa totalmente válida para ella, en nombre del bien y del amor “tratan de darlo todo y serlo todo, para encarnar así el fantasma de La mujer inexistente” (Salecl, 1998), ésta es la idea con la que tropiezan cuando se percatan de la imposibilidad de lograr la completud y de satisfacer al Otro, debido a ello pueden situarse en el extremo contrario, de manera que empiezan a percibirse como desecho, ya que no encontraron las pruebas suficientes por parte del Otro, por más que ella intente leer entre líneas, el Otro no puede contestar, así que ella se convierte en una adivina constante de lo que el Otro desea.

Esta reciprocidad que la histérica espera del Otro no ocurre, y no por ingratitud de éste, sino porque el goce de uno es inconmensurable con el goce del Otro, no es posible equiparar las renunciaciones de cada uno, y el anhelo del deseo se salda con una porción de goce, el goce reclama su ofrenda. Una vez que ha llegado al límite, es decir, a experimentar la traición de sí y del Otro, termina por despreciar a

ambos, a partir de ello puede dedicarse a enmendarlo pero no lo puede desaparecer, de manera que lo único que puede hacer es sentir culpa. De acuerdo con Braunstein (1990):

No se cede el deseo sin culpa porque ceder el deseo es adormecerlo, anularlo como fuerza (pro)pulsiva, admitir en su lugar la conveniencia, el confort, el placer, el servicio de los bienes, el mal menor, el riesgo calculado, la sumisión a la demanda manifiesta o supuesta del Otro, la conformidad con el fantasma que realiza el deseo en lo imaginario a la vez que lo resigna, la detención del movimiento de inscripción del nombre propio, la obediencia a la prohibición edípica de no ir más allá del padre.

Es decir, que tal vez se obtengan algunas ganancias o beneficios cuando se ha cedido el deseo, de igual modo la culpa hace su aparición, pero es aún mayor una vez que el sujeto se ha percatado de que no ha actuado conforme a su deseo, es por ello que se culpa a sí misma pero también culpa al Otro, ése que no supo responder como la histérica lo deseaba, no supo agradecer el sacrificio que ella ofreció “su propio deseo”, sin embargo a pesar de la respuesta que profiera el Otro jamás satisfaría su deseo que siempre permanece insatisfecho.

De modo que cualquiera que sea el camino que se tome, todo acto trae consecuencias, debido a que psicoanalíticamente no hay acto inocente, el acto a su vez implica culpa, ya que el acto es una invención en el orden significante e implica transgresión, entonces el sujeto siente culpa por el hecho de existir, por intentar una separación absoluta del deseo del Otro, por atravesar la castración. Por lo tanto se experimenta culpa por no haber actuado de acuerdo con el deseo, que es imaginaria, la que puede tomar forma a través de los fantasmas de castigo, pero también existe otra como forma de pago, es un costo que el sujeto enfrenta por su deseo, la cual se asume como resultado del deseo del sujeto, por consiguiente quien actúa conforme su deseo debe enfrentar la responsabilidad de su posición de sujeto y asumir los resultados que puedan derivarse de ello.

De acuerdo a la teoría psicoanalítica el deseo necesariamente se debe a la intervención del Otro, lo que se presta a confusión debido a que si el deseo proviene del Otro, en donde queda el del sujeto cuando se habla de ceder el deseo ¿De qué deseo se trata?, porque si de acuerdo a la oración de Lacan donde afirma que “de la única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido en su deseo” (Lacan, 1959-60/1973), se desprende la posesión del deseo, sin embargo, se debe aclarar que el deseo no es del sujeto como propiedad sino que en efecto el deseo está en el lado del Otro y habita en uno, es decir en el sujeto, por lo tanto éste se encuentra en condiciones de intentar todo lo que se proponga, únicamente tiene que decidir si en verdad lo desea, si autoriza a su deseo, a ése que ha encontrado habitando en su ser.

Ahora bien, hay que tener cuidado cuando se habla de liberar el deseo, es decir, actuar de acuerdo al deseo propio, ya que se debe proteger de esta fantasía de realización y autosuficiencia que lo atrapa en lo imaginario. Esto significa que el deseo del sujeto no es autónomo, se sabe que el sujeto no lo es, sino que se ha hecho sujeto por la intervención del Otro, que lo ha instaurado en el orden simbólico, no obstante “el sujeto reconocerá su deseo tachado, su propio deseo insatisfecho, en la medida en que el deseo del Otro está tachado. En este deseo tachado por intermedio del Otro se produce el encuentro del sujeto con su deseo más auténtico” (Lacan, 1957-58/1998), ahí es donde el sujeto tiene que buscar y descubrir su deseo. Por lo tanto es definitivo que el sujeto se encuentra sujeto por una serie de condiciones, de ahí el término sujeto, por lo que resulta imposible negar la intervención del Otro, sin embargo, dentro de la serie de condiciones que lo determinan, “existe la posibilidad de determinar las reglas de su determinación y por así decir, la libertad estriba en la posibilidad de someterse libremente a su propio deseo” (Tappan, 2004).

C. Sometimiento

Es imposible abordar el tema del sometimiento sin que giren una serie de ideas preconcebidas al respecto, se trata de un asunto que ha tomado su lugar a nivel social y público, “generalmente colocando a la mujer en el lugar de la eterna víctima” (Badinter, 2003), a la infortunada mujer sometida, asunto que ha sido de particular interés desde las primeras luchas feministas por la década de los 60, hasta los estudios de género que han adquirido un auge mayor a partir de haber obtenido logros en los ámbitos laborales, familiares, sociales, es cierto que la igualdad de los sexos era el principal interés, durante el proceso convirtieron al hombre en el peor enemigo, ya que los discursos giraban en torno a palabras tales como: víctimas, sumisión, sometimiento, violencia física, sexual, psicológica, dominación, opresión, desigualdad, privación de derechos, igualdad de oportunidades, es decir, una serie de situaciones que habían caracterizado y acompañado a las mujeres de todos los tiempos, por supuesto generalmente perpetradas por varones.

Las conquistas en distintos medios continuaron, actualmente existen programas como *Proequidad* y *Por una Vida sin Violencia*, “ambos dirigidos a la búsqueda de igualdad de oportunidades, así como a combatir la discriminación contra las mujeres” (INMUJERES, 2006), acciones positivas y exitosas para las mujeres crecían cada día más, sin embargo, esta nueva visión avanzaba mientras se convertía en una lucha interminable y creciente de géneros, en donde el sometimiento ha ocupado un lugar central ejercido por Otro con autoridad sobre una mujer considerada víctima y oprimida.

Ciertamente la “batalla entre los sexos” no es nueva, probablemente existe desde que la humanidad pisó la tierra, el mismo término “sexos” denota que esta diferencia radica en la anatomía, un aspecto que ha sido cuestionado, y no sólo por grupos de mujeres, sino por otras disciplinas como la antropología, la sociología por mencionar algunas, el psicoanálisis también se interesó, al

argumentar la imposibilidad de una decisión basada en la biología, la anatomía no es destino, el ser femenino o masculino no posee un perfil único, esencial, sino que adquieren diversas particularidades, no se trata de englobar un conjunto de características que al ser enunciadas se identifiquen como propiamente femeninas o masculinas, tampoco que los hombres siempre se reconozcan como dominantes, fuertes, distantes, insensibles y las mujeres como sumisas, tolerantes, cálidas, débiles entre otras. A propósito, la teoría psicoanalítica se ha encargado de señalar que la diferencia para ambos está precisamente en el orden del significante, es decir, en el orden simbólico que llevará al sujeto a ser hombre o mujer a pesar de la biología, por efecto del significante que es el Falo que diferencia, corta y separa al sujeto del Otro, promovido a objeto de deseo perdido desde el principio que lo conducirá por diversos caminos en la vida.

De modo que parecería que no existe ninguna característica sustancial o imprescindible que pertenezca completamente a lo femenino o a lo masculino, entonces ¿El sometimiento es inherente a las mujeres?, o ¿someter es una acción ejercida por Otro sobre un sujeto?, estas interrogantes no pueden ser respondidas si no se inicia por el significado de sometimiento, ya que el vocablo se encuentra rodeado de numerosas concepciones y perspectivas que lo saturan de interpretaciones, en este caso se pretende abordar desde una lectura psicoanalítica.

Para ahondar en el sometimiento parece pertinente comenzar por su definición, partiendo de varias referencias y algunas de sus acepciones. De acuerdo a la Real Academia Española (2001), **someter** viene del latín *submittere*, “sujetar a una persona, una tropa o facción”, “conquistar, subyugar o pacificar un pueblo, provincia, etc.”, “subordinar el juicio, decisión o afecto propios a los de otra persona”, “proponer a la consideración de alguien razones, reflexiones u otras ideas”, “hacer que alguien o algo reciba o soporte cierta acción”. El significado de la palabra **sometimiento** remite a someter. Según el Diccionario Enciclopédico básico (1974), dice que **someter** es “sujetar, humillar, subyugar”, “subordinar su

voluntad a la de otra persona”, “proponer a la consideración de alguien razones, reflexiones u otras especies”.

El Nuevo Diccionario Español (1972), define **someter** como “conquistar, subyugar, pacificar”, “subordinar las acciones o sentimientos propios a los de otra persona”, “proponer algo a la consideración de otro”; **sometimiento** lo define como “acción y efecto de someter o someterse”. Por otra parte la Enciclopedia Salvat Diccionario, (1978), afirma que **someter** es “sujetar, humillar, conquistar, subyugar”, “subordinar el juicio, opinión, decisión y sentimientos a los de otra persona”, “presentar a la consideración de uno un escrito, un asunto u otra cosa” y **sometimiento** lo define como “acción y efecto de someter o someterse”, esta definición encuentra similitudes con la anterior. Por otra parte García-Pelayo (1988), define **someter** como “reducir a la obediencia”, “ceder, conformarse, someterse a una decisión”, mientras que **sometimiento** dice véase, **sumisión**, que su vez define como “sometimiento, actitud sumisa”. La Real Academia Española (2001), dice que **sumisión** es “sometimiento de alguien a otra u otras personas”, “sometimiento del juicio de alguien al de otra persona”, “acatamiento, subordinación manifiesta con palabras o acciones”.

Finalmente de acuerdo con Moliner (2000), **someter** es “imponer alguien su autoridad a otros por las armas o por la fuerza”, “obligar a una persona a hacer lo que ella quiere a otra”, “conformar el propio parecer al de otros”, “ceder o conformarse”, “aceptar lo que alguien o algo impone”, “exponer o mostrar a alguien una cosa para que la apruebe o desaprobe”, “recibir una persona voluntariamente cierta acción o permitir que se ejecute en ella”; a su vez define **sometimiento** como “acción de someter[se]”, “estado de sometido”, también define **sumisión** como “acción de someter[se]” y “actitud sumisa”, es decir, que Moliner considera que es exactamente lo mismo que sometimiento, únicamente agregó que se trata de una actitud sumisa, entendiéndose como “persona que circunstancialmente o por carácter se deja dirigir por otras”.

Ha sido necesario definir tanto someter como sometimiento y por ende sumisión, debido a que de manera habitual se utilizan como sinónimos, las mismas definiciones revisadas remiten de unas a otras, y se definen con el uso de las mismas, se pudo apreciar particularmente que sometimiento se relaciona constantemente con sumisión, de igual forma según el Diccionario práctico de sinónimos/antónimos (1986), en cuanto a la palabra sometimiento señala como sinónimos “acatamiento, sumisión y vasallaje”, lo que confirma el uso de dichos vocablos como equivalentes. Entonces existe una estrecha ligazón entre los términos, sin embargo, no podían dejar de ser esclarecidos para evitar confusiones. Una vez expuestas las definiciones se pueden ver algunas similitudes, aunque también ciertas divergencias.

En general se puede observar que las definiciones planteadas concuerdan entre sí, en cuanto a la palabra someter en la mayoría aparece sujetar, conquistar, subyugar, así como la decisión, aceptación, subordinación, por decirlo de alguna manera a la voluntad de Otro, es decir acatar, ceder, esta connotación señala al sometimiento como una acción que proviene del propio sujeto que permite y aprueba algo, cualquiera que esto sea según la situación, por lo tanto someter deriva a sometimiento el cual fue definido como acción o efecto de someter[se], es decir, aceptar, permitir, consentir algo específico de Otro.

Con tales definiciones resulta importante detenerse aquí, debido a que se han mostrado dos acepciones básicas por una parte sujetar, humillar, subyugar, conquistar, imponer, obligar, lo que significa que alguien realiza dichas acciones sobre otro sujeto o pueblo que al parecer no ha dado su consentimiento y por otro lado está el sentido de el que se somete, acepta, decide, recibe voluntariamente, lo cual debe ser aclarado, ya que sería difícil pensar en alguien que se somete sin que haya ante quien someterse, existe un sujeto que se somete a un Otro, cuando alguien se somete necesariamente requiere de Otro, de ese de quien se acepta la imposición, de quien se aceptan las demandas, a quien dedicarse, y subordinar las decisiones u opiniones, el asunto del consentimiento aún está bajo escrutinio,

esto remite a la “dialéctica del amo y el esclavo” tratada por Hegel en 1807, la que es leída por Kojève, él dice que como resultado del hecho de que el deseo humano es deseo de reconocimiento surge la “dialéctica del amo y esclavo”, de manera que se entra en una lucha por el reconocimiento, cuando ésta termina, uno de los dos renuncia al reconocimiento y se rinde al otro, “el conquistado reconoce al victorioso como a su amo y se convierte en su esclavo [...] pero la victoria no es tan absoluta como lo parece; la relación entre el amo y el esclavo es dialéctica, porque lleva a la negación de sus respectivas posiciones” (Evans, 1996), de manera que es necesario un esclavo para que haya un amo y viceversa, aunque ninguno queda satisfecho ante el lugar que ocupa.

De modo que el sometimiento es el concepto de mayor interés en la presente investigación, abordado desde la significación del que acepta, se conforma, permite, es decir del que se somete, entonces sometimiento fue definido por Moliner (2000), como “acción de someter[se]”, “estado de sometido”, de donde parece oportuno continuar, el término sometido permite un análisis mediante la separación de la palabra so-metido, de acuerdo con Mateos (1966), “la composición de las palabras se realiza por íntima unión o compenetración de los elementos [...] por fusión de dos o más palabras de las cuales la primera sufre alguna alteración o por prefijos de origen latino o griego”, en este caso so-metido está compuesta por un prefijo de origen latino que es “so” el cual significa “bajo”, por lo tanto so-metido se puede leer de otra forma, ¿metido dónde, bajo qué?, el sujeto está metido bajo algo, ¿bajo que podría estar metido el sujeto?, la respuesta parece tomar sentido desde la perspectiva analítica, el sujeto está metido bajo el deseo del Otro, se encuentra sometido al deseo del Otro.

Debido a que el vocablo sumisión ha sido tomado como un sinónimo de sometimiento es importante aproximarse de la misma manera que al otro, sumisión a su vez permite una separación similar, su-misión, el prefijo “su”, también significa “bajo”, existe otra acepción importante que es “apocope de suyo”, y misión se entiende según Moliner (2000), como “encomendar, llevar,

encargo que alguien recibe de Otro”, de manera que podría leerse como estar bajo la misión de Otro, es decir, bajo el deseo del Otro, éste que le encomienda llevar a cabo su misión, es decir, la misión del Otro, su deseo, enmascarado como deseo del sujeto, que se encuentra bajo la misión del Otro convirtiéndola en su-misión.

El sujeto que ha cedido su deseo se encuentra so-metido, es decir, metido bajo el deseo del Otro, bajo la misión del Otro, éste que se conforma al parecer del Otro, que acepta la imposición del Otro, que se subordina a la voluntad de aquel, que ha convertido su deseo en el deseo del Otro, que ha pedido muestras y manifestaciones capaces de sugerirle el camino para encarnar eso que le falta al sujeto a quien dirige su demanda, convirtiendo dicha demanda en demanda del Otro, concede a éste la autoridad para solicitar lo que desee, se cobija bajo el deseo del Otro eliminando el propio, lo que remite completamente a la histórica “que el Otro le diga lo que le falta para dárselo, para darse ella en el lugar de la falta del Otro, es decir, para identificarse, para llegar a ser el deseo del Otro” (Braunstein, 1990). Las definiciones que fueron revisadas indican la decisión de un sujeto de aceptar ciertas condiciones, dicho de otra manera queda entendido que visto de esta manera, estar sometido significa encontrarse bajo el deseo del Otro, aceptar las condiciones impuestas por éste.

Por consiguiente al referirse a la estructura histórica, en la que ella localiza precisamente su equilibrio en el deseo del Otro, podría decirse que se encuentra so-metida al deseo del Otro, su cometido es sostener ese deseo, evidenciar la falta en el Otro para así poder colmarlo, taponar la falta, por supuesto inherente en el sujeto que terminará por mostrarse, la que no tardará mucho en hacer su entrada triunfal a pesar de los esfuerzos que ésta haga, estará dispuesta a sacrificar su persona con la finalidad de sostener el deseo del Otro, se ofrendará, deseará alcanzar la idea de completud, a través de todos los fantasmas que le sean posibles.

No obstante el deseo de la histérica es un deseo de insatisfacción, su deseo no podrá ser satisfecho completamente, ya que ella pide pero sabe que no se le responderá, ella se dirige a un amo que no es, que fallará, ella pide un saber, sin embargo aún sostiene su insatisfacción, su goce radica en el deseo insatisfecho, no existe el significante que pueda responder por el enigma, no hay significante de La mujer, de manera que cuando la histérica ha dirigido su demanda al Otro, éste falla, revela su falta concomitante, muestra la incompetencia del amo, su castración, exactamente ésta que lo hace sujeto. Ella hizo todo por el “bien” de él, es lo que se escuchará de la boca de la histérica, y una vez que él muestre su incapacidad y sea despojado de su lugar privilegiado, ella se reprochará a sí misma el haber cedido su deseo, mientras alberga culpa por haber cedido a ese Otro que al final no lo merece.

La histérica se mantiene completamente por el sustento que encuentra en el deseo del Otro, al recordar a las famosas histéricas freudianas aparece un claro ejemplo, “Dora subsiste como sujeto en la medida en que demanda amor, como toda buena histérica, pero también en la medida en que sostiene el deseo del Otro...” (Lacan, 1957-58/1998), es como ella mantiene su relación con el Otro, la histérica provoca las demandas del Otro, lo incita, con la finalidad de poder encarnar el deseo del Otro, ella se so-mete, es decir, se mete debajo del deseo del Otro, a costa del propio sacrificio, el goce sacrificial formará parte esencial en este movimiento, ella hará lo necesario para conservar su lugar de objeto de deseo, aquello que pueda tapar la falta en el Otro.

En definitiva el sometimiento abordado desde esta perspectiva se ve alejado de la posición de víctima que había girado en torno a las mujeres durante tanto tiempo, a pesar de los cambios que se han venido presentando y la lucha por equidad, derechos y oportunidades el feminismo no alejado por completo de la imagen de víctima que encabezaba a las mujeres, al respecto Badinter (2003) señala que “el feminismo se regodea en colocar a la mujer en el lugar de la eterna víctima”, sólo tiempo después se han ido apartando de dicha concepción, aunque aún suele ser

común escuchar expresiones tales como “la mujer ha sido objeto de toda clase de abusos”, “la mujer ha sido sometida por tantos años”, esto no puede negarse, las mujeres han estado so-metidas, han encontrado un sitio bajo el deseo del Otro, se han dedicado a cumplir la misión de Otro, la han aceptado, la han demandado, solicitado, abrazado, sostenido, han hecho la misión del Otro suya, su-misión.

Navarro (2004) expone algunos casos que permitirán ejemplificar de manera extraordinaria lo que se ha venido tratando:

Un hombre machista y mujeriego le dice a su mujer (ella tiene 38 años), *me voy, yo ya me cansé de estar contigo*. Ella se hecha al suelo, llora se abraza a sus rodillas y le besa las manos. Le ruega que no la abandone porque sus hijos necesitan a su padre. La mujer trabaja como profesional y mantiene a sus tres hijos, además paga sus propios gastos. Su marido lleva una vida aparte y es muy distante.

Esta mujer muestra como está so-metida al Otro, éste que intenta sostener a pesar de las fallas que ha mostrado, ella le pide que no la abandone. Según Navarro, (2004), otra mujer también de 38 años dice:

Mi marido siempre se la pasaba en la casa, viendo televisión, acostado. Yo lavaba, planchaba, cuidaba de los hijos y sostenía a la familia [...] Él nunca quiso que yo trabajara fuera de casa, no quiso que yo estudiara, no pensé, me aguanté, pero ya no, ya no lo quiero aguantar. [...] Me pega y les pega a mis tres hijos ¿cómo puedo dejar a mis hijos sin su papá?, ¿y qué voy a hacer sin hombre? Yo trato de que no se enoje, que esté bien, pero él nunca cambia. Una de sus hijas añade [...] mi mamá se ha ido de la casa varias veces. Dice que ya no quiere estar con él porque la maltrata y le pega. Luego regresa y lo perdona.

Este caso exhibe a una mujer so-metida, es decir, que esta metida bajo el deseo del Otro, éste que no quiso que trabajara, que estudiara, éste que la maltrata lo mismo que a sus hijos, ella se percata de ello, no le es ajeno, sin embargo se so-

mete para que el Otro no se enoje y al final regresa, lo perdona, se queja, le reprocha y se culpa por no haber pensado, por aguantar, dice ella “no pensé, me aguanté”, se iba pero regresaba a su-misión.

Por lo tanto, llevar a cabo la misión de Otro manteniendo una postura victimizada, ésta que ha acompañado mucho tiempo a las mujeres concede y permite ciertas ganancias que las mantiene en el lugar del deseo del Otro, mediante la simbolización de aquello que le faltaba al Otro, qué más podría desear si ahí está ella capaz de saciar las demandas de él y que más podría desear ella si al personificar el objeto deseado por el Otro encuentra dirección, de modo que “ha operado así el engaño fundamental que se hace a sí misma al confundir la demanda (del Otro) con el deseo (propio)” (Braunstein, 1990), a través del fantasma la histérica como objeto de deseo puede ocupar el lugar de ser sujeto, siempre implorando reconocimiento, quiere ser vista, escuchada, ordenada por Otro que no alcanza a poseerla plenamente, que no da el resultado deseado, debido a que la respuesta que viene de él no es la esperada, pues ninguno es El Padre¹³ a quien se dirige la demanda.

Braunstein (1990) señala de manera ejemplar que la histérica, “quejándose de ser tomada como objeto, es como objeto que viene a ofrecerse a las maniobras del Otro”, pretendiendo specularidad en un engañoso intercambio recíproco en donde ella es la primera dañada. En espera de la superación de su castración, ya que si completa al Otro por ende podría ocurrir lo mismo en ella, así que se ofrece como objeto plus-de-goce, que asegure el goce que falta al Otro, mientras causa su deseo, para que éste se mantenga es indispensable que el objeto aparezca y desaparezca sembrando la insatisfacción, porque su objeto es la falta en el Otro.

Una vez más Dora permite ejemplificar perfectamente como ella estaba dispuesta a identificarse con la falta del padre, es decir, con la Otra mujer que pudiera darle la respuesta al enigma, de modo que su vida estaba so-metida a los significantes

¹³ Este padre mítico, no castrado, sin falta.

del deseo del padre, ella vivía para obedecer o repeler la demanda de él, fluctuando entre ambos polos. Por lo tanto la histérica se encuentra constantemente en relación con el saber que le otorgue el significante de La mujer, ella cree que el Otro sabe, a él orienta su interrogante, en el fantasma el Otro toma un rostro sádico, así establecen una relación de complicidad que puede ser vista como la bella y la bestia, no obstante la falta siempre terminará haciendo su aparición, es decir, sostiene la insatisfacción por el falo, por ello es no-toda con respecto al falo y apunta la pregunta por el enigma a la Otra mujer.

Como él no pudo responder, bajo lamentos y recriminaciones ella lleva la cuenta de la deuda del Otro, “el sacrificio de la histérica es una cara de su amor, siendo la otra la de la acusación por la falta de reciprocidad del Otro que no ha sabido corresponder a tanta entrega”, y no sólo fue incapaz de apreciarla, sino que muestra unas fallas inmensurables, ella pide lo que dio, después de darse cuenta de esta falla en el Otro utiliza frases como “si yo le hiciera lo que él me hace...”, “no me explico cómo pudo haberme hecho...”, “estoy sorprendida por su comportamiento después de todo lo que yo he hecho...”, de manera que el Otro aparece en la escena como culpable, como victimario¹⁴ en donde ella personifica a “la víctima, jurado, juez y verdugo” (Braunstein, 1990). La histérica desea que sólo con ella se goce, su goce debe asemejarse al goce que falta al Otro, convirtiéndose en prisionera del goce del Otro a la vez que juega a sustraerse.

Por consiguiente la insatisfacción es el objeto ofrecido al deseo, abriendo un abismo entre el deseo y el goce que sólo puede ser llenado por el síntoma, al cual se apega amándolo más que a ella misma del que se aprehende, del que se queja pero muestra su ser a través del sufrimiento, dicha protesta respaldada por los síntomas que figuran en el cuerpo, toma forma de acusación por el fallo del Otro de establecer una relación sin faltas que libere al sujeto, que lo exima de su

¹⁴ Éste también tiene su parte responsable en el asunto, no se exime de ello, sin embargo esto no será abordado ya que sería motivo de otra investigación. No obstante es necesario señalar que nada en el psicoanálisis autoriza a hacer de la diferencia una jerarquía, que conceda la dominación de un género por el otro.

deseo, ya que al estar en esa relación sin falla no habría que buscar nada más, es decir que desliga a la histórica de las responsabilidades que tendría que afrontar con un deseo que le fuera propio, es decir, que de seguir su deseo la única que tendría que responder sería ella, únicamente a ella le correspondería asumir las consecuencias de su deseo y no habría a quien culpar o responsabilizar más que a sí misma, mientras que si se so-mete al deseo del Otro la responsabilidad recae en ese Otro, es a ése a quien se podría culpar, sin embargo, ella también albergara culpa por haber cedido su deseo aunque haya sido en nombre del “bien” del Otro.

CAPÍTULO V. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

“No hay sumisión más perfecta que la que conserva las apariencias de libertad”.

J. J. Rousseau

Abordar el sometimiento de las mujeres ante las demandas del Otro y su íntima relación con la histeria desde una postura psicoanalítica resultó un tema complejo, de manera que para su mejor comprensión fue necesario profundizar a través de un amplio recorrido del papel histórico-social de las mujeres que permitió conocer los diversos momentos por los que ha transitado la humanidad y por supuesto como parte de ella las mujeres quienes fueron el eje de la presente investigación, probablemente desde que los seres humanos existen se han preguntado acerca de su *ser*, parece que el cuestionamiento por el *ser* es inherente a la humanidad, ¿Quién soy?, el sujeto se plantea a sí mismo una serie de cuestionamientos interminables, uno de los más debatidos es ¿Qué es ser una mujer?, esta pregunta se hace indistintamente sin importar el sexo biológico, todos quieren saber la respuesta, muchos se interrogan ¿Quién entiende a las mujeres? es una pregunta común, que sugiere el secreto que rodea a las mujeres, sin embargo el recorrido para revelar ese misterio ha tomado los más extensos senderos y una vasta diversidad.

Las mujeres han encarnado un enigma, no sólo para ellas mismas cuando indagan acerca de sí, también para numerosas disciplinas, el psicoanálisis no pudo dejar de verlo, las mujeres representaron para Freud el “dark continent” que tanta controversia causó y sigue causando, es verdad que las féminas representaron todo un misterio para Freud, pero no se trató de una particularidad de él, si las propias mujeres se encuentran en la búsqueda de dicho significante, de aquello que pueda responderles por el ser mujer, cómo no iba a ser una incógnita para él ¿Quién podría decir qué es una mujer?, ¿quién tendría la respuesta que pudiera definir a una?, mucho se le criticó, no obstante y a pesar

del intento permanente de abordar el tema femenino aún no hay respuestas últimas, ¿cuál sería la respuesta que pudiera satisfacer a la pregunta?, ¿serán acaso todas las mujeres iguales?, ¿pensarán de la misma forma?, ¿será posible hablar de la mujer como una categoría que encierra una serie de características propias y únicas?, la respuesta es negativa, no existe una definición exclusiva del ser mujer, *La mujer no existe*, hay soluciones ante dicha cuestión como mujeres existen, ¿no son las etiquetas lo primero que tanto han criticado las feministas?, siendo ese el mismo lugar de donde han partido, de un denominador común en donde han permanecido, se dedicaron a hablar en nombre de “la mujer”, cuando no es posible hablar de la mujer como universal, como si se tratara de una sola persona, cuando posiblemente lo único que compartan es el nombre, se ha juzgado el ver a las mujeres como un enigma, sin considerar que justamente dicha manera de verlas abre posibilidades y que precisamente Freud se interesaba en el devenir femenino con todo lo que esto incluyera, él no pretendía describir a la mujer sino indagar su devenir, no ha sido, ni es intención u objetivo del psicoanálisis dar respuestas acabadas, sino abrir alternativas.

Y ciertamente la vía que permitió al psicoanálisis ahondar en el sinuoso tema femenino fue la histeria, a su vez que ésta le dio origen a él, ambos se crearon y se construyeron juntos, la teoría analítica nace a partir de las mujeres, de las histéricas, de estas “enfermas” que cuestionaban el ser mujer, ellas permitieron un acercamiento mayor al tema, sin embargo desde entonces el psicoanálisis y sus seguidores, Freud encabezando la lista, han sido acusados de misóginos, ocupando el primer lugar como enemigos de los movimientos femeninos, de la ahora perspectiva de género, ¿envidia del pene?, ¿cómo se atrevió a realizar tal aseveración?, esto fue interpretado como un argumento más del mundo patriarcal para minimizar a las mujeres, para devaluarlas, un nuevo intento para mantener su inferioridad ante los varones, otra cara más del dominio masculino, del sometimiento ejercido sobre las indefensas mujeres siempre subyugadas por Otro más fuerte, culpando a la estructura social y cultural impuesta por cada época que lo sostiene y fomenta, convirtiendo a las mujeres en víctimas. Este es el discurso

que suele escucharse, designando como responsable a la cultura, a la sociedad, ésta que ha mantenido a “la mujer” sometida y oculta, carente de decisión, de oportunidades y derechos, es imposible negar que durante muchos años estuvieron ausentes en las votaciones, en la adquisición de bienes inmuebles, dedicadas al hogar, etc., no obstante la revisión histórica mostró grupos de mujeres que en cada época decidieron no apearse a las normas de su tiempo ¿Qué habrá hecho que algunas mujeres tomaran otra posición?, ¿habrá únicamente sido responsabilidad de la cultura, de la educación, de la economía, de la política?, o ¿las mujeres habrán sido participes de la decisión?, debido a que si no se reconoce su participación se terminaría adoptando la misma postura que minimiza y reprime a las mujeres, colocándolas como sujetos carentes de opinión, dominadas y oprimidas, incapaces de intervenir en sus propias vidas, haciendo de la cultura o a la anatomía un destino, pero ¿Serán la cultura o la anatomía el destino como únicos caminos o la constitución psíquica del sujeto formará parte de ello?, es verdad que el psicoanálisis no se encuentra del lado de la generalidad pero definitivamente reconoce que el sujeto está inmerso en la cultura, y que sin el Otro no existiría el sujeto, los otros influyen y es a partir de ellos que el sujeto accede a su propia subjetividad, por lo que no se intenta eliminar a los demás sino comprender su papel en la vida del sujeto.

De manera que los postulados freudianos que condujeron esta investigación dando paso a la teoría lacaniana muestran que la constitución psíquica del sujeto comienza por intervención del Otro, los procesos que llevan el nombre de complejo de castración y Edipo instauran al sujeto como deseante, de ellos resulta la situación psíquica de cada uno, desprendiéndose la masculinidad y feminidad, de cómo cada cual tome su lugar, será a partir de aquí que cada mujer ocupe su feminidad, cualquiera que ésta sea, es en ese momento crucial para el sujeto que se da la pérdida del objeto, y que se desea ser el objeto del Otro, es desde ese instante que el sujeto marchará hacia su deseo, que lo mantendrá en una búsqueda constante, diferente y subjetiva, que lo conducirá a la persecución de la inaccesible completud que añora.

Por lo tanto, de acuerdo a la manera en la que crucen por el Edipo, por el nombramiento del Otro, la posición masculina o femenina tomará un lugar, ya que las diferencias anatómicas únicamente cobrarán sentido una vez que hayan pasado por la palabra, hombre y mujer no significan nada por sí mismos, sino que toman forma a partir del Otro, sin importar la biología, lo que fue demostrado y explicado mediante el diagrama de la diferencia sexual de Lacan donde es señalado que la identidad femenina o masculina sólo depende de la relación que se establece con el Falo, independientemente del sexo biológico, es a partir de la castración, la instauración de la ley, de la inscripción de la Metáfora Paterna que el sujeto podrá asumir su feminidad o masculinidad, aunque, ¿no se trataba de algo natural con lo que nacía el sujeto?, parece que no, es cierto que se nace con una forma anatómica pero es a partir del Otro que toma una dirección, es debido a la intervención de éste que el sujeto se inscribe en el orden simbólico, instaurando la falta que abre al deseo que conducirá al sujeto por una inmensidad de rutas, de manera que no se niega la participación del Otro en la constitución del sujeto, por el contrario su presencia es fundamental, el sujeto está inmerso en un mundo lleno de otros, y es consecuencia de ello que el sujeto puede proceder, así como asumir su lugar como deseante, un lugar que puede ser la histeria.

Es la histérica el principal interés de la presente investigación no obstante fue necesario esclarecer diversos conceptos psicoanalíticos para llegar hasta ella, en definitiva se hizo necesario entender más acerca de las mujeres ya que se abordó la histeria femenina, aunque también la hay en varones, sin embargo ciertas interrogantes específicas condujeron el camino que permitiera realizar un análisis desde una perspectiva psicoanalítica acerca del sometimiento de las mujeres, por supuesto que a medida que se avanzaba se abrían otras que no podían dejar de ser consideradas, no obstante la investigación se mantuvo alrededor de ciertas preguntas principales, una de ellas es: ¿Por qué las mujeres histéricas llegan a colocarse en una posición de sometimiento ante las demandas del Otro?, la respuesta que se puede dar de acuerdo a lo explicado acerca de la estructura

histórica es que en efecto las mujeres histéricas se someten a las demandas del Otro debido a que no quieren perder su lugar en el deseo del Otro, justamente la histórica se basa en la relación con el Otro y su falta, lo que se demostraba desde su vínculo con el padre al cual insistía en sostener, quería cubrir la falta a costa de lo que fuera, es a partir del Otro que ella puede situarse, de éste que le diga quién es ella, que la provea de identidad, no obstante este padre tiene fallas, él no podrá contestar, el no es El Falo, el padre también es un sujeto castrado que mostrará su falla.

La histórica encuentra su equilibrio en el deseo del Otro, ella se ofrece para tapar la falta del Otro, a pesar de que se dirija a él como completo, ella sabe que no lo es, exactamente necesita que no lo sea, ya que debe haber una falta para que ella pueda ocupar el lugar en el deseo del Otro, ella se convierte en aquello que le falta al Otro, quiere ser ese objeto de deseo para que pueda ser confirmada en su ser, porque es un ser inseguro, de manera que apresando el deseo del Otro identificándose con él puede tomar sentido, adquirir valor, siempre preguntando por el ser mujer, por ese significante femenino que le falta, precisamente por eso el deseo de la histórica es insatisfecho, su objeto es la falta en el Otro, así que se somete a los significantes y castración del Otro para encubrir la propia.

Ocupar un sitio en el deseo del Otro le confiere estabilidad, una que sólo puede adquirir desde esa posición, es por ello que la histórica busca un amo, ella dirige su demanda al amo, Otro completo que pueda otorgarle el saber y la completud, ella pide, demanda que el Otro demande, que manifieste cualquier cosa, la imperfección del Otro alimenta el síntoma y el goce de la histórica, ella cree decir no al *goce del Otro* aunque justamente lo sostiene, desprecia el *goce del Otro* que a la vez produce por su insatisfacción que respalda al deseo, su goce está más allá, ella sufre por no saber, quiere ser el objeto de deseo del Otro, de modo que toda señal es válida para que el Otro muestre su demanda, la que ella está dispuesta a cubrir, esta falta que ella misma revela, que solicita a gritos para poder

llenarla, dispuesta al sacrificio con la finalidad de continuar sosteniendo el deseo del Otro.

Como resultado surgen algunas preguntas interesantes, entonces, ¿será el sacrificio una elección?, ¿será una herramienta utilizada con la finalidad de obtener algo a cambio?, o tendrá una explicación simple que ha sido abordada históricamente, el sacrificio como inherente a “la mujer”, como esta víctima, mártir que ha sacrificado su vida por los demás, por el Otro, por ese Otro que generalmente no ha sabido corresponder a tanta bondad, ella que dio tanto, que dio todo, pero ¿Por qué lo hizo?, ¿esperaba algo a cambio?, ¿qué ganancias o pérdidas había en tal acción?, esta postura parece beneficiar más en vez de perjudicar, esta posición la mantiene ocupando un lugar para el Otro, de modo que ella soporta el deseo del Otro, convirtiéndose en él, dicho sacrificio que terminará reprochando la imposible completud, esta relación sexual inexistente, este ideal que se empeña en producir ofreciendo su sacrificio para otorgar la consistencia que el Otro no tiene, dicha incompletud en donde el goce de uno escapa al del Otro, en el que el goce femenino está más allá del falo, relacionándose con el saber, pero el goce escapa del saber, por lo que ella dirige la pregunta al falo y a la Otra mujer, dado que el único poseedor del goce ilimitado es el Padre primitivo del mito freudiano, ese que la histérica insiste en mantener y que por supuesto no es, nunca es, así como tampoco ella será lo que al Otro falta.

Por consiguiente, ¿podría decirse que el sometimiento está presente en toda estructura histérica como inherente a ésta?, o ¿se trata de una elección que hace cada mujer?, debido a que las histéricas, se ofrecen al Otro para tapar la falta, está preparada para moldearse de acuerdo a los deseos de éste, siempre dispuesta hasta al sacrificio por el Otro, lista para identificar la demanda de éste, demanda que ella ha pedido y tomado como objeto de su deseo, viviendo para colmar al Otro, lista para saciarlo, complacerlo, bajo el camino de la abnegación y de la renuncia, tomando el lugar de prolongación del Otro, como si sólo existiese gracias a él, ella es el complemento perfecto, todo esto caracteriza la estructura

histórica de manera que sí, sí es posible responder que el sometimiento es parte de la histeria, es una posición que se toma frente al deseo, se trata de algo inseparable de la histeria, entonces, ¿cómo podría ser una elección?, evidentemente no se elige la estructura histórica, eso fue un acto inconsciente, sin embargo, ¿será posible elegir si se continúa o no en cierta postura?, es necesario avanzar un poco para retomar dicha pregunta.

Ha quedado establecida la relación fundamental del deseo con la histórica, ya que ella vive según el deseo del Otro, es su punto de sostén de manera que basa su deseo en el del Otro, transforma el de él en el suyo, fundiéndolos, confundiéndolos, ella abandonó su deseo por el del Otro, ha consagrado su vida, de manera que una vez que éste muestre su falta, ella lamentará haber hecho tanto por él, haber sacrificado su vida, de haber sido usada como objeto, un objeto que ella misma ofreció, que ubicó bajo las órdenes del Otro para que dispusiera de ella, se queja de una demanda que el Otro ha hecho, bajo la petición que ella hizo primero, por lo tanto el Otro no ha sabido agradecer tanto sacrificio, tanta dedicación y renuncia, él por supuesto no era ese Otro completo, ese Padre no castrado poseedor del goce, de manera que el Otro no pudo satisfacer la demanda, manteniendo el deseo de la histórica como insatisfecho, el Otro no ofrece los significantes suficientes que puedan asegurar el saber que ella solicita, por lo que ella termina obteniendo como respuesta la falta en ser del Otro, a partir del cual puede crear la existencia de su deseo mediante su identificación con la falta de éste capaz de conducir a la completud.

De manera que la histórica está lista para presentarse ante el Otro como el objeto que pueda revestir su falta, en ella podrá encontrar todo lo que desee, ella con toda su dedicación y amor será capaz de hacerse cargo, de manera que termina cediendo su deseo al Otro, tomando el de éste como el suyo, engañándose, mientras confunde el deseo del Otro con el propio, se encuentra subordinada a la demanda del Otro, lo único que la histórica pregunta es, ¿en qué quieres que me convierta?, para hacerlo, se posiciona como una masa moldeable que toma forma

y nombre, sólo en función del Otro de ese que le indique quién es, así que ella adquiere la forma deseada. Sin embargo, ¿qué sucede cuando el Otro muestra su falta, cuando no ha sabido corresponder a tanta delicadeza, cuando ella entregó su deseo?, la respuesta es un reproche a sí misma por haber cedido, y por supuesto a él por no haber dado lo esperado, se le culpa por una demanda que fue solicitada, por haberla tratado como objeto, no supo corresponder recíprocamente a pesar de que ella obró por el bien del Otro, lo que aparentemente la calma, ya que no podría sentir culpa alguien que actuó en beneficio de Otro, lamentablemente ese Otro no era.

Haber actuado para favorecer a alguien no puede ser malo, proceder de esa manera sólo aleja a la histérica de la culpa, se escuda bajo esa justificación bastante bien escuchada y vista, bajo el argumento del “bien del Otro” el deseo fue cedido y como decía Lacan (1959-60/1973), “de la única cosa de la que se puede ser culpable es de haber cedido en su deseo”, la histérica se siente traicionada por el Otro, pero principalmente siente la traición que realizó a sí misma, a pesar de su buena voluntad para hacer feliz al Otro, éste no hizo la misma renuncia que ella, la que espera como muestra de reciprocidad, aunque haberse conducido por el “bien” del Otro sirve de consuelo, habrá un límite en donde ya no parece la mejor idea, se llega a un punto donde el lamento por ese engaño por esa traición de la que ella fue la primera en participar sobrepasa.

Por lo tanto se puede decir que el deseo ha sido cedido por comodidad, por placer, por bienestar, todo eso ha venido a tomar el lugar del deseo de la histérica, de modo que ceder el deseo, es como sedarlo, dejarlo en un estado anulado, y en su lugar han venido a ocupar ciertas cosas que aparentemente eran suficientes, pero de nada se sentirá más culpa que de haber cedido, que haberse sometido a las demandas de ese Otro, una petición en la que ella misma se atrancó una vez que convirtió la demanda en suya, esto es importante de aclarar ya que esa demanda del Otro que en algunos casos podría parecer injusta fue solicitada a su vez por ella, de alguna manera dio apertura a la manifestación de dicha demanda,

haciéndola perteneciente a su ser. Lo que da pauta para la siguiente pregunta, ¿el sometimiento podría leerse como ceder el deseo desde una perspectiva psicoanalítica?, hasta ahora se ha dejado claro que las mujeres que presentan una estructura histérica han cedido su deseo, acoplándose al del Otro, se han ofrecido como tapón a la falta, que a la vez han descubierto, de otra forma no tendrían qué tapar, en consecuencia, la contestación ante dicha pregunta es que sí, el sometimiento desde una perspectiva psicoanalítica significa que las mujeres ceden su deseo, una vez cedido el deseo, la histérica se encuentra so-metida bajo el deseo del Otro.

De acuerdo al análisis realizado acerca del sometimiento, se dejó claro que sometimiento se podía definir como la acción de someterse, actitud de sometido, fue a partir de la separación del término so-metido, es decir, metido bajo el deseo del Otro, lo que definitivamente se relaciona con lo que ha sido explicado acerca de la histeria y su posicionamiento ante el deseo del Otro, la histérica ha hecho del deseo del Otro su-misión, de manera que si se dice que las mujeres han estado sometidas a otros es cierto, por supuesto si son mujeres histéricas ya que son el tema de la investigación, son ellas quienes aceptan, acatan la voluntad del Otro, la hacen suya la convierten en su-misión. Justamente los vocablos sometimiento y sumisión utilizados comúnmente como sinónimos han tomado un puesto en el discurso femenino, generalmente en contra cabe destacar, culpando siempre a Otro, a uno que ha ejercido su fuerza y poder sobre ellas, ¿serán tan indefensas las mujeres?, ¿carecerán de decisión?, es cierto que han cedido su deseo, han actuado conforme la demanda del Otro, se han fundido en el deseo del Otro, sosteniéndolo sin importar su deseo, todo esto como parte de su estructura, pero es una demanda que ellas han exigido y perpetrado, situación que denota mujeres alejadas de la figura de víctima que han insistido en ocupar.

Sin embargo una vez que se han percatado de la traición y falta de reciprocidad del Otro ¿Será posible elegir otra postura?, ¿podrá elegir alejarse de su posición de víctima?, ¿podrá descubrir cuál es su deseo?, ese deseo que viene como

consecuencia de la castración, de la instauración de la ley, que puede llevarla por diversos caminos a pesar de la intervención del Otro, del deseo del Otro el cual no dejará de hacer aparición, esto es seguro, ha quedado establecida la constitución del sujeto por el Otro, pero ella ¿Qué quiere ella?, precisamente se ha girado alrededor de ¿Qué quiere una mujer?, es la pregunta histórica por excelencia, ¿elegirá continuar so-metida al deseo del Otro?, ¿será una mejor opción ceder el deseo a pesar de que la culpa lo cobre más tarde?, parece entonces que la culpa es consustancial a ceder el deseo, no obstante surge una pregunta opuesta ¿se borrará la culpa al no ceder el deseo?, esto no será respondido en este trabajo pero podría ser objeto de estudio de otro, aunque podría pensarse que sí, ya que puede leerse como egoísmo, como falta de consideración y amor por el Otro, lo cual ocasionaría de igual manera culpa, aunque aquí se abordó la culpa como consecuencia de haber cedido el deseo.

De manera que no se puede dar una respuesta única a ¿Qué quiere una mujer?, ¿si es una elección continuar so-metida al deseo del Otro?, ¿experimentará culpa por haber cedido su deseo?, puesto que de acuerdo con las enseñanzas lacanianas no existe un significante para el ser mujer, es por ello que *La mujer no existe*, hay que tachar el La, no es posible generalizar y sería sumamente complicado contestar que todas las mujeres elegirían lo mismo, habría que preguntar a cada una, ir caso por caso, por lo tanto dichos cuestionamientos tendrían que hacerse de forma personal para encontrar una respuesta propia, construida desde la subjetividad de cada mujer.

Finalmente como resultado del intenso análisis teórico es posible concluir que las mujeres históricas ceden su deseo al deseo del Otro, de manera que se encuentran so-metidas, es decir, metidas bajo el deseo del Otro debido a que no desean perder su lugar, identificado como la falta del Otro, esa que ha hecho suya, su-misión, convertida en el eje y centro de equilibrio de su ser, precisamente aquello que le permite ocupar un lugar, un sitio que le provee seguridad, comodidad, un engaño donde ella lleva el papel principal, tratando de convencerse

de que el deseo del Otro pueda con-fundirse con el suyo, tomando el sacrificio, la abnegación y la renuncia como sus características principales, todo por el “bien” del Otro, de ese Otro que terminará mostrando su falta constitutiva, ésta que lo hizo sujeto, demostrando la imposibilidad de la completud, conduciendo a la histérica a buscar nuevos Otros que puedan llenar esa falta y a quienes ofrecerse ante ella.

Por lo tanto mucho se dijo en esta investigación acerca de que *el deseo es el deseo del Otro*, propuesta lacaniana, que es avalada por la teoría y la práctica, de manera que el sujeto no puede alejarse definitivamente del Otro ya que por él, por su intervención, por el lenguaje, por la falta que origina el deseo es que el sujeto puede adentrarse en el laberinto de su deseo, pero lo que sí se puede hacer es reconocer este deseo tachado, esta falta inherente al sujeto como resultado de la castración, pero por otra parte debe aceptar que el Otro también está barrado, y que a partir de ahí puede comenzar a buscar su deseo, no como alejado del Otro ya que esto es imposible, ni actuando bajo la falsedad de ser un sujeto libre y autónomo, sino como un deseo ligado al Otro, un deseo insatisfecho que se origina de la falta, que conducirá a las mujeres a la exploración de su deseo, a contestar desde su propia subjetividad ¿Qué es una mujer? y como posicionarse frente a su deseo y al deseo del Otro.

GLOSARIO PSICOANALÍTICO

Amo

Lacan retoma este concepto de la dialéctica hegeliana del “amo y el esclavo”, en donde se hace referencia al deseo de reconocimiento, lo que se convierte en una lucha arriesgando hasta la vida por obtenerlo, deteniéndose antes de llegar a la muerte ya que sólo se puede ser reconocido por alguien con vida. De modo que cuando uno abandona su deseo de reconocimiento se rinde al otro, reconociéndolo como su “amo” y convirtiéndose en el “esclavo”. Lacan utiliza la dialéctica del “amo y del esclavo” para su teoría del discurso del Amo, dentro del cual el amo es el significante (S_1) que pone a trabajar al esclavo (S_2) para que produzca un excedente o plusvalía de la cual apropiarse. El significante amo es lo que representa a un sujeto para todos los otros significantes, es un intento de totalización, sin embargo dicho intento falla, ya que no es posible representar al sujeto completamente, siempre hay un resto.

Complejo de castración

Freud fue el primero en describir el complejo de castración cuando el niño descubría la diferencia anatómica, donde se cree que todos tienen un pene, sólo que el de la niña ha sido cortado. Por lo tanto, el complejo de castración sería el momento donde se pasa del todos tienen un pene a las niñas han sido castradas, el niño teme que su pene sea cortado (angustia de castración) y la niña se ve ya castrada lo que intenta negar, buscando más tarde un hijo como sustituto (envidia del pene). Lacan lo retoma definiéndolo como la falta simbólica de un objeto imaginario, no se refiere al pene como órgano real sino al Falo imaginario. Lacan dice que en torno al complejo de castración gira el complejo de Edipo. El sujeto debe renunciar a ser el objeto de deseo, renunciando también a un cierto goce, para poder acceder al deseo, al asumir la castración se crea la falta a partir de la cual se erige el deseo.

Complejo de Edipo

Freud lo definió como el conjunto inconsciente de deseos amorosos y hostiles que el sujeto experimenta con relación a sus progenitores, el sujeto desea a un progenitor y entra en rivalidad con el otro. Es retomado por Lacan con algunas diferencias, señalando que la madre siempre es el objeto de amor sin importar si sea niño o niña, rivalizando con el padre. El complejo de Edipo es el pasaje del orden imaginario al orden simbólico. Lacan identifica tres tiempos, en el primero el niño se da cuenta que la madre está en falta, el niño trata de ser aquello que falta a la madre, pero él también está marcado por la misma. En el segundo se da la intervención del padre imaginario imponiendo la ley al deseo de la madre, negando el acceso al objeto. Finalmente en el tercero aparece el padre real demostrando que tiene el falo, mostrando la imposibilidad al niño de ser el falo de la madre.

Complejo de Edipo positivo

El Edipo positivo es cuando hay amor hacia el progenitor del sexo contrario y rivalidad con el progenitor del mismo sexo.

Complejo de Edipo negativo

El Edipo en su forma negativa significa que hay amor hacia el progenitor del mismo sexo con odio y celos hacia el progenitor del sexo opuesto.

Demanda

Lacan introduce la demanda ligada con la distinción entre necesidad y deseo, sostiene que el niño es incapaz de satisfacer sus necesidades biológicas, cuando bebé expresaba sus demandas y otro acudía a él, cuando ese Otro lo complace es tomado como prueba de amor. Por lo tanto la demanda tiene doble función, expresa una necesidad y se convierte en demanda de amor, lo cual da origen al deseo puesto que las necesidades se satisfacen, mientras que el amor permanece insatisfecho quedando como un resto que constituye al deseo.

Deseo

Éste se distingue de la necesidad, la cual es puramente biológica. El deseo se encuentra en relación con la falta, siendo el objeto a la causa del deseo. Específicamente con respecto al deseo se ha hecho referencia a la fórmula de Lacan del “deseo es el deseo del Otro”, el cual puede tener varias lecturas, por una parte puede significar que el sujeto desea ser objeto de deseo del Otro y también que el sujeto siempre determina su deseo con relación al deseo del Otro, lo que sostiene en actividad el deseo propio. El deseo surge del campo del Otro.

Falo

No se trata del órgano masculino en su realidad biológica sino del papel que desempeña en el fantasma. El falo desempeña un lugar central en el complejo de Edipo y en la teoría de la diferencia sexual. La madre desea el falo y el niño tratará de satisfacer el deseo de ella, identificándose con el falo, el padre interviene haciendo imposible al niño identificarse con el falo imaginario, el niño queda castrado, él no puede ser el falo de la madre. Es el significante al que remiten todos los demás significantes. Lo que induce es el efecto de la falta, de la incompletud, es el significante de la falta de significante.

Falo imaginario

El falo imaginario es percibido por el niño en la fase preedípica como el objeto de deseo de la madre, como lo que la madre desea más allá del niño, es cuando éste trata de identificarse con él. El complejo de Edipo y de Castración supone la renuncia a este intento de ser el falo imaginario.

Falo simbólico

Lacan afirma que el falo simbólico es lo que aparece en el lugar de la falta del significante en el Otro. Es el significante que no tiene significado. Alrededor del falo simbólico gira la pregunta por la diferencia sexual. Tanto el sujeto femenino como masculino asumen su sexo a través del falo simbólico.

Falta

El término falta está íntimamente ligado con el deseo, es la falta la causa del surgimiento del deseo. La falta designa una falta de “ser”, el deseo es una relación del ser con la falta, no se trata de la falta de algo en particular, sino la falta de ser por la cual el “ser” existe. La palabra falta también puede identificarse como sinónimo de castración. Por más significantes que se añadan a la cadena, la falta es incompleta, le falta siempre el significante que la pueda completar. Este significante que falta es constitutivo del sujeto.

Fantasma

Freud utiliza el término para designar una escena que se presenta en la imaginación y que dramatiza un deseo inconsciente, el sujeto desempeña un papel en dicha escena aunque no sea evidente, siendo la escena fantasmaticada consciente o inconsciente. Más adelante Lacan retoma el concepto como una defensa, como un modo de defenderse de la castración, de la falta en el Otro, se crea una escena fantasmaticada para velar la falta en el Otro, aquí aparece el matema del fantasma ($\$ \diamond a$) como respuesta del sujeto al deseo enigmático del Otro, el sujeto barrado está en relación con el objeto.

Goce

Lacan desarrolla el término goce como oposición entre goce y placer, el principio del placer funciona como un límite al goce, al mismo tiempo que invita a transgredir e ir más allá del principio del placer, sin embargo si esto sucediese no habría más placer sino dolor puesto que sólo se puede aguantar una cantidad de placer, excediendo el límite sería un placer doloroso, y eso es justamente el goce, sufrimiento que se deriva de la propia satisfacción. La prohibición del goce es inherente a la estructura simbólica del lenguaje, la entrada al sujeto en lo simbólico está condicionada por cierta renuncia al goce en el complejo de castración, en el que ese sujeto renuncia a sus intentos de ser el falo para la madre; la castración significa que el goce debe ser rechazado para poder alcanzarlo en la escala invertida de la ley del deseo.

Imaginario

El término imaginario forma parte del esquema central de Lacan constituido por tres órdenes, - imaginario, simbólico y real -, el orden imaginario ha estado desde el inicio asociado con ilusión y específicamente con el yo y la imagen especular, pero es necesario señalar que aunque se relacione con ilusorio no es sinónimo de éste ya que no implica consecuencias, sin embargo lo imaginario si tiene efectos en lo real, es entonces base entre la formación del yo y la imagen especular formando una relación dual, ya que el yo se forma por identificación con el semejante o la imagen especular, lo cual es fundamentalmente narcisista, siendo una característica del orden imaginario, por lo tanto lo imaginario es el reino de la imagen en la imaginación, el engaño, el señuelo, las principales ilusiones de lo imaginario son la totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y semejanza. También tiene una dimensión lingüística, que son el significado y la significación, en lo imaginario el lenguaje es el muro del lenguaje que invierte y distorsiona el discurso del Otro.

Ley

En este contexto psicoanalítico no se trata de un estatuto jurídico, legal, sino de una ley impuesta por el Padre durante el complejo de Edipo, en el segundo tiempo del mismo, el padre aparece como omnipotente el “padre de la horda primitiva” descrito en la obra *Tótem y Tabú*, él es la Ley, teniendo acceso a todas las mujeres negándolas a los demás. El complejo de Edipo representa la regulación del deseo por la ley, manteniendo una relación dialéctica entre ley y deseo, “el deseo es el reverso de la ley”, aunque la ley pone límites al deseo, ella misma crea el deseo, hay deseo de transgredir la ley. El padre impone la ley, surge del asesinato del padre, mediante el cual en vez de liberar refuerza la ley que prohíbe el incesto. La ley tiene como efecto la castración simbólica, ya que por ella se instaura la separación entre goce y deseo.

Metáfora paterna

Esta metáfora sugiere la sustitución de un significante (deseo de la madre) por otro (Nombre-del-padre), por lo tanto designa el carácter metafórico del complejo de Edipo, es la metáfora fundamental de la que dependen todas las significaciones, por ello toda significación es fálica.

Nombre-del-Padre

El Nombre-del-padre es el significante fundamental que permite que la significación proceda normalmente. Es un significante fundamental, el cual otorga identidad al sujeto, lo coloca en el orden simbólico, significa la prohibición edípica y del incesto. Es el significante que se sustituye y condensa al falo como significante del deseo de la madre y es en ese sentido que es significante del goce como prohibido. Lacan representa el complejo de Edipo como una metáfora (la metáfora paterna) en la cual un significante (Nombre-del-padre) reemplaza a otro que es el deseo de la madre.

Objeto a

En uno de los primeros signos algebraicos de la obra de Lacan en principio aparece para designar al pequeño otro, el pequeño otro es el otro que no es otro en absoluto. Más adelante Lacan introduce el matema del fantasma ($\$ \diamond a$) donde el objeto a es concebido como el objeto del deseo, como objeto parcial imaginario, el objeto a es el objeto del deseo que buscamos en el otro. El objeto a nunca se puede alcanzar, es un objeto perdido, es realmente la causa del deseo, por esto se identifica como el objeto causa de deseo. El objeto a es cualquier objeto que pone en movimiento al deseo, las pulsiones giran en torno a dicho objeto. También el objeto a es definido como un resto, el remanente que deja la entrada de lo simbólico en lo real, particularmente se utiliza en los discursos propuestos por Lacan, en el discurso del amo, un significante trata de representar al sujeto para todos los otros significantes pero siempre se produce un excedente, que es el objeto a, un goce sobrante un plus-de-goce.

Otro

En los trabajos de Lacan se utiliza el otro con minúscula como ese pequeño otro que no es realmente otro sino reflejo y el gran Otro que designa la alteridad radical, está inscrito en el orden de lo simbólico. El Otro debe considerarse como un lugar, no se trata exactamente de Otro como sujeto, aunque es cierto que el lugar del Otro puede ser ocupado por un sujeto para otro sujeto. La madre es la primera que ocupa el lugar del Otro para el niño. El complejo de castración se constituye cuando el niño descubre que ese Otro no es completo, que tiene una Falta. El mítico Otro completo no existe, ese Otro incompleto se simboliza gráficamente como \bar{A} , el Otro barrado. El Otro también puede ser el Otro sexo, que siempre es la mujer para sujetos masculinos y femeninos.

Padre imaginario

El padre imaginario sugiere una imagen, un prototipo, compuesto de una serie de construcciones imaginarias que el sujeto crea en el fantasma en torno a la figura del padre. Dicha construcción imaginaria generalmente tiene poca relación con el padre como es en la realidad, éste se construye como un padre ideal o en lo opuesto como un padre malvado, terrorífico, no obstante el lugar que ocupe ya sea ideal o despiadado, éste es considerado como omnipotente.

Padre real

El padre real es el hombre que dice ser el padre biológico del sujeto, es un efecto del lenguaje, es lo real del lenguaje, este padre es el que interviene en el tercer tiempo del Edipo como el que efectúa la castración en el niño, esto no significa que necesariamente tenga que estar el padre presente de manera física para efectuarla, puede estar ausente o presente y aún así ser experimentada por el niño.

Padre simbólico

El padre simbólico no es un ser real, es decir, un sujeto verdadero, se trata de una posición, una función, puede ser sinónimo de la función paterna, que no es otra que la de imponer la Ley y regular el deseo en el complejo de Edipo. Es una posición en el orden simbólico, aunque no se trate de un sujeto en particular, es cierto que una persona puede ocuparla, para ejercer la función paterna, sin embargo, ésta no puede ser ocupada por completo y si no es encarnada por un sujeto puede aparecer por medio del discurso de la madre. El padre simbólico es también el padre muerto, el padre de la horda primitiva, ese que también es designado como el Nombre-del-padre.

Plus-de-goce

El plus-de-goce es un excedente de goce, este concepto se inspira en la idea marxista de la plusvalía, a es el exceso de goce que no tiene “valor de uso” pero persiste por la pura justificación del goce.

Real

Lo real es uno de los tres órdenes (imaginario, simbólico y real) en la teoría de Lacan según los cuales pueden describirse todos los fenómenos psicoanalíticos. Lo real surge como lo que está fuera del lenguaje y es inasimilable a la simbolización. Lo real es “lo imposible”, porque es imposible de imaginar, imposible de integrar en el orden simbólico, así como imposible de obtener. No se trata de la realidad como los objetos o personas que nos rodean, Lacan define la realidad como la mueca de lo real. Lo real aparece del lado de lo incognoscible e inasimilable, mientras que la realidad designa las representaciones subjetivas, producto de articulaciones simbólicas e imaginarias.

Significación

La significación se trata de un proceso por el cual el juego de los significantes produce la ilusión del significado a través de los tropos (figura retórica que consiste en emplear las palabras en sentido distinto del que propiamente les

corresponde) que son la metonimia y la metáfora. La significación es metonímica porque se refiere a otra significación, es decir, el sentido no se encuentra en ningún significante sino en el juego entre los significantes a lo largo de la cadena de significantes y es metafórica porque supone cruzar la barra que divide el significante del significado¹. La metáfora fundamental de la cual depende toda significación es la metáfora paterna y toda significación es por lo tanto fálica.

Significado

El significado es un efecto del juego de los significantes, un efecto del proceso de significación producido por la metáfora, el significado no está dado sino que es producido.

Significante

El significante es el que produce al significado, el significante es un elemento material sin sentido que forma parte de un sistema diferencial cerrado. Todo significante como tal no significa nada, el lenguaje es un sistema de significantes, estos son las unidades básicas del lenguaje. Los significantes se combinan en cadenas significantes siguiendo las leyes de la metonimia. El significante es la unidad constitutiva del orden simbólico porque está relacionado con el concepto de estructura. Es lo que representa a un sujeto para otro significante. La única condición que caracteriza a algo como significante es que esté inscrito en un sistema en el que adquiere valor exclusivamente en virtud de su diferencia con los otros elementos del sistema, el significante nunca puede tener un sentido fijo, exclusivo, sino que varía según la posición. Los efectos del significante sobre el sujeto constituyen el inconsciente. El significante es siempre una expresión involuntaria de un ser hablante, realizado más allá de toda intencionalidad y saber consciente, está desprovisto de sentido, no significa nada por sí mismo, debe estar ligado a un conjunto de significantes.

¹ $\frac{S}{s}$ $\frac{\textit{Significante}}{\textit{significado}}$

Simbólico

Es uno de los tres órdenes propuestos por Lacan, siendo éste fundamental en el psicoanálisis, en lo esencial se trata de una dimensión lingüística, el lenguaje, sin embargo la dimensión simbólica del lenguaje es el significante. Lo simbólico es también el ámbito del Otro, el inconsciente es el discurso del Otro y por lo tanto pertenece al orden de lo simbólico, éste es el reino de la Ley que regula el deseo en el complejo de Edipo.

Sujeto

El sujeto es esencialmente un ser hablante, que está necesariamente dividido, castrado, escindido. Se define al sujeto como lo que es representado por un significante para otro significante, el sujeto es un efecto del lenguaje, el sujeto sólo es sujeto en virtud de la sujeción al campo del Otro.

BIBLIOGRAFÍA

- American Psychiatric Association. (2000). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (texto rev.). Barcelona: Masson.
- American Psychological Association. (2001). *Manual de estilo de publicaciones de la American Psychological Association* (2a. ed.). México: Editorial El manual moderno.
- André, S. (2002). *¿Qué quiere una mujer?* México: Siglo veintiuno editores.
- Artous, A. (1978). *Los orígenes de la opresión de la mujer*. México: Distribuciones Fontamara.
- Badinter, E. (2003). *Hombres/Mujeres. Como salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, E. D. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria* (3a. ed.). México: Distribuciones Fontamara.
- Borossa, J. (2001). *La Histeria*. Buenos Aires: Longseller.
- Braunstein, N. A. (1988). *La interpretación psicoanalítica*. México: Editorial Trillas.
- Braunstein, N. A. (1990). *Goce* (5a. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Braunstein, N. A. (2001). *Por el camino de Freud*. México: Siglo veintiuno editores.
- Brownmiller, S. (1975). *Contra nuestra voluntad, Hombres, mujeres y violación*. España: Editorial Planeta.
- Diccionario práctico sinónimos/antónimos*. (1986). México: Ediciones Larousse.
- De la Aldea, E. & Rahman, G. (1991). Los juegos de Alicia. En Lamas, M. & Saal, F. *La bella (in)diferencia* (3ª. Ed.) (pp.35-42). México: Siglo veintiuno editores.
- Diccionario enciclopédico básico* (10ª. ed.). (1974) España: Plaza y Janes Editores.
- Dor, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Argentina: Amorrortu editores.
- Dor, J. (1985). *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*. España: Editorial gedisa
- Dresser, D. (2004). *Gritos y susurros. Experiencias intempestivas de 38 mujeres*. México: Hoja Casa Editorial.
- Duby, G & Perrot, M. (1993). *Historia de las mujeres*. (Vols. 1-5). México: Santillana ediciones generales
- Engels, F. (1884). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (4a. ed.). México: Grupo Editorial Éxodo.

- Evans, D. (1996). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* (2a. reimp.). Argentina: Editorial Paidós.
- Ferreira, G. (1992). *Hombres violentos, mujeres maltratadas. Aportes a la investigación y tratamiento de un problema social*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica* (21ª ed.). México: Siglo XXI editores.
- Freud, S. (1966). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. I). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1886-1899)
- Freud, S. (1955). Estudios sobre la histeria. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. II, pp. 2-309). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
- Freud, S. (1962). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp.25-40). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1893)
- Freud, S. (1962). La neuropsicosis de defensa. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp. 41-68). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1962). La etiología de la histeria. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp.185-218). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1953). Fragmento de análisis de un caso de histeria (*Dora*). En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 2-108). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1953). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 110-210). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1959). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. IX, pp.137-158). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1908)

- Freud, S. (1959). Apreciaciones generales sobre el ataque histérico. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. IX, pp. 203-211). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S. (1957). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 1-64). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1961). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XIX, pp. 260-276). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1961). Sobre la sexualidad femenina. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XXI, pp. 223-244). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1931)
- Freud, S. (1964). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XXII, pp.1-168). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1933)
- García, N. C. (2004). *Matices sobre el paisaje. Sobre el deseo de no ser madre*. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos.
- García-Pelayo, R. (1988). *Diccionario enciclopédico ilustrado* (6ª. ed., Vols. 1-3). EU, Indiana: Ediciones Larousse.
- Gerez, M. (2003). *Imperativos del superyó*. Argentina: Lugar editorial.
- González, G. A. (1994). *Los "estudios de género", una alternativa para la autovaloración de mujeres maltratadas*. Tesis, FES Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hipócrates, (s.f.). *Tratados Hipocráticos IV*. España: Editorial Gredos.
- Israel, L. (1979). *El goce de la histérica*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Kolb, L. C. (1977). *Psiquiatría clínica moderna* (6a. ed.). México: ediciones científicas. La prensa medica mexicana.
- Kollontai, A (1979). *Mujer, historia y sociedad. Sobre la liberación de la mujer*. México: Ediciones Fontamara.
- Lacan, J. (1966). *Escritos 1* (23ª. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1966). *Escritos 2* (22ª. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1981). La pregunta histérica. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. (Vol. 3, pp. 229-245). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956)

- Lacan, J. (1981). La pregunta histórica (II): ¿Qué es una mujer? En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. (Vol. 3, pp. 247-260). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956)
- Lacan, J. (1994). Dora y la joven homosexual. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto*. (Vol. 4, pp. 133-149). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1956-1957)
- Lacan, J. (1998). Los tres tiempos del Edipo. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. (Vol. 5, pp. 185-202). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958)
- Lacan, J. (1998). El deseo del Otro. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. (Vol. 5, pp. 395-411). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958)
- Lacan, J. (1973). Las paradojas de la ética o ¿has actuado en conformidad con tu deseo? En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. (Vol. 7, pp. 370-387). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960)
- Lacan, J. (1975). El amo y la histórica. En J. A. Millar (Ed. Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. (Vol. 17, pp. 29-39). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970)
- Lacan, J. (1975). Dios y el goce de La mujer. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aún*. (Vol. 20, pp. 79-93). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1972-1973)
- Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (3a. ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lamas, M & Saal, F. (1991). *La bella (in)diferencia* (3a. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lamas, M. (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Programa Universitario de Género UNAM.
- Lamas, M. (2006). *Feminismo, Transmisiones y retransmisiones*. México: Taurus.
- Laplanche, J. & Pontalis J. B. (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. España: Editorial Paidós.
- Levi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. España: Editorial Paidós.
- Mackinnon, R. & Michels, R. (1983). *Psiquiatría clínica aplicada*. México: Nueva editorial interamericana.
- Manual de Titulación, Carrera de Psicología. UNAM FES Iztacala 2005.*

- Marqués, C. (2001). *El sujeto tachado. Metáforas topológicas de Jacques Lacan*. España: Biblioteca nueva.
- Martínez, M. (2004). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. México: Editorial Trillas.
- Mateos, A. (1966). *Compendio de etimologías grecolatinas del español* (46ª ed.). México: Editorial Esfinge.
- Miller, J. A. (1993). *De mujeres y semblantes*. Buenos Aires: Cuadernos del Pasador.
- Millot, C. (1988). *Nobodaddy, La histeria en el siglo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Moliner, M. (2000). *Diccionario del uso del español*. España: Editorial Gredos.
- Navarro, R. (2004). *Mujeres mexicanas que sufren y aman demasiado*. México: Editorial Pax.
- Nasio, J. D. (1991). *El dolor de la histeria* (2a. reimp.). Argentina: Editorial Paidós.
- Nasio, J. D. (1992). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. (3era. reimp.) México: Editorial Gedisa.
- Nasio, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. (1ª. Ed. 3era reimp). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Niesvizky, S. (2001). *Las gradivas: Las psicoanalistas y el problema de lo femenino*. Tesis doctoral. Centro ELEIA. Actividades psicológicas.
- Nuevo diccionario español ilustrado*. (1972). España: Editorial Ramón Sopena.
- Olivier, C. (1980). *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Posadas, C. & Courgeon, S. (2004). *A la sombra de Lilith. En busca de la igualdad perdida*. España: Editorial Planeta.
- Rabinovich, D. (1995). *La lectura de la significación del falo*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª. ed.). España: Editorial Espasa Calpe.
- Reed, E. (1980). *La evolución de la mujer. Del clan matriarcal a la familia patriarcal*. México: Distribuciones Fontamara.
- Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Saal, F. (1998). *Palabra de analista*. México: Siglo veintiuno editores.
- Salecl, R. (1998). *(Per) versiones de amor y de odio*. México: Siglo veintiuno editores

- Sauri, J. (Ed.). (1984). *Las Histerias*. Argentina: Editorial Nueva Visión SAIC.
- Siegel, C. (2005). *¿Singularidad del fantasma en La mujer?* "Departamento de estudios psicoanalíticos sobre la familia- Enlaces". Año 7, núm. 10. 56-58. Instituto Clínico de Buenos Aires.
- Silvestre, M. (1984). Dirección de la cura en la histérica. En Cordié, A., Lefort, R., Lemoine, P., Miller, J-A., Silvestre, M., & Soler, C., *Quehacer del psicoanalista*. (pp. 19-27) (4ta. Reimp.). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Skittecatte, L. A. (1995). *Los silencios de Yocasta*. México: Siglo veintiuno editores.
- Soler, C. (2006). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Tappan, J. E. (2004). *Epistemología y psicoanálisis*. San Luís Potosí: Facultad de Psicología Universidad Autónoma de San Luís Potosí.
- Valladares, P. (1993). Estudio epidemiológico de la violencia sexual. Tesis de maestría. México: FES Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Wright, E. (2000). *Lacan y el posfeminismo*. España: Editorial Gedisa.

Fuentes Electrónicas

- Diseñe un modelo conceptual*. (s.f.). Recuperado el 1 de julio de 2006, de <http://fosonline.org/images/Documents/Medidas/PDF4Tracy/D77927.pdf>
- Instituto Nacional de las mujeres (INMUJERES), (s.f.). Principales programas y proyectos. Recuperado el 20 de septiembre de 2006, de <http://www.inmujeres.gob.mx/>
- Palau, C. S. (s.f.). *Conceptualizaciones freudianas del síntoma histérico*. Recuperado el 30 de junio de 2006, de http://www.kennedy.edu.ar/deptos/psicoanalisis/articulos/conceptualizaciones_freudianas.pdf.

BIBLIOGRAFÍA

- American Psychiatric Association. (2000). *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (texto rev.). Barcelona: Masson.
- American Psychological Association. (2001). *Manual de estilo de publicaciones de la American Psychological Association* (2a. ed.). México: Editorial El manual moderno.
- André, S. (2002). *¿Qué quiere una mujer?* México: Siglo veintiuno editores.
- Artous, A. (1978). *Los orígenes de la opresión de la mujer*. México: Distribuciones Fontamara.
- Badinter, E. (2003). *Hombres/Mujeres. Como salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, E. D. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria* (3a. ed.). México: Distribuciones Fontamara.
- Borossa, J. (2001). *La Histeria*. Buenos Aires: Longseller.
- Braunstein, N. A. (1988). *La interpretación psicoanalítica*. México: Editorial Trillas.
- Braunstein, N. A. (1990). *Goce* (5a. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Braunstein, N. A. (2001). *Por el camino de Freud*. México: Siglo veintiuno editores.
- Brownmiller, S. (1975). *Contra nuestra voluntad, Hombres, mujeres y violación*. España: Editorial Planeta.
- Diccionario práctico sinónimos/antónimos*. (1986). México: Ediciones Larousse.
- De la Aldea, E. & Rahman, G. (1991). Los juegos de Alicia. En Lamas, M. & Saal, F. *La bella (in)diferencia* (3ª. Ed.) (pp.35-42). México: Siglo veintiuno editores.
- Diccionario enciclopédico básico* (10ª. ed.). (1974) España: Plaza y Janes Editores.
- Dor, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Argentina: Amorrortu editores.
- Dor, J. (1985). *Introducción a la lectura de Lacan II. La estructura del sujeto*. España: Editorial gedisa
- Dresser, D. (2004). *Gritos y susurros. Experiencias intempestivas de 38 mujeres*. México: Hoja Casa Editorial.
- Duby, G & Perrot, M. (1993). *Historia de las mujeres*. (Vols. 1-5). México: Santillana ediciones generales
- Engels, F. (1884). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (4a. ed.). México: Grupo Editorial Éxodo.

- Evans, D. (1996). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano* (2a. reimp.). Argentina: Editorial Paidós.
- Ferreira, G. (1992). *Hombres violentos, mujeres maltratadas. Aportes a la investigación y tratamiento de un problema social*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica* (21ª ed.). México: Siglo XXI editores.
- Freud, S. (1966). Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. I). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1886-1899)
- Freud, S. (1955). Estudios sobre la histeria. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. II, pp. 2-309). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
- Freud, S. (1962). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp.25-40). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1893)
- Freud, S. (1962). La neuropsicosis de defensa. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp. 41-68). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1894)
- Freud, S. (1962). La etiología de la histeria. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. III, pp.185-218). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1896)
- Freud, S. (1953). Fragmento de análisis de un caso de histeria (*Dora*). En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 2-108). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1901)
- Freud, S. (1953). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 110-210). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1905)
- Freud, S. (1959). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. IX, pp.137-158). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1908)

- Freud, S. (1959). Apreciaciones generales sobre el ataque histérico. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. IX, pp. 203-211). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1908)
- Freud, S. (1957). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 1-64). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1914)
- Freud, S. (1961). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XIX, pp. 260-276). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1925)
- Freud, S. (1961). Sobre la sexualidad femenina. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XXI, pp. 223-244). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1931)
- Freud, S. (1964). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras. En J. Strachey (Ed. y Trad.), *The Standard edition of the complete psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XXII, pp.1-168). Argentina: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1933)
- García, N. C. (2004). *Matices sobre el paisaje. Sobre el deseo de no ser madre*. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos.
- García-Pelayo, R. (1988). *Diccionario enciclopédico ilustrado* (6ª. ed., Vols. 1-3). EU, Indiana: Ediciones Larousse.
- Gerez, M. (2003). *Imperativos del superyó*. Argentina: Lugar editorial.
- González, G. A. (1994). *Los "estudios de género", una alternativa para la autovaloración de mujeres maltratadas*. Tesis, FES Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hipócrates, (s.f.). *Tratados Hipocráticos IV*. España: Editorial Gredos.
- Israel, L. (1979). *El goce de la histérica*. Buenos Aires: Editorial Argonauta.
- Kolb, L. C. (1977). *Psiquiatría clínica moderna* (6a. ed.). México: ediciones científicas. La prensa medica mexicana.
- Kollontai, A (1979). *Mujer, historia y sociedad. Sobre la liberación de la mujer*. México: Ediciones Fontamara.
- Lacan, J. (1966). *Escritos 1* (23ª. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1966). *Escritos 2* (22ª. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lacan, J. (1981). La pregunta histérica. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. (Vol. 3, pp. 229-245). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956)

- Lacan, J. (1981). La pregunta histórica (II): ¿Qué es una mujer? En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 3. Las psicosis*. (Vol. 3, pp. 247-260). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1955-1956)
- Lacan, J. (1994). Dora y la joven homosexual. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto*. (Vol. 4, pp. 133-149). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1956-1957)
- Lacan, J. (1998). Los tres tiempos del Edipo. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. (Vol. 5, pp. 185-202). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958)
- Lacan, J. (1998). El deseo del Otro. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. (Vol. 5, pp. 395-411). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1957-1958)
- Lacan, J. (1973). Las paradojas de la ética o ¿has actuado en conformidad con tu deseo? En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*. (Vol. 7, pp. 370-387). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1959-1960)
- Lacan, J. (1975). El amo y la histórica. En J. A. Millar (Ed. Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*. (Vol. 17, pp. 29-39). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1969-1970)
- Lacan, J. (1975). Dios y el goce de La mujer. En J. A. Miller (Ed. y Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aún*. (Vol. 20, pp. 79-93). Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1972-1973)
- Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (3a. ed.). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lamas, M & Saal, F. (1991). *La bella (in)diferencia* (3a. ed.). México: Siglo veintiuno editores.
- Lamas, M. (2003). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Programa Universitario de Género UNAM.
- Lamas, M. (2006). *Feminismo, Transmisiones y retransmisiones*. México: Taurus.
- Laplanche, J. & Pontalis J. B. (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. España: Editorial Paidós.
- Levi-Strauss, C. (1969). *Las estructuras elementales del parentesco*. España: Editorial Paidós.
- Mackinnon, R. & Michels, R. (1983). *Psiquiatría clínica aplicada*. México: Nueva editorial interamericana.
- Manual de Titulación, Carrera de Psicología. UNAM FES Iztacala 2005.*

- Marqués, C. (2001). *El sujeto tachado. Metáforas topológicas de Jacques Lacan*. España: Biblioteca nueva.
- Martínez, M. (2004). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa*. México: Editorial Trillas.
- Mateos, A. (1966). *Compendio de etimologías grecolatinas del español* (46ª ed.). México: Editorial Esfinge.
- Miller, J. A. (1993). *De mujeres y semblantes*. Buenos Aires: Cuadernos del Pasador.
- Millot, C. (1988). *Nobodaddy, La histeria en el siglo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Moliner, M. (2000). *Diccionario del uso del español*. España: Editorial Gredos.
- Navarro, R. (2004). *Mujeres mexicanas que sufren y aman demasiado*. México: Editorial Pax.
- Nasio, J. D. (1991). *El dolor de la histeria* (2a. reimp.). Argentina: Editorial Paidós.
- Nasio, J. D. (1992). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. (3era. reimp.) México: Editorial Gedisa.
- Nasio, J. D. (1996). *Los gritos del cuerpo*. (1ª. Ed. 3era reimp). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Niesvizky, S. (2001). *Las gradivas: Las psicoanalistas y el problema de lo femenino*. Tesis doctoral. Centro ELEIA. Actividades psicológicas.
- Nuevo diccionario español ilustrado*. (1972). España: Editorial Ramón Sopena.
- Olivier, C. (1980). *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Posadas, C. & Courgeon, S. (2004). *A la sombra de Lilith. En busca de la igualdad perdida*. España: Editorial Planeta.
- Rabinovich, D. (1995). *La lectura de la significación del falo*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22ª. ed.). España: Editorial Espasa Calpe.
- Reed, E. (1980). *La evolución de la mujer. Del clan matriarcal a la familia patriarcal*. México: Distribuciones Fontamara.
- Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Saal, F. (1998). *Palabra de analista*. México: Siglo veintiuno editores.
- Salecl, R. (1998). *(Per) versiones de amor y de odio*. México: Siglo veintiuno editores

- Sauri, J. (Ed.). (1984). *Las Histerias*. Argentina: Editorial Nueva Visión SAIC.
- Siegel, C. (2005). *¿Singularidad del fantasma en La mujer?* "Departamento de estudios psicoanalíticos sobre la familia- Enlaces". Año 7, núm. 10. 56-58. Instituto Clínico de Buenos Aires.
- Silvestre, M. (1984). Dirección de la cura en la histérica. En Cordié, A., Lefort, R., Lemoine, P., Miller, J-A., Silvestre, M., & Soler, C., *Quehacer del psicoanalista*. (pp. 19-27) (4ta. Reimp.). Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Skittecatte, L. A. (1995). *Los silencios de Yocasta*. México: Siglo veintiuno editores.
- Soler, C. (2006). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Tappan, J. E. (2004). *Epistemología y psicoanálisis*. San Luís Potosí: Facultad de Psicología Universidad Autónoma de San Luís Potosí.
- Valladares, P. (1993). Estudio epidemiológico de la violencia sexual. Tesis de maestría. México: FES Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Wright, E. (2000). *Lacan y el posfeminismo*. España: Editorial Gedisa.

Fuentes Electrónicas

- Diseñe un modelo conceptual*. (s.f.). Recuperado el 1 de julio de 2006, de <http://fosonline.org/images/Documents/Medidas/PDF4Tracy/D77927.pdf>
- Instituto Nacional de las mujeres (INMUJERES), (s.f.). Principales programas y proyectos. Recuperado el 20 de septiembre de 2006, de <http://www.inmujeres.gob.mx/>
- Palau, C. S. (s.f.). *Conceptualizaciones freudianas del síntoma histérico*. Recuperado el 30 de junio de 2006, de http://www.kennedy.edu.ar/deptos/psicoanalisis/articulos/conceptualizaciones_freudianas.pdf.